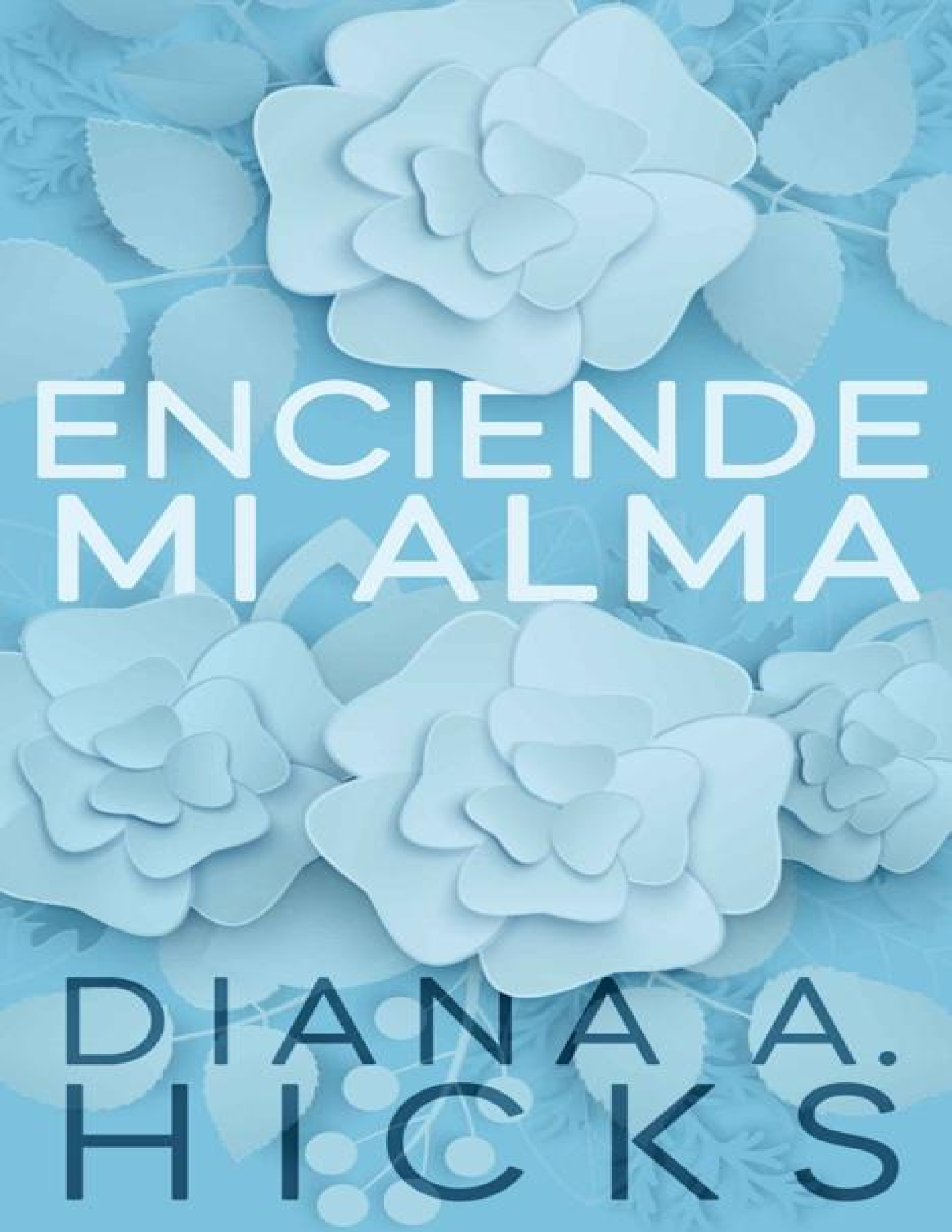




ENCIENDE MI ALMA

DIANA A.
HICKS

Enciende Mi Alma

DIANA A. HICKS

TRADUCIDO POR
ELIZABETH GARAY

HMG, INC.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares, es pura coincidencia.

Enciende Mi Alma

COPYRIGHT © 2025 por Diana A. Hicks

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede usarse o reproducirse de ninguna manera sin el permiso por escrito de la autora o de HMG, Inc., excepto en el caso de citas breves incorporadas en artículos de crítica o reseña.

Historial de publicación

Edición Especial Impresa ISBN 978-1-949760-22-4

ISBN edición impresa 979-8-860456-24-2

ISBN edición digital 978-1-949760-21-7

ES Edición Especial Impresa ISBN 979-8-305474-83-1

Diseño de portada: The Author Buddy

Editor: Tera Cuskaden

Traducción: Elizabeth Garay garayliz@gmail.com

[Nota de la Traductora: Es importante aclarar que los nombres propios, aún existiendo el equivalente en español, se han respetado tal como aparecen en la versión en inglés, omitiendo los respectivos acentos y traducciones]

Acerca de la autora

Diana A. Hicks es una galardonada autora de apasionados romances contemporáneos con una buena dosis de suspenso.

Cuando Diana no está escribiendo, disfruta el kickboxing, hot yoga, viajar y se da el gusto de los placeres simples de la vida, como el vino y el chocolate. Vive en Atlanta y le encanta pasar tiempo con sus dos hijos y su esposo.

[¡Visita mi librería!](#)

No olvides suscribirte a mi boletín para mantenerte al tanto de mis últimos lanzamientos, contenido gratuito y otras novedades.

[Subscribe to my VIP List now!](#)



Diana A. Hicks

SINFULLY DARK ROMANCE

Reconocimientos para Diana A. Hicks

“La primera entrega de Hicks en su serie Monzón del Desierto es sólida y confiable con una narración intensa, personajes llenos de matices y una dinámica mezcla de romance y suspenso”.

— RESEÑAS EN KIRKUS

“Lo que hace de cualquier novela romántica una gran lectura no es el hecho de que dos personas atractivas se conozcan y se enamoren. Son los episodios que provocan el enamoramiento y los lugares inesperados a los que la experiencia lleva a los personajes, lo que hace que sea una lectura agradable. Diana A. Hicks sabe cómo hacer que esto suceda”.

— READERS' FAVORITE

Índice

1. [Hotel Cavalier](#)
 2. [Dos escrituras, dos propietarios](#)
 3. [Su plan era el único plan](#)
 4. [La Gran Muralla](#)
 5. [El príncipe del paraíso](#)
 6. [La tienda “Speak Softly”](#)
 7. [Una tregua y un acuerdo](#)
 8. [¿Llegaste a París?](#)
 9. [Cartas de Tessa](#)
 10. [Un rasguño es todo lo que tenemos](#)
 11. [Una ladrona, una estafadora](#)
 12. [La dama que estás buscando](#)
 13. [El bar de mala muerte y el objetivo](#)
 14. [Gala del Día de los Fundadores](#)
 15. [El árbol de mezquite](#)
 16. [La caja con dos llaves](#)
 17. [Segunda regla de la estafa](#)
 18. [Su próxima estafa](#)
 19. [Confía en mí. Soy una ladrona](#)
 20. [Llévala a París](#)
 21. [Nuestros recuerdos rotos](#)
 22. [La gran estafa](#)
 23. [La póliza de seguro de Tessa](#)
 24. [Al igual que Lisa](#)
 25. [El asesino de su papá](#)
 26. [Por la madriguera del conejo](#)
 27. [Una ladrona como yo](#)
 28. [Adentro del túnel](#)
 29. [Si te tuviera](#)
 30. [No se disculpe conmigo](#)
 31. [Pero los tontos vivían más felices](#)
- [Epílogo](#)

CAPÍTULO 1

Hotel Cavalier

NIKKI

Toqué la bocina del coche otra vez y los diez autos que iban delante de mí hicieron lo mismo. Curiosamente, eso no ayudó. Más adelante, al final de la calle, o lo que solía ser el final de la calle, un trabajador de la construcción levantó una señal de alto total. Cuando bajé la ventanilla para llamar su atención, una bocanada de aire caliente mezclada con humo de escape y polvo me golpeó en la cara. Sí, bienvenido a Paradise Creek, Arizona, hogar del burrito de carne más grande y de los peores años de mi vida.

Agarré el volante y respiré hondo. No importaba lo que me lanzara este lugar, podía manejarlo. ¿Y qué si toda la cuadra estaba en construcción? Necesitaba llegar a mi hotel, tomar un baño caliente y marcar un día más en el calendario. El mes próximo, estaría con mi hermana en París, comiendo crepas y bebiendo mocos. No más estafas, no más millonarios malcriados.

Revisé mi maquillaje en el espejo retrovisor y salí del auto. No había dado ni dos pasos cuando un trabajador de la construcción que estaba taladrando en medio de la glorieta me lanzó un beso.

«Te amo», me dijo.

Le devolví el beso con una sonrisa sumisa. Tal vez dejar mi auto no fuera la mejor idea, pero First Street era la única calle que no estaba bloqueada hacia el centro histórico. Caminé pavoneándome hacia el tipo que sostenía el cartel. Estaba de espaldas a mí. Su camiseta blanca se le pegaba al torso y colgaba suelta justo por encima de un trasero que pertenecía a la página de una revista de moda. Su figura de más de un metro ochenta se erguía alta, cubierta de músculos sudorosos y bronceados. Abrí la boca para llamar su atención, pero él me ganó.

«Russ», gritó con voz profunda y llena de confianza, «te necesito en el control de tráfico».

«Sí, jefe». Un tipo fornido con hollín en un lado de su cara cayó al suelo desde la parte trasera de una grúa. Se congeló cuando me vio. Después de un par de parpadeos rápidos, me dirigió una sonrisa de oreja a oreja.

Apoyé ambas manos en mis caderas. «¿Cuánto tiempo más? No pueden tenernos aquí toda la mañana».

El atractivo chico de la construcción se dio la vuelta y me miró fijamente. En cuanto a miradas intimidantes, esta era bastante buena, pero yo no era su chica promedio. Me habían entrenado para tratar con hombres, todo tipo de hombres. Bueno, más bien, había sido autodidacta. Pero, aun así. Apretó los labios y dio un paso hacia mí, pasándose una mano por el cabello, con los bíceps abultados.

«Señora, vuelva a su auto. Esta es una zona donde se requiere usar cascos. No es seguro».

«¿Señora?». Bajé la mirada, esboqué una sonrisa y lo leí rápidamente; no tenía tiempo para

lidar con sus problemas de remodelación; chico sexy, alto, cabello oscuro, ojos más oscuros y labios carnosos y sensuales. Sí, este tipo estaba acostumbrado a que las mujeres babearan por él. Que hicieran lo que él les pedía, ya sea porque se sentían intimidadas por su cercanía o porque querían meterse en sus pantalones.

Cuando levanté la vista, cambié mi tono a bajo y dulce. «Cariño, hace un millón de grados aquí afuera. Por favor, necesito ayuda para llegar a mi hotel». Señalé el otro lado de la carretera.

Russ entró en acción y agarró una de las barricadas que bloqueaban mi acceso al hotel. El chico sexy extendió su gran mano y detuvo a Russ en seco. «Toma un cartel y comienza a desviar los autos para que salgan de aquí».

«Pero ella necesita ayuda».

«Yo me encargo». Colocó su ridículo cartel contra el portón trasero de su camioneta mientras los músculos se tensaban bajo sus antebrazos.

El hombre usaba bien una camiseta. Tenía que admitirlo. Un momento. ¿Estaba mirándolo fijamente?

Hacer que me miraran. Esa era mi artimaña.

Deslicé mis manos hasta mi cintura, levantando el pecho hice que las “chicas” se exhibieran. Russ tosió, como si hubiera intentado tragar y se hubiera ido por el tubo equivocado. Se quitó el casco y se apresuró al otro lado de la calle.

El chico de la construcción, muy sexy, se puso las manos en las caderas y golpeó con el dedo índice su cinturón de herramientas. ¿Se estaba burlando de mí? «Señora».

Sentí escalofríos. La palabra era como un martillo neumático golpeando metal. A los veinticinco años, no era lo suficientemente mayor para ser una ‘señora’. Inhalé lentamente, mirándolo fijamente.

Sonrió al suelo antes de hablar de nuevo. «Como dije, no es seguro aquí. Vuelva a su auto. Russ le mostrará la ruta de desvío».

Había sido un día largo. Diablos, había sido un verano largo. Me agarré el hueso de la cadera. Todo lo que quería era tomar una ducha y caer en una cama y comenzar a trabajar en un plan que antes de fin de mes me sacara de este lugar olvidado de Dios.

«Pero mi hotel está justo ahí. Un desvío me alejaría». No podía ver el edificio, pero había pasado por esa calle miles de veces. El Hotel Cavalier estaba a la vuelta de la esquina. «Lo siento. No escuché tu nombre».

«Soy Henry».

Su voz se hizo más grave cuando lo dijo, como si debiera significar algo para mí. Bueno, no era así. Ya nada en esta ciudad significaba nada para mí. No lo había sido desde hacía mucho tiempo. Había pasado los últimos diez años tratando de olvidar todo lo que pasé cuando viví aquí.

«¿Tienes apellido, Henry?». Dejé que su nombre se quedara en mi lengua.

Tragó saliva y un matiz de rojo subió a sus mejillas. Ahora estábamos llegando a alguna parte. «Soy solo Henry», dijo con cara seria y el ceño fruncido, mirando hacia atrás, hacia la sección bloqueada.

¿Pasaba algo malo con el hotel?

«Está bien. Solo Henry. Soy solo Nikki. Encantada de conocerte». Esperaba que un poco de humor tierno descongelara ese helado corazón que tenía. Le ofrecí mi mano.

La sacudió rápidamente y la soltó. La mayoría de los hombres normalmente usaban esta oportunidad para acercarse o intentar una frase cursi. En cambio, me miró fijamente.

«¿Qué?», pregunté.

«Señora, por favor...».

«Deja de llamarme así». Di un pisotón. Mi tacón de diez centímetros raspó el concreto para recordarme lo fuera de lugar que estaba en esta ciudad. Este dulce acto no estaba funcionando. Todo este día no estaba funcionando. Detrás de mí, el primer auto se alejó de nosotros, yendo en la dirección opuesta a la que yo necesitaba ir. «Déjame pasar».

Me miró con los ojos entrecerrados como si no pudiera creer mis palabras. «Mire, no estoy siendo terco. Hace unas horas se rompió una tubería. Todavía no sabemos qué tipo de daño hizo a los cimientos». Si su tono brusco era una indicación, ya había terminado de tratar conmigo.

Apreté la mandíbula. Los hombres eran, en su mayoría, más susceptibles que esto. Pestañeaban, mostraban una dulce sonrisa y hacían cualquier cosa. ¿Por qué no estaba funcionando con él?

«Oh, mira, ¿por qué lo están dejando pasar?», señalé un camión que atravesaba las barricadas, odiando sonar como una niña chillona.

Este tipo me ponía nerviosa y no me gustaba. Además, me estaba quedando sin tácticas. Henry miró hacia el sol abrasador y parpadeó una vez. Ladeó la cabeza y me miró enarcando una ceja. «Es uno de mis muchachos y, a diferencia de usted, él sabe qué demonios hacer. No tengo tiempo para esto, señorita».

«Bueno, entonces ya somos dos, ¿no?». Me encontré con su mirada intensa.

El sonido que emitió fue algo entre un gemido y un resoplido. En un solo paso, estuvo a mi lado. Me agarró del codo y me empujó hacia mi auto.

«Ahora, a menos que quiera que ese pequeño Mercedes suyo se convierta en chatarra, sugiero que siga las indicaciones de Russ para salir de aquí y encontrar otro hotel. De todos modos, todo este bloque está declarado en ruina. ¿Por qué cree que estamos aquí?»

«Un momento, ¿qué?». Liberé mi brazo y me di la vuelta para mirarlo, pero en cambio me estrellé contra su pecho.

Se me secó la boca. Ese era un pecho muy duro y ancho. ¿Lo apreté un poco? Tal vez. A esta distancia, podía ver que definitivamente medía más de un metro ochenta. ¿Un metro noventa, tal vez? Tragué saliva, ignorando la prisa que sentía. El sudor me corría por la espalda y hacía que mi blusa de seda se pegara a mi piel. Seguramente, eso no tenía nada que ver con él o su cálido aliento rozando mi mejilla. ¿Qué diablos me pasaba?

«¿Qué estás diciendo? ¿Mi hotel está qué?», pregunté.

«¿Su qué?». Frunció el ceño y negó con la cabeza. «Escuche, toda esta área está siendo renovada». Envolvió sus largos dedos alrededor de los míos y apartó mi mano de su pecho como si estuviera cubierta de algo tóxico. A juzgar por las profundas arrugas en su frente, no estaba interesado en mí.

¿En serio? Hoy estuve tan fuera de juego. Le echaba la culpa a esta ciudad. Nada bueno salía nunca de este lugar. Me agarró del codo otra vez. Corriendo medio detrás de él, hice lo mejor que pude para evitar caerme de cara al suelo.

«Por favor, suba a su maldito auto y váyase».

«Oh, bueno, ¿cómo no iba a hacerlo cuando me lo pides tan educadamente?». Me burlé de él, subí a mi auto y cerré la puerta de un portazo. Se frotó la sien y volvió su atención a los otros trabajadores. Así de fácil, había terminado conmigo. Golpeé la bocina con la palma de mi mano. El fuerte bocinazo hizo que Henry se girara hacia mí y me mirara con enojo. Me señaló y le dijo algo a Russ, quien sonrió antes de correr hacia mi auto. Bien, alguien a quien podía manejar.

«Lo siento, señorita, pero Henry necesita...».

Me incliné hacia adelante y dejé que mi blusa colgara un poco más abajo. Su boca se abrió

mientras sus ojos vagaban por mi rostro y mi escote.

«Cariño, sé amable y déjame pasar. Me estoy quedando en el Hotel Cavalier. Sé que está a la vuelta de la esquina. ¿No es así?». Me mordí el labio inferior y lo dejé temblar por si acaso. Nunca sabría cómo funcionaba ese acto cursi en los hombres.

«Oh... de acuerdo», tartamudeó. «Solo por esta vez, señorita... ¿eh?». Su mirada se desvió de su jefe a la barricada. «Espere aquí un segundo. No tardaré mucho».

Me recliné en mi asiento, sonriendo a la espalda de Henry, sus ajustados jeans y ese trasero redondo. ¿Qué le pasaba? Tal vez las rubias no eran lo suyo. No es que me importara. Además, yo ya tenía un objetivo, y él no. Y aunque no lo tuviera, él definitivamente no tenía material para un objetivo. No parecía tener millones de sobra. Yo estaba allí para ayudar a mi hermana Lisa, no para tontear con un tipo de la construcción muy sexy. Se lo había prometido y esta vez no podía fallarle.

Como si hubiera sentido mis ojos sobre él, se dio la vuelta y me miró. Mi corazón latía con fuerza en mis oídos, haciendo que mi rostro se calentara. Definitivamente necesitaba alejarme de Solo Henry.

Russ golpeó la ventanilla del pasajero y me hizo un gesto para que pasara.

«Gracias», dije.

Se encogió de hombros y me hizo un gesto para que pasara, sacando el pecho como si hubiera hecho algún acto heroico.

«Jesús, Russ», gritó Henry. Si sus ojos pudieran disparar dagas, lo habrían hecho.

Le guiñé un ojo mientras me alejaba conduciendo más allá de las barricadas. Me siguió pisando fuerte, pero era demasiado tarde. Había ganado esta ronda. Me recliné en el asiento y me reí con una satisfacción que no había sentido en años.

Casi un kilómetro más adelante, giré a la izquierda en Main Street y se me hundió el estómago. Todos los edificios de toda la cuadra estaban cerrados, las ventanas tapiadas, tal como Henry había dicho. Inclinandome sobre el volante, miré hacia arriba. Dos calles más adelante, un segundo equipo de construcción había bloqueado el acceso. ¿Qué diablos había sucedido aquí? El lugar parecía el escenario de una película de apocalipsis zombi. Un olor a quemado flotaba en el aire, pero no había evidencia de fuego. No que yo pudiera ver de todos modos.

Dejé que el coche se detuviera frente al hotel Cavalier. Las ruedas de mi auto crujieron sobre la grava y los cristales rotos. Esto era una pesadilla. Tenía que serlo. Cerré los ojos con fuerza... *uno, dos, tres...* Tal vez me despertaría en un hotel de lujo en París, envuelta en sábanas suaves y frescas. Los abrí. No había tenido tanta suerte. Seguía aquí, en Paradise Creek, que una vez más se las había arreglado para no cumplir con mis expectativas increíblemente bajas.

«Será como cuando éramos niñas. Como unas vacaciones», había dicho mi hermana, Lisa.

Unas vacaciones, un carajo. Me tragué las lágrimas y respiré profundamente. Le debía este pequeño sacrificio. Lisa siempre había estado ahí para mí. Era mi turno de cuidarla. Ella ya había esperado lo suficiente.

Salí del auto. Mi pulso se aceleró mientras caminaba hacia el lugar que guardaba tantos recuerdos. Los rayos del sol rebotaban en las puertas de doble cristal del hotel y me picaban los hombros desnudos. Esta era una muy mala idea. Empujé el panel de madera, usando mi hombro y el peso de mi cuerpo. Los fragmentos de vidrio se deslizaron por el piso de mármol cuando la puerta se abrió con un crujido justo lo suficiente para dejarme pasar. Me tapé la boca con una mano y observé la escena que tenía frente a mí.

Lisa, ¿qué has hecho? ¿He desperdiciado la mitad de los ahorros de mi vida en este agujero en la pared?

Este no era el elegante hotel boutique que recordaba, con sofás de terciopelo rojo en el vestíbulo y una gran escalera que subía al segundo nivel. Lisa y yo nos habíamos colado en este lugar incontables veces para espiar a los adultos mientras bailaban toda la noche en otra lujosa fiesta de los Cavalier. Mi fiesta favorita era la fiesta anual de Nochevieja de los Cavalier. Lisa y yo pasábamos horas escondidas en el armario de abrigos, mirando a través de una rendija en la puerta cómo los invitados bailaban con sus ropas caras y brindaban con champán a medianoche. Qué rápido había terminado todo cuando murieron nuestros padres. Todo parecía haber sido hace una vida. Me limpié la cara con el dorso de la mano. Me dolía el pecho con el habitual dolor fantasma de una vieja herida. Ver todo esto me trajo recuerdos que esperaba no volver a afrontar nunca más.

Pasé la mano por el ladrillo rojo a la vista. Aunque todo seguía allí, los muebles, el arte, las alfombras, la mitad estaba cubierta de telarañas. La otra mitad yacía bajo un montón de escombros. Pasé las escaleras y me senté en un viejo taburete cerca de la barra tapizada en cuero. Pasé un dedo por la encimera y fruncí el ceño. Estaba limpia o al menos no estaba cubierta de capas de polvo como todo lo demás.

Encima, colgaba descentrada una lámpara de araña brillante. Alguien la había limpiado recientemente. Alguien también había derribado la pared que separaba el bar del vestíbulo principal. Aunque no podía decir si eso había sucedido antes o después de que abandonaran el edificio.

Subí las escaleras. Con cada paso, se escuchaban ruidos de arrastrarse por las paredes. Genial. Teníamos ratas. Entré en la primera habitación a la izquierda y dejé escapar un suspiro. Tenía una cama, un escritorio, una cómoda y hasta cortinas. No estaba mal. Una buena limpieza y unos cristales nuevos harían que la habitación fuera habitable. Pasé a inspeccionar las otras veinte habitaciones. En general, la de arriba estaba en buenas condiciones, aunque la mayoría de los muebles dispersos estaban cubiertos de excrementos. ¿Cuánto tiempo había estado así el hotel? Solo había estado fuera diez años. Sacudí la cabeza, frotándome la sien. ¿Lo sabía Lisa? No, ¿cómo podía saberlo?

Todos los músculos de mi cuerpo temblaron. “Hogar, dulce hogar”. Mi voz resonó en el extremo opuesto del edificio e hizo que los pies diminutos volvieran a correr por el suelo. Demasiado para un baño caliente y una cama cálida.

«A la mierda mi vida». Caminé pisando fuerte de nuevo hacia la barra, cogí el taburete del mostrador y lo arrojé contra el espejo que cubría la mayor parte del papel pintado mohoso. Deberíamos estar en París. Como una familia, juntos. Tal como siempre habíamos planeado.

Mierda, Lisa. ¿En qué me has metido?

CAPÍTULO 2

Das escrituras, dos propietarios

HENRY

«Dios mío, Russ». Apreté la mandíbula mientras la rubia increíblemente sexy me guiñaba el ojo.

Ya antes había conocido a mujeres así; mujeres que creían que eran dueñas del mundo, que creían que podían conseguir que los hombres se doblegaran a su voluntad. Si Russ hubiera tenido un poco de autocontrol, se habría dado cuenta de su maldita farsa de damisela en apuros.

«Lo siento», Russ se frotó la nuca como si despertara de algún tipo de hechizo. «No pensé que hubiera ningún daño en que ella pasara por allí. Solo va a su hotel».

«Russ. ¿Qué maldito hotel? El único hotel de Main Street está condenado. Acabamos de volar toda la cuadra, ¿recuerdas? Pasamos toda la semana evacuando a la gente porque no es seguro». Me froté la barba incipiente de la mejilla.

«El estudio está prácticamente terminado. Los cimientos resistieron».

Habíamos tardado semanas en planificar esta operación. El problema de lidiar con explosivos era que no podíamos saber qué parte de la carretera no estaba en condiciones o no estaba registrada con precisión.

«Hasta que no se inspeccione cada centímetro, el estudio no estará terminado». Arrojé mi sombrero en la parte trasera de mi camioneta y me fui.

«¿Adónde vas?», preguntó Russ.

«Solo avanzaré por la calle unos minutos. Me gustaría saber por qué diablos hay una mujer en la ciudad que piensa que *mi* hotel es suyo». Me alejé pisando fuerte del sitio de construcción con el ayuntamiento en mi línea de visión.

«Oh. Pensé que era extraño que dijera eso».

Resoplé y me volví para mirarlo. «¿Estabas pensando? Ciertamente no lo parecía desde donde yo estaba parado».

«Nunca había visto a una mujer como ella, eso es todo. No solo yo, ¿verdad? ¿La viste?».

Sus orejas se pusieron rojas.

Sí, la vi, la oí, la sentí. Pero si un par de sus dedos golpeteándome el pecho me hacían querer olvidar todo lo que había venido a hacer, estaba en serios problemas. No, había llegado tan lejos. No podía dejar que un bombón rubio con cara de ángel arruinara mis planes. No me importaba lo apretados que estuvieran sus jeans. Ella era un problema y no podía quedarse.

«Vuelve al trabajo, Russ. Volveré en un rato».

Dos cuadras más abajo, subí las escaleras del ayuntamiento y fui directamente a la oficina del alcalde. No estaba de humor para tratar con ese canalla, pero la situación del hotel no podía esperar.

«Buenos días, Patty», le sonreí a su recepcionista. «Necesito hablar con el alcalde».

Se alisó la falda y se subió la blusa antes de correr alrededor de su escritorio para interponerse entre la puerta de la oficina del alcalde y yo. «Lo siento, Henry. Está en una reunión».

A través del panel de vidrio, nuestro honorable alcalde estaba sentado en su escritorio, llenándose la cara de donas. Me pasé una mano por la cara y el pelo. Miré a Patty a los ojos y sus mejillas se sonrojaron. Se encogió de hombros en señal de disculpa y siguió firme.

Di un paso hacia ella, ladeando la cabeza para que estuviéramos frente a frente. «Necesito hablar con él. Y ambos sabemos que no está en una reunión. Eso lo haría realmente productivo».

«Dios mío. De acuerdo, pero...», tragó saliva, haciendo un sonido como si estuviera jadeando en busca de aire.

«Gracias. Has salvado mi vida». La esquivé y entré a la oficina. Detrás de mí, Patty dijo algo sobre tocar primero. Por favor. No era como si el imbécil no pudiera vernos aquí afuera.

El alcalde Jonathan Cavalier levantó la vista de su caja de donas y se desplomó en su silla. «¿Qué quieres?». Parpadeó lentamente mientras se alisaba el pelo ralo de la parte superior de la cabeza.

Agarré el respaldo de la silla que estaba frente a su escritorio. Era la silla o su cuello. ¿Cómo era posible que la gente del pueblo no lo viera como el tipo raro que era?

«Hay una mujer en el pueblo. Apparently, está aquí por mi hotel. ¿Te importaría explicarme por qué diablos está ocurriendo eso?».

Se estremeció y miró detrás de mí. Seguí su línea de visión hasta el área de recepción, donde Patty estaba de pie junto a su escritorio, mirándonos con los ojos muy abiertos y sus dedos sobre el teclado del teléfono. Le mostré una sonrisa para calmar sus nervios. Con suerte, esta vez no habría necesidad de llamar al alguacil. Hoy estaba lleno de paciencia.

«Lo que haga con mi hotel no es asunto tuyo». Se limpió el azúcar en polvo de la corbata.

«Dos reinas y un as alto dicen que el hotel es mío». Me quedé sin palabras pequeñas para Jonathan Cavalier hace años.

Se animó al oír eso. Sus ojos pequeños se dirigieron hacia la puerta antes de posarse en mí. Todo el mundo en la ciudad sabía que a nuestro estimado alcalde le gustaba perder dinero jugando al póquer. Gracias a su adicción al juego, finalmente yo era el gran propietario de uno de los edificios más antiguos de la ciudad, el sueño de un arquitecto hecho realidad.

«Sí. Bueno, sobre eso. Creo que sería mejor que lo discutieras con mi abogado». Usó su dedo índice regordete para llamar a Patty. Cuando se sentó, su camisa blanca mostraba manchas de sudor alrededor de sus axilas. Qué desgracia era para la familia Cavalier. Mi padre siempre lo había dicho, y yo estaba de acuerdo.

Patty entró corriendo en la habitación, bolígrafo y bloc de notas en la mano. «Sí, señor».

«¿Podrías programar una cita para Henry y...?».

«No te molestes. No necesito una cita». No tenía tiempo para citas. No me había olvidado de “solo Nikki”, que sin duda estaba en proceso de adaptarse.

«Henry, no hagas nada...». Las palabras de Patty se desvanecieron detrás de mí mientras salía corriendo de la oficina y subía las escaleras hacia el nivel principal, donde el abogado y mejor amigo del alcalde tenía su oficina.

La recepcionista del abogado se puso de pie cuando me vio venir por el pasillo. Levanté la mano. «El alcalde me envió».

«Oh, Henry. Por favor», dijo, apoyando una mano sobre su pecho.

Golpeé la puerta. Luego me volví hacia ella, señalando la sonrisa falsa en mi rostro. «Me

portaré bien».

Ella puso los ojos en blanco, pero aparte de eso no intentó detenerme. El amigo abogado del alcalde tuvo la misma reacción ante mi presencia que el alcalde, excepto que tomó los antiácidos en lugar de los agujeros de donut.

«¿En qué puedo ayudarte, Henry?».

«¿Qué está pasando con mi hotel?». Metí las manos en los bolsillos de mis jeans.

«Bien. ¿Así que ya lo escuchaste?». Tragó saliva, revolviendo papeles.

«¿Escuchar qué?», pregunté con los dientes apretados. No podía perder este hotel.

«Bueno, verás, en 1869, cuando se construyó el hotel o, mejor dicho, se renovó, eh...», rebuscó entre más papeles. Di un paso hacia él y levantó la mano. «Aquí está. Hay dos escrituras. Verás, el hotel originalmente eran dos casas. Después del gran incendio y la renovación, se combinaron en lo que hoy conocemos como el Hotel Cavalier. ¿Ves?». Empujó hacia mí las copias de las dos escrituras y los planos del hotel. La firma de mi bisabuelo en la parte inferior me llamó la atención. El diseño arquitectónico era suyo.

Me pellizqué el puente de la nariz. «Dos escrituras, dos propietarios. ¿Es eso lo que me estás diciendo?».

Se secó la frente y tomó otra tableta. «Sí, Henry. Sé que esto es poco convencional, pero en ese entonces el papeleo tenía una forma de caerse por las grietas. ¿Quién sabe? Tal vez así era como lo querían los Cavalier. Es difícil decirlo. De cualquier manera, el señor Cavalier tenía todo el derecho de vender la propiedad como dos unidades separadas».

«Excepto», apreté el respaldo de la silla, «que la propiedad es *un* solo hotel». Mierda.

«Lo siento, hijo». Me ofreció una débil sonrisa mientras alisaba su traje barato. «Hablé con la Srita. Swift esta mañana. Es una mujer muy agradable. Estoy seguro de que, si le preguntas, no tendrá ningún problema en venderte su mitad de la propiedad».

Sí, una mujer muy agradable, de hecho. Excepto que no tenía el dinero para comprarle su parte. «Él lo sabía, ¿no? Cuando apostó la escritura. ¿Sabes qué? Olvídalo. Yo me encargaré de esto». Salí y cerré de un portazo la puerta de la oficina detrás de mí.

Él era un callejón sin salida.

De vuelta en el sitio de construcción, Russ me alcanzó antes de que llegara a Main Street. «Hola, jefe. ¿Se resolvieron las cosas?»

«Casi».

«La inspección está hecha. Solo para que lo sepas». Hizo una mueca.

«No importa». Me detuve y me volví para mirarlo.

«Estamos bien aquí. Pero hay una pequeña fractura en Main Street. Justo al lado de tu hotel».

«Está bien. Vamos a arreglarla. Por eso estamos aquí».

Reparar las tuberías de alcantarillado debajo de la calle era una molestia, pero ya habíamos puesto toda la cuadra patas arriba. Un agujero más no iba a arruinarnos.

«Sí. Sobre eso». Dio un paso atrás, frotándose la nuca. «La mujer...».

«Bien. Sácala de aquí». Me di la vuelta para irme, pero luego me detuve. ¿Y si esto era lo que necesitaba la señorita Swift para darse cuenta de que no pertenecía a este lugar? «Pensándolo mejor, yo me encargaré de la Srita. Swift. Tú reúne al equipo».

Russ asintió. Me subí a mi camioneta Chevy y conduje casi un kilómetro hasta el hotel. Tal como lo pensé, la Srita. Swift había estacionado su pequeño Mercedes justo en la puerta principal, como si fuera la dueña de todo el lugar. Me detuve a una cuadra de distancia y caminé el resto del camino. Una vez que la mujer conociera acerca de la verdadera condición del hotel, no tendría otra opción que venderme su mitad. Sin duda, nuestro “honorable” alcalde había

omitido algunos detalles del contrato cuando cerraron el trato. ¿Por qué otra razón estaría aquí, completamente inconsciente de la construcción en curso?

Miré por la ventana de su auto. Había un bolso de diseñador en el asiento del pasajero. Maletas de tamaño completo que combinaban con su bolso llenaban el asiento trasero. Puse los ojos en blanco. ¿Quién era ella? ¿Una niña rica que intentaba fastidiar a papá comprando un hotel en ruinas? Eso no tenía ningún sentido. Me alejé de su auto y caminé tranquilamente hacia la puerta principal, que estaba abierta de par en par. Debería haber cambiado la cerradura cuando me mudé. Pero ¿cómo se suponía que iba a saber que Jonathan haría algo así? No. Debería haberlo sabido. Este era su estilo, sin duda. Abrí la puerta con el hombro y entré a la fuerza en el vestíbulo del hotel. Si la señorita Swift tenía el rostro de un ángel, tenía la boca de mi equipo de construcción después de unas cuantas rondas de cervezas en el bar ‘Speakeasy’. También tenía un temperamento terrible. Como ya había pensado antes, era una persona problemática. Cuando la encontré, los fragmentos de vidrio se esparcieron por el suelo y hacia mí. ¿Qué demonios?

«Que mierda mi vida», dijo de nuevo mientras cogía otro taburete del mostrador y lo arrojaba contra el espejo, el muy antiguo que había pertenecido a la familia Cavalier durante tres generaciones. Se dio la vuelta en el sitio, con las mejillas sonrosadas y los labios fruncidos. Su mirada se movió rápidamente por la habitación, buscando más cosas para arrojarle al espejo. Cuando me vio, se calmó y se apartó los mechones de cabello sudorosos de la cara, obligándose a respirar con normalidad.

Dios. Nunca había visto a una mujer tan enojada antes, o tan hermosa. A menos que contara a Hipolita, mi primer supuesto amor.

«Si has entrado para decirme que no puedo estar aquí, déjame decírtelo. *Tú eres* quien no puede estar aquí. De hecho, estás invadiendo. Vete. Ahora». Caminé hacia mí con esos jeans ajustados y tacones súper altos. Todavía furiosa. Santa mierda.

Llevé mis manos a mis caderas. Dos podían jugar este juego. «No estoy aquí por el pequeño truco que hiciste allá afuera. Pero hablemos de la parte de la intrusión».

Apretó sus labios, algo entre un puchero y un ceño fruncido mientras su mirada azul ardiente se centraba en mí. ¿Por qué sentía que podía leer mis pensamientos?

Con un profundo suspiro, extendió los brazos. «Por difícil que parezca, soy la afortunada dueña de este elegante establecimiento. ¿No es jodidamente grandioso? Así que como ves, eres tú quien está invadiendo».

Solté una carcajada. Las matemáticas no eran tan difíciles, especialmente si tenía en cuenta en la ecuación al alcalde, añadía su elegante auto, su fina ropa y su estado de ánimo enojado. Sí, el “Honorable” Jonathan Cavalier también la había engañado. Ese canalla.

«Entonces, ¿por qué estás enojada? ¿Por el edificio condenado o el hecho de que no eres la única dueña?», pregunté.

«¿Qué?». Levantó la cabeza de golpe. «¿De qué estás hablando?».

«Bueno, puede que no sea evidente para ti, pero vivo en este elegante establecimiento. Resulta que todo este hotel son en realidad dos casas separadas». Si no sabía sobre las dos escrituras, entonces estaba enojada por el estado del lugar. Tal vez comprarla fuera una opción. No me importaba si tenía que pedirle dinero prestado al mismísimo diablo. Ella no podía quedarse.

Le di una sonrisa. Ella arqueó una ceja y yo bajé el tono de mi actitud amistosa. «Parece que estás teniendo remordimientos de comprador. Estaré más que feliz de quitarte esta porquería de encima. Ya sabes, si quieres».

Se echó el pelo hacia atrás, obsequiándome con una sonrisa brillante: todos los dientes

blancos y perfectos, excepto su canino izquierdo, que sobresalía un poco. Pasé dos dedos por mis labios y ahuyenté la imagen que se arrastraba por mi cabeza. Ella no podía ser ella.

El suelo tembló bajo mis botas en el segundo en que el recuerdo de Hipolita me golpeó de lleno en el pecho. ¿Hipolita Morrow? Di un paso atrás para poner más distancia entre nosotros. ¿No me reconocía? ¿Por qué había vuelto? ¿Por qué el nuevo nombre? Una serie de otras preguntas pasaron por mi cabeza, mareándome.

«Cariño, creo que es una idea maravillosa». Su tono de voz era dulce, aunque el fuego en sus ojos todavía estaba allí. «Pero acabo de llegar y no tengo un lugar donde quedarme». Miró hacia la lámpara de araña, mordiéndose el labio. «El lugar es todo tuyo, siempre que me dejes quedarme hasta fin de mes».

Ella quería vivir bajo mi techo. ¿Por qué? Un revuelo hacia el fondo de la gran escalera la hizo estremecerse, y se acercó a la puerta. Ella no quería estar aquí más de lo que yo la quería aquí.

«¿Qué pasa a fin de mes?», pregunté.

Ella sonrió y, por primera vez desde que llegó, parecía sincera. «Podré irme a casa».

«Mmm», me froté la mandíbula.

Sus tacones hicieron clic contra el piso de mármol mientras caminaba de regreso al bar. Mi mirada siguió su silueta por un segundo antes de apartar la mirada. Esos jeans ya estaban tatuados en mi mente; no necesitaba mirarlos. Tenerla a solo unas pocas puertas de mi dormitorio definitivamente sería un problema. No podía permitir que nadie merodeara por mis asuntos en este lugar. Para la gente del pueblo, yo estaba aquí para dar un lavado de apariencia al centro de la ciudad y atraer a más turistas. ¿Cuánto tiempo le llevaría a ella descubrir que había estado buscando los antiguos pasadizos subterráneos que conducían a la Mansión Cavalier en las afueras de la ciudad? ¿Me ayudaría o me usaría de nuevo?

«¿Siempre eres así de estoico?», me preguntó.

Metí las manos en los bolsillos de mis jeans y observé su rostro. «Tengo una vieja amiga que puede alojarte. Si quieres. Puedes quedarte con ella todo el tiempo que necesites».

Apretó los dientes y me dedicó una sonrisa falsa, muy diferente a la que me había ofrecido antes. «Tenía mi corazón puesto en este lugar».

La dulce Hipolita tenía que ser una de las peores mentirosas que había conocido, llena de engaños. Podría engatusar a los demás, pero no duraría ni dos manos en mi mesa de póquer.

«¿En serio? He estado limpiando ratas durante los últimos tres días. ¿Estás de acuerdo con eso?».

«Realmente necesito quedarme aquí. Hice una promesa».

La última parte sonaba como verdad, aunque no me ayudaba en este momento. Necesitaba que se fuera. ¿Por qué sentía que estaba perdiendo esta batalla?

«¿Qué pasaría si te dijera que estoy aquí en una misión para vengar a mi padre?».

Su rostro se quedó en blanco. Interesante.

«Diría que eres la bromista más grande que he conocido». Se rió y luego frunció el ceño.

Yo también lo había sentido. La habitación retumbó de nuevo bajo mis pies. Oh, mierda. Cerré el espacio entre nosotros para alejarla de las ventanas, pero ella fue rápida, incluso con esos tacones. Salió corriendo por la puerta hacia su auto. ¿Estaba loca?

Corrí tras ella, la jalé de la cintura y la estrellé contra la pared del hotel, más fuerte de lo que pretendía.

«Te dije que esta calle no es segura».

Mi corazón latía con fuerza mientras ella se aferraba a mí, con los ojos muy abiertos y las

mejillas sonrojadas.

«¿Qué diablos fue eso?», preguntó.

«Daños estructurales en...».

Un fuerte crujido, seguido de otro estruendo resonó a nuestro alrededor y, en cuestión de segundos, el pavimento frente al hotel se derrumbó, llevándose su auto con él.

«Dios mío. ¿Qué diablos acaba de pasar?»

Las lágrimas inundaron sus ojos.

«¿Estás segura de que quieres cumplir esa promesa?», pregunté.

CAPÍTULO 3

Su plan era el único plan

NIKKI

El mundo se estaba desmoronando literalmente a mi alrededor. Henry apoyó sus tensos bíceps a ambos lados de mí. Apoyé la cabeza contra la pared de ladrillos y lo miré a los ojos. Su fuerza me resultaba familiar y reconfortante. Había estado sola tanto tiempo que había olvidado lo que era sentirse protegida. Un cálido aleteo recorrió mi vientre. Apuesto a que mis mejillas también estaban muy rojas.

Forzó una larga exhalación e hizo una mueca.

Henry Cavalier.

El nombre apareció en mi mente. ¿Cómo podía ser?

Tan cerca, la familiar serenidad de sus ojos marrones trajo más recuerdos del verano que pasamos juntos cuando tenía diez años. Justo antes de que todo se fuera al infierno. Había estado tan concentrada en llegar al hotel que no me había detenido a ver realmente al hombre frente a mí. Pero ahora que estábamos aquí, estaba segura de que este era Henry Cavalier, el único chico al que había amado.

Por supuesto, él no me recordaba. ¿Por qué lo haría? Yo no era nada en ese entonces. No es que algo de eso importara. No estaba allí para una reunión cursi. Sino solo por Lisa. Lo miré fijamente, sin poder creer del todo que él era el chico que me había roto el corazón hacía tanto tiempo.

Aparté la mirada de él y busqué mi auto. Se había hundido por completo en medio de la calle en un socavón medio lleno de asfalto derruido que tenía fácilmente dos metros de profundidad. Empujé a Henry alejándolo de mí y saqué la llave de su vehículo del interior del bolsillo de sus jeans. Robarle no era la mejor manera de agradecerle por salvarme la vida, pero había sobrevivido todos estos años confiando en mis instintos y reaccionando rápidamente cuando las situaciones se presentaban. Henry había bajado la guardia por un segundo y yo necesitaba un auto.

«Siempre cumplo mis promesas», respondí a su pregunta anterior.

Para ser justos, me había llevado años cumplir mi promesa a Lisa. Y no estaba segura de que el hotel Cavalier fuera la manera de cumplir esa promesa. El lugar era un desastre, uno real y viviente.

«Está bien, Chico de la Construcción, ¿hay algo más que nos vaya a joder hoy?».

Frunció el ceño y luego se enfrentó al enorme bache, que tenía más o menos la longitud de la entrada del hotel. La estrecha acera por donde me había arrastrado para cubrirme estaba intacta, pero más allá de eso, la calle se había derrumbado.

«No puedo decirlo con seguridad hasta que lleguemos allí, pero parece que esto debería ser

todo». Se frotó la sexy barba incipiente de la mandíbula y merodeó entre los escombros. «Y no es que importe, pero no soy un trabajador de la construcción».

«Antes estabas en un sitio de construcción, sosteniendo una señal de alto total. ¿En qué te convierte eso?».

«Eso me convierte en el arquitecto que la ciudad contrató para renovar el viejo centro de la ciudad».

Arrugó la nariz antes de caer en el agujero. ¿O se cayó? Mierda. Corrí hacia el borde, donde el asfalto se había partido por la mitad, creando una especie de rampa. La pisé y se tambaleó. Una descarga de adrenalina me hizo tambalearme hacia atrás.

«Quédate donde estás». Su voz provenía de algún lugar más abajo.

«¿Cómo lograste bajar allí?». No me gustaba que me dijeran qué hacer.

«Porque sé lo que estoy haciendo», dijo inexpresivo.

Puse los ojos en blanco.

«Ya lo vi». Su voz retumbó más cerca de donde estaba. «¿Quieres tus cosas o no?».

«Por supuesto que las quiero». Era todo lo que me quedaba. «¿Podrías traerme también mi bolso?».

Un segundo después, mi bolso aterrizó a un metro de distancia, seguido de mi equipaje. Mis maletas pesaban más de veintidós kilos cada una, pero las arrojé sobre su cabeza como si fueran una bolsa de malvaviscos. Presumido.

«Entonces, estás aquí para restaurar la ciudad. ¿Cómo vas a encontrar el tiempo para trabajar en tu misión de venganza?», pregunté.

Probablemente lo dijo para sorprender, pero algo en sus ojos me hizo preguntarme si tal vez había algo más. ¿Estábamos aquí por lo mismo?

Salió del socavón. El sudor en su piel bronceada lo hacía brillar bajo el sol. Tragué saliva y me crucé de brazos. Dios, me dificultaba concentrarme. El vello del pecho y la curva de un tatuaje que se asomaba por encima del escote en V de su camiseta tampoco ayudaban. Tenía que llamar a Lisa. Este plan suyo no tenía ninguna posibilidad, no con esta versión de Henry en el camino.

«Eso fue una broma». Se sacudió el polvo de los jeans.

«Eres difícil de leer». Cerré el espacio entre nosotros. «Que esto venga de alguien como yo es decir algo».

«Sé quien eres». Se pasó una mano por el pelo oscuro y me miró a los ojos.

«¿Qué te hizo este pueblo? Tal vez haya una forma de ayudarnos mutuamente». Apoyé las manos en las caderas.

Apretó la mandíbula. El esfuerzo le hacía parecer peligroso. No se parecía en nada al Henry que recordaba. Su mirada oscura se lanzó del hotel en ruinas a la calle destruida antes de posarse en mí.

«No sé qué te trajo aquí. Lo que sí sé es que todo lo que sale de esa bonita boca tuya es una mentira o una verdad a medias. Te veo. Estás llena de cuentos y eres una mentirosa terrible, pero de alguna manera la gente se cree tu actuación. Mis hombres sin duda lo hicieron».

«¿Me ves?», me reí con burla. «¿Qué ves?».

«Una ladrona».

«Prefiero estafadora», apoyé mi mano en su cuello.

Su pulso latía rápido y fuerte contra las puntas de mis dedos. Le afectaba mi tacto, incluso cuando su rostro permanecía inexpresivo.

«Es lo mismo», arqueó una ceja. La pregunta es, ¿qué has venido a robar aquí?».

«Nada», moví las llaves de su auto delante de él.

«¿Qué?», se dio unas palmaditas en el bolsillo antes de arrebatarle el llavero.

«Ahora que hemos establecido que tengo ciertas habilidades que podrías usar, dime. ¿Qué es lo que quieren hacer con este lugar?».

«No hemos establecido nada». Volvió a guardar las llaves en el bolsillo delantero. «Solo soy un arquitecto que resulta ser bueno en el póquer».

Asentí. Eso explicaba muchas cosas: por qué podía leerme como una especie de agente del FBI. Fuera lo que fuese, no me importaba. Había terminado aquí.

«Bien. Quinientos mil y el lugar es todo tuyo», le sonreí.

Lisa tendría que escucharme. Nunca debimos habernos desviado de nuestro plan original de ganar su apelación y sacarla de la cárcel. Se suponía que el dinero de mi última estafa pagaría por eso. En cambio, Lisa había llegado a un acuerdo con su abogado para comprar este lugar.

«Claro. Excepto que no es lo que pagaste por tu mitad del hotel». Sacudió la cabeza, con una sonrisa torcida tirando de sus labios.

«¿Cómo puedes saber eso?», crucé mis brazos.

«Te rascas la nariz cuando mientes». Me dio un golpecito en la nariz.

«No, no lo hago». Le regresé el golpecito en su mano.

«Lo haces».

¿Qué diablos? ¿Me rasqué la nariz?

«Cuatrocientos mil», dije con convicción.

«¿De verdad es tan difícil decir la verdad?», él ladeó la cabeza.

«No me toqué la nariz». Estaba segura de que no lo había hecho esta vez.

«Tu mano se movió... porque querías tocarte la nariz». Su risa me hizo sentir calor por dentro.

«Doscientos cincuenta», suspiré.

«¿Fue tan difícil?», sonrió y una pequeña arruga apareció alrededor de su ojo derecho.

«No tienes idea». Tomé mi bolso del suelo y saqué mi teléfono. «¿Cuándo podré recibir mi dinero?».

«Sobre eso», se frotó la nuca.

«No tienes el dinero, ¿verdad?».

«No conmigo, no. Necesito unos días».

«Tienes dos días para conseguir el dinero, o encontraré un nuevo comprador». Me alejé de los escombros.

«Tendré tu dinero», maldijo en voz baja cuando sonó su teléfono. «Sí», respondió mientras se dirigía en dirección opuesta a la mía.

Este día era el peor de todos. Caminé hasta el final de la calle y me apoyé en una de las barricadas. Cerré los ojos y miré al cielo mientras los rayos del sol me quemaban las mejillas. Había olvidado lo caluroso que era aquí en verano. Me picaba la nariz y me la froté. Henry. Bueno, tal vez este día no era el peor de todos. Sonriendo, presioné mi teléfono y busqué el número del único hombre que podía ayudarme ahora.

«¿Cómo estás, muñeca? ¿Cómo está París?», Dom contestó al primer timbre.

«Todavía no estoy allá. Hice un pequeño desvío. Necesito un favor, cariño».

Suspiró en voz alta. Aquí había un tipo que sabía cómo jugar el juego y lo disfrutaba. «Para ti, cualquier cosa. ¿Qué es?».

«Mi hermana está en la cárcel», dije sin rodeos. Había conocido a Dom en mi última estafa. Era un elegante abogado de Nueva York, uno de los mejores y nuestra última esperanza.

«Mierda. ¿Qué pasó?», preguntó.

«Ella mató a un hombre». La estática llenó el aire. «O más bien, está cumpliendo condena por un crimen que no cometió. Te prometo que no lo hizo».

«¿Qué necesitas, nena?». Las lágrimas brotaron de mis ojos ante sus palabras. Extrañaba a Lisa. Extrañaba tener una familia. Extrañaba tener a alguien de mi lado, compartiendo la carga conmigo.

«Necesito ver a mi hermana. ¿Podrías ayudarme con eso? Por alguna razón, sus privilegios de visita fueron revocados o algo así».

«Lo tienes, muñeca. Dame una hora. Solo envíame un mensaje de texto con su información».

«Gracias, cariño. Eres el mejor. Ciao». Colgué.

Tres horas después estaba en la penitenciaría estatal en el lado oeste de Phoenix, con un pase especial para ver a Lisa. Incluso había tenido tiempo de pasar por un concesionario y convencer al vendedor de que me dejara probar un Tesla durante unos días.

Me senté en la silla destartalada frente al panel de vidrio, esperando a que Lisa apareciera del otro lado. La última vez que la había visitado había sido hace diez años. Acababa de cumplir quince. Después de cinco años de rebotar en el sistema, había decidido escaparme a París. Lisa tenía veintitrés años en ese momento y apoyó plenamente mi loca decisión. Estaba en la cima de su juventud, consumiéndose en una celda de la cárcel.

Ese día me pidió que nunca volviera a ese lugar. «Ve a disfrutar tu vida. Por las dos. Escribeme todos los días», dijo.

A lo largo de los años nos escribimos cartas, pero después de un tiempo, dejó de responderme. Seguí haciéndolo durante unos años más y finalmente me rendí también. Me tragué las lágrimas y me soné la nariz. Deberíamos haber seguido juntas. Ella era la única familia que me quedaba. No era justo que hubiera pasado quince años de su vida pagando por algo que no hizo.

Levanté la vista cuando ella apareció al otro lado del cristal, luciendo como si hubiera envejecido treinta años. Nos echamos a llorar. Ninguna de las dos tenía fuerzas para fingir más. Nos sentamos allí y lloramos durante lo que parecieron horas. Articulé un “lo siento” mientras ella negaba con la cabeza. Señaló su teléfono y lo cogió. Yo hice lo mismo.

«Por favor, no te disculpes. Y no más lágrimas», dijo.

«Hecho». Me limpié ambas mejillas con el dorso de la mano, forzando una pequeña sonrisa.

«¿Cómo está el hotel? ¿Entraste en los túneles?».

«Paradise Creek no es lo que recordamos. No es lo que era cuando éramos niñas. El hotel está en ruinas. La puerta ha desaparecido». Me puse una mano sobre el pecho para aliviar la opresión.

«¿Qué? Eso no puede ser. ¿Cómo es posible? Solo han pasado...».

El dolor en sus ojos me afectó. «Conozco a un muy buen abogado. Un hombre de primera clase de Nueva York, no la pobre excusa de tipo que el estado te ha designado. Él puede sacarte de aquí. Podemos irnos juntas. ¿Recuerdas que siempre hablamos de mudarnos a París? Podríamos hacerlo ahora. Tengo un lugar allí».

Lisa negó con la cabeza.

«No», continué. «Escucha, ahora tengo dinero. Podemos ir a donde queramos. Ser una familia».

Había pasado años haciendo un trabajo tras otro, ahorrando mi dinero para que un día pudiéramos pagar un buen abogado para sacar a Lisa de la cárcel. Entonces conocí a Dom Moretti en mi última estafa, y supe que había llegado el momento de Lisa. Por supuesto, ella se

me había adelantado. Unas semanas atrás, me envió una carta pidiéndome doscientos cincuenta mil dólares. Yo vivía bien, pero no tenía esa cantidad de dinero por ahí.

Los préstamos estaban fuera de cuestión. Ser una estafadora no era realmente una profesión que impresionara a los bancos. Decir que había tenido que mentir, robar y engañar para conseguir el dinero que necesitábamos era un eufemismo. Me enojé mucho cuando Lisa finalmente me dijo para qué era realmente el dinero. No lo había usado para contratar a un abogado, sino para comprar un hotel boutique en nuestra ciudad natal. Siempre había pensado que una vez que tuviéramos dinero, todos nuestros problemas se resolverían. Pero estaba equivocada. Tenía dinero, amigos influyentes, pero nada había cambiado. Mi única familia seguía en este infierno.

Lisa volvió a negar con la cabeza, con los labios fruncidos y los ojos llenos de nostalgia. «He desperdiciado mi vida aquí. Cuando me vaya, quiero que todos sepan que era inocente. No quiero que un abogado elegante demuestre que he cumplido mi condena. Quiero demostrar mi inocencia. Quiero ir a casa con la cabeza en alto. Quiero que la señora Blaine me traiga una cazuela y me diga cuánto lamenta lo que nos pasó. Lo mala que fue con nosotras. No quiero París. Quiero Paradise Creek. Por favor. La prueba que necesitamos está en ese túnel. Encuéntrala. Dime que lo harás».

Se me hundió el corazón. No había considerado lo que todo esto significaba para Lisa. No había pasado los últimos quince años preguntándose cómo sería estar en el mundo. Su plan no era dejar este lugar. Quería la verdadera libertad, la libertad de volver a casa y ser aceptada de nuevo. Como habíamos sido cuando nuestros padres todavía estaban vivos. Las chicas Morrow no eran malas. Nos tocaron cartas bastante jodidas cuando éramos jóvenes. El pueblo tenía que saberlo. Lisa tenía razón. Su plan era el único plan. Al carajo con su audiencia de libertad condicional.

«Haré esto por ti». Asentí, inclinándome hacia delante en mi asiento. «Encontraré el túnel de nuevo y conseguiré la evidencia que necesitas. Te lo prometo».

«Nos vamos a casa, hermana». Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Éramos dos mujeres en una misión. Sí, nos había llevado un tiempo muy largo llegar hasta aquí, pero estábamos listas para recuperar nuestras vidas.

Henry tendría que aceptar que me quedara en el hotel. El hotel Cavalier me pertenecía tanto como a él. Sin embargo, ahora tenía que lidiar con el pequeño asunto de haber aceptado venderle mi mitad de la propiedad. Aunque no firmamos ningún documento de acuerdo ni nos dimos la mano, no podía echarme atrás en mi palabra. Había un código tácito entre los ladrones, o entre el ladrón y el jugador de póquer. Necesitaba a Henry de mi lado. Era el único que podía ayudarme con mi situación del túnel.

Para ganarme su confianza, tenía que cumplir con nuestro trato. Según dicho trato, él tenía que entregar su parte del dinero en dos días. Todo lo que yo tenía que hacer era asegurarme de que no recibiera el efectivo que necesitaba.

CAPÍTULO 4

La Gran Muralla

HENRY

Cerré el agua, salí de la ducha y cogí una toalla del estante al salir del baño. Este lugar estaba quedando muy bien. ¿Quién lo hubiera dicho? Tal vez después de que todo esto terminara, podría hacer un hogar aquí y restaurar el hotel Cavalier a su antigua gloria; como había sido cuando yo era pequeño. Pero primero, necesitaba conseguir el dinero de Nikki. Ella necesitaba salir de mi vida, cuanto antes mejor. Me froté la mejilla con la palma de la mano, sintiendo la piel bien afeitada. A los banqueros les gustaba ese tipo de cosas, y yo necesitaba gustarles. Eran mi última esperanza.

Me puse una camisa blanca con cuello y pantalones de vestir. Pasándome una mano por el pelo para peinarlo hacia atrás, me senté en la cama e ignoré la sensación de vacío en mi estómago. Ayer, después de que Nikki se fuera, el hotel se había quedado extrañamente silencioso. Mi corazón se hundió cuando la vi irse. Diablos, todo mi mundo se hundió de nuevo, tal como había sucedido hace diez años, la primera vez que me dejó.

Había cambiado de nombre y de ropa, pero era ella. Había estado tan distraído con todo ese pelo largo y rubio y sus jeans ajustados que no la había reconocido en el sitio de construcción. No hasta que la tuve de nuevo en mis brazos, aferrándose a mí como lo había hecho aquel día en los túneles. Maldita sea. ¿Por qué había vuelto? ¿Por qué ahora?

No, no había vuelto, y para asegurarme de que siguiera siendo así, necesitaba encontrar doscientos cincuenta mil dólares. Me puse de pie y me dirigí a la puerta. El hotel pronto sería todo mío, y entonces podría seguir cavando para encontrar el túnel y reclamar lo que mi tío me había robado. Dejé que la ira que se agitaba en mi estómago me recordara por qué había vuelto. Después de todos estos años, mi tío pensaba que había ganado, sentado en la oficina del alcalde como si fuera el dueño de esta ciudad. Pero esta guerra no había terminado. Yo no era el niño crédulo y estúpido al que había manipulado fácilmente. Jonathan Cavalier pagaría por todo lo que le hizo a mi familia. Cuando llegué a la gran escalera, el vestíbulo era un hervidero de actividad. ¿Qué demonios estaba pasando? Miré con enojo las sábanas blancas, que colgaban como un tendedero en el medio de la habitación, comenzando en lo alto de las escaleras y llegando hasta la puerta principal.

«Nikki», murmuré.

Hipolita Morrow, la chica que se fue cuando más la necesitaba, estaba muerta para mí.

«Buenos días, dormilón», dijo en un tono demasiado alegre y jovial para ser tan temprano en el día.

Caminé a zancadas hacia el sonido de su voz, pero las sábanas estaban en el camino. Las jalé hasta que encontré la salida del laberinto.

«¿Qué es todo esto?», pregunté cuando me recibió al final de las escaleras.

«La Gran Muralla China. ¿Cómo se ve?». La señaló y luego hizo un gesto hacia el resto del vestíbulo. Llevaba pantalones de yoga ajustados y una linda cola de caballo. Incluso sin su ropa de diseñador, se veía...

«¿Cómo entraste? Cambié los candados ayer», golpeé las sábanas.

Se inclinó y susurró en mi oído, sacudiendo un juego de llaves en mi cara. «Soy una ladrona, ¿recuerdas?». Dio un paso atrás y continuó con su voz normal. «De todos modos, la pared servirá como divisor. Ese es tu lado, y este es el mío. Pensé que querías el lado con la barra, ya que ya lo reclamaste».

La agarré del brazo. «Aceptaste venderme tu mitad. ¿Por qué regresaste?».

«El acuerdo sigue en pie. Tienes cuarenta y ocho horas para darme mi dinero». Miró su reloj. «Bueno, ahora son treinta y tres horas».

«Recibirás tu dinero», la miré a los ojos.

«Y cuando lo hagas, me mudaré. Pero si no lo haces...», me dio un encogimiento de hombros.

«Señorita Swift, ¿qué hacemos con el sofá?», preguntó uno de mis muchachos.

«Oh, cariño, gracias. ¿Ya está todo limpio?», Nikki pasó la mano por el terciopelo rojo.

«¿Por qué no estás en el sitio de construcción?», empujé *mi* sofá lejos de su alcance. Las patas de madera arañaron el suelo del vestíbulo.

«Bueno, Russ nos preguntó si podíamos ayudar a la señorita Swift». Sonrió, como si fuera un honor ayudarla.

«Relájate, cariño. Los tendrás de vuelta a tiempo para empezar a trabajar en la carretera. Dos horas como máximo. Solo están haciendo una limpieza ligera». Puso su mano sobre mi pecho.

Retiré su mano de mí antes de que se diera cuenta de cómo me afectaba su presencia. Reprimió una sonrisa, mordiéndose el labio inferior. Ella pensaba que había ganado. Pero todavía tenía un as bajo la manga. Yo era Henry Cavalier. Esta era mi maldita ciudad.

«Russ», llamé a mi capataz.

«Sí, jefe. Russ entró con una mesa de café.

«Justo aquí», Nikki señaló hacia la ventana que daba a la calle. «Eres un genio. Podría besarte ahora mismo».

Russ se puso rojo brillante. Sin duda imaginando cómo se sentiría ese beso. «Acabamos de darle una buena limpieza. El secreto es aceite de limón». Puso la mesa al lado del sofá y limpió la parte superior.

«Russ, voy al banco». Levanté la voz para romper el hechizo de Nikki, o lo que fuera que tenía a Russ bajo su control. «Haz que los chicos vuelvan al trabajo».

«Sí, jefe. Ya casi terminamos aquí». Él asintió en mi dirección.

«Gracias». Me di la vuelta y me dirigí a la puerta, apartando las sábanas del camino.

Afuera, el aire caliente no hizo nada para calmar mi humor. El sudor hizo que mi camisa se me pegara a la espalda antes de llegar a mi camioneta. A esta hora, conducir a través del sitio de construcción era la mejor manera de evitar el tráfico. No podía llegar tarde a esta cita.

«Bueno, ya son treinta y tres horas». La voz de Nikki sonaba en mi cabeza.

Agarré el volante. Al igual que antes, en un día, ella había puesto mi vida patas arriba y me había puesto en ridículo. No esta vez. Estacioné la camioneta frente al banco y subí corriendo los escalones de piedra. En la puerta, Bill, el guardia de seguridad, me saludó a través del vidrio y luego giró la llave.

«Hola, Henry. El Sr. Paredes te está esperando en su oficina. Pasa». Me dio una palmadita en

la espalda.

«Buenos días». Le ofrecí un rápido asentimiento mientras entré.

El lugar tenía ese olor a humedad habitual de los edificios antiguos. Pasé junto a los cajeros. Columnas anchas sostenían los techos altos, desviando la luz del sol para que brillara en los pisos de mármol. Sonreí ante los detalles del diseño. Este edificio era otra de las contribuciones de mi bisabuelo a esta ciudad.

«Buenos días, Henry». El Sr. Paredes, el gerente del banco, se puso de pie para saludarme. «Llegas justo a tiempo. Siéntate. ¿En qué puedo ayudarte?».

«¿Tuviste la oportunidad de revisar mi solicitud? Necesito capital para restaurar el hotel Cavalier».

Él asintió. «Sí. Mi esposa dice que todos en la ciudad están hablando del trabajo que has hecho hasta ahora. Están emocionados de ver el hotel restaurado. Tu padre estaría muy orgulloso».

Ambos bajamos la mirada. Me tragué el nudo en la garganta. Habían pasado quince años desde que mi padre fue asesinado, y todavía me dolía igual que el día que los paramédicos vinieron a sacarlo de nuestra casa.

«Eso espero», susurré.

«Escucha, Henry. Tu padre era un buen amigo mío, por eso acepté acelerar tu solicitud. Por eso acepté reunirme contigo antes del horario de atención del banco. Pero la verdad es que no puedo darle dinero a la gente que conozco. Hay un proceso. Requisitos. La tasación de la propiedad tardará unos días más. ¿Por qué tanta prisa?».

«¿Estás rechazando mi solicitud?», me recliné en mi asiento.

«Por supuesto que no. Simplemente no puedo acelerar el proceso como querías». Sus rasgos se suavizaron y una sonrisa se extendió por su rostro. «Escuché que hay una señorita en la ciudad que está más que dispuesta a invertir en tu proyecto. ¿La has considerado?».

Nikki ya lo había contactado. Esto no tenía nada que ver con las finanzas o la amistad. Sin duda ya le había contado alguna historia triste sobre por qué estaba aquí.

«¿La conoces?», pregunté.

«Sí. Anoche. Mi esposa y yo salimos a caminar y nos encontramos con la Srita. Swift. Es encantadora y creo que se le debería dar la oportunidad de unirse a nuestra comunidad. ¿No estás de acuerdo?».

Negué con la cabeza. No tenía idea de quién era ella en realidad. ¿Me creería si se lo dijera? Lo dudaba.

«Gracias por su tiempo, Sr. Paredes».

«Cuando quieras, Henry. Estarás bien». Se puso de pie y me estrechó la mano.

Asentí y me fui. Había puesto todas mis esperanzas en conseguir un préstamo del banco. Ahora estaba a merced de Nikki. *Maldita sea*. No hacía falta ser un genio para ver que había cambiado de opinión sobre venderme su mitad del hotel. ¿Qué pasó ayer? No me creí su historia de mierda al Sr. Paredes sobre querer ser parte de esta comunidad. No necesitaba el hotel Cavalier para eso. ¿Qué quería realmente?

De regreso al hotel, estacioné cerca de los escombros. El coche de Nikki todavía estaba en la zanja. Sacarlo estaba en mi lista de cosas por hacer para hoy, pero primero tenía que lidiar con la Gran Muralla. Me arremangué y caminé pisando fuerte hacia la puerta principal y la música fuerte que resonaba en el vestíbulo. Era una canción española con un tono alegre y matices sensuales, justo como Hipolita o Nikki.

Me incliné sobre el umbral y admiré el trabajo que había hecho con el lugar. Era increíble lo

que veinte trabajadores de la construcción y una mujer muy decidida y exigente podían hacer en dos horas. El lugar olía a Pinol y se veía impecable. Al menos su lado de la pared se veía impecable. ¿Por qué no se me había ocurrido traer a los chicos para que me ayudaran? En cambio, había pasado días quitando escombros y muebles rotos por mi cuenta. ¿Lo había hecho como castigo? Como si el estado de este lugar fuera culpa mía. No lo era. No me había ido como ella lo había hecho. Me habían enviado lejos contra mi voluntad.

Nikki estaba detrás de lo que solía ser el mostrador de recepción del hotel. Lo había dispuesto como una despensa de servicio, con una máquina de café espresso incluida. Sonreí a sus espaldas mientras bailaba al ritmo, vertiendo una buena dosis de jarabe de chocolate en su leche. Cuando éramos niños, mamá nos dejaba ir a la cocina y preparar chocolate caliente. Incluso cuando hacía cuarenta grados afuera, nos sentábamos en el jardín y bebíamos nuestras bebidas. Teníamos solo diez años, pero no había tardado mucho en convertirse en mi primer amor, mi primer flechazo y, años después, mi primer beso. ¿Cómo era posible que no me reconociera? ¿Había cambiado tanto? Me froté el dolor sordo en el pecho. Por supuesto que sí. La muerte de papá lo había cambiado todo, incluso a mí y a esta ciudad.

«Por fin, me miras como un auténtico pervertido». Se acercó a mí con dos tazas en las manos. «¿Moca? Pareces un tipo al que le gusta el mocha».

La muerte de papá me había cambiado, pero a ella no. «No, gracias. Prefiero el café negro». Me dirigí a las escaleras.

«Henry. Tenemos que hablar, cariño. Únete a mí».

Mi nombre en sus labios me dejaba paralizado. Me di la vuelta y me hizo un gesto para que me sentara en el sofá.

Sin dejar de mirarla, cerré el espacio que nos separaba. «Hay que derribar el muro».

«¿Por qué?», sonrió y bebió un sorbo de chocolate caliente o mocha.

«Lo entiendo. Me tienes agarrado de las pelotas. Pusiste al señor Paredes en mi contra, a mis muchachos. Lo entiendo. O trabajamos juntos o no trabajamos en absoluto. ¿Es así?».

Se aclaró la garganta y aparecieron pequeñas arrugas entre sus cejas. ¿Esperaba que yo me resistiera más?

«Estoy dispuesta a esperar hasta mañana. Técnicamente, todavía tienes tiempo para conseguir el dinero».

«Sabes que eso no va a pasar. Me bloquearás. Pero el hecho de que estés dispuesta a esperar me dice que quieres mi confianza».

Se encogió de hombros y miró su taza.

«¿Quieres mi confianza? Dime por qué estás aquí. Y recuerda que sabré si mientes». Me senté a su lado. El sofá todavía estaba húmedo, pero la frescura se sentía bien.

«Es una historia tan larga que ni siquiera sé por dónde empezar». Me dirigió una sonrisa brillante y cegadora antes de bajar la mirada. Estaba empezando a pensar que su actuación no era una actuación, o tal vez lo había hecho durante tanto tiempo que no se daba cuenta de que lo estaba haciendo. «Podrías empezar con tu nombre real».

Abrió la boca y luego la cerró, con la mirada fija en mí. El miedo en su expresión me hizo querer abrazarla. Pero ¿me dejaría? ¿O volvería a escapar? Apoyó el brazo en el respaldo del sofá. Sus ojos se dirigieron hacia la ventana que teníamos delante y el enorme socavón que ocupaba la calle. ¿Era posible que su vida fuera un desastre, igual que la mía?

«No me hagas decirlo». Se volvió hacia mí.

Una corriente cálida me recorrió y me hundí más en el sofá. Sí me recordaba. En mi cabeza, las palabras de cuando nos conocimos sonaban altas y claras. «Prometo que no me reiré de tu

nombre. Cruzaré mi corazón y si no, moriré», dije antes de dibujar una cruz en mi pecho con dos dedos. Incluso entonces, ella odiaba su nombre.

«Hipolita Morrow». Nikki metió los pies debajo de ella y se apoyó en el apoyabrazos.

«¿Fue tan difícil?». Apoyé los codos en los muslos, cubriendo mi sonrisa.

«No tienes idea». Sus ojos azules atravesaron mi corazón.

«¿Por qué estás aquí? ¿Por qué el nuevo nombre?».

«Le hice una promesa a mi hermana». Se miró las manos y trazó las líneas de la palma con el pulgar. Había desaparecido esa manera juguetona suya. «Hace quince años, la encarcelaron por un crimen que no cometió».

«¿Estás segura?», me recliné en mi asiento.

«Estoy segura», se puso de pie de un salto, con los ojos encendidos. Estaba diciendo la verdad o al menos lo que ella creía que era la verdad.

«¿Estás aquí para... qué? ¿Ayudarla a escapar?», me puse de pie.

El dolor, el anhelo, estaban escritos en todo su rostro. Tal vez Hipolita no había cambiado después de todo. Simplemente era mejor que yo ocultando su sufrimiento.

«No. Para limpiar su nombre. No quiere su libertad. Quiere que todos sepan que no lo hizo».

Después de todos estos años, ¿Lisa Morrow era inocente? Los detalles de esa noche eran un borrón en mi cabeza. Acababa de cumplir once años. Lisa tenía dieciocho años cuando la encontraron sobre el cuerpo de papá, alegando que alguien lo había asesinado. Pero todas las pruebas demostraban que ella lo había hecho: sus huellas dactilares en el cuerpo, el arma, su ADN bajo las uñas de él... toda la sangre.

¿Sería eso posible? ¿Sería posible que la mujer a la que habían encarcelado por el asesinato de papá hacía tantos años fuera inocente?

¿La hermana de Hipolita era inocente?

CAPÍTULO 5

El príncipe del paraíso

NIKKI

Hipolita Morrow.

Ese era un nombre que no había oído desde la universidad. Me sonaba muy extraño. Normalmente, en una conversación con un desconocido, ese era el momento en el que tenía que explicarle que era mitad brasileña, que me habían puesto el nombre de mi abuela materna. Pero no con Henry. Ese hombre tan hermoso era en realidad Henry Cavalier, mi Henry. Pero, maldita sea, no importaba si me reconocía o no. Nuestra historia había terminado. Volví para recuperar a Lisa. Su vida estaba en juego.

«Hipolita». Su voz sonaba tensa.

Un golpe en la puerta del vestíbulo principal me hizo saltar. Dom Moretti cruzó el umbral y mi mundo dejó de girar. Parpadeé para aclarar mi visión y corrí a sus brazos. No lo cuestionó, simplemente me abrazó. Cuando lo miré, sus ojos eran pozos oscuros que lanzaban dagas a Henry.

«Cariño, viniste. Es tan bueno verte». Puse mi mano en su mejilla.

«Estoy muy contento de haberlo hecho». Su mirada se posó en mi mano que agarraba su manga. «¿Quién es tu amigo?».

«Oh, ¿él? No es un amigo. Solo un trabajador de la construcción». No me molesté en mirar a Henry, solo agité mi mano en señal de restarle importancia.

«No soy un trabajador de la construcción, dijo Henry con expresión inexpresiva.

«Subamos. Estaremos más cómodos allí. Le guiñé un ojo a Dom y lo guie hacia la gran escalera.

Detrás de nosotros, el sofá se tambaleó por el suelo con un sonido chirriante. Dos segundos después, Henry cerró de golpe la puerta principal.

«¿Qué fue todo eso?», preguntó Dom. «¿Ese imbécil intentó algo?».

«No». Me dirigí a la ventana de mi dormitorio para abrirla.

El aire caliente sopló en mi cara y no hizo nada para aliviar el dolor en mi corazón. Debajo del balcón, Henry pisoteó el gran agujero en el suelo, gritando órdenes a sus hombres. Russ le levantó las dos cejas, con la boca ligeramente abierta, pero no cuestionó las instrucciones de Henry.

«Ese tipo está bien encabronado». Dom se unió a mí en el pequeño balcón. Apenas había suficiente espacio para los dos. «¿Quién es él en realidad, muñeca?».

Henry recogió escombros del techo de mi Mercedes y los arrojó sobre la retroexcavadora. Sus trabajadores lo miraron de reojo, pero no dijeron nada. El ceño fruncido en su rostro les decía que lo dejaran tranquilo. Este no era el Henry feliz y despreocupado que yo conocía. El que

era dueño de todo lo que nos rodeaba, que había pensado que todo era posible. Me froté el pecho con la mano. La vieja herida estaba sangrando de nuevo, como lo hacía cada vez que pensaba en Henry.

«Es el Príncipe del Paraíso». Me tragué el nudo en la garganta.

«¿El príncipe de qué?», Dom preguntó riéndose, mientras acomodaba su maletín sobre la cama.

«El príncipe de un cuento de hadas que una vez pensé que podría ser mío», murmuré. Henry levantó la vista justo cuando Dom volvió a la ventana, deslizó su mano alrededor de mi cintura y me besó la sien. «¿Este imbécil te rompió el corazón?».

Las lágrimas me picaron en los ojos cuando encontré su mirada. «Su familia fundó Paradise Creek. Eran ricos y con notable presencia. Todos en el pueblo los trataban como a la realeza. Todavía lo hacen». Sacudí la cabeza. «Yo era una de esas personas, tal vez incluso peor. Como todas las chicas del pueblo, estaba loca por el chico Cavalier. Cuando nuestros padres murieron...».

«No lo sabía. Lo siento mucho». Dom suspiró.

«Está bien». Me limpié la nariz.

«¿Cómo sucedió?».

«Un accidente de coche en la 101. Yo tenía diez años. Lisa tenía dieciocho. Éramos felices y, así de fácil, nuestras vidas terminaron».

«No lo sabía, Nikki». Dom sacudió la cabeza, frunciendo los labios.

«Nunca te lo dije». Le sonreí y me encogí de hombros. Henry era la única persona que conocía mi historia. Lo sabía porque había estado allí cuando Lisa tuvo la brillante idea de conseguirnos un trabajo en la Mansión Cavalier. Ella acababa de cumplir dieciocho años y pidió mi custodia. Conseguir un trabajo como empleada doméstica interna era la única manera de mantener unida a nuestra familia. Me había dado vergüenza ir a trabajar para la familia Cavalier, para Henry. Lo que no esperaba entonces era que nos recibiera con los brazos abiertos.

Durante el verano que pasamos allí, Henry y yo nos hicimos amigos. Me enseñó que mi vida no había terminado, que aún podíamos ser felices. Por un tiempo, me permití soñar que Henry y yo podíamos ser más que amigos.

“Vamos”, me dijo cuando me encontró en el jardín de su madre bajo un mezquite. “Sé exactamente lo que necesitas para sentirte mejor”. Extendió la mano, un mechón de cabello rubio tocó su frente. Mi corazón dio un vuelco hacia atrás cuando sus dedos rodearon mi codo. Me quedé de pie, unos centímetros más alta que él, hipnotizada por su brillante sonrisa.

“¿A dónde vamos?”, pregunté. Lo habría seguido hasta el fin del mundo.

Él tomó mi mano y me llevó al otro lado de la Mansión Cavalier. Escondida detrás de los arbustos que bordeaban la pared había una pequeña puerta, apenas lo suficientemente grande para que pudiéramos pasar.

“Es un túnel secreto. Conduce a la cocina. Solo mamá y yo lo sabemos”, dijo. “¿Te gusta el chocolate caliente?”.

Después de esa noche, se colaba en mi habitación casi todas las noches y nos escondíamos en los túneles para beber nuestros chocolates calientes. Con Henry sosteniendo mi mano, el dolor de perder a mis padres había sido soportable.

«¿Así fue como terminaste en la Mansión Cavalier?», preguntó Dom, devolviéndome al presente.

«¿Cómo lo sabes?».

«Revisé los archivos de Lisa». Me llevó hacia la cama y me hizo un gesto para que me

sentara.

«¿Cómo está?». Me senté, parpadeando para contener las lágrimas.

«No tengo idea. No me ha visto. Creo que sus palabras exactas fueron: el elegante abogado de Nikki no es mi abogado. No lo dejes entrar nunca».

«Quiere demostrar que es inocente y cree que encontrarás un tecnicismo para sacarla de allí».

Dom se rascó la barba incipiente de la mejilla. «Tengo una amiga que me está ayudando. Revisamos sus archivos y lo siento, pero encontrar una duda razonable es la única forma de sacarla de allí. Fue un crimen espantoso, Nikki».

«Ella no lo hizo». Me puse de pie de un salto.

«Te creo». Levantó la mano. «Pensé que podríamos revisar su archivo juntos y ver si algo te llama la atención. Estabas allí. Tal vez haya algo que te perdiste o que olvidaste mencionar».

«Tenía diez años cuando pasó. Nada de esto tiene sentido. No sé si puedo ayudar», me llevé una mano a la frente. La verdad era que no quería recordar. La sangre estaba por todas partes. Cuando Henry me encontró, estaba de rodillas con arcadas.

«Sé que esto es difícil, pero si quieres ayudar a tu hermana, tienes que esforzarte por recordar». Dom me apretó los dedos.

Asentí. Mi pulso se desaceleró hasta un doloroso latido cuando abrió la carpeta manila. Fotos del padre de Henry acostado en un charco de su propia sangre se deslizaron sobre la cama. Henry. Pasé los dedos sobre las fotos, apartándolas para ver la siguiente. Se me revolvió el estómago y mis manos se pusieron frías y húmedas, como cada vez que intentaba recordar. Pero esto era por Lisa. Tragué saliva y me senté más derecha.

«Esta de aquí me llamó... la atención», Dom tocó la foto.

Por instinto, miré hacia arriba. Conté hasta diez y me obligué a concentrarme en el señor Cavalier, su boca flácida y sus ojos sin vida.

Dom colocó su dedo índice sobre una fotografía de veinte por veinticinco centímetros y la deslizó en mi dirección. «Este rasguño en su brazo. No parece gran cosa, pero no hay mención de ello en la autopsia. Así que le pedí a un amigo que lo revisara. Es post mortem. Un abogado medio decente se habría dado cuenta».

«¿Qué quieres decir?».

«¿Un rasguño post mortem, no violento?», arqueó una ceja. «El cuerpo fue movido».

«¿Como si lo hubieran arrastrado sobre un borde afilado?». Me quedé mirando la fotografía y el pequeño rasguño.

«Tal vez. Seguiré investigando. Este puede ser el tecnicismo que necesitamos para sacar a tu hermana.

Abrí la boca para hablar, pero él levantó la mano.

«Sé que eso no es lo que ella quiere. ¿Qué tal si te concentras en recordar más detalles y yo me concentro en mi elegante abogacía? ¿Trato hecho?».

«Cariño, gracias por esto».

«No tienes por qué agradecerme. Le hiciste un favor a Derek. Te lo debemos». Reunió todas las fotos y las guardó en la carpeta.

«Sí, después de que lo traicioné», me burlé.

«Pero lo arreglaste. Eso es todo lo que le importa. Gracias a ti, es feliz». Con un suspiro, me entregó la carpeta. «Te dejaré esto. Si piensas en algo, llámame».

«Lo haré». Caminé con dificultad hacia la puerta, tratando de borrar el rostro de James Cavalier de mi mente. No quería estos recuerdos en mi cabeza. No estaba lista.

Cuando me di vuelta, el rostro de Dom había vuelto a su habitual mirada despreocupada, con

una gran sonrisa lobuna en su rostro. «Sabes que cree que estamos teniendo sexo aquí arriba, ¿verdad?», señaló hacia la ventana.

«Lo sé».

«Bueno, puedo decir honestamente que nunca había tenido sexo falso. No es lo que parece». Me guiñó el ojo.

«Vamos. Te acompaño a la salida». Me reí y abrí la puerta.

Me siguió por el pasillo hacia la gran escalera. Desde allí arriba teníamos una vista de todo el vestíbulo, con las sábanas dividiéndolo por la mitad.

«¿Qué pasa con la pared?», jaló la tela suelta.

Me reí, más que nada para beneficio de Henry. Estaba sentado en la barra, agarrando su cerveza con tanta fuerza que me sorprendió que el vaso no se hubiera desmoronado en sus manos. Señalé las sábanas.

Yo la llamo la Gran Muralla. Ese lado pertenece al tipo de la construcción, y el otro lado es mío.

Dom se rió burlonamente. «Nunca hay un momento aburrido contigo, Nikki Swift. Lo que me recuerda, aquí está tu cheque. Del cajero, como lo solicitaste». Me entregó un sobre blanco mientras bajábamos las escaleras.

En la barra, Henry se atragantó con su cerveza, tosiendo un par de veces para aclararse la garganta. Cuando llegamos a la puerta del vestíbulo, le eché los brazos al cuello a Dom. «Cariño, fue muy bueno verte».

«Siempre es un placer», me guiñó el ojo y se fue.

«Me alegro de que el estado del hotel no haya disuadido a tus clientes», dijo Henry desde el bar.

Fue un golpe bajo, pero si así era como quería jugar, bien. «Vino aquí por mí, cariño. Yo era todo lo que podía ver». Saqué el cheque y se lo mostré. «Oh, Dom. Siempre tan generoso».

Henry se quedó boquiabierto y sus ojos se abrieron de par en par. «Es mucho dinero por menos de una hora».

«Soy muy buena en lo que hago», di un paso hacia él.

Estudié sus rasgos, buscando al Henry Cavalier que conocí hace tanto tiempo. Su sonrisa infantil había sido reemplazada por una media sonrisa burlona, aunque su boca no había cambiado mucho. Tenía los mismos labios carnosos, suaves y sexys. Al igual que su estado de ánimo, su cabello había pasado de rubio oscuro a castaño oscuro para combinar con sus ojos. Aunque ahora era treinta centímetros más alto que yo y tenía la complexión de un mariscal de campo, había algo familiar y reconfortante en él.

Su rostro no delataba nada, pero la vena que palpitaba en su sien me indicaba lo que necesitaba saber. Por alguna razón, estaba afectado por todo el sexo falso que acababa de tener. ¿Le importaba yo? Lo miré a los ojos.

Sus ojos estaban llenos de arrepentimiento y enojo, esos hermosos ojos que hace tanto tiempo me miraron con tanta ternura y me ayudaron a superar los peores meses de mi vida. Los mismos ojos que habían prometido que estaríamos juntos para siempre. ¿Por qué estaba enojado conmigo? No fue él quien dejó Paradise Creek con el corazón roto en un millón de pedazos. Me mintió. Él me *lastimó*, no al revés.

«Déjate de tonterías», cerró el espacio entre nosotros. «Ambos sabemos que no tuviste sexo con ese tipo».

«Ah, ¿sí? ¿Por qué?», puse mis manos en mi cintura, luchando contra el impulso de rodearle el cuello con mis brazos y besarlo.

«Porque estás aquí. Si tuviera esa cantidad de dinero, pasarían días antes de que te dejara salir de mi cama». Su mirada se posó en mis labios por un instante.

El beso casto que me dio la última vez que nos vimos, después de estar separados durante casi cinco años, todavía me quemaba los labios. Como si entendiera que estaba tratando de borrar cualquier sentimiento que me quedara por él, sacudió la cabeza una vez y agarró mi muñeca. Me aparté de él de un jalón, pero él me acercó más en respuesta. Mis pechos se presionaron contra él. Con cada respiración forzada, su pecho se sentía como si estuviera a punto de abrirse por el esfuerzo de mantener sus emociones bajo control.

«Di mi nombre». Él tocó mi frente con la suya y deslizó su pulgar por mi mejilla.

«Eres Henry Cavalier», suspiré.

«No puedes quedarte aquí», parpadeó lentamente antes de soltarme.

«¿Cómo dices?», di un paso atrás. «¿Quién te crees que eres para decirme qué hacer?».

«Tú misma lo dijiste. Soy Henry Cavalier», sonrió, «soy el dueño de esta maldita ciudad».

Me clavé las uñas en las palmas de las manos y di un pisotón. Mierda. No había sido mi intención hacer eso, pero Henry tenía una manera de hacerme hervir la sangre. Este no era el dulce chico Cavalier de la Mansión Cavalier.

«Cariño, por lo que puedo ver, no eres dueño de nada. Mira a tu alrededor. Ni siquiera eres dueño de este hotel».

«Tengo hasta mañana para conseguir el dinero. ¿O también te estás echando atrás con esa promesa? ¿Eh?», me miró con enojo.

Me di un golpecito en la frente con el puño y conté hasta diez para mantener la compostura. ¿De qué estaba hablando? «*Nunca* me arrepiento de mis promesas. A diferencia de ti, cuando digo que voy a hacer algo, lo hago. Siempre».

Hizo una mueca. Finalmente, su rostro mostró lo que sentía. Las lágrimas se acumularon en sus ojos y sus mejillas se pusieron rojas. «¿*Siempre*, Hipolita?».

«No me llames así. Esa chica está muerta. Y tú también. ¿Me oyes? Estás muerto para mí». Subí corriendo las escaleras, dando dos pasos a la vez.

Cerré la puerta del dormitorio detrás de mí y me eché sobre la cama. Golpeé la almohada dos veces antes de hundir la cara en ella y gritar. ¿Cómo había llegado hasta aquí? Llorando a mares por Henry Cavalier otra vez, como una niña estúpida que todavía creía en los cuentos de hadas.

CAPÍTULO 6

La tienda “Speak Softly”

HENRY

Tiré los envases de comida para llevar a la basura y me bebí el resto de la cerveza. Habían pasado tres días desde mi pequeño reencuentro con Nikki... sí, Nikki, porque la Hipolita que yo conocía ya no estaba. No era exactamente el reencuentro con el que había soñado durante muchos años. Había deseado tantas noches que volviera y me dijera que nunca había dejado de pensar en mí. Apreté la mandíbula. Abrí otra cerveza y bebí un largo trago.

Maldita sea, Nikki. ¿Cómo pude haberme equivocado tanto contigo?

Al menos ahora, en lugar de exhibirse con sus pantalones ajustados por el hotel con su actitud feliz, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo, se quedaba en su habitación día y noche. Ni siquiera había salido para decirme que nuestro acuerdo había expirado.

Pensé que seguro saldría de su habitación para echarme eso en cara. Para decirme que, a diferencia de su amiga rica, yo no tenía doscientos cincuenta mil dólares para comprar este maldito hotel. O para pagar un par de horas de su compañía. Dios, ¿por qué la quería después de todo este tiempo? Tiré la botella de cerveza a la basura y salí.

«Hola, Henry. Venía a buscarte». Russ me recibió fuera del hotel, donde solía estar el socavón.

Los chicos habían trabajado dos días seguidos para reparar la calle. Todo ese trabajo y yo seguía sin poder encontrar los malditos túneles de la prohibición que llevaban a la Mansión Cavalier. El padre de mi abuelo los había construido en los años veinte. Así fue como los Cavalier habían hecho su fortuna; James Senior nunca había ganado mucho dinero diseñando edificios.

[Nota de la Trad.: *Los túneles de la prohibición son estructuras que se construyeron durante la Prohibición en Estados Unidos (1920-1933), cuando la producción, venta y transporte de bebidas alcohólicas eran ilegales. Estos túneles servían para contrabandear alcohol desde lugares de producción o almacenamiento hasta bares clandestinos, conocidos como “speakeasies”. Relacionado el título de este capítulo con este nombre.*]

«¿Qué pasa?», pregunté.

Sonrió y se frotó la nuca con la mano. Sin duda estaba aliviado de que ya no estuviera escupiendo fuego. El regreso de Nikki me había puesto de un humor que hacía que todos mis chicos me evitaran.

«Bueno, me dijiste que te avisara si encontraba algo fuera de lo normal». Miró hacia atrás. «Creo que es mejor que te lo muestre». Me hizo un gesto para que lo siguiera. Mi corazón dio un vuelco cuando abrió el acceso a la alcantarilla en medio de la calle.

«¿Qué encontraste?», pregunté.

«Está por aquí». Bajó por la escalera.

Miré hacia atrás, medio esperando que Nikki estuviera de pie junto a la puerta principal. Cuando no la vi allí, seguí a Russ por la madriguera del conejo.

«No le di mucha importancia, ya sabes. Pero hice que los chicos reforzaran las paredes de ese pasadizo de allí». Russ continuó una vez que mis pies tocaron el suelo.

Por un momento, esperé que hubiera encontrado un túnel oculto. «Gracias por hacer eso. Algo me dice que nuestro prístino alcalde no ha estado al día con el mantenimiento de la ciudad».

«No es eso, Henry. Este túnel no está en los planos que me diste». Se cruzó de brazos sobre el pecho y me sonrió. «Creo que eso cuenta como algo fuera de lo común. ¿No crees?».

«Mierda. Seguro que sí».

«¿Es por eso que hemos estado bombardeando la mitad del centro? ¿Por qué evacuamos a un montón de gente?». Su rostro se iluminó. «¿Has estado buscando túneles ocultos?».

Russ no era solo mi capataz. Era un amigo. Cuando se enteró de que había vuelto a la ciudad, se unió a mi equipo, sin hacer preguntas. Retomamos nuestra amistad justo donde la habíamos dejado. Debería haberle confiado mi secreto desde el principio.

«Sí. Lamento no habértelo dicho antes. Simplemente no...».

«Ni se te ocurra hablar de eso. Solo dime por qué y lo dejaré pasar». Asintió una vez.

«Mi tío me robó todo cuando murió papá». El ácido se acumuló en mi estómago y se extendió por mi cuerpo. Su muerte nunca dejaría de doler. Russ me dio una palmadita en el hombro y asentí. «Ahora tiene a toda la ciudad de su lado. No lo soporto. Mira lo que ha hecho, descuidando todos los edificios que poseía mi familia. Los apostó. Me robó la vida y la quiero de vuelta», se escuchó mi voz, que resonaba en los túneles. «Papá confió su familia al tío Jonathan y el muy cabrón lo traicionó. Ya no soy ese niño pequeño al que podía manipular. Ahora lo veo como lo que es y tiene que devolverme lo que me robó».

Russ dio un salto en el sitio. «Dios, Henry. Carajo, ya era hora». Se puso el portaplanos sobre la cabeza. «Te dije que te vendría bien. ¿No te lo dije?». Sacó un plano, caminó hacia el nuevo túnel y encendió la luz. «Aquí ya pasa la electricidad. Me tomé algunas libertades». Me sonrió.

«Gracias». Le apreté el hombro.

Dejó los planos en el suelo y señaló las etiquetas. Reconocí el diseño general. Era un dibujo de la Mansión Cavalier, con la firma de mi bisabuelo al pie de la página. La única diferencia era el título. En el cartel se leía La tienda "*Speak Softly Shop*". A diferencia de los planos de la mansión, en este diseño se marcaban todos los túneles.

Durante la época de la Prohibición, la prioridad principal había sido ir un paso por delante de la policía. Los túneles se habían cerrado y reconstruido según fuera necesario durante la mayor parte de la década. Al menos eso era lo que solía decir el abuelo. A los trece años, había sido un participante activo en el negocio familiar. La Prohibición terminó y, con ella, la necesidad de túneles secretos y bares clandestinos.

Este túnel conducía directamente a la mansión. Según los planos, llegaba hasta el armario de abrigos del hotel Cavalier, el lado del hotel de Nikki. ¿Había elegido ese lado porque lo sabía o porque estaba siendo amable y quería que yo me quedara con el bar? No era muy probable. Sabía de los pasadizos del hotel Cavalier y de cómo este en particular se conectaba con la Mansión Cavalier. Debió haber usado este túnel para colarse en nuestra casa la noche en que la encontré robando el dinero de mamá.

«¿Lo has atravesado?», pregunté.

Russ negó con la cabeza. «La electricidad solo funciona durante unos cuatrocientos metros.

Más allá de eso, no pude hacer que los chicos siguieran trabajando sin responder preguntas que, bueno, son para que tú las respondas. Este túnel te da acceso directo a la Mansión Cavalier. ¿Y ahora qué, Henry?».

Finalmente, un paso en la dirección correcta. Una oleada de calma se instaló en mi estómago. Debería estar corriendo hacia la Mansión Cavalier. Durante meses había estado esperando este momento. Tenía las respuestas justo frente a mí, pero por mi vida, todo lo que quería hacer era correr escaleras arriba y contárselo a Nikki. ¿Vendría conmigo si se lo pidiera? ¿O me rechazaría una vez más? Me froté un lado de la cara. Sácala de tu cabeza de una vez.

«Como dicen, veamos qué tan profunda es la madriguera del conejo». Me quedé mirando el pasadizo frente a mí.

«Dejé un par de trajes y equipo ligero aquí, por si acaso estabas interesado en la tarea». Russ me dirigió una sonrisa y entró en el túnel. «Me habría sentido muy decepcionado si hubieras dicho que no querías tener nada que ver con todo esto. A diferencia de tu tío, tú sí que sabes cómo hacer honor al nombre Cavalier». Se rió entre dientes.

«Sí. Soy el chico que huyó a otro país, muerto de miedo, ¿recuerdas?». Me puse el traje gris que me ofreció. Me quedaba ajustado en los muslos, pero los brazos tenían mucho movimiento cuando los apreté para probarlo. Después de cerrar la cremallera, tomé un hacha de la pila de herramientas que había traído Russ.

«No puedes culparte por eso, Henry. Solo tenías dieciséis años. Pero ahora estás aquí. Y finalmente tienes la oportunidad de hacer las cosas bien».

«Esperemos que tengas razón». Asentí.

Pasada la marca de los ochocientos metros, el túnel se hizo estrecho, giró a la derecha y terminó en un callejón sin salida. Según los planos, este túnel conducía hasta la Mansión Cavalier. El muro que bloqueaba nuestro camino no se suponía que estuviera allí. Después de todos estos años desde que terminó la Prohibición, ¿por qué alguien se había tomado el tiempo de cerrarlo?

Agarré el pico y comencé a picar el concreto, junto con Russ. Los músculos de mis brazos ardían por el esfuerzo, pero no pude detenerme. No hasta que llegué al otro lado. Había pasado una buena media hora antes de que Russ se detuviera y se desplomara a mi lado. Yo también cedí, cayendo de rodillas.

«Mierda».

«Sé que no lo parece, pero hemos avanzado». Apoyó las manos en las rodillas.

«Maldita sea. Parece que acaban de verter cemento directamente aquí». Miré hacia arriba.

«Alguien tenía prisa». Russ miró los escombros que nos rodeaban. «¿Qué tal si lo recogemos de nuevo mañana?».

Fijé mi mirada en lo que quedaba de la pared de cemento. Apareció la cara de Nikki, con su cabello rubio y una sonrisa enorme. Las cosas parecían tan fáciles cuando ella estaba cerca. ¿Cómo lo hacía?

Secándome la frente, tomé el pico y apuñalé la pared otra vez. Una y otra vez. Había estado enojado con Nikki todos estos años por no aparecer en nuestro lugar de encuentro. Habíamos hecho una promesa de huir juntos. Sí, ella no había aparecido, pero yo tampoco fui a buscarla. Yo también la defraudé. Yo también rompí nuestra promesa.

Mis brazos ardían, pero nada importaba. Una vez me fui de este lugar con las manos vacías. De ninguna manera iba a permitir que eso volviera a suceder. Mi maldita vida estaba en juego. Otro golpe, y el hacha atravesó el cemento como si fuera mantequilla, llevándome con ella. Caí entre los escombros mientras jadeaba en busca de aire.

«Joder, Henry». Russ se puso una mano sobre la boca y tosió contra la nube de polvo en el aire. «Creo que hemos terminado». Se subió a mí y se puso a trabajar en la eliminación de los escombros.

«¿Estás seguro?». Yo no podía mover un músculo.

Se rió. «Sí, ven a echar un vistazo». Arrojó más trozos de cemento fuera del camino.

Me levanté y lo seguí a través de la pequeña abertura. Al otro lado, el túnel continuaba. Todo mi cuerpo temblaba mientras mis manos palpitaban, en carne viva y sangrando. ¿Qué nos esperaba al otro lado?

«Tengo que seguir adelante». Tragué saliva para aliviar la sequedad de mi garganta.

«Voy contigo».

Caminamos en silencio el resto del camino. Cuanto más nos acercábamos a la Mansión Cavalier, más me daba cuenta de que no tenía un plan para lo que me esperaba allí. Pero dar marcha atrás ya no era una opción. Había esperado lo suficiente para volver a casa.

«Está bien», Russ señaló la escalera de acero. «Los planos muestran que esta alcantarilla está a unos cincuenta metros de la casa, junto a los jardines de la mansión».

Me quedé helado. Ese era el lugar favorito de mi madre. También era el lugar donde había besado a Nikki por primera vez y luego me había despedido, sin saber que nunca la volvería a ver. No estaba listo para volver a ver el jardín de mamá. Probablemente estaba en peores condiciones que el hotel.

«Vamos, Henry. Ya casi estás ahí».

Bien. Había llegado hasta allí. Subí los peldaños y abrí con el hombro la tapa de la alcantarilla. Miré hacia afuera y sentí como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el estómago. De todas las cosas que había imaginado que encontraría cuando regresara a la Mansión Cavalier, esto ni siquiera se parecía a nada de eso. Mi madre todavía estaba aquí. O al menos una sombra de lo que solía ser estaba aquí.

Unos meses antes de que papá muriera, mamá había enfermado. Nadie podía averiguar qué le pasaba. Simplemente ya no tenía la fuerza ni la voluntad para levantarse de la cama. Después de que Lisa fue encontrada sobre el cuerpo de papá, Jonathan pensó que sería mejor para la salud de mamá si la llevábamos a un lugar donde no recordara que su esposo estaba muerto. Todo tenía sentido para mí en ese momento. Lo que nunca tuvo sentido fue que ella no quisiera verme. Había intentado durante años acercarme a ella, pero finalmente me di por vencido.

Más tarde, cuando Jonathan me envió a un internado en Canadá y me dijo que nunca regresara a la mansión, me dije a mí mismo que era hora de seguir adelante con mi vida. O, mejor dicho, enterré mi cabeza en la arena junto con mis sentimientos. ¿Por qué estaba mamá aquí?

«Ahora, Tessa, sé una buena niña y no te muevas». La esposa de mi tío, Francesca, se rió. «Voy adentro a buscarte agua. Es hora de tu medicina. Sabes lo mal que pueden llegar a ponerse tus ataques si esperamos demasiado». Caminó hacia la casa.

Cuando mamá enfermó, Francesca había sido la primera en sugerir que la enviáramos a un hospicio. Ahora estaba allí, cuidando a mamá. ¿Qué demonios estaba pasando? Miré rápidamente el jardín. No estaba muerto, como pensé que estaría. En cambio, tenía nuevos canteros de flores y algunos limoneros a lo largo del borde del patio. ¿Cuánto tiempo había estado mamá aquí? ¿Meses? ¿Años?

«Vamos, Henry», dijo Russ después de que Francesca desapareciera por el solarío. «Estaré vigilando. Pero date prisa».

Mamá estaba sentada en una silla de ruedas en medio del jardín con una manta sobre sus

piernas. Sus párpados cayeron mientras sacudía la cabeza para mantenerla contra el reposacabezas. Corrí hacia ella. Tenía tantas cosas que quería decirle.

«Mamá», susurré.

«¿James?». Ella jadeó y se cubrió la boca con una mano temblorosa.

«No. Soy yo, Henry». Las rosas en su regazo cayeron al suelo cuando me arrodillé a su lado.

Su fragancia se dispersó como polvo y me envolvió con el aroma característico de mamá. Había pasado tanto tiempo en los jardines que siempre olía a rosas.

«Henry». Las lágrimas se derramaron por su mejilla mientras me alcanzaba.

Cerré los ojos cuando me acarició la cara. Después de unos segundos, dejó caer su mano sobre su regazo.

Tomé sus manos entre las mías. «Si hubiera sabido que estabas aquí, habría venido antes. Lo siento mucho. Lamento haberte dejado sola todos estos años».

«Vete», murmuró. «No puedes estar aquí. No es seguro. Vete». Retiró sus manos temblorosas. Fue un esfuerzo frágil, pero la solté.

Después de todo este tiempo, todavía no quería verme. ¿Por qué? El miedo en sus ojos decía que había algo más sucediendo.

«Mamá. Dime la verdad. ¿Por qué quieres que me vaya? ¿Alguien te está amenazando?».

Cerró los ojos y movió la cabeza de un lado a otro. Verla así me rompió el corazón en pequeños pedazos. Debería haber regresado hace años. Debería haberme quedado con ella y no haberme ido corriendo como un animal herido. Todos estos años, solo había pensado en mi propio dolor. Mamá también había estado sufriendo, sola. El latido en mi pecho me dificultaba pensar. Todo lo que quería hacer era sacarla de este lugar. Enganché mi brazo detrás de sus rodillas.

«No», negó con la cabeza. «Shh. Te voy a sacar de aquí. Pero tienes que mantenerte callada, o Francesca llamará a los guardias».

«No», dijo más fuerte.

«Mamá, tenemos que llevarte a un lugar seguro». La solté.

«Henry, es hora de irnos. Vamos. Ella ya está en casa. No hay nada que puedas hacer». Russ jaló mi brazo.

Mi mirada se movía entre Russ y mamá. «Volveré por ti. Lo prometo». Me lancé de regreso a los túneles con Russ pisándome los talones. Con el corazón todavía latiendo fuerte, volví a colocar la tapa de la alcantarilla y me apoyé en la fría escalera de acero.

«Es una mierda lo que le pasó a tu madre». Russ pasó el brazo por la escalera y se dejó caer al suelo. «Te juro que no sabía que estaba en la mansión. Nadie en el pueblo lo sabe. Te lo habría dicho».

«Lo sé. Dios, soy el mayor imbécil».

«Esto no es tu culpa». Me dio una palmadita en el brazo.

«¿Qué sabes de la fortuna de mi familia?», pregunté.

«Después de que te fuiste, empecé a trabajar con mi padre. Al año siguiente, puso el negocio de la construcción a mi nombre. Lo que le pasó a James le asustó, ¿sabes? Papá me dijo que tu padre nunca se molestó en hacer un nuevo testamento después de que nacieras. Al menos eso es lo que dijo tu tío. Cuando tu padre... ya sabes... cuando se fue, el único testamento que tenía el abogado era el que le dejaba todo a tu tío. Por supuesto, tu tío juró que cuidaría de ti y de tu madre. No te enojas tanto. Él pagó por esa elegante escuela tuya».

«No pagó ni una mierda». Me quedé quieto mientras mi corazón arrojaba ácido por mis venas con cada latido. Quería matarlo. Quería apretarle el cuello y ver cómo exhalaba el último

respiro de sus pulmones.

Todos estos años había estado lejos, lamiéndome las heridas y sintiendo pena por mí mismo. Enojado por la vida que mi tío me robó. Mientras tanto, mamá se llevó la peor parte, atrapada aquí a merced de Jonathan Cavalier. No me creí esa tontería de que no quería volver a verme. Había una alegría real en sus ojos cuando me vio, alegría que se convirtió en terror casi al mismo tiempo. Mamá estaba prisionera aquí, prisionera en su propia maldita casa.

Después de descubrir que mi tío había robado mi herencia con un testamento de mierda, me llené de rabia. Papá confió en Jonathan, su propio hermano, con mamá y conmigo, y Jonathan lo traicionó. Me envió lejos, puso a mamá en una prisión de jardín y luego se quedó con la fortuna familiar. El muy cabrón incluso había tomado el puesto de papá como alcalde de Paradise Creek.

¿Cómo había logrado hacerse con el control de todo lo que papá alguna vez tuvo, incluida mamá? Papá no había sido del tipo que se olvida de hacer las cosas, especialmente cuando se trataba de su familia. Si lo que dijo Russ era cierto, estaría dispuesto a apostar que Jonathan destruyó el testamento donde papá me había nombrado el único beneficiario de su patrimonio. La ley estaba de su lado, incluso el pueblo. Creían cada mentira que les decía, igual que yo cuando era niño. Mi corazón se encogía y se apretaba dolorosamente al pensar en que mamá había pasado todos estos años medio viva. La fortuna no importaba. Todo lo que me importaba era arreglar las cosas para ella. Matar a Jonathan sería hacerle un favor. Se merecía algo mucho peor. Quería verlo postrarse a los pies de mamá y pedir perdón. Solo había una manera de arreglar todo este maldito desastre, toda esta injusticia. Tenía que robarle todo a Jonathan Cavalier.

Empezando por mamá.

Exhalé y me sequé los ojos. Lo que necesitaba era un ladrón. La voz de Nikki resonó en mi mente.

“Ahora que hemos establecido que tengo ciertas habilidades que podrías usar, háblame de ti. ¿Qué quieres?”.

CAPÍTULO 7

Una tregua y un acuerdo

NIKKI

Miré con enojo el raspón que James Cavalier tenía en el codo. Por más que lo intentaba, los recuerdos de ese día permanecían bloqueados. El rostro de Henry, de once años, era todo lo que veía cada vez que cerraba los ojos y pensaba en la noche en que asesinaron a su padre. Dom lo había llamado espantoso. Espantoso no alcanzaba para cubrir el odio que había en esas imágenes. Tomé un rotulador, dibujé un círculo alrededor del brazo de James y fijé la imagen en la pared.

Retrocedí y me concentré en la escena: el expediente completo del caso de Lisa estaba desplegado en mi pared, como un tablón de anuncios oficial de asesinatos. Era difícil mirarlo, pero necesitaba recordar por lo que habían pasado todos los involucrados, por lo que Lisa todavía estaba pasando, pudriéndose en una celda durante casi la mitad de su vida por un crimen que no cometió. Ahogué un grito y luego me sequé las mejillas. Le prometí a Lisa que no derramaría más lágrimas.

Un golpe en la puerta rompió el silencio de la habitación. Henry. ¿Quién más podría ser? Me alejé de la puerta. No quería tratar con él. Cada vez que lo veía, mi mente se remontaba a ese verano. Dolía demasiado.

Otro golpe. «Sé que estás ahí, Nikki. No has salido de tu habitación en cuatro días». Su voz retumbó en el pasillo.

Una energía cruda me recorrió al oír su voz. Caminé hacia la puerta, la abrí lo suficiente para pasar y la cerré detrás de mí. «¿Qué quieres? No tengo tiempo para ti ahora. Estoy con un cliente».

Henry miró hacia arriba y luego se encontró con mi mirada. «¿Por cuatro días?».

¿Quién estaba lleno de cuentos ahora? Me encogí de hombros. «¿Qué puedo decir? Tiene resistencia».

Me inmovilizó con una de sus miradas oscuras. Tragué saliva y me apoyé contra la puerta. Olía a jabón y loción para después de afeitar mezclados con su propia marca personal de aroma masculino. Mi mano picaba por tocar su mejilla bien afeitada, tal vez pasar mi dedo por su mandíbula perfecta. Apoyó una mano grande junto a mi cabeza. Sus labios se separaron y cerré los ojos. ¿Cuántas noches había soñado con este momento? ¿Cuántas noches había esperado a que Henry entrara por la puerta, me besara y me dijera que lamentaba haberme dejado ir? Su cálido aliento rozó mi oreja y mis piernas temblaron un poco. Maldita sea. ¿Por qué Henry Cavalier no podía haber crecido para ser... menos atractivo? Mucho menos atractivo.

«¿Tal vez él pueda compartir?». Sus palabras tocaron mis oídos y jalaron algo profundo en mi pecho.

«¿Qué?». Abrí los ojos de golpe.

Para cuando me di cuenta de lo que quería hacer, ya había alcanzado mi espalda y había dejado que la puerta se abriera. Me tambaleé hacia atrás y él irrumpió en la habitación. Mi mirada siguió su línea de visión hasta la cama vacía. Una caja de pizza en el escritorio debajo de la ventana completaba la patética escena. Henry escaneó la habitación rápidamente. En realidad, estaba buscando a un hombre. Me coloqué entre él y el armario para mantener su atención en mí, pero me esquivó y abrió la puerta de un empujón.

Cuando encontró el armario y el baño vacíos, se volvió hacia mí, reprimiendo una sonrisa. «¿Salió volando por la ventana o estabas mintiendo como siempre?».

«¿Qué quieres? No tengo tiempo para jugar contigo hoy». Me crucé de brazos, sintiéndome de repente desnuda con mi camiseta de tirantes de algodón fino y mis pantalones de pijama.

«Necesito tu ayuda». Su mirada se posó en la colcha arrugada.

«No». Lo empujé hacia la puerta, pero fue como intentar mover un árbol. «Tienes que irte ahora».

«¿Podrías escucharme?». Me sostuvo a la distancia de un brazo. «Ayer...». Se quedó helado.

«Por favor, no mires, Henry».

«¿Qué diablos es esto?». Me soltó y se acercó lentamente a la pared cubierta con cada pequeño detalle del asesinato de su padre. Las lágrimas se acumularon en sus ojos. «¿Qué diablos es esto?». Me miró con enojo.

«El expediente del caso de Lisa. Te dije que estoy aquí para demostrar que es inocente. Y la respuesta está en ese tablero de asesinato. Solo necesito encontrarla». Di un paso hacia él, pero él retrocedió arrastrando los pies.

«Este es un capítulo de mi vida que ha estado cerrado durante quince años. ¿Por qué me haces esto?». El espacio entre sus cejas se hizo más profundo.

«No te estoy haciendo esto a ti. Estoy haciendo esto por mi hermana. Ahora vete. Viste que no hay ningún chico aquí. Solo vete».

Se sentó en el borde de la cama y agachó la cabeza. «¿Podemos declarar una tregua? Estoy tan cansado de luchar contra ti. Eso es lo último que quiero hacer». Se metió ambas manos en el cabello.

Ambos estábamos destrozados. Cuando James Cavalier murió, nuestra infancia murió con él. Nos vimos obligados a crecer y enfrentar nuestra nueva realidad, por dura que fuera. La peor parte fue que nos vimos obligados a lidiar con ella solos. Me senté a su lado. El colchón se hundió y me acercó más a él, mientras el tablero del asesinato de su padre se cernía sobre nosotros. Una presión se apoderó de mi pecho. Me concentré en su respiración, el calor de su cuerpo contra mi costado y esa sensación familiar de seguridad que sentía cada vez que Henry estaba cerca de mí. ¿Qué sentido tenía toda esta pelea cuando teníamos problemas más grandes ahí afuera? Necesitábamos dejar atrás el dolor que habíamos cargado con nosotros desde que dejamos Paradise Creek.

«Lamento que hayas tenido que ver eso», suspiré.

«Éramos demasiado jóvenes cuando sucedió. Nunca conocí los detalles». Haciendo una mueca, se giró para mirarme, con los ojos rojos y húmedos.

Puse mi mano en su mejilla. Mi voz era un suave susurro, destinado a calmar su dolor. «Yo tampoco vi nada de esto. Pero si voy a encontrar al verdadero asesino de tu padre, tengo que dejar de lado mi miedo y enfrentar esto». Señalé la pared. «Ambos estuvimos allí. Solo tenemos que recordar lo que pasó».

«Todavía duele», volvió a negar con la cabeza.

«Lo sé». Pelear no nos ayudaba a ninguno de los dos. Necesitábamos una tregua. Me puse de

pie de un salto y agarré sus manos. «Vamos. Sé exactamente lo que necesitas».

Lo acompañé escaleras abajo y lo llevé al sofá rojo. Él había hecho esto por mí una vez cuando más lo necesitaba. Esta era mi oportunidad de devolverle el favor. Era hora de dejar toda mi ira a un lado. Encendí la máquina de café expreso mientras las mariposas rebotaban salvajemente en mi estómago.

«Espera a que pruebes esto. Hago mi propio jarabe de chocolate. Tiene cacao en polvo, maca, mezquite, colágeno en polvo y azúcar de coco». Continué hablando mientras hacía mi magia con la máquina de café espresso.

«No recuerdo la última vez que tomé chocolate». Extendió la mano para tomar la taza que le ofrecí. Sus dedos se demoraron en los míos por un largo momento antes de apartarse. «Gracias».

«Lo bebo todos los días», solté y luego me mordí el labio. No necesitaba saber lo idiota que era. No necesitaba saber que pensaba en él cada vez que me encontraba en una habitación oscura.

«Gracias. Esto es genial». Bebió un sorbo de su taza, se reclinó y me sonrió.

«No es exactamente chocolate caliente. Pero ahora somos adultos». Me derretí en el cojín a su lado, apartando mi cabello de mi cara y colocándolo detrás de mi oreja.

«Sí, lo somos». Observó mi rostro antes de que su mirada se posara en mi pecho y la camiseta transparente. Inhaló y miró hacia otro lado.

Con cualquier otro chico, sabría exactamente qué hacer. Pero con Henry, era diferente. Me puso nerviosa y no podía pensar con claridad. No importaba cuánto lo deseara. No podía soportar un rechazo más de su parte.

«Entonces, ¿pediste una tregua?». Bebí un sorbo de café. «¿Cuáles son tus condiciones?».

«Si aceptas ayudarme, puedes tener todo lo que quieras».

«¿Cualquier cosa?». Arqueé una ceja. «No lo sé. Ya lo tengo todo. Excepto mi Mercedes, por supuesto. Quedó destrozado».

«No digas que no te lo advertí. ¿Es eso lo que quieres? ¿Un auto?».

«No. Yo puedo reemplazarlo». Me incliné hacia adelante en el sofá.

«Entonces, ¿qué le regalas a una chica que lo tiene todo? Su brazo rozó el mío.

«Le regalas al Príncipe del Paraíso».

«¿Qué?». Arqueó las cejas, con las mejillas rojas. Sabía que las chicas de la escuela solían llamarlo así.

«Hace diez años, me hiciste una promesa. Quiero saber por qué la rompiste». No tenía nada que ver con Lisa, pero necesitaba saberlo. Si íbamos a trabajar juntos en esto, necesitaba saber que podía confiar en él y dejar atrás nuestro pasado.

Toda su cara se puso de un tono diferente de rojo. «Según recuerdo, tú también hiciste una promesa ese día. Yo me presenté. Tú no».

«¿De qué diablos estás hablando? Yo sí me presenté. Tú no». Me puse de pie de un salto.

De ninguna manera iba a dejar que él diera la vuelta a la situación. Todo esto era culpa suya. La forma en que resultó mi vida; todo era por él.

«No voy a hacer esto contigo». Se puso de pie, elevándose sobre mí.

«Excepto que sí lo harás. Quieres mi ayuda. Este es el precio. Dime por qué pensaste que sería divertido hacerme creer que me querías. Solo para dejarme colgada».

Sus ojos se abrieron de par en par. «Te esperé. Como un idiota, te esperé hasta que los hombres de mi tío vinieron a buscarme».

«Estás mintiendo. Yo también estaba allí». Yo estaba allí. Me devané los sesos, buscando los detalles que había intentado enterrar durante tanto tiempo. Yo estaba allí. Él no. «Tal vez llegué quince minutos tarde, o tal vez una hora, pero estuve allí». Las lágrimas rodaban por mis

mejillas. Me abracé a mí misma mientras el frío del suelo de mármol se filtraba a través de mis pies descalzos.

«Qué conveniente. Llegaste tarde, y luego te marchaste con cinco mil dólares del dinero de mi madre». Sacudió la cabeza una vez. «No lo niegues. Sabía que habías vuelto a la mansión ese día para robarle a mi madre. Sabías dónde guardaba su dinero de emergencia».

¿Cómo me había olvidado del dinero? Fue así como pude escapar de la casa de acogida, cómo llegué a Nueva York y sobreviví. «Sí. Yo robé ese dinero. No sabía que habías vuelto a la ciudad hasta que me llamaste por los pasillos de la mansión. ¿Y qué? ¿Qué tiene eso que ver con nada?».

«Dime la verdad. ¿Por qué me besaste ese día?». El dolor en sus ojos me afectó.

«Porque nunca quise ser solo tu amiga. Porque tú eras tú». No pude detener las lágrimas. No me importaba si él veía cuánto daño me había hecho. «Te esperé. Dormí en el suelo bajo el árbol de mezquite esa noche, esperando. A ti. Y nunca viniste por mí».

«¿De verdad estuviste allí?». Cerró el espacio entre nosotros.

«Sí». Lo empujé lejos de mí.

El agujero en mi pecho bloqueó el aire que llegaba a mis pulmones y me hizo doler todo. Quería que Henry sintiera el mismo dolor. Apreté mis manos y lo golpeé. Y todo lo que hizo fue mirarme, dejándose golpearlo.

Me detuve para respirar y él me abrazó fuerte, su respiración agitada en mi oído. «Hipolita, lo siento. Debería haber regresado. Debería haber esperado toda la noche». Me agarró la nuca. «Los hombres que vinieron a buscarme me dijeron que te vieron salir de la ciudad».

Negué con la cabeza. Él observó mi rostro como si no me reconociera. Su pulgar se deslizó arriba y abajo por mi mandíbula. Cerró los ojos y presionó su frente contra la mía en una especie de rendición.

«Dios, te extrañé. Te extrañé todos los días que te fuiste». Cubrió mi boca con la suya.

Pasé mis manos por su cabello suave, saboreando mis propias lágrimas en sus labios. Poniéndome de puntillas, profundicé el beso, presionando mi cuerpo contra él. Él gimió, un gemido sexy y absorbente que hizo que mis dedos de los pies se curvaran. Esta versión del Henry con el que crecí era extraña para mí. Pero no importaba. Mi cuerpo reaccionó ante él, tal como lo había hecho mi primer día de regreso en la ciudad. Lo deseaba de la peor manera posible. Quería sus manos sobre mí, sus labios, su cuerpo duro. Pero lo que deseaba en ese momento no importaba. Henry era una hermosa distracción para la que no tenía tiempo. Deslicé mis dedos por su estómago y lo empujé lejos de mí. Él agarró mi cintura con ambas manos, esforzándose por recuperar el aliento.

«Henry», susurré.

«Estoy aquí». Su cálido aliento me puso la piel de gallina en el brazo.

Esto iba a ser lo más difícil que había tenido que hacer en mi vida. Lo que sea que me hiciera sentir, no borraba todos los años que había pasado odiándolo. Sin mencionar que el resto de la vida de Lisa estaba en juego aquí. Tiempo. ¿Por qué siempre era un mal momento para nosotros?

«Estoy aquí y no me voy a ir a ninguna parte». Me miró a los ojos.

«Escuché que tienes una operación para mí». Apoyé mis manos en mis caderas.

«Bien», asintió una vez. «Puedo esperar hasta que estés lista. No esperaba que olvidaras los últimos diez años y te escaparas conmigo».

Solté una risita nerviosa. ¿Huir con Henry? «Ya lo intentamos y no funcionó».

«Como dije, puedo esperar, pero si vamos a hablar de negocios, primero debes vestirme». Su mirada se posó en mi pecho.

«Estoy vestida». Le dediqué una sonrisa inocente.

«Te diría que tengo los ojos aquí arriba, pero estoy disfrutando demasiado de esto».

Pasé una mano sobre sus anchos hombros. «Me gusta saber que no eres indiferente hacia mí».

«¿Indiferente? ¿Estás bromeando? He estado en una absoluta agonía desde que regresaste a mi vida».

«Bueno, no lo demostraste». Me crucé de brazos.

«Soy bueno en el póquer». Se sentó en el sofá, pasándose una mano por el cabello alborotado. Los músculos de sus brazos se ondularon por el esfuerzo. Él lo estaba haciendo a propósito, sin duda. «Podría enseñarte algunos trucos si quieres. Eres una mentirosa terrible».

«Soy una mentirosa perfecta, gracias». Unas suaves cosquillas llenaron el agujero en mi pecho. Henry me deseaba tanto como yo a él. Por ahora, eso era suficiente. «¿Qué necesitas de mí?».

Se lamió los labios y se aclaró la garganta. «Parece que tenías razón. Tienes una habilidad que puedo usar».

«¿Qué vamos a robar, Henry?».

«A mi madre».

«¿Tu madre?».

Eso mató el ambiente. Me dejé caer a su lado. Tessa Cavalier había sido la genio detrás de todas las fiestas en este hotel. También había sido un rayo de luz en mi vida después de que mis padres murieron. Hasta que enfermó.

«Siempre estoy dispuesta a doblar un poco las reglas y tal vez romper algunas leyes innecesarias. Lo sabes». Fruncí el ceño.

«Más bien tienes un completo desprecio por las reglas, pero podemos usar tu palabra». Henry sonrió y tomó mi mano.

«Bien». Me encogí de hombros. «Estamos hablando de secuestrarla. Quiero decir, ¿quiere que la robemos? O, ¿que venga con nosotros?». Robar algunas baratijas, en su mayoría obras de arte, por aquí y por allá era realmente divertido, y no es que alguna vez se lo admitiera a Henry, pero esto era importante. «¿Cómo está ella?».

«Peor». Miró sus manos. Su manzana de Adán se movió y mi corazón se encogió. «Deberías haberla visto. Apenas puede moverse o hablar».

«¿Dónde está?».

Entrar en un hospicio requeriría algo de planificación, pero era totalmente factible. Necesitaríamos uniformes, tarjetas de acceso y algunos favores; los guardias de seguridad solitarios eran mi especialidad.

«En la Mansión Cavalier».

Bueno, joder. La Mansión Cavalier era una fortaleza y con razón. El lugar estaba ahogado en arte y muebles caros. A Lisa y a mí ni siquiera se nos había permitido caminar sobre las alfombras. Mientras que la madre de Henry había sido un ángel para nosotras, haciendo todo lo posible para llenar el vacío que dejaron nuestros padres cuando murieron, la tía de Henry había sido una verdadera perra. Nunca nos había dejado olvidar que estábamos en la mansión para trabajar. Yo tenía diez años, pero a ella no le importaba una mierda.

«Eso va a ser complicado. Ella está en su hogar. ¿Por qué la sacaríamos de ahí? ¿Y adónde la llevarías?».

Henry abrió la boca, pero las palabras no salieron. Al parecer no había considerado la logística. Su madre necesitaba cuidados especiales que él no podía brindarle. «Pensé que podría

venir aquí. Nikki, no la he visto en años. Pensé que no quería verme, pero hoy...».

«Espera, ¿la viste en la mansión?».

Él asintió. «Parecía asustada, pero no había nada en sus ojos que me indicara que no estaba feliz de verme».

«Está bien. Tienes acceso a la mansión, así que esto puede ser más fácil. Solo necesitamos encontrar un transporte». La mirada desesperada en sus ojos revolvió mis entrañas.

Quería abrazarlo y decirle que todo iba a estar bien, pero esto era lo nuestro. Nada estaba bien nunca.

«No tengo acceso a la casa en sí, pero puedo hacer que entremos en los terrenos».

¿Exactamente cuánto de su fortuna había perdido Henry? «¿Ni siquiera puedes entrar a tu propia casa? ¿Por qué?».

«Mi tío. Después de que te fuiste, me trasladó de Tucson a otro internado en Canadá. Mi corazón estaba tan roto que ya no me importaba nada. Tampoco pensé en preguntar sobre la herencia de papá. Cuando terminé la escuela, volví y descubrí que mi tío había heredado todo de papá. Lo confronté, pero me mostró el testamento. Todo parecía legítimo. Me echó de la casa y me dijo que no volviera nunca más. Incluso les dijo a los guardias que me dispararan en cuanto me vieran si tan solo me acercaba a la puerta».

«Maldito cabrón».

Henry se rió. «Exactamente eso pensaba».

«Se lo llevó todo». Solté un suspiro.

Así que por eso Henry quería venganza. Su tío había traicionado la confianza de su padre. Se me hundió el estómago y quise golpear algo. No. Quería golpear a Jonathan Cavalier, ese imbécil codicioso, igual que a su esposa. Por culpa de ellos, Henry, el Príncipe del Paraíso, había acabado viviendo una vida muy diferente a la que sus padres habían planeado para él.

«Entonces, ¿de verdad eres arquitecto?».

«Sí. Terminé la universidad en Canadá, pero hice mi maestría en la Universidad Estatal de Arizona. Si no podía volver a casa, al menos quería estar cerca».

«Me sorprende que tu tío no haya robado tu fondo universitario».

«Seguro que lo intentó. Pero eso era independiente del patrimonio de papá». Se puso de pie, con expresión inexpresiva otra vez.

«Pero encontraste una manera de volver a Paradise Creek». Lo miré.

«Sí, presenté una oferta para el trabajo de renovación del antiguo centro de la ciudad».

Su mirada se centró en las nubes tormentosas del exterior.

«Jonathan votó en mi contra, pero esta sigue siendo mi ciudad. De todos modos, la junta me adjudicó el contrato».

«Cuéntame sobre tu plan incompleto». Me puse de pie y me uní a él. «Sé que la renovación era parte de él. Pero has estado aquí un tiempo, literalmente destruyendo las calles alrededor de este hotel. Sin embargo, necesitas mi ayuda. Yo diría que lo que sea que hayas estado tratando de hacer no está funcionando».

«Mi plan *incompleto* era encontrar los túneles, colarme en la Mansión Cavalier y encontrar el testamento original de mi padre donde me nombra único beneficiario».

«Y recuperarlo todo. Me gusta. Un castigo acorde con el delito. Tu tío siempre se ha preocupado por las apariencias. Yo diría que más que el dinero, quería la ciudad. Él quería lo que tu padre tenía: su admiración y respeto».

«No necesitas dinero para eso». Metió las manos en los bolsillos delanteros de sus jeans.

«Eres un Cavalier, así que por supuesto que dirías eso». Di un paso atrás.

«¿Qué se supone que significa eso?». Simplemente allí de pie, sin dinero y con los jeans rotos, todavía parecía dueño de esta ciudad.

«No sé a qué me refiero». Me encogí de hombros.

«No. Dilo. Crees que nunca aprecié lo que tenía. Nunca fui más que otro mocoso rico y malcriado. ¿Eso es?».

«¿Qué? Definitivamente no es eso lo que quise decir. Pero tu familia siempre hizo que pareciera que tener dinero lo era todo. Pasé toda mi vida adulta joven tratando de vivir a la altura de eso. El dinero lo era todo». No tenía idea de a dónde quería llegar con eso. Tenía su cara de póquer de nuevo, y su mirada fija en mí. Los Cavalier tenían dinero y el respeto de la ciudad. Las chicas Morrow no tenían ninguno de los dos. «Lo siento. No es tu culpa».

«Me gustaría saber qué no es mi culpa», suspiró.

«En cierto modo, entiendo cómo se siente tu tío. Después de que Lisa fue a la cárcel, este pueblo me odiaba tanto que tuve que huir. Siempre pensé que, si tenía el dinero para comprar un edificio bonito como tu familia lo hizo, yo les agradaría». Crucé los brazos y apoyé el hombro en el alféizar de la ventana.

Henry cerró los ojos. Cuando los abrió, me abrazó fuerte y me besó el cabello. «Lamento mucho que hayas tenido que pasar por todo eso sola. Odio que hayamos perdido tanto tiempo».

Colocó un dedo debajo de mi barbilla e inclinó mi cabeza hacia arriba. Me puse de puntillas y lo besé. Su lengua tocó mis labios y los separé para dejarlo entrar. Acunó mi cuello y se acercó más, profundizando el beso. Dios, deseaba a este hombre, pero era obvio que todavía teníamos muchos problemas sin resolver. Dejó de besarme, pero no me soltó.

«Por fin te recuperé. No quiero perderte», me susurró al oído.

«Si queremos deshacernos de toda esta ira entre nosotros, tenemos que arreglar las cosas. Esa es la única manera, Henry».

Dio un paso atrás, ladeando la cabeza. «¿Eso significa que somos socios? Tal como yo lo veo, me necesitas tanto como yo te necesito a ti».

«Socios. Tú me ayudas a limpiar el nombre de Lisa. Y yo te ayudaré a recuperar la fortuna de los Cavalier». Sonreí. Nunca había tenido un socio.

«Mamá primero». Me dedicó una sonrisa que hizo que mis rodillas se debilitaran. «Bueno, Nikki Swift, parece que hemos llegado a un acuerdo». Me ofreció la mano y la estreché.

«Trato hecho».

CAPÍTULO 8

¿Llegaste a París?

HENRY

«Está bien. Ahora lo estás haciendo a propósito». Me incliné hacia ella.

Mantener mis manos alejadas de Nikki iba a ser un infierno. Pero le había prometido que lo tomaríamos con calma y planeaba cumplirlo, aunque esta pequeña exhibición era simplemente cruel e inusual. Ese traje suyo abrazaba cada centímetro de sus piernas bien formadas y su pequeña cintura. Vestida así, parecía una superheroína de la vida real.

«Todo lo que hago es a propósito. Pensé que lo sabías». Me guiñó un ojo y subió el resto de su leotardo negro.

«¿Es todo esto realmente necesario?». Aparté mi mirada de ella para recoger un par de gafas de visión nocturna de la cama.

«Sí». Se acercó a mí. El leve aroma de su perfume me llevó de regreso a una época en la que nuestras vidas habían sido mucho más simples. En su corazón, Nikki seguía siendo la misma chica que había conocido hace quince años.

«Deja de tocar. Esto es algo caro y no es mío». Me arrebató las gafas de la mano.

Era el peor momento para no tener dinero. Nikki tenía todo el derecho a estar enfadada conmigo, tal vez incluso decepcionada. Nunca me había preocupado la fortuna de la familia porque nunca tuve que prescindir de ella. Cuando mi abogado me dijo que se me había acabado el fondo para la universidad y que no me quedaba nada, me enfadé con mi tío. Pero yo era el culpable. Fui el mayor idiota por dejar que me estafara y me quitara mi propio dinero.

Cuando presenté una oferta para la solicitud de propuesta de Paradise Creek para renovar el centro de la ciudad, lo único que vi fue una oportunidad de volver y satisfacer este impulso que tenía de venganza contra mi tío. Nada más. Pero ahora que había vuelto a encontrar a Nikki, tan cautivada por el dinero de la familia, quería algo más que venganza. Quería recuperarlo todo: mi familia, mi vida y la fortuna de los Cavalier. Sobre todo, quería darle a Nikki todo lo que alguna vez había soñado. Quería ser yo quien le prestara esas malditas y caras gafas de visión nocturna. Quería ser a quien ella viniera en busca de ayuda.

Su hombro rozó mi pecho. El pequeño toque me atrajo hacia ella como un imán. Puse una mano en su cintura y froté la parte inferior de sus costillas.

«Tenemos que mantenernos concentrados». Ella apartó mis dedos de un manotazo y continuó su inspección de su equipo de alta tecnología.

«Dios, no has cambiado nada». Me reí. «Tan mandona».

«Oye, contrólate». Me dirigió una sonrisa antes de guardar el equipo en su mochila, junto con una linterna y otras cosas que realmente no pensé que necesitaríamos. Se colgó la bolsa al hombro y se giró para mirarme. «¿Listo?».

«¿Has hecho esto antes?».

«Nueva York está llena de baratijas interesantes». Se recogió el cabello en una cola de caballo mientras salía por la puerta. La seguí mientras pasaba la mano por las sábanas que dividían el vestíbulo y la escalera por la mitad. En algún momento, esa estúpida muralla tenía que caer. Ahora éramos socios.

«Solía haber un acceso a través de un túnel en el armario de abrigo, pero está cerrado. Ahora es todo de ladrillo, y quién sabe hasta dónde llega», señaló hacia la despensa improvisada de servicio que estaba a su lado.

«¿Así que por eso elegiste este lado? ¿Porque sabías que el túnel estaba allí?». Había estado tan distraída con la idea de tenerla aquí que no había visto más allá de la tontería de “puedes quedarte con el lado del vestíbulo con el bar, ya que pasaste todo ese tiempo limpiándolo”. Carajo.

«Sí», ella asintió. «¿Adónde vamos?».

Abrí la puerta principal y señalé hacia la calle. La mirada decidida en su rostro me llenó de esperanza y emoción. Mamá volvería a casa esta noche. Afuera, la noche sin estrellas nos saludó con un rocío cálido y mohoso. El monzón finalmente se había apiadado de nosotros. La lluvia me golpeaba los hombros mientras me agachaba para quitar la tapa de la alcantarilla.

«Yo iré primero». La miré.

Nikki puso los ojos en blanco y cruzó los brazos sobre el pecho. El agua se escurrió por el asfalto, entre sus botas de cuero negro, y goteó por la escalera de acero, ahora resbaladiza.

«Déjame adivinar, porque sabes lo que estás haciendo».

«Bien. Me alegro de que lo recuerdes». Una fracción de segundo después de que caí al suelo, Nikki cayó a mi lado. Apretó su cuerpo contra el mío y presionó fuerte mi bíceps. Tampoco me gustaba la oscuridad. Siempre me hacía pensar en papá. «¿Has vuelto a colocar la tapa?».

«¿Tú qué crees?». Ella puso los ojos en blanco de nuevo.

«Lo siento. No quise ser una idiota. Estoy nervioso».

«Lo sé». Sonrió.

«Vamos. Por ahí». Caminé hasta el final de la pequeña habitación y accioné el interruptor. Se quedó mirando el pasillo tenuemente iluminado, con una mirada oscura y resuelta. Mantuve mis ojos en la silueta de Nikki mientras ella se abría paso por el pasillo como una sombra, moviéndose rápido, cada paso silencioso y fluido. Unos cuatrocientos metros más adelante, el conducto eléctrico terminó, dejándonos en la entrada de un túnel oscuro como boca de lobo. Agarré la mano de Nikki y no pude evitar sonreír. Solo Nikki podía entender lo que estos túneles significaban para mí.

«Ya casi llegamos». Apuntó su linterna hacia delante.

Nikki podía cuidarse sola. Había tenido una muestra de eso su primer día de regreso cuando me la encontré en el sitio de construcción. Pero la Mansión Cavalier estaba llena de pesadillas y viejos recuerdos que ninguno de los dos quería recordar. ¿Había cometido un error al involucrarla?

«Realmente debiste usar el traje que te compré», dijo. «Resaltas como un perro en misa».

«Un perro en misa».

«Sabes a lo que me refiero». Se encogió de hombros y giró en el lugar para observar el espacio que nos rodeaba.

«Estoy bien. Vamos a la Mansión Cavalier, no a Langley». ¿Nikki alguna vez había hecho algo tan grande y peligroso como entrar en un edificio del gobierno? Diez años era mucho tiempo. No sabía casi nada sobre ella. Tanto tiempo perdido y tanto que quería saber sobre ella.

«¿Llegaste a París?».

Se detuvo en seco y se volvió hacia mí. ¿Qué estaba pasando por su mente en ese momento? «No. Llegué solo hasta Nueva York».

«¿Por qué? ¿Qué te detuvo?».

«Me quedé sin dinero. Bueno, la mayor parte, de todos modos. Supongo que me asusté cuando me di cuenta de que cinco mil dólares no durarían para siempre». Hizo una mueca.

Le acaricié la mejilla. Su suave piel se sentía fresca contra mis dedos. «Cuéntame sobre tu tiempo en Nueva York. Cuéntame sobre tu primera estafa».

Se rió y continuó caminando por el oscuro túnel. «Fue por accidente en realidad. Conocí a un chico en el bar donde trabajaba. Tenía dieciocho años».

«¿Y trabajaste en un bar?».

«Tenía una identificación falsa. Necesitaba una para trabajar. Pero esa es otra historia». Ella agitó una mano en señal de desdén. «De todos modos, conocí a este chico, y parecía estar muy interesado en mí. Para entonces, sabía que nunca llegaría a París, y solo estaba tratando de sobrevivir de alguna manera. Esa noche, estaba tan cansada y harta de mi realidad... Inventé una historia triste sobre mí, y él se la creyó. Creo que solo quería que alguien sintiera pena por mí. Le dije que iba a la Universidad de Nueva York y que mis padres me habían dejado de lado. Actué como una niña malcriada, y él se lo tragó. Luego hizo algo que me sorprendió y cambió mi vida para siempre».

Metí las manos en los bolsillos de mis jeans. Nikki había pasado por tanto sola. ¿Qué le había hecho este idiota?

Se burló y puso su mano sobre mi pecho. «Relájate. Nada de eso. Se ofreció a pagar mi matrícula. ‘Que se jodan. Tus padres son unos imbéciles’, me dijo. Creo que esas fueron sus palabras exactas. El tipo no tenía ni idea, pero acepté su oferta. Entonces me di cuenta rápidamente de lo mucho que podía hacer si me lo proponía. En un verano, obtuve mi GED y me aceptaron en la Universidad de Nueva York. De acuerdo, no todo era completamente legal».

«Ojalá hubiera estado allí contigo». Sacudí la cabeza. «¿Terminaste la escuela?».

«Sí. Tuve tres novios ricos, pero la terminé». Se detuvo para iluminar con su linterna el montón de escombros que Russ y yo habíamos dejado atrás. «Parece que alguien trató de cerrar este túnel a toda prisa».

«Sí». Asentí. Mi corazón se aceleró mientras trepábamos por los escombros. La última vez que vine aquí, mamá se había negado a irse conmigo, pero estaba seguro de que cambiaría de opinión una vez que me viera con Nikki. Una vez que se diera cuenta de que no era demasiado tarde para volver a ser una familia.

El resto del camino, Nikki no ofreció más detalles sobre su vida en Nueva York, y yo no la presioné al respecto. Al final del túnel, encontramos la escalera de acero que conducía a otra alcantarilla y a la casa de mi infancia. Estar aquí, escondido como un criminal, todavía dolía. Pero tener a Nikki a mi lado hizo que todo fuera menos doloroso.

«Aquí es. Estamos en el lado norte del jardín de mamá».

Nikki se puso una mano sobre la boca, con la mirada fija en la pesada tapa de hierro fundido con el sello de Cavalier grabado en ella. ¿Estaba pensando lo mismo que yo? A través de esa abertura en la parte superior, más allá del muro de ladrillo que rodeaba la propiedad, estaba el árbol de mezquite donde habíamos acordado encontrarnos el día que la perdí. ¿Por qué se ponía tan terca con nosotros? Obviamente teníamos muchos asuntos pendientes, pero eso no importaba. Ella me deseaba tanto como yo a ella. Esta cosa entre nosotros estaba lejos de terminar.

«Apaga eso». Señaló mi linterna antes de que la suya se apagara. Seguí su ejemplo y nos

sumergimos en la oscuridad. El agua se escurrió por la abertura y formó un charco a nuestros pies. Con un suspiro, Nikki se acercó a mí y deslizó su mano en la mía. «Nunca pensé que volvería aquí».

«Yo tampoco. ¿Estás lista?». Apreté sus dedos.

«No. Pero hagámoslo de todos modos».

Subí la escalera primero. Fría y viscosa bajo mi tacto, traqueteaba cada vez que mi pie aterrizaba en un peldaño. Cuando llegué arriba, me eché al hombro la tapa de la alcantarilla y la aparté. Una capa de barro se deslizó por la abertura y sobre mi ropa. Genial. Apuesto a que Nikki estaba seca y cómoda con su traje de alta tecnología. El lado positivo era que el cielo nublado y oscuro y la lluvia hacían que todo, incluso nosotros, se tiñera de un gris pálido. Si no podíamos ver a los guardias, había pocas posibilidades de que ellos nos vieran.

«No te muevas», susurró Nikki, presionando su cálido cuerpo contra el mío. Pasé mi brazo por su cintura para mantenerla firme en el estrecho peldaño mientras se ajustaba las gafas de visión nocturna en la cara. «Hay un tipo uniformado caminando por la pared. ¿De qué trata esa doble seguridad? ¿Tu tío está nervioso por algo?».

«Debería estarlo. Estoy de vuelta en la ciudad y él mantiene a mi madre prisionera en su propia casa». Qué sola debió haber estado todos estos años, drogada con Dios sabe qué tipo de medicamentos para una enfermedad que los médicos no podían diagnosticar. «¿Podemos continuar ya?».

«Sí». Nikki bajó corriendo los últimos escalones mientras la escalera chirriaba bajo nuestro peso. Se dirigió directamente a la puerta oculta detrás de los arbustos, dejó caer su mochila al suelo y se agachó junto a ella. «Dios, no recuerdo que esta puerta fuera tan pequeña».

«Lo sé. ¿Crees que puedes abrir esta cerradura?».

Resopló y me miró. «No tiene nada de elegante. Ahora deja de hablar. Necesito concentrarme».

Mientras Nikki hacía su magia, me senté contra la pared, limpiando el barro de mis pantalones, deseando haberme puesto el traje que me había dado. «¿Recuerdas cuando solíamos escabullirnos en mitad de la noche?».

«Sí, lo recuerdo. ¿Te imaginas lo que habría dicho tu madre si hubiera descubierto que te escabullías con mi ayuda?». Se rio forzosamente.

«Nunca fuiste de ayuda. Y mamá lo sabía. Sabía lo del chocolate caliente y los túneles». Le tomé la mano.

«¿Qué? ¿Cómo es que no me lo dijiste? Todo ese tiempo, pensé que estábamos bebiendo chocolate caliente robado». Ella negó con la cabeza, sonriendo.

«Te hizo feliz. No quería arruinarte la emoción». Le toqué la mejilla.

Cubrió mi mano con la suya y me miró a los ojos.

«Nikki...».

«Estamos dentro». Empujó la puerta y se abrió con un crujido.

Una brisa húmeda y fría se precipitó en nuestra dirección, como si el túnel hubiera estado conteniendo la respiración todo este tiempo. Con un agarre fuerte en mi linterna, me colé detrás de Nikki y dejé que la puerta se cerrara detrás de mí.

«¿Todo de frente, creo?». Respiré profundamente para aliviar el latido en mi pecho.

«Acabo de patear algo». Chocó conmigo y su haz de luz danzó alrededor de las paredes.

«No pienses en eso, solo sigue adelante».

Cuando éramos niños, este lugar no parecía tan lúgubre. Nos sentábamos aquí y escuchábamos los pasos en el piso y el polvo se posaba sobre nosotros como nieve mientras la

gente corría de un lado a otro. Tal vez esa era la diferencia. La casa se sentía desierta ahora y extrañamente silenciosa.

Aceleré el paso y giré a la izquierda al final del pasillo. Como lo había hecho incontables veces cuando la Mansión Cavalier era mi hogar.

«¿Es este el lugar correcto?». Me apoyé en la pared y empujé. Se oían sonidos de arrastrar los pies del otro lado, pero la puerta no se abrió como se suponía.

«Creo que sí. Hay algo bloqueando el camino».

«Sí». Empujé mi cuerpo contra ella de nuevo, y la puerta cedió lo suficiente para que Nikki pasara por el hueco.

«Es un sofá. Espera».

Nikki era como un fantasma, silenciosa y rápida mientras movía los muebles antes de volver a dejarme entrar. Este era el peor momento para eso, pero todo lo que quería hacer era besarla de nuevo.

«No hay nadie en casa, Henry», susurró.

«Primero revisemos la habitación de mamá». Subí corriendo las escaleras.

¿Mi tío se había llevado a mamá a otro lugar? ¿Habíamos esperado demasiado para volver? Entré a la fuerza en la habitación de mamá y se me encogió el estómago. Había ropa esparcida sobre la cama y en el diván cerca del ventanal, mientras que había un montón de perchas en el suelo.

«¿Te parece que se fueron a toda prisa?», pregunté.

«Seguro». Apuntó con la luz alrededor de la habitación. «¿Tu tío sabía que ibas a venir? ¿Crees que tu mamá le contó sobre tu visita?».

«Mierda». Me froté la cara con ambas manos. «¿Por qué haría eso? ¿De verdad no quiere verme?». Tragué saliva y me dejé caer en el colchón.

¿Me lo había inventado todo? ¿Me había imaginado el miedo en los ojos de mamá? Había sido tan rápido en creer que la habían retenido aquí contra su voluntad. Cualquier cosa era mejor que aceptar el hecho de que mamá no me quería. Obviamente, estaba equivocado. ¿Por qué, si no, huiría un par de días después de verme?

«No saquemos conclusiones apresuradas», Nikki me pasó los dedos por la mandíbula y luego los deslizó por mi cabello.

Apreté mi mejilla contra su pecho y la abracé. El aroma de su elegante gel de baño me impidió caer en un oscuro lugar de autocompasión y ceder a esta ira que había sentido hacia mamá todos estos años.

«Si está tan enferma como dijiste, tal vez no quiera molestarte. Tal vez quiera que la recuerdes como solía ser, antes de que enfermara». Besó la parte superior de mi cabeza y me soltó los brazos. «Ya estamos aquí. ¿Qué tal si echamos un vistazo y vemos qué podemos encontrar? Esta es nuestra oportunidad de curiosear en el estudio de tu tío. No es que él dejara el verdadero testamento de tu padre tirado por ahí, pero nunca se sabe».

Nikki tenía razón. Teníamos que seguir adelante. Hubiera sido agradable tener a mamá de vuelta, pero si ella no quería eso, tenía que respetar sus deseos. Incluso si sentía como si me hubieran hecho un nuevo agujero en el pecho.

«Oye, mira esto». Nikki estaba de pie junto al tocador de mamá, con un ramo de rosas en la mano. «Estas se ven bastante frescas».

«Mamá tenía un ramo de rosas en su regazo cuando la vi. Tomémoslas».

«Está bien. Pero mira lo que usó para unirlas». Me mostró los tallos, envueltos con un paquete vacío de chocolate caliente, cuidadosamente doblado en tres. «Creo que dejó esto aquí

para ti».

Saqué el paquete y le sonreí. Después de todo este tiempo, mamá finalmente había pensado en mí y me había dejado un mensaje. La nota era apenas legible, pero definitivamente era su letra.

No sé a dónde me llevan. O cuándo volveré.

Te amo, Henry. Siempre

Mamá

«Ella no te dejó». Nikki rodeó mi cintura con sus brazos.

Su voz era un pequeño susurro lleno de significado. Nikki tampoco me había dejado. Yo era el idiota más grande por creer en alguien como mi tío. Nunca se preocupó por mí. Todo lo que hizo fue para su propio beneficio.

«No lo imaginé. Ella estaba asustada ese día. Nikki... tenemos que encontrarla».

«Lo haremos». Ella ahuecó mi mejilla y presionó sus labios contra los míos.

Su beso fue como respirar oxígeno puro.

CAPÍTULO 9

Cartas de Tessa

NIKKI

Pasé los dedos por el pelo de Henry. Dios, se sentía bien: su piel caliente y suave bajo mi tacto, su boca decidida y segura sobre mis labios. Como dos piezas de un rompecabezas, encajábamos.

«Henry», susurré entre besos.

«Lo sé». Dejó caer sus manos a mi cintura y me abrazó fuerte. «Yo también lo siento».

Succioné su labio y apreté mi cuerpo contra el suyo antes de apartarme. Por eso siempre trabajaba sola. Necesitaba la cabeza fría para concentrarme en Tessa. Lo que Henry estaba haciendo con mis sentidos en ese momento era exactamente lo opuesto a mantenerme concentrada.

«Está bien. Bajemos las escaleras y no pensemos en esto». Señalé entre los dos.

Él asintió, con las mejillas rojas mientras guardaba la nota de su madre en el bolsillo trasero de sus jeans. «Sí, vámonos».

Fuera del dormitorio de Tessa, una corriente de aire flotaba a lo largo del pasillo y sopló suavemente en mi cara. El repentino descenso de la temperatura ayudó a apagar el deseo que todavía bullía en mi interior.

«Este lugar luce exactamente como lo recuerdo». Henry estaba de pie junto a las escaleras, con la cabeza inclinada hacia arriba, admirando los altos techos.

«No recuerdo que estuviera tan tranquilo. ¿Adónde crees que se fue todo el mundo? Quiero decir, incluso la ama de llaves se ha ido». Pasé la mano por la barandilla de madera tallada a mano, inclinándome hacia delante para admirar la vista del vestíbulo desde allí arriba.

Lo seguí por las escaleras, atravesé el vestíbulo y entré en el estudio del lado opuesto. Allí era donde el padre de Henry había pasado la mayor parte del tiempo, con su escritorio siempre enterrado bajo papeles y libros. Solo había estado allí unas pocas veces, pero la imagen de él inclinado sobre su trabajo se me había quedado grabada.

Henry cerró la puerta detrás de nosotros y se dirigió directamente a un retrato de su tío y su tía. «¿Cómo se te dan las cajas fuertes?». Sonrió. No pude evitar preguntarme qué le gustaba más: el hecho de que nos enfrentáramos a su tío o la idea de que estuviera involucrado con una criminal. En la escuela primaria, el chico Cavalier había sido el modelo a seguir, mientras que yo había sido un desastre: la rebelde. Todo cambió cuando nuestros padres murieron con pocos meses de diferencia y él fue enviado a un internado en Tucson cuando tenía diez años.

Dejé mi mochila en el escritorio y me enfrenté a la caja negra de tamaño mediano. Esperaba algo más grande. «Veamos qué tenemos».

En todos estos años, nunca imaginé que volvería a la Mansión Cavalier para robar de nuevo.

Literalmente estaba de nuevo en el punto de partida, tratando de demostrar la inocencia de mi hermana y sin dinero. Saqué mi equipo y coloqué los cables en el escritorio antes de conectar el dispositivo a mi iPhone. Sí, había una aplicación para eso. Inserté los cables debajo del dial, metí los auriculares y me puse a trabajar.

Incluso desde el otro lado de la habitación, el aroma de Henry era una distracción, y no podía dejar de pensar en todas las cosas que podríamos estar haciendo ahora mismo si nos hubiéramos quedado arriba. Mierda. Me había prometido a mí misma que no lo besaría esta noche, pero se veía tan destrozado sentado en la cama de su madre, pensando que a ella no le importaba. Y luego, llegó el golpe final: descubrir que la habían mantenido en esta casa contra su voluntad, completamente sola y lejos de su único hijo. Él ya había pasado por mucho.

«Creía que no estábamos pensando en *eso*», Henry me dirigió una sonrisa desde el otro lado del estudio mientras hojeaba uno de los libros de su padre.

«Ni siquiera sabes en qué estaba pensando». Me aparté de él para mirar de nuevo la caja fuerte, escuchando el siguiente clic.

«Me estabas mirando». Guardó el libro y cogió otro.

«Lo siento. Me dejé llevar. No debería haberte besado». Otro clic perforó mi oído. Presioné la aplicación en mi teléfono y bajé el volumen. *Concéntrate*.

«Siéntete libre de dejarte llevar cuando quieras», susurró a mi lado, haciendo que mi mano se estremeciera y mi corazón diera un vuelco.

Por mucho que quisiera arrojarme sobre él ahora mismo, este no era el momento ni el lugar. «Lo recordaré», le sonreí.

Dio un paso atrás y tomó un pisapapeles del escritorio. «¿Cómo va eso?», señaló la caja fuerte.

Moví mis cejas. «Lo tengo».

«Un día tendrás que decirme por qué tuviste que aprender a hacer eso». Sacudió la cabeza.

«Un día podría hacerlo». Metí la mano, agarré un fajo de billetes y los puse en mi mochila. El envoltorio del dinero decía cinco mil dólares. Mi denominación favorita.

«¿Qué estás haciendo?», me frunció el ceño. «No estamos aquí para robar dinero».

«*Tú no estás* aquí para robar dinero, pero yo sí. Una chica tiene que comer». Le guiñé un ojo. «Aquí hay mucho dinero. Tu tío no se dará cuenta si faltan algunos billetes». Puso los ojos en blanco. «Bien. Pero lo dividiremos. Y no nos escaparemos con él en el último minuto». Por primera vez desde nuestra gran pelea, su tono de voz no estaba teñido de ira cuando habló de la noche en que me escapé con el dinero de Tessa.

«Está bien, veamos qué más hay aquí». Rebusqué entre las carpetas y los joyeros. Esto era extraño. Cuando éramos niños, la madre de Henry guardaba todas sus joyas en su habitación. Supuse que Jonathan no confiaba en la gente que trabajaba para él. La confianza y el respeto no eran cosas que se pudieran comprar con dinero. Después de que envió a Henry lejos, ¿cuántos años le tomó darse cuenta de eso?

«¿Algo bueno?», Henry rebuscó en los cajones del escritorio frente a mí. «Aquí hay algunos recibos, pero nada fuera de lo normal. Mira esto, dos mil dólares por una cena con filetes en “*Different Point of View*” en Phoenix».

«Lindo». Abrí un sobre manila. Dentro había una carta doblada en tres.

«¿Las cenas caras te impresionan?». Arqueó una ceja.

«¿Qué diablos?», murmuré. Henry dejó lo que estaba haciendo y vino a unirse a mí. «Es una carta de tu mamá para mi hermana».

QUERIDA LISA:

Sé que no mataste a mi esposo. Y lamento mucho que tengas que llevar esta cruz sola. Te prometo que haré todo lo que esté en mi poder para liberarte.

Con amor, Tessa

«¿QUÉ?», Henry miró la carta antes de quitármela. «¿Mamá lo sabía?».

«Pensé que habías dicho que había empeorado. Que no podía moverse. ¿Cuándo escribió esta carta?».

«No lo sé. Pero esta es definitivamente su letra. Mucho más legible que la nota que dejó arriba». Sacudió la cabeza, mordiéndose el labio. «Me pregunto si Lisa alguna vez la vio. ¿Por qué la tiene tu tío?».

«Buena pregunta».

«Otra buena pregunta: si tu madre sabía que Lisa no lo hizo, ¿por qué no dijo nada durante el juicio?». Se me revolvió el estómago.

Tessa siempre había sido amable conmigo y con Lisa. Pero si Tessa creía en la inocencia de Lisa, ¿por qué nos había dado la espalda cuando más la necesitábamos? ¿Por qué no había defendido a Lisa? Dios, esperaba que Lisa no hubiera visto esta carta. Quince años de espera por alguien que no iba a venir sería una tortura. Arrugué la nota en mi mano.

«Apaga la luz», susurró Henry.

Afuera, en el vestíbulo, el sonido de pasos lentos resonó en los pisos de mármol. Mi pulso se aceleró. No estábamos solos después de todo. Cerré la puerta de la caja fuerte e hice una mueca cuando se cerró con un ruido sordo.

«¿Hay otra salida?», pregunté.

«Sí. Usemos la puerta de servicio. Nos llevará a la cocina». Envolvió sus dedos alrededor de mi muñeca y apreté mi agarre en la nota de su madre.

Con mi mano libre, agarré mi mochila y seguí a Henry a través de la puerta oculta detrás del carrito del bar. ¿Los pasos pertenecían a uno de los guardias que hacían sus rondas, o su tío había regresado? Henry bloqueó el panel y sujetó mi brazo con más fuerza cuando intenté moverme.

«Vámonos», dije en voz baja.

Sacudió la cabeza, llevándose un dedo a los labios.

¿En serio? Mi corazón latía con fuerza en mi garganta, ¿y él quería quedarse y jugar a ser detective? Sí, yo era una ladrona. Una buena, además. El riesgo de que me atraparan era parte del trabajo, pero algo en este escenario me ponía de los nervios. Estos guardias tenían órdenes de dispararle a Henry en cuanto lo vieran.

Al otro lado de la pared, las luces se encendieron. De repente, éramos más que sombras. Me arrastré hacia atrás, pero Henry me atrajo hacia él, lejos de la grieta entre el panel y la pared por donde se filtraba un resplandor. Los cubitos de hielo cayeron en un vaso, seguidos de un líquido que se vertía. Alguien estaba preparando una bebida. Yo necesitaba una bebida.

Jalé la mano de Henry otra vez, y finalmente se movió para seguirme. Nos dimos vuelta justo cuando un vaso se rompió contra el suelo. Alguien estaba teniendo un mal día, y de locos que nos quedábamos para averiguar por qué. Sin hacer ruido, corrí por el pasillo y no me detuve hasta que llegamos a la cocina.

«Tenemos que volver a los túneles. Si salimos por la cocina, uno de los guardias nos verá seguro», susurré. Un pequeño temblor recorrió mis brazos y piernas. Mierda. Teníamos que salir de aquí. Ahora.

«Lo sé. Pasemos por ahí».

Los recuerdos de ese lugar volvían lentamente a mí. Detrás de la despensa había otro acceso que conducía a los túneles del jardín. Era el que habíamos usado para escabullirnos hacia los jardines de Tessa.

Henry empujó el armario hacia adentro, dejando suficiente espacio para que pudiéramos pasar. Tan pronto como lo cerró detrás de nosotros, ambos salimos corriendo. Algo no estaba bien. Se me puso la piel de gallina en el pelo de la nuca, como una advertencia. No podía quitarme la sensación de que nos estaban persiguiendo. Por la mirada preocupada en el rostro de Henry, él también lo sentía. Una cosa que aprendí muy pronto después de escaparme de mi último hogar de acogida fue confiar siempre en mi instinto.

En lo alto, varios pares de pasos corrían por el pasillo, dejando caer polvo y años de telarañas sobre nosotros. ¿Sabían que estábamos aquí? Me tapé la boca para no gritar cuando mis botas patearon algo al otro lado del pasillo. Un fuerte pinchazo me hizo detenerme de golpe para rascarme la picazón que me ardía en la parte interior del codo. Tenía arañas en el pelo y en la ropa.

«Odio las arañas». Henry me agarró la muñeca y me llevó detrás de él.

«Odio los ratones». Seguí el ritmo, golpeándome la cabeza y las piernas.

Cuando llegamos a la salida, le hice un gesto para que se quedara quieto. El túnel estaba completamente oscuro, pero a través de las grietas del umbral, unos rayos de luz se filtraban por el jardín. ¿Sabían que Henry estaba allí? ¿O pensaban que se trataba de un robo al azar? La alcantarilla que nos llevaba a un lugar seguro estaba al menos a cincuenta metros de nosotros.

«¿Qué hacemos?», susurré.

Henry me rodeó la cintura con la mano y me apretó la espalda contra el pecho. Su respiración era entrecortada cerca de mi sien. Este era el lugar donde me había encontrado después de que le robé el dinero a Tessa; el dinero que siempre guardaba en su habitación y que nunca hacía ningún esfuerzo por ocultarnos. Como si hubiera querido que supiéramos que estaba allí. ¿Había sabido que algo terrible nos estaba sucediendo? Si lo sabía, ¿por qué no había hecho algo para detenerlo?

«Aquí es donde nos besamos por primera vez. ¿Lo recuerdas?», preguntó Henry.

Asentí. «Hicimos planes para escaparnos a París». Hasta hace un par de semanas, ese había sido mi plan.

Su pecho retumbó con una risa contenida. Nuestras vidas probablemente estaban a punto de terminar, y él estaba divertido. «Tu novio de la Universidad de Nueva York no fue el primero en engañarte. Fui yo».

Me quedé helada. Aunque no hubiera sido a propósito, le robé el día que me escapé con el dinero de su madre. «Lo siento mucho, Henry».

«Solo hay una persona responsable de todo lo que pasó ese día». Me apretó más fuerte, enterrando su cara en mi cabello. Deslicé mi mano por su antebrazo y dejé que mi cabeza cayera hacia atrás en el hueco entre su hombro y su cuello. Nos quedamos de pie en la oscuridad, agarrándonos el uno al otro mientras esperábamos que los guardias regresaran a sus puestos.

Cuando el ruido afuera se calmó, me alejé de él para sacar mis gafas de visión nocturna de mi bolso. La oscuridad era la única ventaja que teníamos. Me senté en cuclillas y empujé la pequeña puerta para abrirla. Los arbustos chuparosa de Tessa me pincharon las piernas mientras salíamos del túnel y nos apoyábamos contra la pared de ladrillo. La lluvia caía a cántaros, al ritmo del golpeteo en mi pecho. Me puse las gafas y busqué señales de movimiento.

«Parece despejado». Me volví para mirar a Henry.

«Vamos», asintió.

Tragué saliva y caminé por el borde de la casa hacia la libertad. Manteniendo un perfil bajo, salimos corriendo. Cuando estuvimos cerca de la alcantarilla, Henry corrió frente a mí y levantó la tapa de acero para que yo pudiera pasar. Mi mente se quedó en blanco, impulsada por la autoconservación. Sin tiempo para pensar o agarrar la escalera, salté al agujero y caí casi dos metros. Henry hizo lo mismo, cayendo a mi lado con un fuerte chapoteo.

Nos miramos el uno al otro durante lo que parecieron horas. Si nos hubieran visto, ya estarían encima de nosotros.

«¿Crees que estamos bien?», respiré profundamente.

Henry hizo una mueca y se frotó la parte interior de la muñeca. «Creo que sí». Apoyó las manos en las rodillas y exhaló. «Mierda. De seguro que, si nos hubieran visto, nos habrían disparado».

«Lo sé», tragué profundo. «Vamos a casa».

De vuelta en el hotel, me cambié el traje. Me rasqué los pequeños granitos rojos de los brazos y me metí en la ducha. En cuestión de minutos, el agua caliente y el jabón perfumado me quitaron la sensación de hormigueo en la espalda. Sin embargo, el temblor de mis manos no desapareció del todo, pero al menos no me sentía tan nerviosa.

En cuanto cerré el agua, Henry llamó a la puerta de mi habitación.

«Pasa». Cogí mi bata de baño de la cama y me la puse.

Henry entró con el pelo mojado, llevaba pantalones de pijama a cuadros y una camiseta Henley blanca y dos cervezas en la mano. «Pensé que podrías necesitar una de estas».

«No tienes idea». Cogí la botella que me ofrecía y di un trago largo y satisfactorio.

Se sentó en la cama y bebió. Esta noche había sido un completo fracaso. Odiaba estar en el lado perdedor. Esto no iba a ser tan fácil como había pensado: entrar, agarrar a Tessa y robar el testamento de su padre. ¿En qué estaba pensando?

«Está bien. Entonces esto va a requerir un poco más de planificación», dije.

«¿Tú crees?». Me miró a los ojos e inclinó la botella hasta que se acabó toda la cerveza. «¿Qué pasó esta noche?».

«No estoy muy segura. O tu tío descubrió que habías visto a tu madre, o tiene una intuición muy buena. El hombre te robó millones. Debe tener una mente criminal de verdad». Eso había sonado más gracioso en mi cabeza. «Lo siento. Sé que esperabas tener a tu madre de vuelta esta noche».

Puse mi mano sobre su hombro y miré con enojo la pared a nuestra derecha con los últimos quince años de la vida de mi hermana y las fotos de los últimos momentos de su padre clavadas en ella. La respuesta a este loco rompecabezas estaba allí en alguna parte.

«Entonces, ¿qué sabemos?». Henry siguió mi línea de visión. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando vio el tablero del asesinato. «Todo está conectado, ¿no?».

CAPÍTULO 10

Un rasguño es todo lo que tenemos

HENRY

«Sí», asintió. «Tal vez esta noche no haya sido un completo fracaso. Aprendimos algo».

«¿Qué?», pregunté.

«Alguien aparte de mí cree en la inocencia de Lisa». Sonrió, poniendo una mano sobre su corazón. «Eso significa que, en algún lugar, hay pruebas de que Lisa no mató a tu padre».

Mi mente se agitó con destellos de ese día. No había regresado a Paradise Creek para remover viejos recuerdos. Había vuelto para arreglar las cosas. Pero si Lisa era inocente, cada minuto que había pasado en la cárcel era una gran injusticia, una que mamá en algún momento había tratado de arreglar. Le debía mucho a Nikki, a mamá y a Lisa. El momento de enfrentar el pasado había llegado. Todavía me dolía pensar en papá, pero tenía que intentarlo. Dejé mis sentimientos a un lado y fui a la pared cubierta con mi peor pesadilla.

«¿Qué vimos ese día? ¿Te acuerdas?», lancé una mirada hacia Nikki.

«A veces siento que vi algo. Pero no sé qué. ¿Sabes? Como cuando no puedes pensar en una palabra y está ahí en el borde de tu mente, pero no puedes soltarla. Y otras palabras que sabes que no son las adecuadas saltan en su lugar». Ella bebió de su cerveza.

«Joder. Nikki. Sé exactamente lo que quieres decir». Pasé mis dedos por mi cabello.

«Entonces, ¿qué vimos? ¿Cómo sabemos qué es real?».

«¿O qué es parte de una pesadilla estando despiertos?», terminé su pensamiento.

Ella asintió con la cabeza y tomó mi mano en la suya, su mirada llena de lástima. «Sentí algo presionando en mi cerebro cuando puse estas imágenes. Tal vez si lo repasamos juntos, podríamos llegar a algo».

«¿Cómo un hombre tan grande como yo recibe una paliza tan brutal?». Miré las imágenes frente a mí, sin reconocer el rostro del hombre en ellas. Qué crimen brutal. Tanto odio. Tanta sangre.

Recordaba vagamente haber ido a la corte. Los detalles del juicio eran borrosos. Todo lo que recordaba era que pasaba la mayor parte de mis días preguntándome dónde tenían a papá, si realmente estaba muerto.

La historia que leí más tarde en Internet decía que Lisa Morrow había sido condenada por asesinato en primer grado. El abogado defensor había argumentado que había sido un crimen pasional. Lisa tenía dieciocho años en ese momento, casi veinte años más joven que papá. ¿Cómo diablos se le había ocurrido eso al abogado? Al final, el argumento del abogado había sido lo que salvó a Lisa de pasar la vida en prisión. Locura temporal, la misma locura que la había hecho lo suficientemente fuerte como para golpear a un hombre adulto hasta matarlo.

«Quien hizo esto era lo suficientemente fuerte como para mover el cuerpo». Nikki me apretó

los dedos.

«¿Qué?». La miré con el ceño fruncido. «¿Qué quieres decir?».

«¿Te acuerdas de Dom?».

«Sí, tu no cliente». Puse los ojos en blanco y me crucé de brazos. ¿Por qué importaba si era un cliente o no? Nikki no era mía. Nunca lo fue.

«Ese». Me señaló con un dedo. «Encontró una marca en... el cuerpo. Según su amigo experto, basándose en la coloración y en lo que sea, su amigo cree que fue post mortem».

«¿Cree que alguien movió a papá y le arañó el brazo en el proceso? Está trabajando en ese ángulo. Cree que podría crear suficiente duda razonable para pedir un nuevo juicio». Se miró las manos y se mordió el labio.

«¿Pero?».

«Pero eso no es lo que quiere Lisa. No quiere ser liberada. Quiere volver a casa. ¿Entiendes?».

Me froté los ojos y exhalé. Puede que no recuerde los detalles del juicio, pero sí recordé cómo habían tratado a Lisa y Nikki durante toda la terrible experiencia. Esta ciudad había convertido todo el amor que tenían por mi padre y mi familia en odio por las chicas Morrow. En la escuela, Nikki había sido colocada en un aula especial porque un grupo de niños la asaltó en el pasillo. Intenté ayudarla y terminé con el labio roto.

Ese había sido mi último día de escuela. Mi tío había pensado que sería prudente enviarme a un internado en Tucson. Nikki se quedó, y solo Dios sabía qué más tendría que soportar. Todo lo que sabía era que cuando regresé cinco años después, ella había decidido huir de la casa de acogida.

«Ella quiere una maldita disculpa», dije. «Resolveremos esto. Te lo prometo».

«Pero, ¿cómo?».

Se dejó caer en el borde de la cama. «Un rasguño es todo lo que tenemos».

«Y la carta de mamá».

«Ninguna de las dos cosas puede ayudar a Lisa».

El aire acondicionado estaba a tope en la habitación, mientras un chorro de lluvia y una brisa cálida entraban por la puerta abierta del balcón. Terminando el último trago de su cerveza, caminé hacia la terraza, con la mirada fija en la noche sin estrellas. Quería abrazarla. Quería arreglar esto por ella, borrar todo lo malo de su vida.

Me volví hacia el tablero de asesinatos y me concentré en los detalles. ¿Por qué alguien trasladaría a papá al vestíbulo? ¿Qué había intentado ocultar el asesino? ¿Los túneles? La familia, especialmente el abuelo, siempre había sido muy protector de ese secreto. Nunca entendí si había sido por orgullo, porque no quería que la gente supiera que la fortuna familiar provenía del contrabando, o porque quería hacer de la mansión un lugar divertido para mí. ¿El asesino realmente estaba protegiendo el secreto de la familia?

«¿Cuáles son las probabilidades de que después de todo este tiempo, todavía haya evidencia de que papá fue asesinado en los túneles?». Pasé mi mano sobre la foto de papá. Nikki se volvió hacia mí, apoyada en la barandilla de hierro, con su bata de algodón pegada a su cuerpo.

«Eso tendría sentido, ¿verdad? Quiero decir. Probablemente ya no haya nada allí, pero ese tiene que ser el lugar donde estaba tu papá cuando sucedió. ¿Por qué si no lo moverían?».

«Exactamente». La miré a los ojos desde el otro lado de la habitación y la temperatura subió unos grados.

«¿Tienes más cervezas?», ella sonrió mirando al suelo.

«Tengo una hielera llena».

Ella no estaba lista para hablar de nosotros. Tenía que respetar eso. Para ser honesto, además

de este deseo devorador que sentía por ella, mis sentimientos por Nikki, en el mejor de los casos, eran conflictivos. En un minuto quería respuestas de ella. ¿Por qué había seguido adelante? ¿Por qué no había venido a buscarme? Al siguiente, quería olvidarme de todo y simplemente recuperar el tiempo perdido. «Vamos a bajar a tomar algo», hice un gesto hacia la puerta.

No es que la falta de una cama me disuadiera de tener sexo con ella. Dios, quería estar con ella. Lo único que me detenía en ese momento era su pedido de ir despacio.

No se molestó en ponerse ropa, simplemente me siguió escaleras abajo y se puso cómoda en el sofá. Le traje otra cerveza y me senté a su lado.

«Gracias». Dio un largo sorbo. Con la mirada fija en la botella, se pasó la punta de la lengua por el labio superior. Esa era su señal de que estaba pensando mucho. Olía a aceites y jabón de lujo. «Sé que es tu tío, y ambos sabemos que es capaz de hacer cosas bastante malas. Pero, ¿podría..., ya sabes? ¿A su propio hermano?».

No había llegado a ese punto. Sí, mi tío era un imbécil codicioso, pero ¿era un asesino? «No tengo ni idea. Ha tenido a mi madre durante quince años. Si es capaz de matar, ¿por qué sigue viva?».

«Buen punto». Se sentó hacia atrás. «Además, si era él el que estaba en la mansión, ¿por qué no envió a sus hombres al túnel para perseguirnos? ¿Acaso sabe algo sobre los túneles? Quiero decir, ¿cómo podría no hacerlo?».

«Tienes razón. ¿Crees que nos dejó ir?».

La misma pregunta rebotaba en mi cabeza. ¿Jonathan había matado a su propio hermano? ¿Eso era lo que había visto ese día? ¿Un hombre que nos dejaba en la oscuridad, cerrando el falso panel que ocultaba el acceso al túnel? Lo único claro en mi mente era sostener la mano de Nikki en la mía con tanta fuerza que estaba seguro de haber sentido que se rompía. Mi pecho se apretó.

Tomé un largo trago de cerveza y apoyé ambos brazos en mis piernas. «Estábamos jugando en el túnel ese día. ¿Te acuerdas?».

«Sí. Salimos y vimos a tu padre en el vestíbulo cerca de las escaleras. No había sangre, pero había tanta sangre. Y a Lisa. Estaba gritando, tratando de despertarlo».

«¿Recuerdas haber visto una luz al final del túnel, un hombre?».

Ella negó con la cabeza. «No. Era como esta noche. Oscuridad total».

Dejé mi botella en la mesa de café y me acerqué a ella. Se deslizó y apoyó la cabeza en mi hombro. La apreté fuerte y le besé la coronilla. Nikki y yo teníamos tantas cosas sin resolver. Dejando a un lado todas las tonterías de mi familia, teníamos que averiguar dónde estábamos después de todo este tiempo. Pero no tenía idea de por dónde empezar.

«Tenemos que encontrar a Tessa». Se acurrucó más cerca de mí. «Si le escribiste esa carta a Lisa, estoy segura de que fue porque sabía algo. Nos acogió, nunca nos trató como sirvientas. Si no ayudó a Lisa, tuvo que ser porque alguien la detuvo. Tu madre es la clave. Lo sé».

Por supuesto que Nikki tenía razón. Podríamos quedarnos mirando la pared de su habitación toda la noche, pero a menos que recordáramos algo nuevo de esa noche, mamá era la única que podía ayudarnos.

«Está bien. Pero ¿por dónde empezamos a buscarla?».

«¿Otra?».

«Sí, gracias». Ella asintió y frunció el ceño. «“A Different Point of View”. Ese era el restaurante favorito de tu mamá en Phoenix. ¿Por qué estaba tu tío allí?».

Regresé con dos botellas. «Es un buen lugar. Tal vez a él también le guste».

«Tal vez. O tal vez llevó a tu mamá allí. La ha cuidado todo este tiempo. Tal vez realmente

se preocupa por ella. Quiero decir, sigue siendo un completo imbécil por lo que te hizo, pero ha tenido a tu mamá durante quince años».

Por mucho que me hubiera gustado satanizar a mi tío, Nikki tenía razón. El jardín de mamá era tan hermoso como cuando vivía en la mansión. Ella no estaba en cuidados paliativos. Estaba en casa, rodeada de flores. Parecía contenta hasta que aparecí. No, no podía creerlo.

«Ahora me estás diciendo que está feliz de estar allí. Que no me quiere. ¿Cuál es, Nikki?».

Nikki puso su mano sobre mi pecho. Su aroma disipó la ira que ardía en mi estómago.

«Solo tenemos que considerar todos los ángulos. ¿Verdad? Henry, ese imbécil pagará por lo que te hizo. A nosotros». Su voz tembló y agachó la mirada.

¿Quién sabía por lo que había tenido que pasar sola? Una chica de quince años sola en Nueva York. Acuné su mejilla. Cerró los ojos y se apoyó en mi mano por un momento antes de retirarla.

«En lo que respecta a tu madre, parece bastante capaz de encontrar un poco de decencia. Hay una manera fácil de averiguar si llevó a tu madre a ese restaurante».

«¿Es esto más de Nikki Swift?», bromeé. Toda esta mierda apestaba, pero al menos tenía a Nikki con quien compartirla.

«Por supuesto. Déjame hacer una llamada telefónica. Y si es necesario, tú y yo vamos a echar un vistazo al restaurante por la mañana». Ella me dirigió una sonrisa.

Teníamos un nuevo plan.

CAPÍTULO 11

Una ladrona, una estafadora

NIKKI

Entrecerré los ojos para mirar la puerta abierta del balcón. La lluvia había parado y una luz brillante cubría la habitación. Extendí la mano por encima del colchón y cogí el teléfono de la mesita de noche. No había recibido respuesta de Dom todavía. La noche anterior había prometido investigar la pista improbable que Henry y yo habíamos encontrado para encontrar a Tessa.

Nos pusimos a dar vueltas y más vueltas. Mientras tanto, a Lisa se le estaba acabando el tiempo. Su audiencia de libertad condicional estaba programada para finales de mes. Si no encontrábamos algo concreto para sacarla, se quedaría en la cárcel otros quince años. No soportaba la idea de que estuviera en la cárcel ni un solo día más, y mucho menos años. Era inocente. Debería estar aquí conmigo, con su familia.

Dejé caer la cabeza sobre la almohada, cerré los ojos con fuerza y apreté el teléfono contra mi pecho. Debería levantarme, pero no podía moverme. Me sentía cansada, agotada. Solo necesitaba dormir un poco más. Me acosté de lado y despejé mi mente. Unos momentos después, me quedé dormida.

Volví a estar en el oscuro y mohoso túnel. Un rayo de luz al final me iluminó la cara y me cegó. Cuando abrí los ojos, todo estaba negro otra vez.

Me despertó un golpe en la puerta. Apreté la cara contra la almohada con una sensación de vacío en la boca del estómago. ¿Por qué no podía recordar lo que habíamos visto ese día?

Henry volvió a tocar, abrió la puerta y asomó la cabeza con los ojos cerrados. «¿Estás decente?».

«Estoy durmiendo. Vete». Me tapé la cabeza con las sábanas.

La cama se movió mientras el calor se extendía por mi costado. Henry quitó la sábana con un rápido jalón. «Levántate. Te llevaré a desayunar».

Lo miré de reojo, a su cabello mojado y sus ojos hinchados. Estaba vestido con sus jeans y camiseta habituales y olía a crema de afeitar y menta verde.

«No tengo hambre». Retiré las sábanas y me di vuelta.

Soltó una carcajada. «Podría ayudarte a abrir el apetito». Se acercó más y me abrazó cubriéndome por completo. Abrí los ojos de golpe. Todo tipo de malas ideas inundaron mi mente mientras su mano serpenteaba alrededor de mi cintura y bajaba hasta mi cadera. Sin querer, me acerqué más a él, aspirando su aroma. Había pasado tanto tiempo desde que tuve que ordenar mis sentimientos por alguien. Honestamente, no sabía por dónde empezar con Henry. Lo deseaba. Eso lo sabía con seguridad. ¿Cómo sería nuestra vida juntos? ¿Qué pasaría si nos rindiéramos ante esto? Ya no teníamos quince años. El amor era para tontos. Hace mucho tiempo había

aprendido eso de la manera más difícil.

Besó mi cuello mientras su cuerpo completo se presionaba contra mí. Maldita sea, se sentía bien. Mis pezones apretados rogaban por su toque, por un poco de alivio.

«El desayuno suena como una buena idea». Me puse de pie de un salto.

Con un gemido bajo, Henry se dejó caer sobre la almohada. «Te veré abajo en cuarenta y cinco minutos. Cuando no me moví, él puso una pierna sobre el borde de la cama y se puso de pie. «Apúrate. Me muero de hambre».

Corrí a la ducha y abrí el agua. Espera. ¿Me había engañado para que fuera a una cita con él? No, esto era solo el desayuno. Esta era la razón por la que nunca me involucraba con nadie. Esta preocupación constante de si un chico me amaba, o si sentía lo mismo que yo, o si estábamos en una cita o no. Henry me deseaba tanto como yo lo deseaba a él, pero ¿por cuánto tiempo? Me quedé bajo el chorro de agua fría y dejé que disipara cualquier idea que mi cuerpo hubiera tenido sobre él.

Cuando terminé de asearme, me puse un sencillo vestido de domingo. Esto no era una cita, pero me tomé el tiempo de pasarme el secador en el cabello, aplicarme maquillaje e incluso ponerme unos pendientes de diamantes, por si acaso. Con las burbujas en mi pecho amenazando con estallar, me dirigí escaleras abajo, donde Henry me esperaba pacientemente, sentado en el único mueble que nosotros teníamos en el lugar. ¿Nosotros? Puse los ojos en blanco. No éramos un “nosotros”.

Se quedó boquiabierto cuando me vio. Sonreí. “Te veo”, me había dicho el primer día que regresé a Paradise Creek. No podía recordar la última vez que alguien había visto a través de Nikki Swift, que había visto mi verdadera yo. Sin estafas, sin trucos. Solo yo.

«Estás nerviosa». Sonrió. «¿Por qué?».

«No. Solo tengo hambre». Lo miré a los ojos y me ofreció el brazo.

Esto se parecía mucho a una cita.

Cruzamos el umbral y me congelé cuando vi la calle recién pavimentada. «¿Cuánto tiempo dormí?».

Se rió. «Has estado encerrada en tu habitación durante dos semanas. Mis muchachos y yo hemos estado trabajando día y noche para preparar el viejo centro para el Día de los Fundadores. ¿Qué piensas?».

«Se ve genial». Sonreí. El gran agujero frente al hotel había sido reparado hace días, pero no me había dado cuenta de que también habían limpiado y restaurado toda la calle. Algunas tiendas incluso estaban abiertas. «Entonces, eres como un arquitecto de verdad, ¿eh?».

«Algo así». Se rió, rodeándome la cintura con el brazo y acercándose más.

Caminamos por la calle, pasando por un par de tiendas de antigüedades, una panadería y una tienda general. El viejo centro de la ciudad estaba de nuevo en pleno apogeo. Tal como había estado antes de que mataran a mis padres, cuando éramos parte de esta comunidad.

«¿Adónde vamos?», pregunté.

«La señora Blaine ya ha abierto. Hace los mejores panqueques a la plancha». Me abrazó como si fuéramos novios.

El señor Paredes lo saludó con la mano. «Henry, buenos días. Veo que resolviste las cosas». Señaló la mano de Henry en mi cintura, sonriendo. Me aparté, pero Henry me abrazó con más fuerza.

«Ya llegamos». Me guiñó el ojo.

«Buenos días», fue todo lo que pude decir mientras el señor Paredes se despedía con la mano. ¿Qué me pasaba? ¿Dónde estaba Nikki Swift? Mi mirada iba de un rostro sonriente a otro. Todos

amaban a Henry. Todos estaban contentos de que estuviera de regreso. No tenían idea de que la chica Morrow también había regresado.

Un par de cuadras más adelante, llegamos al restaurante de la señora Blaine. El olor a masa de panqueques y café flotaba por la puerta y por la calle. El lugar era exactamente como lo recordaba, con pisos de madera y un techo de tejas de cobre. Tan pronto como nos vio, se acercó a nosotros. La señora Blaine tenía más de cincuenta años, era la comidilla del pueblo y una gran admiradora de la familia Cavalier.

«Henry. Qué agradable sorpresa». Se secó las manos en el delantal y lo abrazó. Se volvió hacia mí, con las cejas levantadas mientras me miraba a mí y a Henry. De un lado a otro hasta que la curiosidad le ganó. «¿Y quién es tu adorable amiga?».

«Oh». Henry me miró con el ceño fruncido. No se esperaba esto. No se había dado cuenta de que era el único que me recordaba, que podía verme. «Esta es...».

«Nikki Swift», le ofrecí la mano. Ahora era Nikki Swift. Podía manejar a la señora Blaine. «Encantada de conocerte. Soy amiga de Henry de la escuela».

Su sonrisa se transformó en una mueca tan grande que podía ver sus muelas. Se puso la mano sobre el pecho. Sus ojos recorrieron el restaurante, haciendo un inventario de quién estaba cerca para presenciar nuestra visita a su casa. «Ah. De Canadá. Qué honor». Me estrechó la mano. «Aquí. ¿Por qué no se sientan en esta mesa junto a la ventana? Tendrán una vista estupenda de nuestra ciudad». Hizo un gesto para que nos sentáramos en una cabina de madera. Estábamos en exhibición, como baratijas en una tienda de antigüedades.

Cuando se fue, Henry me miró con sus suaves y cariñosos ojos marrones. «Lo siento. No pensé...».

«No te preocupes. Puedo encargarme de ella. Hagamos el pedido». Me senté y abrí el menú, que no había cambiado desde la última vez que estuve aquí, y la señora Blaine se había negado a servirme.

En quince minutos exactos, nuestro mesero nos trajo el desayuno y el café. Las dos mesas de al lado apenas habían recibido sus aguas y menús, a pesar de que habían estado esperando cuando entramos. Puede que Henry ya no tenga la fortuna de los Cavalier, pero seguía siendo uno de ellos. Si no había sido lo suficientemente buena para él entonces, ¿qué me hacía pensar que las cosas podrían ser diferentes ahora?

«¿Un centavo por tus pensamientos?». Me apretó la mano de nuevo. Le di mi sonrisa de Nikki Swift. Necesitaba a Nikki ahora más que nunca. «Pensé que podías leerme».

«Preferiría oírlo de ti. Soy un idiota. Todo lo que quería era sacarte de tu habitación. Esta fue una mala elección. Lo siento». Besó mi mano. La señora Blaine prácticamente chilló detrás del mostrador.

«Parece que le gusta Nikki de Canadá», levanté una ceja.

Se rió y luego su rostro palideció, como si hubiera visto un fantasma. Me giré en mi asiento y se me revolvó el estómago. Su tía, toda vestida como si fuera a una fiesta, se deslizó por la puerta y fue directamente al mostrador. Esta era alguien a quien le encantaba jugar la carta Cavalier. La señora Blaine la saludó y rápidamente informó que Henry también estaba aquí, con una cita.

«Mierda. Ella viene hacia acá». Henry apretó mi mano con más fuerza. Esta vez fue más por su propio beneficio.

«Henry, cariño. ¿Cómo estás?». Su tía tocó su mejilla con la suya. Él no movió un músculo, su rostro inexpresivo, sus ojos oscuros y amenazadores. Si su tía se dio cuenta, no lo demostró. «Escuché que estás aquí con una amiga. Me miró de arriba abajo. Su mirada se posó en los

diamantes de dos quilates que tenía en los lóbulos de mis orejas. Sonrió con aprobación y se me retorció el estómago. «Soy Francesca Cavalier, la tía de Henry». Me ofreció su mano.

«Encantada de conocerla. Le di un apretón débil, apenas tocando sus dedos. «Henry no me dijo que tenía una tía».

Frunció los labios por un segundo antes de esbozar una sonrisa. «Bueno, así es Henry. Pero ahora que nos conocemos, a mi esposo, el alcalde, y a mí nos encantaría invitarte a la celebración de los Fundadores de este año en la mansión».

Esto no era una invitación. Esta era una lista de sus credenciales. La esposa del alcalde que podía decidir quién sería invitado a la Mansión Cavalier. Todo lo que ella era para mí era la bruja que nos había hecho a Lisa y a mí limpiar los pisos una y otra vez hasta que estuvieran exactamente como a ella le gustaban, que le gritaba a mi yo de diez años por pisar la costosa alfombra de la sala de estar.

«Gracias. Es demasiado amable por pensar en nosotros». Le dediqué una sonrisa.

Frente a mí, Henry se sentó y miró a su tía con enojo. Esta era la mujer que vivía en su casa, gastando su dinero. «¿Eso es todo? Nos gustaría disfrutar de nuestro desayuno». Le hizo un gesto para que se fuera.

Un pequeño jadeo escapó de sus labios y miró por encima del hombro. Mantener las apariencias lo era todo para ella. La señora Blaine la miró y aprovechó la oportunidad para unirse a la conversación. Genial. Bebí un sorbo de mi café negro. Me quemó la lengua, pero seguí bebiendo como recordatorio de que necesitaba mantener la calma.

«¿No son una pareja encantadora?», preguntó la señora Blaine.

No me molesté en decirle que no estábamos juntos. A una parte de mí le gustaba que la señora Blaine pensara que Nikki Swift era lo suficientemente buena como para salir con el Príncipe del Paraíso.

Francesca asintió. «Estoy tan feliz por ti, Henry. La última vez que estuviste en la ciudad, tu elección de amigas fue, bueno, terrible. Pero así eran esas chicas Morrow, malas semillas. Me alegro de que hayas podido alejarte de todo eso».

«¿Qué te hizo pensar en ellas?». El rostro de Henry permaneció inexpresivo mientras me miraba a los ojos por un momento.

«Celebramos a tu padre todos los años durante la Gala del Día de los Fundadores. Y cada año, rezo para que la chica Morrow se esté pudriendo en prisión por lo que hizo». La señora Blaine retorció su delantal.

Ella todavía odiaba a mi hermana... a nosotras. Deseé que sus palabras no me lastimaran después de todos estos años. Lisa tenía razón. La única manera de volver a casa era demostrar su inocencia.

«Todos lo extrañamos. ¿No es así? Pero se hizo justicia. Ahora debemos recordar a James por quién era y no por cómo terminó su vida». Francesca se acercó a Henry, con una mirada codiciosa en sus ojos. Puso su mano sobre su hombro y examinó su rostro.

Henry apartó su mano de él.

«Y estoy de acuerdo contigo. Todo este pueblo está de acuerdo contigo». La señora Blaine asintió, con una expresión de asombro en su rostro. Diría cualquier cosa para ser incluida en el círculo de Francesca. «Esa chica Morrow debería pudrirse en la cárcel».

«Tengo que irme. Mi querido esposo me está esperando. ¿Está listo mi pedido? El alcalde no puede funcionar sin sus donas».

«Por supuesto». La Sra. Blaine entró en acción. Chasqueó los dedos para llamar la atención de la mesera y luego ordenó, «trae el pedido de la señora alcaldesa».

«Espero verlos a ambos este fin de semana», Francesca se despidió con una señal de la mano y regresó al mostrador.

«¿Saben que tu tío es el funcionario electo, no así Francesca? No es como si fueran de la realeza». Puse los ojos en blanco.

«¿Estás bien?», Henry me dio una débil sonrisa.

Nuestras manos estaban sudorosas, pero no me atreví a soltarlo. Negué con la cabeza.

«Lisa tiene razón».

«Lo sé». Dibujó círculos en mi palma con su pulgar. «Vaya cita, ¿eh?».

«¿Esto fue una cita?». No pude evitar reír.

«Bueno, ya no. Quiero decir...». Hizo un gesto hacia el mostrador. Su rostro se relajó un poco y sonrió.

«Esperaba venir aquí, desayunar y hablar sobre nosotros».

«¿Qué hay que decir de nosotros?».

Se encogió de hombros. «Hay un muro tan grande entre nosotros, Nikki. Soy parte de este pueblo. El mismo pueblo que te lastimó cuando eras pequeña. El que te ahuyentó. ¿Cómo puedo arreglarlo? Puedo verlo en tus ojos. Nunca vas a olvidar todo el dolor que sufriste cuando estabas aquí. Nunca me vas a perdonar. ¿O sí?».

«Nada de esto fue tu culpa».

«Sigues diciendo eso. Pero estás ocultando algo. ¿Qué es?».

¿Qué es? ¿Qué me impedía mirar profundamente en mi interior y analizar los sentimientos que tenía por Henry? ¿Por qué tenía tanto miedo de mirar? ¿Tenía razón? Lo había estado evitando, manteniéndolo a distancia porque no lo había perdonado por dejarme, por dejar que este pueblo me tratara como lo hicieron. Nada de eso fue su culpa. Lo sabía. Pero aún dolía. Todavía estaba enojada. No importaba en quién o en qué me había convertido, esta ciudad siempre me recordaría lo mala persona que era, tal como había dicho la señora Blaine.

«Te mereces algo mejor que una chica Morrow, Henry». Las palabras me dolieron, pero sonaban verdaderas.

Él negó con la cabeza.

«Sabes que tengo razón. Ni siquiera Nikki Swift es para ti. Soy una ladrona, una estafadora», me señalé a mí misma.

«¿Crees que me importa una mierda eso? Te deseo. Siempre has sido tú». Su voz sonaba tensa mientras apretaba mis dedos.

«Tenemos trabajo que hacer». Me tragué el nudo en la garganta y retiré mi mano antes de ponerme de pie. «Vamos a buscar a tu madre. Y olvidémonos de todo esto».

«¿Olvidarnos de nosotros?», preguntó.

«Sí, Henry. Cuando el trabajo esté hecho, me iré. Así es como trabajo». Salí apresurada.

CAPÍTULO 12

La dama que estás buscando

HENRY

Maldita sea, Nikki. No hagas esto.

Saqué tres billetes de veinte de mi cartera, los arrojé sobre la mesa y fui tras ella.

Justo afuera de la puerta, Russ me alcanzó. «¿Qué es eso que escuché sobre un día libre?».

Caminé por la calle, mi mirada enfocada en la espalda de Nikki mientras prácticamente corría hacia el hotel. «Los chicos necesitan un descanso, Russ. Déjalos».

«Está bien. Tú eres el jefe, pero avísame si puedo ayudar», gritó.

Lo despedí con una señal de la mano. Mi corazón latía fuerte, pero no bajé la velocidad. No podía perderla de nuevo. Entré al hotel, giré el pestillo y corrí las cortinas para evitar que los peatones miraran hacia adentro. Mi ritmo cardíaco se calmó cuando empujé las sábanas que dividían el vestíbulo a un lado y vi a Nikki en el bar. Bien. Al menos no estaba arriba empacando.

«¿Estás renunciando a nosotros? ¿Así nada más?», pregunté.

«No hay un nosotros, Henry. Nunca lo hubo». Me miró con las mejillas manchadas de lágrimas.

«No puedes escucharlos. Ya no pueden hacerte daño. No los dejaré». Di un paso hacia ella. Se puso de pie y empujó el taburete entre nosotros.

Levanté las manos en señal de rendición. Había cedido tan fácilmente. ¿Por qué?

«Bien. ¿Así es como quieres jugar? Adelante. Pero recuerda esto: al igual que la última vez, me presenté».

El calor recorrió mi cuerpo.

«Tú eres quien huye esta vez».

Me dirigí hacia las escaleras.

«No estoy huyendo. Sigo aquí. Dije que te ayudaría. Eso no ha cambiado».

Sus tacones rasparon el suelo de mármol.

Me agarré de la barandilla y me di la vuelta. La adrenalina zumbaba por todo mi cuerpo.

«Estás huyendo de nosotros. ¿Te rendirías tan rápido si todavía tuviera millones en mi cuenta bancaria? ¿Si estuviéramos teniendo esta conversación en la Mansión Cavalier? ¿Eso es todo?».

«Finalmente lo entendiste, Henry». Ella caminó hacia mí, secándose la mejilla con el dorso de la mano. «¿De qué sirve el Príncipe del Paraíso sin su dinero?».

«No me llames así».

«Oh, pobrecito niño rico», dijo.

Eso fue lo que Francesca me había dicho el día que los guardaespaldas de mi tío me trajeron después de que intenté huir con Nikki. El día que me dijo que me enviarían a un internado en

Canadá. El día que lo perdí todo.

«¿Qué te pasó?». La agarré por los hombros.

«Esta ciudad me pasó a mí». Ella sostuvo mi mirada. La ira que vi en sus ojos azules me afectó. ¿La Hipolita que conocía realmente se había ido?

«Vete. Quédate. No me importa una mierda. Solo mantente fuera de mi camino. No necesito tu maldita ayuda». Me dirigí hacia la puerta. No podía soportar estar en este lugar, tan cerca de ella.

Subí a mi camioneta y salí de la ciudad, rumbo a la 101. Tenía que sacarme a Nikki de la cabeza, olvidarme de lo que casi habíamos tenido. No había un nosotros. No había forma de recuperar el tiempo perdido. ¿Cómo podríamos hacerlo? La sombra que la muerte de papá había proyectado sobre nuestras vidas nunca desaparecería.

Sin embargo, rendirse no era una opción. Todavía tenía a mamá y ella me necesitaba. Giré hacia la autopista. Phoenix estaba a solo una hora de distancia. Hoy más que nunca, necesitaba respuestas y, por una vez, tenía una idea bastante clara de por dónde empezar.

Cuando llegué al hotel Hilton en el norte de Phoenix, mi ritmo cardíaco se había ralentizado hasta alcanzar un ritmo normal. No tenía idea de qué esperar ni de qué estaba buscando. Tal vez solo quería saber que mamá estaba bien. Si hubiera estado aquí hace unas noches, alguien se habría dado cuenta. Era difícil no verla en esa silla de ruedas eléctrica suya. ¿Por qué Jonathan se tomaría el tiempo de llevar a mamá a su lugar favorito, como si fueran amantes? Debería ser yo quien cuidara de mamá, no él. Me froté la mandíbula con la mano. Debería haber mirado más recibos de Jonathan, haber descubierto si esto era algo que hacían a menudo, lo que significaría que la estaba tratando bien. Conduje a través del complejo, estacioné en el lado del restaurante y subí la empinada colina hacia “A Different Point of View”.

La recepcionista no estaba en su puesto, así que fui directamente a la zona del bar, situada junto a la pared en la parte más oscura del restaurante. Un resplandor de luz que brillaba sobre las botellas de licor hacía que el lugar pareciera un oasis en medio del desierto. El barman tenía una buena vista del comedor. Tal vez había visto algo.

Me senté en uno de los taburetes del bar y pedí una cerveza de barril, mucho mejor que la basura que tomaba en el hotel. Una imagen de Nikki en bata de baño, parada en el balcón bebiendo una cerveza, apareció en mi mente. Tomé un trago del vaso, me lo pasé y luego tomé otro antes de dejar que el vaso cayera con fuerza sobre la barra.

«Veo que Nikki sigue dejando estragos por donde quiera que va», resonó una voz masculina detrás de mí.

Me di la vuelta y me encontré cara a cara con su no cliente. El imbécil que, por alguna razón, había conducido hasta Paradise Creek para darle a Nikki un cuarto de millón de dólares. Esto era lo último que necesitaba en ese momento.

«Dom Moretti», me ofreció la mano.

«Henry Cavalier», lo miré con enojo.

«Vamos a pasarnos al whisky», se rió con burla y se sentó, haciendo un gesto al barman para que sirviera otra ronda.

«Qué mundo más pequeño», dije. ¿Qué estaba haciendo allí, de todos los lugares posibles?

«No realmente. Me envió Nikki». Debió haber leído algo en mis ojos porque rápidamente lo aclaró. «No. No me envió aquí por ti. Entiendo que estás buscando a tu mamá, Tessa Cavalier».

Asentí. «Sí. No sabía que te había llamado».

«Soy su abogado», arqueó una ceja. «Llama cuando necesita algo».

Se me revolvió el estómago. ¿Quién era Nikki Swift? Este idiota era una especie de abogado

corrupto, al que llamaba cuando necesitaba ayuda. No había olvidado la forma en que corrió a sus brazos el día que fue a verla al hotel. No me extrañaba que hubiera terminado conmigo. No podía darle lo que Dom obviamente podía permitirse fácilmente. El barman puso los vasos frente a nosotros. Lo agarré, lo bebí de un trago y le hice un gesto para que me sirviera otro.

«Mi tipo de hombre», Dom me dio una fuerte palmada en la espalda. «Que sigan llegando».

«¿Encontraste algo?», pregunté.

Se encogió de hombros y tomó el trago. «Tal vez. El barman que estuvo aquí hace tres días no está hoy. Pero mi amigo Todd ha accedido amablemente a buscarlo por mí».

El barman me dio una media sonrisa que decía que el dinero habla.

«Si ella estuviera aquí, ¿seríamos capaces de averiguar adónde fue? ¿O tal vez se está quedando en el hotel?». Tragué saliva. No sabía cuánto le había contado Nikki a Dom sobre mamá. «No está bien. Está, eh...»

«Lo sé. Nikki me lo explicó». Dom miró su bebida y tomó un pequeño sorbo de whisky. «Pregunté por ahí. Nadie que coincidiera con la descripción de Tessa se registró en el hotel. Lo siento. Todd es nuestra última esperanza». Frunció el ceño, examinando mi rostro. «¿Cómo está Nikki? Parecía molesta cuando hablé con ella. Pero nunca puedo entender lo que pasa por esa linda cabeza suya».

«¿Ustedes dos están...?».

Levantó las manos. «Solo somos amigos, hombre. Tenemos una visión similar del mundo».

Hasta hoy, había pensado que podía leer a Nikki como un libro. Pero mi cabeza daba vueltas tan fuerte que ya no tenía ni puta idea de lo que pasaba por su mente... o por la mía. Mi estúpida idea de llevarla a desayunar había fracasado por completo. No había considerado que la Sra. Blaine todavía sintiera tanto desprecio por Nikki y su hermana. Nunca había entendido de dónde venía todo. Nikki había sido una niña cuando todo sucedió. No fue su culpa.

«Creo que está sufriendo. Pero no me deja entrar». No tenía idea de por qué le estaba contando esto a un extraño. ¿Qué diablos le importaba?

«Le rompiste el corazón, ¿y ahora quieres ayudarla?». Me devolvió la mirada.

«¿Eso es lo que te dijo? Me tengo que ir». Busqué mi billetera.

«Las bebidas corren por mi cuenta». Tomó el ticket del mostrador.

«Vete a la mierda». Saqué varios billetes de veinte de mi billetera y los arrojé sobre el mostrador. «Terminamos aquí».

«Está bien». Tomó su teléfono. «Pero quizás quieras echarle un vistazo a esto». Levantó su pantalla.

La imagen parecía una instantánea tomada por una cámara de seguridad. Estaba borrosa, pero no tenía dudas de que era mamá junto a la chimenea en el patio del restaurante, la que estaba a unos metros de mí. Sostenía una copa de champán y estaba de pie sobre sus propios pies. Según la fecha, había estado aquí hace tres días, el mismo día que mi tío había estado aquí. Habían estado aquí juntos. Leí el texto:

¿Esta es la dama que estás buscando? La recuerdo.

«¿Qué diablos significa esto?».

Mamá no podía ser parte de esto. Rebusqué entre los recuerdos dispersos en mi cerebro. Cuando vi a mamá en el jardín, estaba prácticamente paralizada, como si la enfermedad que la había atacado cuando yo era niño la hubiera consumido. ¿Cómo era posible que estuviera sana de nuevo? Francesca había dicho que estaba recibiendo su medicina. ¿Era esa medicina una especie de droga milagrosa que podría llevar a mamá de estar en silla de ruedas a beber champán como si el tiempo no hubiera pasado? ¿O era todo una artimaña? Eso sería imposible. Mamá no sabía que

yo iba a ir a la mansión ese día. La nota que había dejado era una prueba de que no estaba bien, de que tenía miedo. Su miedo había sido real. Lo recordaba claramente. Me dejé caer en mi taburete y me bebí el resto del whisky para quitarme el mal sabor de boca.

«Me doy cuenta de que no soy tu abogado y que prácticamente nos acabamos de conocer. Pero puedo verlo en tu cara. Estás pasando por un millón de escenarios, todos los cuales señalan a tu madre culpable de algo terrible. Pero escucha, antes de llamar a la inquisición sobre tu madre, esperemos y averigüemos qué está pasando realmente. Inocente hasta que se demuestre lo contrario». Dom terminó el resto de su bebida.

«¿Sabe él si ella salió de aquí por su cuenta?». Inocente hasta que se demuestre lo contrario. Cierto, pero ¿cuántas pruebas necesitaba? A cada paso, me encontraba exagerando la verdad para no odiar a mamá. «Tenemos que encontrar al tipo que te envió ese mensaje de texto. Tiene que decirnos lo que sabe».

Dom se puso de pie. Éramos de la misma altura, de la misma complexión. Me miró como si me estuviera evaluando. «¿Estás listo para un viaje por carretera?».

«¿Crees que él sabe más?». Incliné la barbilla y señalé su teléfono.

Asintiendo, empujó mis veinte hacia el barman. «Esto es tuyo. Pon nuestra cuenta en la cuenta de Cole, ¿quieres?».

El barman sonrió, se guardó la propina en el bolsillo y le entregó a Dom una tarjeta de visita con una nota escrita.

«¿Quién es Cole?». Ignoré la punzada de celos que se extendió por mi ombligo.

«Le debe una a Nikki», sonrió. «Tengo una dirección aquí. ¿Vienes?».

«¿Lo sabe?», apreté la mandíbula.

Cuanto más conocía el mundo de Nikki, más me daba cuenta de que diez años era un tiempo muy largo. Ahora éramos personas completamente diferentes.

«Es una larga historia. En resumen, Nikki se la aplicó y luego se retractó. Así que ahora él siente que le debe una a ella». Le entregó al valet unos billetes doblados. «¿Hay alguien que no le deba algo a Nikki?».

«A esto se dedica. La he visto en acción. Créeme, si dice que puede resolver esto por ti, lo hará». Salió a la entrada del hotel y señaló la camioneta negra. «Esa es de nosotros».

Cuando me di la vuelta, una mujer impresionante vestida con un vestido blanco corrió hacia Dom. Ella lo miró a los ojos y aminoró el paso. Su rostro era el de una mujer culpable, si alguna vez había visto una. Dios, ¿me estaba cansando de mujeres hermosas con un plan oculto?

«Hola, Emilia Prado». Me ofreció la mano y la estreché.

«Henry Cavalier. Soy amigo de Nikki».

A su lado, Dom sacudió la cabeza. «Bueno, amigo de Nikki, tenemos que irnos». Envolvió sus dedos alrededor del brazo de Emilia y la acompañó hasta la camioneta que esperaba en la acera.

«¿Ella viene con nosotros?». La seguí de cerca.

«Sí. Es una de mis clientas. Muy importante. Tú estás al frente». Abrió la puerta del auto y le hizo un gesto a Emilia para que entrara. «Señorita Prado».

Ella le dio una palmada en la mano y se subió al asiento trasero mientras susurraban de un lado a otro. Después de un rato, Dom volvió a centrar su atención en el asiento delantero.

«Vic, este es Henry. Henry, Vic. Tengo una dirección», Dom le entregó a Vic la tarjeta de presentación.

Vic la miró por no más de un segundo antes de arrojarla al tablero con un breve asentimiento.

«¿A dónde vamos?», tomé la tarjeta de presentación. Tenía una dirección en el lado sur de la

ciudad. «¿De verdad quieres conducir hasta Guadalupe ahora mismo?».

«Estará bien. Ya pedí refuerzos. Si alguien puede manejar a un barman con información importante, esa es Nikki», Dom le dio un golpecito en el hombro a Vic.

«¿La llamaste?». Me sequé ambas manos en mis jeans y dejé caer la cabeza en el reposacabezas.

Sí, había visto de primera mano lo que Nikki podía hacer. Cómo podía hacer que cualquiera cumpliera sus órdenes. Su primer día de regreso, convenció a Russ para que la dejara pasar a un sitio de construcción donde acabábamos de detonar un pequeño explosivo. Se había puesto en peligro para conseguir lo que quería. Ahora lo estaba haciendo de nuevo.

¿Lo estaba haciendo por mí o por ella misma? Por supuesto, Nikki estaba aquí por sí misma. Todo lo que hacía era para ayudarse a sí misma. Mamá tenía información que necesitaba para limpiar el nombre de Lisa. Eso era todo. Esto no tenía nada que ver con nosotros ni con sus sentimientos por mí.

Aunque tenía que admitir que la idea de que me dejara de nuevo me quitaba todo el oxígeno. Respiré profundamente para aliviar la presión en mi pecho. El chofer de Dom me miró de reojo y bajó la ventanilla, dejando entrar un montón de aire caliente.

«La llamé en cuanto llegué al Hilton y hablé con Todd. No te preocupes, hablamos antes de que aparecieras en el bar, así que no sabe que estás conmigo».

Me incliné hacia la ventanilla. El aire caliente era mejor que nada de aire. «Nikki es la última persona que quiero ver ahora mismo».

«Mmm. Eso es más o menos lo que dijo cuando le pregunté por ti». Dom se acomodó en su asiento junto a Emilia.

CAPÍTULO 13

El bar de mala muerte y el objetivo

NIKKI

Aceleré por la I-10, tratando de no pensar lo peor de Tessa. La madre de Henry había estado en Phoenix, disfrutando de una cena elegante con nada menos que su cuñado, el idiota que la había mantenido alejada de su hijo todo este tiempo. Eché otro vistazo de reojo a la foto que Dom me envió por mensaje de texto, alegrándome de que Henry no estuviera aquí para verla. Esto lo destrozaría por completo. ¿A qué estaba jugando Tessa? ¿Cómo pudo hacerle esto a su propio hijo?

Por favor, que este tipo Scott sea uno de esos barman que siempre está dispuesto a ayudar.

Recibí otro mensaje de Dom.

Dom: A juzgar por su mensaje y la falta de información concisa, diría que este tipo quiere dinero. Vayamos con cuidado. Algo no huele bien aquí. Tú ganas. Seguiremos tu plan. Te envío la dirección.

Scott se había esforzado por llevarnos tan lejos de los límites de la ciudad. Si hubiera querido dinero, ya habría fijado una cantidad. Esto iba a ser otro fracaso. Agarré el volante y dejé escapar un suspiro. Por el bien de Henry, tenía que mantenerme positiva. Busqué en mi teléfono y toqué mi lista de reproducción de música, buscando algo animado. Ahora mismo, necesitaba algo sexy y estimulante.

Salí de la I-10 con el sol bajo en el horizonte. Seguí las instrucciones de Dom hasta el bar donde se suponía que nos encontraríamos con Scott y entré al estacionamiento. Mi corazón se hundió cuando vi a Henry apoyado contra la camioneta de Dom, con los brazos cruzados sobre el pecho. ¿Cómo me encontró? ¿Sabía sobre su madre? Los labios fruncidos y las arrugas en su frente respondieron mi pregunta. Ni siquiera se molestó en ocultar su desprecio mientras estacionaba a su lado. Revisé mi lápiz labial rojo en el espejo retrovisor mientras trataba de no reaccionar a lo atractivo que se veía con esos jeans rotos, los brazos estirando las mangas de su camiseta descolorida y esa mirada de regaño que amenazaba con incendiar todo el lugar.

Cuando Dom me llamó para decirme que podría tener algo sobre Tessa, me alegré de tener una excusa para salir del hotel y alejarme de Henry. Aparentemente, Henry había tenido la misma idea y Dom no pensó en enviarlo a casa.

Tenía que concentrarme. Henry no estaba aquí. Solo el objetivo.

Salí del auto y me apoyé en el capó, ignorando a Henry y las dagas que salían de sus ojos. Por un lado, era una buena idea que los clientes de este elegante establecimiento pensaran que estaba sola. Y también, no sabía qué decirle. No estaba enojada con él. ¿O sí? Hasta que descubriera lo que sentía por él y toda esta mierda con su familia y Lisa, tenía que mantenerme alejada. Por su propio bien, tenía que mantenerme alejada.

Dom salió del bar. Si bien Henry no me había hablado porque estaba enojado, Dom entendió la situación y me ignoró. En su lugar, fue directamente hacia Henry. Mi teléfono vibró con un nuevo mensaje de texto.

Dom: Hola, muñeca. ¿Quieres probar suerte en el bar?

Me mordí el labio para reprimir una sonrisa. A mi lado, Henry se quedó quieto como una estatua. Bien. Finalmente estaba a bordo. Este era un tipo de juego de póquer diferente. Me revisé el lápiz labial una última vez para calmar mis nervios, alisé mi vestido ajustado y me dirigí hacia la puerta. Si los hombres de adentro pudieran verme a través de las ventanas, pensarían que era solo otra chica buscando una bebida gratis... o ligar. Este antro parecía ese tipo de lugar.

En la puerta, me tomé mi tiempo para poner mi reloj a veinte minutos. Los chicos, especialmente los borrachos, se enganchaban rápidamente con las chicas. Estaba sola, pero mi impaciencia con mi reloj sugería que estaba esperando a alguien. Lentamente, me dirigí al extremo opuesto del salón, con cuidado de no llamar la atención de nadie. Scott era el único chico con el que quería hablar esta noche. Cuando llegué a la barra, me incliné hacia adelante, dejando que mis pechos rozaran el mostrador. El chico me dio una amplia sonrisa que mostró todos sus dientes.

En el estacionamiento, Dom y Henry parecían estar enfrascados en una conversación, aunque Henry mantenía su mirada penetrante sobre mí. Por eso siempre trabajaba sola.

«¿Puedo ofrecerte algo, hermosa?», preguntó el barman.

«Un vino blanco, por favor».

El barman enarcó una ceja y sirvió un vino barato en una copa de vino manchada de agua. Dios, esperaba no tener que beberlo. Miré mi reloj de nuevo.

«¿Esperando a alguien?», preguntó un tipo.

Olía a colonia decente y tenía el pelo largo y semi limpio. No sobresalía como un pulgar dolorido en este antro, pero tampoco encajaba del todo. Tenía que ser Scott.

Lo miré a los ojos. «Sí, lo estoy. Parece que me han dejado plantada». Hice un ligero puchero. Dolido, pero no demasiado ahora que estaba aquí. Su pecho se hinchó.

«Esta mierda lleva en el refrigerador toda una semana. Tráele un whisky a la señorita. Oye. De los buenos», le dijo Scott al barman.

El chico sacó una botella del estante, puso dos vasos limpios frente a nosotros y sirvió.

Tomé un pequeño sorbo. «Vaya, esto es fuerte». Le di una palmadita en el brazo, que no era muy grande, pero tampoco musculoso. Henry podría darle una paliza a este tipo si quisiera.

Deja de pensar en él.

«Nunca te había visto aquí antes». Se acercó y su aliento a cerveza rancia me sopló en la cara.

«Es mi primera vez. Conocí a unos amigos en Mill Avenue. Dijeron que este lugar era divertido». Me encogí de hombros y arrugué la nariz. «Pero parece muerto».

Se rió, una risa de verdad, mientras se relajaba contra el mostrador y miraba por encima del hombro hacia Dom y Henry. «Parece que mi amigo también se acobardó. ¿Quieres salir de aquí? No hay razón para que esto sea un fracaso para los dos».

Me lamí los labios, seguido de un parpadeo lento. «No sé. Debería esperar a mi amigo un poco más». Mi reloj vibró señalando el final del tiempo que había fijado.

Si no sacaba a Scott de aquí, Dom haría un movimiento. El barman jugueteó con un trapo mientras su mirada se desplazaba de la puerta a Dom, al otro lado de la ventana. Algo no estaba bien.

«Si buscas diversión, puedo mostrarte diversión. Le dio la espalda al barman. Incliné el vaso

de whisky y me bebí el resto de un trago. Sacudí la cabeza y respiré hondo. «Está bien. Hagámoslo. Pero nos llevaremos mi auto. No quiero dejarlo aquí».

«Lo que quieras, preciosa». Su mirada bajó hasta mi escote.

«Gracias, guapo». Sonreí mirando al suelo. Scott me rodeó la cintura con el brazo. Me incliné más hacia él, tropezando con mis pies a propósito. «Ups». Puse mi mano sobre su pecho. Enderezó los hombros mientras su corazón se aceleraba. Sin duda pensaba que nos acostaríamos en el estacionamiento. *Sentí náuseas*.

Cuando salimos del bar, estaba tan lleno de expectación que no se dio cuenta de la mirada fulminante de Henry y de sus puños cerrados. Miré a Dom y fruncí los labios. Se hizo a un lado y bloqueó a Henry de nuestra vista.

«Dame las llaves, cariño». El cabrón estaba listo para tener sexo conmigo y ni siquiera se había molestado en preguntar mi nombre.

«Esto es nuevo. Yo conduzco». Pasé junto a él y me agarró del brazo, oliendo como si quisiera comerme.

«Joder. Estás muy sexy. Súbete al auto».

Le sonreí, moviendo las llaves antes de subirme al lado del conductor. Encendí el motor, puse el auto en reversa y salí del estacionamiento. En el momento en que estuvimos fuera de las luces brillantes del estacionamiento, sus manos estaban en mi pierna.

«¿Adónde vamos, guapo?». Pisé los frenos.

Miró a su alrededor. Mierda. Estaba familiarizado con el área. Se sentó para ajustarse los pantalones. «Gira a la derecha más adelante».

Me reí, pisé el acelerador con fuerza y revisé todos mis espejos. «Nunca había hecho esto antes».

La grava crujió bajo los neumáticos del Tesla cuando giré hacia la calle vacía. Dios, esperaba que Dom estuviera justo detrás de nosotros. Este tipo estaba a punto de explotar.

«Aquí está bien». Señaló un terreno vacío.

«¿Dónde está el bar?». Me agaché para ver dónde estábamos.

Mierda. Estaba tan oscuro aquí afuera. Una descarga de adrenalina mató el pequeño subidón que tenía del whisky. Estábamos solos. Él se había asegurado de eso. Sus amigos no vendrían, y por si acaso los míos tampoco, tenía que actuar rápido.

Echó todo el peso de su cuerpo sobre la consola y pasó el cable por mi cuello con su lengua. Asqueroso. «Sabes a putas fresas», murmuró.

Soltando una risita, metí la mano en el compartimento de la puerta donde guardaba mi pistola paralizante. Él volvió a buscar en sus pantalones. Era ahora o nunca. Apreté el mango de la pistola y le di una descarga justo en la entrepierna. Sus ojos se abrieron de par en par mientras apretaba la mandíbula. Se giró hacia mí, mirándome como si no pudiera creer lo que acababa de hacerle. ¿Por qué siempre parecían tan sorprendidos?

Lo empujé y busqué en la guantera una toallita desinfectante para limpiarme la baba del cuello. En un momento estaba sentado en mi asiento del pasajero, congelado, con los ojos moviéndose de un lado a otro, y al siguiente lo arrastraban detrás de Henry por la grava. Me bajé del Tesla rápidamente con mi pistola en la mano. Dom se acercó al maletero de su todoterreno y lo abrió, tranquilo y sereno, como si lo hubiera hecho un millón de veces.

Henry, por otro lado, estaba escupiendo fuego. Nunca lo había visto así, con la mandíbula apretada, surcos profundos a ambos lados de la boca y en la frente. Apoyó a Scott contra el maletero y le dio un puñetazo. El crujido de hueso contra hueso me hizo dar un paso atrás. Scott cayó al suelo, besando la grava junto a los pies de Henry.

«¿Estás bien?», Dom me rodeó con el brazo. Asentí y él me devolvió el gesto antes de caminar hacia Scott, elevándose sobre él. «Una mujer hermosa como esa», me señaló. «¿De verdad pensaste que estaba interesada en ti? Supongo que las cosas se ponen confusas cuando tu polla es la que piensa todo el tiempo». Soltó una carcajada y se volvió hacia Henry. «Tu espectáculo».

Henry ayudó a Scott a sentarse y se sentó sobre sus talones a su lado. «¿Por qué toda la farsa? ¿Por qué traernos aquí y luego decimos que no eres Scott?».

«No esperaba que aparecieran dos tipos grandes», dejó caer los hombros. «Bueno. Ahora que has visto que nuestras intenciones son honestas, ¿por qué no nos cuentas lo que sabes?», dijo Henry.

«Me gusta este tipo». Dom se rió entre dientes.

Henry miró a Dom antes de volver su atención a Scott. «Ahora mismo lo único que quiero es golpearte la cara por lo que intentaste hacerle a mi novia. Empieza a hablar».

Di un paso atrás. Después de todo lo que le dije esta mañana, ¿me consideraba su novia? Puse mis manos en mis caderas, solo para evitar correr hacia Henry y decirle que no quería irme.

Scott metió la mano en su bolsillo y sacó su teléfono. Ingresó el código y le mostró la pantalla. Era una foto de Henry. «Se suponía que debía traerte aquí y darte un susto, hacer que dejaras de hacer preguntas. Pero cuando lo vi», señaló a Dom, «me asusté. Mi amigo y yo no podíamos llevarlos a los dos. Entonces ella entró. Pensé que podría sacarme del bar sin que ustedes dos sospecharan. Cualquier otra cosa hubiera sido una ventaja. Ahhh», gritó.

Henry tenía el brazo de Scott retorcido detrás de su espalda. Lo empujó más arriba. «¿Quién te envió?».

«Un hombre. Un tipo muy elegante. Estaba con la mujer».

Henry cerró los ojos y se puso de pie. «¿La mujer de tu mensaje?».

«Sí, esa».

Tomó a Scott por el cuello. «Si alguna vez te acercas a mí o a ella, te juro que te mataré». Lo empujó hacia el maletero de la camioneta y cerró la puerta. Scott no hizo ningún sonido. Sabía que era mejor que le siguiera el juego. Henry se volvió hacia Dom. «Y tú. La próxima vez que decidas usar a Nikki como cebo, te juro...».

«Sí, me matarás. Lo entiendo», se burló. «Obviamente no conoces a Nikki. Esta fue su idea. Si hubiera dicho que no, lo habría hecho de todos modos. Excepto que sin nuestra ayuda. Entonces, en lugar de armar un berrinche, ¿por qué no le agradeces? Porque ahora le debes un favor a Nikki. ¿Ves cómo funciona eso?».

Se volvió hacia mí. «Estaré en contacto, muñeca. Voy a sacar la basura». Se subió al asiento trasero de su todoterreno y el vehículo se alejó.

Henry dio dos pasos hacia mí y acunó mi rostro con dedos temblorosos. Sus ojos inspeccionaron cada centímetro de mí. «¿Estás bien? Maldita sea, Nikki. ¿Cómo pudiste hacer eso? Si hubiera sabido que este era tu plan cuando entraste al bar, nunca te habría dejado ir».

Le quité las manos de encima. «¿Dejarme ir? Nunca te pedí permiso. ¿Sabes por qué?», el calor me sonrojó las mejillas. «Porque no lo necesito, joder. ¿Qué tal ese agradecimiento que todavía me debes?». Caminé pisando fuerte hacia mi auto.

Dos segundos después, se subió al asiento del pasajero, se reclinó y cerró los ojos. «Gracias por venir a ayudar. Y lo siento. Yo... tenía tanto miedo por ti».

«Puedo cuidarme sola. He estado bien sin tu protección todos estos años». Puse el auto en marcha y salí a toda velocidad del estacionamiento.

Me temblaban las manos mientras agarraba el volante. Quería golpear a Henry por ser tan

miope, pero al mismo tiempo, quería abrazarlo. Subí a la I-10 y pisé el acelerador. «Y, por cierto, no soy tu novia, y te agradecería mucho que no fueras por ahí matando gente en mi nombre. Especialmente a Dom. Es un amigo. Un verdadero amigo».

«Sé que no eres mi novia». Sacudió la cabeza, frunciendo el ceño. «Lo dije en el calor del momento. Tu mensaje fue alto y claro esta mañana, Nikki Swift. Cuando termine este trabajo, pasarás al siguiente».

CAPÍTULO 14

Gala del Día de los Fundadores

HENRY

Golpeé la almohada y la arrojé al otro lado de la habitación en penumbra. Dormir al otro lado del pasillo de Nikki era imposible, una tortura. Lo peor era que, cada vez que cerraba los ojos, veía a ese cabrón con las manos sobre ella. Habían pasado días desde el incidente en el bar y todavía no podía sacarme esa imagen de la cabeza. Bloqueé la imagen y me concentré en mi madre, buscando en mi cerebro los pocos recuerdos que tenía de ella.

Esos años en los que habíamos sido una familia feliz, completamente inconscientes del horror que se avecinaba. Su sonrisa cuando veía a papá o me veía jugar en su jardín. Esos pensamientos solían ponerme triste, pero ahora eran lo último bueno que tenía de ella.

Mi respiración se hizo más lenta y rítmica y la habitación se desvaneció. Las pesadillas ya no lo eran, sino se habían convertido en una red caótica de recuerdos. Como muchas otras veces, terminé de nuevo en los túneles oscuros.

El almizcle en el aire me hizo cosquillear la nariz. La brisa fresca me rozó los brazos desnudos y me estremecí. Recordaba bien esos pequeños detalles. Eran mis constantes, los tótems que separaban el sueño del recuerdo.

La puerta se abrió y apareció la luz al final del túnel, seguida de una figura. Era un hombre. No, una mujer, con el pelo recogido en un moño retorcido que reconocí. Llevaba un vestido de coctel y mantenía las manos metidas entre los pliegues de la falda. ¿Qué estaba haciendo? ¿Escondiendo algo? Di un paso hacia ella. Mis pies golpeaban el cemento mientras el frío se filtraba a través de mis pantuflas y el resto de mi cuerpo. Corrí tras ella, pero desapareció como el humo.

Me desperté sobresaltado, con el corazón palpitando con fuerza. ¿Ese sueño era un recuerdo? Me pasé una mano por la frente. ¿Qué había estado haciendo mamá en los túneles? Bajé los pies por el borde de la cama y me levanté. Si había escondido algo en las paredes, solo había una forma de averiguarlo. Tenía que volver a la Mansión Cavalier.

Abajo, usé la máquina de café expreso de Nikki para hacerme un moca. ¿Tenía la esperanza de que saliera y me exigiera que dejara de tocar sus cosas? Seguro. Pero no lo hizo. Decepcionado, me senté en el sofá y tomé un largo sorbo de café. Volver a la mansión podría no ser tan fácil como lo había sido la primera vez. No es que esa vez hubiera sido tan fácil, pero a estas alturas Jonathan sabía que tenía acceso a los terrenos. ¿Por qué si no contrataría a alguien para asustarme? Agarré un puñado de mi cabello. Esperaba que el idiota que había enviado para golpearme estuviera diciendo la verdad. ¿Jonathan intentaría matar a su propio sobrino? Si era así, ¿por qué ahora?

Dejé mi taza en la mesa de café e inmediatamente vi mi nombre en el sobre roto que estaba

sobre el correo de hoy. ¿Una de las ventajas de vivir en un pueblo pequeño? Recibir mi correo sin importar a dónde fuera. Por el elegante sobre, tuve que adivinar que se trataba de la invitación a la Gala del Día de los Fundadores de esta noche. Nikki debía haber tenido el mismo pensamiento. ¿Por qué si no abriría el correo que no estaba dirigido a ella? Arrojé la carta al sofá y subí corriendo las escaleras, apartando las sábanas que colgaban del camino. Las que me recordaban qué lado del hotel era mío, como si pudiera olvidarlo.

Apoyándome en el marco de la puerta, me preparé para el impacto y llamé. Eran las nueve de la mañana. Debería estar levantada. Otro golpe. Nada. Apreté la oreja contra la puerta y la abrí de un empujón cuando no escuché ningún movimiento. De repente, el hotel se sintió vacío. ¿Se había ido para siempre? La sensación de vacío en mi pecho aumentó mientras rebuscaba en la habitación. Su ropa estaba en su armario junto con las maletas.

«Mierda. Nikki. Me estás volviendo loco». Me senté en la cama y enterré la cabeza en mis manos.

No había tiempo para preocuparme por ella ahora. Tenía que prepararme para la gala.

LA ÚLTIMA VEZ que estuve en la puerta principal de la mansión, Jonathan había dado a los guardias órdenes estrictas de jamás dejarme entrar a la propiedad. Pero esta noche era diferente. Yo era un invitado en mi propia maldita casa. Es cierto que entrar por la entrada principal era mejor que entrar por los túneles. Le sonreí al guardia de seguridad que estaba comprobando los nombres en la lista de invitados. Ni siquiera me había preguntado mi nombre. Sus ojos recorrieron la página, parpadeando rápidamente. Me reí entre dientes. ¿De qué tenía miedo?

«Ahí está, señor Cavalier. Bienvenido». Tragó saliva.

«Gracias». Entré, contemplando el vestíbulo ya abarrotado de amigos de Francesca.

Cuando mamá estaba cerca, esta fiesta había estado abierta a todos en el pueblo. Dejé de lado todos los pensamientos sobre mamá y el pasado y relajé mis músculos faciales. Como de costumbre, el bar estaba instalado en el estudio. Al dirigirme allí, miré el acceso al túnel detrás del sofá de terciopelo donde tres mujeres charlaban, bebiendo champán. El acceso en la cocina era mi única opción, pero sin duda esa habitación estaría igual de abarrotada. ¿Cómo diablos se suponía que volvería a los túneles sin que me vieran?

Cuando llegué al umbral del estudio, una risa se filtró en el pasillo, dulce y llena de promesas. Mi espalda se tensó. No tuve que darme la vuelta para ver a quién pertenecía la risa. Nikki también estaba allí.

«Whisky, por favor», le dije al mesero. Tal vez fue mi imaginación, pero podría jurar que sentí los ojos de Nikki sobre mí.

«Señorita Swift, usted es realmente un soplo de aire fresco». La voz de Jonathan fue como un martillo neumático en mis tímpanos.

«Oh, señor alcalde, estoy segura de que le dice eso a todas las chicas. Nikki se estaba excediendo».

Tomé la bebida que me ofreció el mesero y me di la vuelta. Gran error. Si Nikki lucía surrealista con jeans y una blusa de seda, estaba absolutamente impresionante con ese vestido. El terciopelo azul real se ajustaba a su cintura y realzaba esos pechos perfectos. Me llevé el vaso a los labios. Mi mirada nunca dejó la de ella mientras bebía el whisky.

Dejé el vaso y caminé lentamente hacia Nikki, ignorando a todos los idiotas que la miraban con lujuria. «Ahí está. Señor alcalde, ya veo que conoció a mi novia».

El color desapareció de las mejillas de Jonathan. Miró su bebida vacía y luego se giró para mirarme con el blanco de sus ojos más grande de lo normal. ¿Qué esperaba? ¿Que estaría en casa recuperándome de una paliza o muerto en alguna zanja?

«La dama no te mencionó». Parpadeó rápido y tragó saliva.

Qué excusa más patética para un tío, para un ser humano, lleno de pistas y sin carácter. Así fue como pude vencerlo en el póquer. Cómo recuperaré una pequeña parte de la fortuna de mi padre. O la mitad.

«Bien por ti», tartamudeó Jonathan.

«Sí, así es. Ahora, si nos disculpas, le prometí a mi novia un baile». Tomé el codo de Nikki y la acompañé fuera del estudio antes de que decidiera llamarme mentiroso delante de todos. «¿Qué diablos estás haciendo aquí?», pregunté en voz baja.

«Lo mismo que tú». Ella sonrió a los hombres que no dejaban de mirarla. Mi boca se secó cuando presionó su cuerpo más cerca del mío. «Estoy aquí para celebrar el Día de los Fundadores».

«No te quedarás». La llevé al salón, donde en vivo, una banda tocaba una canción lenta.

Todos los muebles habían sido removidos, reemplazados por pequeñas mesas que estaban dispuestas alrededor de una pista de baile. Ella no discutió cuando me detuve en el medio del salón, la acerqué a mí y comencé a balancearme al ritmo de la música. No tenía ganas de bailar, pero tampoco tenía ganas de dejarla ir.

«Eso no te corresponde a ti decirlo. Al igual que no te corresponde a ti ir por ahí diciéndole a la gente que soy tu novia. Pensé que ya lo había dicho alto y claro antes». Ella empujó mi hombro y la abracé más fuerte.

Mi mirada bajó al escote presionado contra mi pecho. Ella emitió un pequeño sonido, algo entre un suspiro y un gemido, antes de que sus ojos se cerraran.

«Tú también lo sientes», le susurré al oído.

El deseo corrió por mis venas cuando su mano agarró la solapa de mi chaqueta de esmoquin. Sacudió la cabeza una vez y me miró. El resplandor de la reluciente lámpara de araña que colgaba sobre mi cabeza jugaba con los reflejos dorados de su cabello, y algo me afectó por dentro.

«No me voy a ir a ninguna parte. Vine aquí para conseguir algo, y no me voy sin ello. Por cierto, estaba haciendo progresos con tu tío hasta que apareciste. Ahora, por culpa tuya y de tu exhibición de macho, él, Francesca y todos los demás nos están mirando como si estuviéramos en un episodio de telenovela cursi».

«¿Tienes que ir arriba?», la abracé más fuerte.

«¿Crees que te dejarán tener un momento privado con tu novia?». Se relajó en mis brazos y sonrió.

Incluso si era fingido, me gustaba oírla decir que era mía. Como había dicho Dom, era difícil pensar con claridad cuando tu pene estaba en el camino. Pero este plan podría funcionar. Me incliné y presioné mis labios contra los suyos. Dios, quería hacer más que eso. Quería sentir su lengua en mi boca, saborearla toda, pero mantuve el beso tan inocente como pude y me concentré en nuestro objetivo. Si no tenía cuidado, podría perderme en su beso. Todo esto era fingido. Repetí esas palabras una y otra vez en mi cabeza cuando ella deslizó sus brazos alrededor de mi cuello y la punta de su lengua rozó mis labios. Por un momento, no pude recordar por qué estábamos aquí, o por qué no estábamos haciendo más que esto.

Ella se apartó primero. «Subamos las escaleras, cariño». Su voz era pura miel y pecado.

Teníamos un plan antes, pero en algún lugar entre sus suaves labios y sus caderas

presionando contra mí, mi pene ideó un plan propio. Tragué saliva y asentí.

«Para eso, tendrás que soltarme primero». Ella bajó la mirada mientras un tinte de rojo cubría sus mejillas.

«Bien». Bajé mis manos de su cintura y las metí en mis bolsillos, agradecido por la chaqueta de esmoquin que ocultaba mi erección.

Ella agarró mi bíceps y me acompañó hacia la puerta. Las mujeres empezaron a levantar rumores antes de que cruzáramos el umbral, mientras los hombres se quedaban mirándonos. Sin duda pensaron que habíamos dejado la pista de baile para continuar nuestro beso arriba. Yo tenía muchas ganas de hacerlo. ¿Cómo es que ella estaba tan tranquila?

«¿Qué te parece una copa?», ella arqueó una ceja.

«¿Qué te gustaría?», pregunté.

«French 75», le dijo al barman.

Él asintió y tomó una botella de champán.

«Whisky para mí», añadí a su pedido y la atraje hacia mí.

«Cuidado». Ella dio un paso atrás.

«¿Qué pasa?».

Exhaló un suspiro y se presionó dos dedos en la sien. «Nada. Por un momento, olvidé que tenía permitido pisar la alfombra».

Había perfeccionado tanto su papel de Nikki que a veces me olvidaba de toda la mierda que tuvo que soportar cuando vivía en la Mansión Cavalier, lo cruel que era Francesca con ella y Lisa. Yo era un idiota por no considerar cómo se sentiría ella al regresar a este lugar.

«Ella ya no puede hacerte daño. Lo prometo. No la dejaré».

Ladeé la cabeza para mirarla a los ojos y acuné su cuello.

Ella ahuecó mi mandíbula y me dedicó una de sus brillantes sonrisas de Nikki Swift. «¿Estás preparado para esto, cariño?».

Un día de estos, teníamos que encontrar una manera de reconciliar nuestros sentimientos, de dejar el pasado atrás. Nikki y yo merecíamos una segunda oportunidad. Ella tenía que saberlo. ¿No lo sentía cada vez que nos tocábamos? Froté mi pulgar sobre la curva de su cintura y su respiración se entrecortó.

«Esto te afecta tanto como a mí», le susurré al oído.

«No importa cómo me sienta». Ella cerró su mano en un puño y la presionó contra mi estómago para alejarme de ella.

El barman dejó nuestras bebidas en la barra y pasó al siguiente cliente. Tomé mi vaso y bebí un sorbo, dándole la bienvenida a la cálida calma que el whisky envió a través de mi cuerpo.

Nikki envolvió sus dedos alrededor de la copa de champán y me miró a los ojos. «Nos vemos arriba». Prácticamente se deslizó fuera del estudio de papá mientras se dirigía hacia la gran escalera, entablando una conversación educada con las otras mujeres que también iban al baño. Eso fue todo. Nikki había hecho su parte. Si desaparecía ahora por unos minutos, nadie se preguntaría dónde estaba. Podría subir las escaleras y acceder al túnel en el dormitorio de mamá. Al menos ese era el túnel que pensé que había visto en mi sueño.

Terminé mi whisky con un último trago y subí las escaleras. Unas cuantas risitas vinieron del sofá debajo de la barandilla, pero fueron amortiguadas por mi corazón latiendo en mis oídos. En el pasillo, a mi derecha, Nikki mantenía a un grupo de mujeres cautivadas por la historia que les estaba contando. Todo este andar a escondidas no era como yo quería hacerlo, pero Jonathan no nos dejaba otra opción. Fui a la izquierda, directo al dormitorio al final del pasillo. La habitación de mamá se veía exactamente como la habíamos dejado el día que Nikki y yo entramos. Ella

realmente se había ido. Me dolía el pecho. Me dolía respirar.

Ignorando los latidos de mi corazón, entré en su armario y abrí la puerta oculta que conducía al túnel, que iba desde la habitación de mamá directamente a la cocina. La familiar brisa fresca me saludó, una mezcla de tierra húmeda y madera vieja.

En mi sueño, mamá estaba parada en un círculo de luz, tal vez a unos pocos pasos de la entrada. Me agaché debajo del marco de la puerta, golpeando el piso mientras avanzaba, buscando algo suelto a lo largo del borde de la pared. Varios metros dentro del túnel, giré en el lugar. Ella había estado parada justo aquí. Caminé arriba y abajo para medir la distancia y hacer que coincidiera con la de mi sueño. ¿Había estado encorvada o de pie? ¿Estirándose?

Extendí la mano y toqué el techo antes de que mi brazo estuviera completamente extendido. Este lugar me había parecido tan grande cuando era pequeño. Entonces, lo sentí. Un ladrillo suelto en la parte superior. Criaturas se arrastraron sobre mi mano. Me las quité de encima y quité los fragmentos de piedra. Para mi asombro, cayó un sobre. No tenía idea de lo que mamá había dejado aquí, pero me sentí aliviado..., aliviado porque ahora sabía con certeza que mis sueños estaban llenos de recuerdos.

¿Qué más me había obligado a olvidar?

«Henry?», llamó Nikki desde el dormitorio de mamá. Me metí el sobre dentro de mi chaqueta y volví a salir.

«Estuviste fuera por mucho tiempo. ¿A dónde fuiste?». Se sentó en la cama, probablemente no era el mejor lugar para ella en este momento.

Me sacudí el polvo de los pantalones con las manos y señalé hacia el armario. «Quería revisar este pasaje, ver si tal vez mamá nos dejó más pistas».

«¿Encontraste algo?».

«No. Otro fracaso». No quería lidiar con la caja de Pandora que acababa de encontrar. No mientras Nikki estuviera sentada en una cama, en una habitación oscura, lejos de la multitud. Di un paso hacia ella, deseando tocar sus piernas expuestas y ver si su piel era tan suave como parecía.

Como si pudiera leer mis pensamientos, se puso de pie de golpe. «Deberíamos irnos. Alguien podría notar que hemos estado fuera mucho tiempo. Ya sabes, más tiempo del necesario».

«Estoy seguro de que hay varias personas abajo controlando el tiempo. Gracias a ti. Eso fue todo un espectáculo».

«Escandaloso». Se rió, parándose a centímetros de mí.

Tomé su mano y apreté sus dedos. «Deberíamos irnos», susurré.

Su perfume envió una oleada de deseo a través de mí. Todo mi cuerpo se sentía vivo, solo estando allí, respirando el mismo aire que ella. Suspiró y eso fue mi perdición. La abracé por el cuello y la besé como había querido hacerlo desde que la vi por primera vez en el estudio de abajo. Y por una vez, no se apartó. En cambio, sus dientes rozaron mi labio inferior antes de profundizar el beso.

«¿Estás segura?». Jalé los tirantes de terciopelo de su vestido y los deslicé por sus hombros.

Su vestido cayó hasta su cintura, y mi autocontrol cayó junto con él. Enterró sus dedos en mi cabello. Un gesto que se sintió tan íntimo y familiar. Cuando me atrajo hacia ella, me incliné y capturé su pezón endurecido en mi boca.

¿Era tan malo que quisiera que ella reemplazara los horrores de mi pasado? Nikki era la única que podía hacerme olvidar la vida que me habían robado. A ella también me la habían robado. Pero había vuelto y no podía dejar que se alejara. Mi lengua rodeó la punta de su pecho mientras amasaba el otro, tan lleno y flexible. Se sentía tan bien.

«¿Segura de qué?», susurró en mi oído, una mezcla sexy de gemido y suspiro.

«¿De lo que estamos haciendo, Nikki?».

«Oh, eh...». Me miró fijamente, con el ceño fruncido, como si estuviera considerando sus opciones. «Estoy cansada de esconderme y dejar de lado mis sentimientos». Metió la mano dentro de mi chaqueta de esmoquin y sacó mi camisa de vestir. Sus manos sobre mi piel desnuda me hicieron pensar en todo tipo de cosas malas.

«Este sería un buen momento para que me digas basta». Presioné mi frente contra la suya. Me dolía desearla tanto.

«Esto entre nosotros, no veo cómo puedo detenerlo... no quiero». Jadeó.

«Déjame probarte». Agarrándola por la cintura, la llevé hasta la pared y la sujeté contra ella.

El latido de mi pecho ahogó todos los sonidos que nos rodeaban. Con un suspiro de rendición, dejó caer la cabeza hacia atrás. Besé su cuello, primero con suavidad y luego con más fuerza. Lentamente, mordisqueé su pecho, la curva de su seno y cualquier trozo de piel suave que pude encontrar antes de caer de rodillas entre sus piernas.

CAPÍTULO 15

El árbol de mezquite

NIKKI

Levantó la parte delantera de mi vestido y lo metió dentro de la cinturilla, donde mis tirantes finos colgaban sueltos, mientras que el otro todavía estaba alrededor de mi pezón. Suspiré y volví a meter mis dedos en su cabello. Henry deslizó sus manos por la parte inferior de mis muslos y sujetó mi pierna sobre su hombro. Sin dejar nunca de mirarme, apartó mi tanga y dibujó círculos en mi entrada con su lengua, una y otra vez hasta que me derretí bajo su toque. Me inhaló. Dios mío. Cuando dijo que quería probarme, lo decía en serio.

«Henry», empujé mis caderas hacia adelante.

«Aquí estoy. ¿Confías en mí?». Sus palabras vibraron en mi interior.

«Sí», susurré.

O tal vez lo grité; no podía decirlo. No podía escuchar nada excepto mi corazón latiendo en mis oídos y la voz de Henry. Mi cuerpo dolía de necesidad, necesidad de Henry. A pesar de todo lo que pasó y todo el tiempo que pasamos separados, mis sentimientos por él nunca cambiaron. No podía seguir mintiéndome más yo misma. Quería sentir de nuevo.

Tiró suavemente de la correa enredada en mi pecho mientras bebía más de mí, soplando aire suave y lamiendo hasta que finalmente exploté. Mi orgasmo llegó caliente y lento, en oleadas al principio y luego de golpe. Durante todo este tiempo, nunca me había permitido fantasear con Henry o cómo sería porque sabía que esto no podía pasar entre nosotros. Porque había pensado que necesitaba dejarlo ir. Estaba equivocada. Henry y yo estábamos destinados a estar juntos. Él era el único para mí. Me apoyé en su hombro, sintiéndome desorientada pero también sintiéndome muy viva.

«Sabes mejor de lo que imaginaba». Besó y chupó alrededor de mi ombligo, amasando mi trasero mientras se ponía de pie.

Cuando encontró mi mirada, se lamió los labios y jaló mi tirante para provocar un poco más mi duro pezón. Yo era un charco de deseo a sus pies y, por esa sonrisa satisfecha en su rostro, él lo sabía. Sabía que ahora mismo podía tener cualquier parte de mí.

Puse mi mano sobre su pecho, donde su corazón latía tan fuerte como el mío. Tal vez eran los efectos secundarios del orgasmo. Tal vez ya no pensaba con claridad. Pero ahora mismo, pertenecíamos juntos. Nos lo debíamos a nosotros mismos. Después de tantos años de soledad, nos habíamos ganado este momento.

«Quiero todo de ti».

Presionó su frente contra la mía. «Yo también», gimió, un sonido bajo y sexy. «Pero no aquí».

¿Qué me pasaba? Esta era la habitación de su madre. Golpeé mi cuerpo contra la pared para

evitar gritar de frustración. Acunó mi cuello y me besó dulcemente mientras deslizaba los tirantes de mi vestido por mis brazos y sobre mis hombros.

«Créeme cuando te digo que me duele físicamente dejarte ahora mismo». Empujó su erección contra mi pierna. «Vámonos a casa».

Presioné mis palmas contra la pared detrás de mí para evitar alcanzarlo. «Será mejor que te apures», susurré.

Con una expresión de dolor en su rostro, salió de la habitación. Me senté sobre mis talones, presionando una mano en mi frente.

El amor era para tontos. ¿Qué diablos estaba haciendo? No podía volver a enamorarme de él. Henry hacía que fuera muy difícil concentrarme en cualquier otra cosa.

Tenía que enfocarme. El trabajo era lo primero, siempre. Estaba en Paradise Creek por Lisa. Repetí este mantra unas cuantas veces más hasta que el zumbido en mi cuerpo se calmó y tuve este deseo por Henry bajo control. Después de unas cuantas respiraciones tranquilizadoras, me puse de pie y me acomodé el vestido.

No había venido a la Mansión Cavalier para tener sexo con él. Había venido para probar una teoría. Para averiguar si Tessa era culpable o solo otra víctima. Henry estaba convencido de que su madre le había mentado todos estos años. Después de nuestro encuentro con Scott hace unas noches, una pequeña parte de mí estuvo de acuerdo con él. No lo había dicho, pero estaba dispuesta a apostar que Henry no solo creía que Tessa había planeado todo esto en complicidad con su tío, sino que también sospechaba que ella tenía algo que ver con el asesinato de su padre.

El día que Henry y yo llegamos a la mansión para rescatar a Tessa, Henry estaba tan angustiado por descubrir que su madre se había ido que no hicimos un barrido adecuado del dormitorio. Yo sabía que no era así. Ni siquiera habíamos revisado el baño donde Tessa guardaba el dinero escondido. Entré al baño y me dirigí directamente al armario de pie en la esquina, donde revisé todos los frascos de medicamentos. ¿Cuál era exactamente la enfermedad de Tessa que necesitaba toda esta basura? Sacudí todos los frascos hasta que encontré uno que no sonaba pero que era pesado. La fecha del frasco era de unos meses atrás. Giré la tapa y saqué un fajo de billetes. Si Tessa era la mente maestra, pensó Henry, ¿por qué guardaba dinero en efectivo?

Bajé la tapa del inodoro y me dejé caer sobre ella. Cuando tenía quince años, después de haber decidido escaparme, volví a la mansión para robarle a Tessa. En ese entonces, estaba convencido de que me dejaba ver dónde guardaba el dinero en efectivo por si lo necesitaba algún día. ¿De qué había tenido miedo Tessa en ese entonces? ¿Por qué el plan de contingencia? ¿De qué tenía miedo ahora? Algo no cuadraba aquí. Estaba enferma un día y completamente bien al siguiente, cenando con Jonathan como si fueran viejos amigos. ¿Qué había sucedido? La había tenido cautiva todos estos años y, de repente, sin ningún buen motivo, había desarrollado una conciencia y la había dejado ir. No, los hombres con conciencia no contratarían a unos canallas para que maltrataran a sus sobrinos. Las palabras de Scott resonaron en mi mente y me estremecí. ¿Había mentado para salvar su propio pellejo? ¿Jonathan realmente lo había enviado a matar a Henry? Demasiadas preguntas y ninguna respuesta concreta.

Me quedé allí sentada, observando la habitación, buscando un mejor escondite que un frasco de medicinas. Si Tessa planeaba escapar, necesitaría más que dinero. Necesitaría algún tipo de seguro. Entonces lo vi, la baldosa rota debajo del armario. Ladeé la cabeza y me agaché hasta el suelo. ¿Era esto? Me arrastré el resto del camino, con la mirada fija en la baldosa suelta. En el agujero que había debajo había otro frasco de pastillas. No me molesté en mirar dentro. Lo que fuera que hubiera dentro, sin duda sacaría a Tessa de su escondite.

«¿Quieres que te devuelva tus cosas, Tessa? Tendrás que venir a buscarlas tú misma. Y mientras lo haces, nos vas a ayudar a demostrar la inocencia de Lisa».

Tomé mi bolso de la mesilla de noche y metí la botella y el dinero de Tessa en él. Con el corazón acelerado por la expectativa de volver a ver a Henry, miré por la pequeña abertura entre la puerta y el umbral. El pasillo parecía vacío, así que salí del dormitorio y corrí escaleras abajo.

«¿Señorita Swift, se va tan pronto?».

Puse los ojos en blanco y me volví para mirar a la alcaldesa.

«Sí. De repente no me siento bien. Debe ser el calor».

«Oh. ¿Puedo traerle algo? Tome, siéntese». Jonathan hizo un gesto hacia una silla.

«No es necesario, cariño. ¿Quizá podría ayudarme con mi auto?».

«Por supuesto». Me acompañó hasta la puerta principal.

Afuera, había algunos autos estacionados alrededor de la enorme fuente de agua de piedra. A pesar de todos los malos recuerdos, este lugar era impresionante con sus luces brillantes y árboles altos que bordeaban el camino de entrada hasta la puerta, a ochocientos metros por el camino de grava.

«¿Está segura de que no puedo ofrecerle nada más?», Jonathan me acompañó hasta mi Tesla.

«Gracias por una noche increíble, cariño. Dé mi agradecimiento a Francesca».

«Por supuesto que lo haré». Bajó la mirada por un momento.

Lo que él y su esposa estuvieran haciendo no era mi problema. Con una rápida señal de despedida, subí al auto y me dirigí al hotel Cavalier. Henry lo había llamado hogar y yo asentí con la cabeza, sin pensarlo dos veces. ¿Tenía razón? ¿Finalmente había encontrado un hogar en Paradise Creek? No, no sin Lisa.

Las luces dentro del vestíbulo estaban apagadas y las cortinas corridas. Estacioné en la calle en mi lugar habitual detrás de la camioneta destartalada de Henry. Una burbuja se expandió en mi pecho y me obligó a reír. Me merecía un poco de felicidad, ¿no?

Crucé el umbral y eché el cerrojo. Una melodía de jazz sonó en los altavoces mientras Henry estaba sentado en la barra, todavía con ese esmoquin como si hubiera nacido con él. Se veía atractivo y tan cómodo en su propia piel, mientras que yo estaba lista para saltar de la mía.

«¿Por qué tardaste tanto?». Se puso de pie, sus ojos llenos de promesas cuando me miró de arriba abajo.

«No podía irme así. Tenía que agradecer a nuestros amables anfitriones». Dejé mi bolso en el mostrador, tomé su vaso de whisky y bebí un sorbo.

Se mordió el interior del labio, su mirada fija en mi boca. Una pequeña sacudida en mi vientre hizo que mis piernas se apretaran. Dios, estaba lista para él otra vez.

«¿El whisky es tu bebida?». Sirvió otros dos dedos en el mismo vaso.

«Ahora mismo lo es». Tomé otro trago.

«Estás nerviosa». Se sentó en el taburete y puso sus manos en mis caderas.

Sacudí la cabeza una vez y me acerqué para encontrar mi lugar entre sus muslos. Él examinó mi rostro mientras sus largos dedos se deslizaban hasta mi cintura, la curva de mi pecho y finalmente aterrizaban en mi clavícula, donde presionaba contra el latido de mi corazón.

«He pasado los últimos quince años tratando de reemplazar esta cosa que siento cuando estoy contigo. Pero cada chica, cada mujer que he conocido siempre se quedó corta». Jaló el mechón de pelo que rozaba mi brazo. «Después de un tiempo, me convencí de que lo que sentía en ese entonces no era real. Que lo había imaginado, lo había inventado». Su pulgar se deslizó por mi boca. «Ahora que estás aquí conmigo, sé que lo que teníamos era real. Te extrañé. Todo de ti. Tu terquedad, la forma en que ves el mundo como si todo fuera posible, la forma en que llenas una

habitación de energía cada vez que entras y cómo eres incapaz de decir una mentira apropiada». Se rió. Una descarga eléctrica se desplegó cerca de mi vientre. Acunó mi cuello y me besó. Su boca era exigente, como si intentara compensar todos los años en los que todo lo que tuvimos fue un beso casto en un túnel oscuro. «Nunca dejé de amarte, Nikki. Por favor, dime que quieres intentarlo».

Suspiré, un gemido profundo que dejó salir los sentimientos que había enterrado en lo más profundo de mi alma el día que me desperté bajo el árbol de mezquite y me di cuenta de que Henry no iba a venir. Empujé su chaqueta de esmoquin por sus hombros y la dejé caer al suelo mientras mis dedos desabrochaban rápidamente los broches de su camisa. Deseaba a este hombre más de lo que nunca me permití desear nada en esta vida. Deseaba a Henry Cavalier, el hombre que no solo podía verme como era, sino que también me amaba. Solo a mí.

«Quiero intentarlo».

Se puso de pie. El taburete de la barra raspó el piso de mármol antes de caer de costado. Se apartó de mí lo suficiente para quitarse la camisa y los pantalones. El pelo que cubría su amplio pecho me provocaba cosas, y no podía esperar más.

«Ahora, Henry».

Con sus labios en ese punto suave detrás de mi oreja, empujó los pliegues de mi vestido hacia arriba. Su erección se frotó contra mí. Incluso a través de la tela húmeda de mi tanga, podía sentir su longitud. Deslizó sus manos por el costado de mis muslos y me levantó hasta un taburete de la barra. Una parte de mí decía que deberíamos ir más despacio, pero una parte más fuerte quería estar con Henry ahora.

Mientras mi trasero se tambaleaba en el borde de mi asiento, me estiré hacia atrás y saqué un condón de mi bolso. Jamás en un millón de años habría imaginado que mi regreso a Paradise Creek incluiría poner un condón sobre el pene duro como el acero de Henry mientras me miraba con ojos llenos de deseo.

No se molestó en quitarme la tanga del camino. En cambio, me inmovilizó contra la encimera, arrancó el delicado encaje y me penetró. Jadeé y lo miré a los ojos mientras el momento se asimilaba.

Finalmente estábamos unidos.

Él gimió y se movió más profundamente, presionando su boca abierta contra mi cuello. Pasé mis manos sobre sus hombros, seguí la línea de músculos hasta sus abultados bíceps, hasta las crestas de su vientre. Dios, se sentía increíble mientras embestía dentro de mí. De alguna manera entre el hotel condenado, esta ciudad y la gala de esta noche, había aprendido a confiar en Henry. El tiempo que habíamos perdido ya no importaba. Pertenecíamos juntos... siempre lo habíamos hecho. Con mis piernas envueltas alrededor de su cintura, me incliné hacia atrás para darle acceso total. Su respuesta fue abrazarme más fuerte.

«Eres tan hermosa». Hizo una pausa para inhalar antes de ahuecar mis pechos y agacharse para succionarlos a través de la tela.

Dejé caer la cabeza hacia atrás. El calor y el éxtasis puro y crudo se acumularon en mi centro y lentamente se dispersaron en oleadas. Soltó la tira de mi hombro y jaló la parte superior de mi vestido hasta mi cintura.

Una sonrisa asomó a sus labios mientras dibujaba suaves círculos con su dedo índice sobre mi pezón. «Me culpé por empezar las cosas en la mansión. Estaba tan oscuro en la habitación que no pude verte». Palmó mi pecho.

«Oh, Dios mío, Henry», agarré su bíceps.

«Estoy aquí», besó mi boca mientras continuaba su implacable tortura de ese lugar dentro de

mí. «Nos robaron tanto tiempo. ¿Cómo vamos a recuperarlo alguna vez?».

Pasé un dedo por los pliegues de su frente, deseando poder limpiar todo el dolor con mis manos. «Lo robaremos de vuelta».

Envolvió sus brazos alrededor de mi cintura. Un pequeño estremecimiento surgió de mi centro y no pude contenerlo más. Me apreté fuerte alrededor de él hasta que una dulce liberación me encontró, dura y caliente, marcando cada centímetro de mi piel. Rasqué la longitud de su espalda cuando una segunda ola explotó dentro de mí. Amasando mi cadera, embistió dentro de mí otra vez. Sus labios rozaron mi pezón mientras encontraba su propia liberación.

«Jesús, Nikki». Apoyó su mano libre en el borde de la encimera, respirando entrecortadamente.

Me recliné sobre la barra y besé su mano. Sabía tan bien. Permanecimos en la misma posición, mi cara en su palma, sus labios en mi hombro y su pene dentro de mí, hasta que nuestros latidos cardíacos volvieron a su ritmo normal.

«No puedo mover las piernas».

«Debería haber esperado hasta que estuviéramos arriba». Se rió, deslizó ambas manos detrás de mis rodillas y me levantó del taburete.

«Me alegro de que no hayas esperado. ¿Adónde me llevas?». Envolví mis brazos alrededor de su cuello y apoyé mi cabeza en su hombro.

«Donde deberías haber dormido desde el primer día». Subió las escaleras.

Por mi vida, no podía pensar en una sola razón por la que no debería pasar el resto de la noche en su habitación. O el resto de mi vida, para el caso.

Empujó la puerta y me dejó caer en la cama. «Quítate el vestido».

«Vaya, te vuelves mandón cuando estás desnudo». Me apoyé en mis codos.

Puso una rodilla en el borde de la cama, mirándome, haciendo que mi piel se pusiera roja. «Ese vestido te queda increíble. Pero quiero verte desnuda. Quítatelo».

Me deslicé hacia arriba del colchón. Con mi mirada fija en la suya, me estiré por la falda del vestido y saqué lo que quedaba de mi tanga. Suspiró y apoyó ambas manos en la cama. Su pecho subía y bajaba mientras todas las crestas de su estómago se tensaban bajo su piel bronceada. Dios, el hombre era hermoso y estaba aquí para mí. Tragué saliva y me lamí los labios. Merecíamos otra oportunidad. Quería probar su piel ahora que estaba todo cubierto de sudor, pero en lugar de eso, hice lo que me pidió. Levanté el trasero en el aire y bajé la cremallera de la mitad inferior del vestido. Me quitó la tela de terciopelo y la arrojó a un lado. Su mirada recorrió mi cuerpo, absorbiendo cada centímetro de mí. El deseo se extendió por mi vientre y finalmente explotó en mi centro, como un mini orgasmo. Me bebió y todo lo que pude hacer fue jadear.

Este hombre me tenía jadeando.

«Eres tan hermosa». Se quitó los zapatos y los pantalones del esmoquin, dándome una vista completa de su cuerpo desnudo.

Mantuvo su atención en mí mientras se subía a la cama y plantaba besos con la boca abierta en mi tobillo derecho y en el costado de mi pierna. Cuando llegó a mi cadera, se colocó encima de mí. El peso de su cuerpo, el calor de su piel contra la mía, me dejaron completamente aturdida.

«Tú también». Froté la barba incipiente de sus mejillas y presioné mis labios contra los suyos. Lo deseaba de nuevo. «Entonces, ¿cuál es nuestro período de tiempo aquí? ¿Diez, quince minutos?».

«Vaya, te vuelves mandona cuando estás desnuda». Soltó una risa profunda y sexy.

En el momento en que entré al hotel, me di cuenta de que me había estado mintiendo a mí

misma. Nunca me había olvidado de Henry. Los hombres eran piezas de un tablero de ajedrez para mí porque en el fondo sabía que no podían ser nada más. Henry tenía todo mi corazón. Él era el hombre del que había estado enamorada desde que éramos niños, el único para mí.

Todo lo que siempre quise, una familia, un hogar, lo tenía ahora, pero ¿por cuánto tiempo? Él había dicho que me amaba, pero ¿sería eso suficiente? ¿Nuestro amor sería suficiente? La historia nos diría que no. En particular, habíamos perdido esta batalla hace mucho tiempo. Pero ¿teníamos lo necesario para ganar la guerra esta vez?

«¿Y ahora qué, Henry?». Tracé su ceja, el rasgo que lo hacía parecer peligroso.

«Si fuera por mí, nos quedaríamos en esta cama durante los próximos diez años». Se inclinó y chupó mi pecho. «Pero tenemos trabajo que hacer, ¿no?».

«¿Qué quieres decir?». Solo estaba escuchando a medias, mi mente estaba enfocada en lo que su lengua estaba haciendo con mi pezón.

«Bueno, tenemos que averiguar cómo encaja el frasco de medicina que tomaste de la mansión en este loco rompecabezas que estamos tratando de resolver».

Abrí los ojos de golpe.

Henry estaba sobre mí, sonriendo. «¿Pensabas que simplemente me iría de la habitación y no esperaría a ver qué hacías?».

«¿Me estabas espiando?». Le di un golpe en el pecho. Maldita sea, era difícil. Intenté alejarme de él, pero me inmovilizó con su cuerpo.

«No. Pero te vi salir del dormitorio veinte minutos después, luciendo muy culpable. Abajo, cuando sacaste el condón de tu bolso, vi el frasco de medicina con el nombre de mamá. ¿Qué hay dentro?».

«No lo sé. No tuve tiempo de mirar».

«Está bien». Me besó de nuevo.

Lo empujé. «¿Eso es todo?».

«Mmm», me acarició el cuello. «Solo tenía curiosidad. Mañana». Mordisqueó detrás de mi oreja. «Habaremos mañana. Por ahora, solo te quiero a ti».

CAPÍTULO 16

La caja con dos llaves

HENRY

Sentada sobre sus talones en la cama, Nikki se pasó un dedo por los labios. La punta de su lengua se detuvo sobre sus dientes. Su mirada azul ardiente atravesó mi corazón y mi pene reaccionó.

«Me retiro». Me acomodé las sábanas sobre la cintura.

«¿Qué? No». Sonaba como una niña de cinco años que acaba de dejar caer su helado. No hice nada esta vez. Ni siquiera miré mis cartas.

«Está por toda tu cara, tus ojos. Estás prácticamente a punto de orinarte en los pantalones de la emoción. ¿Qué tienes? ¿Un par?». Alcancé sus cartas y las arrojé al montón. «¿Tercia? ¿Otra vez?».

«Soy muy buena en este juego». Me dirigió una sonrisa.

«No lo eres».

«¿Qué hice mal? Elegí una emoción, como dijiste». Agarró las cartas y las barajó.

Vaya, se dio cuenta de eso rápido. Nikki tenía un don especial para todo lo ilícito.

«El sexo no es una emoción», me reí. «No puedes usar tu actuación de Nikki Swift para ganar al póquer».

«Bueno, ahora me he quedado sin fichas. Dame algunas de las tuyas». Extendió la mano. La agarré de la muñeca y ella hizo un puchero. «Estás acaparando tus fichas. No importa lo que haga, no las entregarás. Dámelas». Sus pezones se asomaban a través de la fina tela de la parte superior de su pijama.

«Cinco fichas por tu blusa». Jalé su tirante.

«¿Qué tal cinco fichas por la ropa interior que arruinaste anoche?». Jaló su brazo, se soltó de mi agarre y me arrebató un puñado de fichas de mi montón.

«Supongo que estaba equivocado. Puedes usar tu actuación de Nikki Swift para ganar al póquer. Me robaste todas mis ganancias».

«¿Qué pensabas que pasaría si te metías en la cama con una ladrona?», me guiñó.

«Por suerte para mí, no hay mucho que puedas robarme». Me recosté en la almohada y exhalé.

«Nunca te robaría», su sonrisa se desvaneció.

«Ah, ¿sí?», arqueé una ceja.

«Bueno, ya sabes, aparte de la única vez que ya te robé».

Me reí. Nikki estaba aquí. Tenía que dejar de preguntarme por qué. Un rubor subió a sus mejillas mientras su mirada vagaba de mis labios a mi pene y de nuevo hacia arriba. Mi sangre bombeaba caliente cuando me miraba así. Con un suspiro, apartó las fichas y las cartas del

camino y me quitó la sábana. El calor estalló desde mi ombligo hasta mi pecho.

«Solo hay una cosa que quiero robarte», ella suspiró.

«Ya me has robado el corazón». Mi mano subió a su pecho. Amasé el montículo firme, jalando su pezón. El círculo rojo oscuro me hizo agua la boca. «¿Qué queda?».

«Quiero todo de ti». Ella se sentó a horcajadas sobre mis piernas.

«También tienes eso, pero si te vas otra vez...». Hice una pausa mientras la observaba deslizar mi erección más allá de sus labios. «Demonios». Miré hacia el techo y vi estrellas.

Dejé que me excitara y acariciara ese punto sensible debajo de mi miembro. Cuando su cabello me hizo cosquillas en el costado, alcancé el mechón rebelde para ponerlo detrás de su oreja y casi me corro. La vista de su rostro, mi pene en su boca, su lengua lamiéndome, era más de lo que podía soportar.

Se soltó con un suave chasquido. Después de estar en el calor de su boca, mi pene se sintió frío, aunque el resto de mi cuerpo estaba en llamas mientras me colocaba un condón. Se sentó a horcajadas sobre mis caderas y observó cómo la penetraba. Incluso si no había regresado a Paradise Creek por mí, aquí y ahora, estaba aquí para mí. Me incorporé y le quité la blusa, juntando sus pechos para poder besar ambos pezones. Podría pasar el resto de mi vida así con Nikki, jugando al póquer en la cama y teniendo sexo. Con ella a mi lado, el dolor de todos esos años no existía. Era como si nunca hubiera perdido a mi familia. Como si nunca la hubiera perdido a ella.

Pasé una mano por su cuello y enterré mis dedos en su cabello mientras ella hacía magia con sus caderas. Nuestras lenguas chocaron y me perdí en ella otra vez. Al igual que ese verano en la mansión, éramos los únicos en el jardín, en el mundo.

«Henry». Se apretó a mi alrededor, como lo había hecho la noche anterior. Estaba lista para correrse.

«Estoy aquí, nena. No voy a ninguna parte». Agarré su cintura y la giré boca arriba, embistiendo dentro de ella con todo el deseo que sentía por ella.

El sexo con Nikki no se parecía a nada que hubiera experimentado antes. Clavó sus uñas en mi muslo, encontrándose con mis caderas, ofreciéndome todo lo que tenía. Y allí estaba otra vez. Caí en espiral con ella con mi pene duro como una roca. Una explosión justo debajo de mi ombligo se extendió hasta mis dedos de los pies, todo éxtasis con un ligero golpe de dolor.

«Oh, mierda». Besé su sien.

Ella me llamó de nuevo mientras sus labios temblaban contra mi hombro. Nunca había visto a nadie tan hermosa como Nikki, y ella era mía.

«Deberíamos hacer esto todo el día», dijo sin aliento.

«Estoy de acuerdo».

Y entonces sonó mi teléfono. Si era Russ, estaría despedido.

«Deberías atenderlo». Ella gimió contra mi pecho.

Alcancé la mesilla de noche, con Nikki besándome el hombro y frotando sus manos por todo mi cuerpo, y agarré el teléfono. Sí, podría acostumbrarme a esto.

«¿Qué pasa?». Ella salió de debajo de mí.

Le mostré la pantalla. Un mensaje del Sr. Paredes, el gerente del banco.

Sr. Paredes: Recibí tu mensaje. ¿Qué te parece el mediodía?

Hoy temprano, Nikki me había mostrado el frasco de medicina que tomó del baño de mamá. Dentro, encontramos una llave que ambos acordamos que debía ser la llave de una caja de seguridad. No teníamos forma de saber si era para abrir una caja del banco local, pero valía la pena intentarlo.

«Parece que tenemos una cita en el banco», dije.

«Dios, espero que Tessa haya usado el banco local. Phoenix es un pajar realmente grande». Saltó de la cama, completamente desnuda, y se pavoneó hacia el baño. «Dame treinta minutos». Cerró la puerta y luego volvió a salir de inmediato. «Voy a usar mi baño. ¿Quién usa champú de marca libre de tienda?».

«Soy pobre, ¿recuerdas?». Me levanté de la cama, la encontré en la puerta y la besé. «¿Cuánto tiempo pasará antes de que entiendas por completo que no tengo nada que ofrecerte?».

«Es solo champú, Henry». Me empujó fuera del camino y salió de la habitación.

Me apoyé en la pared. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que Nikki se diera cuenta de que no era solo champú? Después de que sus padres murieran, ella y Lisa tuvieron que arreglárselas con casi nada, pero hacía mucho tiempo que ella había dejado atrás a esa chica. No podía arrastrarla conmigo, de vuelta a ese lugar del que había luchado tanto por salir. La sensación de vacío en mi pecho me golpeó de nuevo. Después de la noche anterior y la mayor parte de esta mañana, no había forma de que pudiera dejarla ir. Consideré unirme a Nikki en su ducha, pero al final, caminé con dificultad hasta el baño para bañarme con mi champú de marca libre de la tienda. No podíamos faltar a nuestra cita en el banco. Quince minutos después, estaba vestido y listo para salir. Al encaminarme, vi el esmoquin que había usado la noche anterior sobre la cómoda. El esmoquin de mi padre me quedaba apretado alrededor del pecho, pero cumplía su función. Con todo lo que pasó después de la fiesta, me había olvidado por completo del sobre de mamá. Lo saqué de la chaqueta de papá y lo abrí. Se me hundió el estómago, mientras la sangre abandonaba mi rostro y mis manos. Otra nota de mamá, dirigida a mí:

Henry:

Tu tío solo tenía una copia del testamento de tu papá de antes de que nacieras. Este es el testamento que tu papá firmó y que tenía la intención de que se usara. Lo guardé a buen recaudo para ti después de que tu tío te enviara lejos.

Te amaré siempre, mamá

Esta versión del testamento de papá era lo que esperaba. Yo era su único beneficiario y estaba fechoado poco después de mi nacimiento. El testamento que tenía mi tío estaba fechoado años antes de que papá y mamá se casaran. Jonathan había afirmado que papá simplemente se había olvidado de actualizarlo y le había contado al pueblo una historia triste sobre cómo nunca nos dejaría a mamá y a mí en la calle para que nos las arregláramos por nosotros mismos. El imbécil pagó mi educación, solo porque mi fondo universitario no era parte de la fortuna familiar y mamá era la dueña.

Con el corazón latiendo en mi garganta, me senté en el borde de la cama. Todo esto seguía siendo mío. ¿Era por eso que Jonathan me había mantenido alejado de mamá todo este tiempo? ¿Porque tenía miedo de que me dijera la verdad? Tenía que andar con cuidado. Cuando se enteró de que buscaba a mamá, envió a alguien para que me diera una paliza. ¿Qué haría si se enteraba de que sabía la verdad y que tenía una forma de recuperar mi fortuna? ¿Matarme como hizo con papá?

Se me puso la piel de gallina al pensar en todo lo que mi tío había hecho por avaricia. Me levanté de un salto, metí el testamento en el bolsillo interior de la chaqueta y la colgué en el armario. Ya tenía pruebas de que Jonathan me había robado. Sin duda, mamá había dejado algo en esa caja de seguridad que demostraba que también había matado a su propio hermano.

Cuando llegué a la gran escalera, me detuve en seco. La Gran Muralla había desaparecido. No pude evitar sonreír ante las payasadas de Nikki. Ella era la ladrona que llevaba todas sus emociones a flor de piel. Me senté en la barra del vestíbulo y la esperé, aunque ya había pasado

la media hora que había dicho que le llevaría estar lista. Me estiré por encima de la barra, cogí una cerveza de la nevera y me quedé paralizado. El perfume de Nikki inundó la habitación y todo mi cuerpo se puso firme. Me giré para mirarla. Deberíamos habernos quedado en la cama. Se me secó la boca al verla con ese vestido blanco ajustado y todo ese pelo sobre hombros definidos. Me sonrió y sacudió la cabeza, como si pudiera leer mis pensamientos. Miré mi reloj. La había estado esperando durante casi una hora. Jesús, había valido la pena la espera.

«Te ves increíble», la alcancé al pie de las escaleras.

«Me encanta ir al banco», entrelazó sus brazos alrededor de mi cuello.

«No». Agarré sus muñecas y las llevé a mi pecho. «Por favor. No más trucos de Nikki Swift. Esto no es una estafa. El señor Paredes era amigo de papá. Lo haremos a mi manera». Solté sus manos y crucé los brazos sobre mi pecho.

«A tu manera lleva demasiado tiempo», hizo pucheros.

«No pareció importarte anoche». La agarré por la cintura y la atraje hacia mí.

«Me metí de lleno en esa, ¿no?», ella miró hacia arriba.

«En cierto modo sí». Me reí.

«Bien. Pero no pienses ni por un segundo que esto no es una estafa. Vamos al banco con una llave robada para abrir una caja que no es nuestra». Se dirigió a la puerta. «Esto es una estafa».

La seguí fuera del hotel con los ojos puestos en su trasero. Iba a un banco con una llave robada y una mujer increíblemente hermosa con un don para el robo. Sí, esta era mi primera estafa.

«¿Qué pasa con el bolso enorme? Tampoco vamos a robar el banco». Le abrí la puerta del auto.

«Combina con el vestido». Me dirigió una sonrisa inocente.

Sacudí la cabeza, cerré la puerta y caminé hacia el lado del conductor.

«Entonces, ¿cuál es el plan?», preguntó Nikki cuando salí de la acera. «Estoy pensando en algo simple. La seguridad es mínima, por no decir inexistente».

«Bueno, estaba pensando que podríamos hablar con el Sr. Paredes y preguntarle, muy amablemente, si podríamos tener acceso a la caja de seguridad de mi mamá». Conduje los cinco kilómetros por la calle principal y luego entré al estacionamiento del banco. Cuando ella no respondió, apagué el motor y moví mi cuerpo para mirarla. «¿Estamos de acuerdo en esto?».

«Bien». Puso los ojos en blanco. «¿Podemos ir ahora?».

Salió de la camioneta y se dirigió a la puerta principal.

«Henry», tan pronto como entramos nos saludó Bill, el guardia de seguridad. «¿Has venido para ver al señor Paredes?».

«Sí. Me está esperando», le di una palmadita en el hombro.

«Pasa». Sonrió, inclinando la cabeza hacia Nikki.

Para el ojo inexperto, ella era puro pelo y vestido ajustado. Pero me di cuenta de que ya lo había identificado como un blanco fácil. Sacudí la cabeza, frotando la barba incipiente de mi rostro. La vida con Nikki nunca sería aburrida. De la noche a la mañana, ella había disuelto mi miedo de pasar el resto de mis días solo.

Me tomó del brazo, sonriendo. «Tu manera es tan civilizada. Me gusta. Incluso tenemos una cita».

«Henry. Srita. Swift». El señor Paredes nos recibió en el vestíbulo y nos hizo pasar a su oficina.

Con sus ojos en Nikki, nos hizo un gesto para que nos sentáramos. Tomé el asiento que me ofreció mientras Nikki deslizaba su mano alrededor del hueco de su codo.

«Su oficina es increíble. Mire esa vista. Desde aquí puedo ver nuestro hotel». Nikki no podía aceptar un no por respuesta. ¿Qué demonios estaba tramando?

«Lo siento». Se apoyó en su pecho para apoyarse. «Ustedes, caballeros, tienen negocios y aquí estoy yo, parlotando, quitándoles el tiempo».

Las orejas del señor Paredes se pusieron rojas. «Para nada. Ya sabe, estoy aquí tanto que a veces me olvido de contemplar la vista».

Me recliné en mi silla. Jesús, era patético. ¿Cómo no podía ver que todo era una actuación? No tenía tiempo para los juegos de Nikki.

«¿Pudiste averiguar si estoy en la lista autorizada de la caja de seguridad de mamá?». Genial. Olvidé decir “por favor”.

«Henry, odio seguir dándote malas noticias. Pero no lo estás». Se sentó en su silla mientras Nikki deambulaba por la oficina.

Cuando regresó al escritorio, apartó algunos papeles para poder ver una fotografía enmarcada de su familia. Le sonrió con cariño y el señor Paredes se irguió un poco más.

«Cariño, Henry. Te dije que era desagradable poner al señor Paredes en una posición tan incómoda». Se volvió hacia él. «Muchas gracias por su tiempo. Su vista es realmente espectacular».

El señor Paredes murmuró algunas disculpas más mientras Nikki me acompañaba afuera y cerraba la puerta detrás de ella. Me arrastró por el pasillo hacia la izquierda de los cajeros y me llevó al baño de mujeres.

«¿Qué diablos, Nikki?», susurré.

«Ese fue un callejón sin salida. Primera regla de la estafa: saber cuándo reducir las pérdidas. Seguir adelante rápidamente».

«¿Hay reglas para robar?». Puse ambas manos en mis caderas.

«Sí. Segunda regla de la estafa: improvisar para salvar la estafa». Me dirigió una sonrisa sexy, balanceando una llave frente a mí. «La caja de seguridad requiere dos llaves. La llave de tu mamá y la llave del Sr. Paredes. Ahora tenemos ambas. Todo lo que tenemos que hacer es ir a la parte de atrás donde guardan las cajas». Se encogió de hombros. «Sencillo».

«¿La parte de atrás? Te refieres a la bóveda. No. No vamos a hacer eso». Me crucé de brazos.

Ella hizo lo mismo, de pie y luciendo tan jodidamente sexy. «Sabes, te ves muy sexy cuando haces eso. Brazos abultados, mirada ceñuda». Se lamió los labios y deslizó sus brazos alrededor de mi cintura.

Ahuequé su rostro. Como de costumbre, mi pene reaccionó a su toque. Quería ir a casa. Quería que se quitara ese vestido. «Lo digo en serio, Nikki. Si nos atrapan y mi tío se entera, nos matará a los dos. Sabes que no exagero».

Jonathan era capaz de cosas horribles. Robarle a una niña de once años no era lo peor que había hecho en su vida. Ahora lo sabía.

«Y no lo hará. El señor Paredes dijo que no, y aceptamos su respuesta con gracia. Como los niños idiotas que tu tío cree que somos».

«Tengo la llave de mamá. Y digo que no».

«Te voy a dar un minuto, cariño». Ella sonrió, dándose golpecitos con los dedos en el hueso de la cadera, con una ceja levantada.

No me había dado cuenta de que estaba tramando algo. Estaba mejorando en fanfarronear. O tal vez yo era solo otro pobre tonto en sus manos, como todos los demás. Revisé el bolsillo trasero de mis jeans. Mi billetera había desaparecido, y también la llave de mamá.

«Tienes las dos llaves». Parpadeé lentamente.

«Voy a entrar. ¿Vienes?». Ella extendió la mano hacia la puerta del baño.

CAPÍTULO 17

Segunda regla de la estafa

NIKKI

«Nikki, esto no es un juego», Henry me presionó contra la puerta del baño.

«Lo sé», lo empujé. «La audiencia de Lisa es mañana, y puede que se quede o no otros quince años en ese infierno. Esto no es un juego. Es el resto de la vida de mi hermana».

Con una mueca de dolor, acunó mi nuca y me sostuvo contra su pecho con sus labios presionados contra mi sien. «Lo siento. ¿De verdad crees que esta caja tiene la respuesta que hemos estado buscando?».

«Sí», asentí.

«¿Qué te hizo buscar la llave en el baño de mamá? ¿Recordaste algo?». Con el ceño fruncido, ladeó la cabeza y colocó un dedo debajo de mi barbilla.

«En realidad, no. Solo pensé que, si ella tenía un fondo de emergencia, tal vez también tenía algún tipo de póliza de seguro allí». Lo miré a los ojos y se me apretó el pecho. El dolor en sus ojos me dolía más de lo que creía posible. «Si tu tío mató a tu padre, hay una razón por la que no fue por ti y tu madre. ¿No crees?».

Él asintió. «¿Cuál es tu plan? Soy un idiota. Debería haberte preguntado eso desde el principio. Solo que no quiero que salgas lastimada por mi culpa».

«Ya estoy hasta las rodillas, Henry. Y eso no tiene nada que ver contigo. Bueno, tal vez un poco». Le di una débil sonrisa. «La vida de Lisa depende de ello».

Presionó sus labios contra los míos y mis piernas se debilitaron. Una punzada silenciosa se extendió hasta mi núcleo. Como sucedía cada vez que nos tocábamos.

«No más de esto. Necesito concentrarme». Lo empujé.

«Esa es probablemente una buena idea». Dejó escapar un suspiro.

Mi reloj sonó. Era la hora. «Está bien. El Sr. Paredes se va a almorzar ahora mismo».

«¿Cómo lo sabes?», me preguntó.

«Estaba en su calendario de escritorio. *Almorzar con la esposa*. Necesitamos asegurarnos de que su llave sea encontrada antes de que regrese de su cita. No puede saber que accedimos a la caja de Tessa. Quién sabe a quién tiene tu tío en el bolsillo».

«Espera. ¿No necesitamos una credencial para entrar en la bóveda?», preguntó.

«Cierto». Caminé de un lado a otro del baño. «¿Qué hay del guardia de seguridad? ¿Tendría acceso?».

«Lo dudo». Sacudió la cabeza. «Si le quitaste una llave al Sr. Paredes, ¿por qué no su credencial?».

«No la llevaba encima». Me encogí de hombros. Esperaba tener algo que mostrarle a Lisa mañana, algo que le diera un poco de esperanza. «Tendremos que volver otro día. No podemos

hacer mucho sin una credencial».

«Volvamos a su oficina. Estoy seguro de que la dejó allí». Colocó ambas manos en sus caderas, sus largos dedos golpeaban el bolsillo de sus jeans.

«Yo también estoy segura. Pero no podemos atravesar un vestíbulo lleno de empleados y colarnos en su oficina. Todo el mundo nos vería. No. Tenemos que planear un robo adecuado».

«Está bien. Pero ¿qué pasará con su llave?». Relajó su postura, frotándose la mandíbula.

«La dejaré en algún lugar donde Bill pueda encontrarla. Volveremos con un plan mejor».

Abrí la puerta del baño y salí. Cuando confirmé que el pasillo estaba vacío, silbé rápidamente y en voz baja para Henry.

«Pensé que tendríamos respuestas hoy». La decepción en sus ojos era como una estaca en el corazón.

Entonces, como si este día no pudiera empeorar, Emma Kate Michaels dobló la esquina y se dirigió hacia nosotros, o al baño. Emma Kate, la chica con tres nombres de pila, la que en la escuela primaria había decidido que se casaría con Henry. Por supuesto, la ciudad estuvo de acuerdo. No había una mejor pareja. Tenía dinero y todos la adoraban.

Su rostro se iluminó y sus mejillas se sonrojaron cuando vio a Henry. Sí, ella todavía sentía algo por él. Vestía un traje pantalón, con la barbilla levantada de una manera que decía que era alguien en este lugar. ¿Realmente trabajaba en el banco? Tal vez tenía acceso a la bóveda. Todavía podríamos irnos a casa con respuestas hoy.

«Henry, tu turno». Puse mi mano en su trasero y lo empujé frente a mí.

«¿Qué?». Se volvió hacia mí.

«Detenla».

«¿Por qué?».

«Segunda regla de la estafa».

Henry me miró con el ceño fruncido.

«Improvisa para salvar la estafa», dije en voz baja, parándome a su lado, pero no demasiado cerca.

Como si yo viviera y respirara. Emma Kate corrió el resto del camino para encontrarse con nosotros, o para encontrarse con Henry. El rojo de sus mejillas se había extendido hasta su pecho. «Realmente eres tú, Henry». Lo abrazó, frotando su hombro y bíceps. «Soy Emma Kate». Se señaló a sí misma mientras sus palmas empujaban ligeramente sus pechos hacia arriba.

Ignoré el lento ardor en mi vientre y volví mi atención a Henry.

Él frunció los labios. «Por supuesto. ¿Cómo estás? Vaya, han pasado...».

«Diez años», dijo. «Escuché que habías vuelto a la ciudad. Me preguntaba cuándo podría verte. No puedo creer que te extrañé la última vez que estuviste aquí».

Mi mirada se detuvo en la brillante insignia prendida en el bolsillo de su chaqueta. Vamos, Henry. ¿De verdad no había hecho clic todavía? Emma Kate era nuestra manera de entrar.

«¿Trabajas aquí?», él le dirigió una sonrisa.

«Sí». Emma Kate se levantó un poco y le dio un encogimiento de hombros. «Soy la subgerente».

«Eso es impresionante», dijo Henry, pero no se movió. Sostuvo mi mirada por un instante y finalmente hizo clic. «Felicitaciones». Extendió sus brazos y la abrazó.

Me aparté y dejé que Emma Kate tuviera su momento. Ella se derritió en su abrazo, apretando sus piernas juntas. Chica, no podrías saber ni la mitad. Una imagen de Henry acurrucado entre mis piernas destelló en mi mente. Mordí el interior de mi labio para mantenerme concentrada en la tarea en cuestión.

«Gracias, Henry». Sus manos subieron y bajaron por sus abdominales antes de deslizarlas alrededor de su cintura.

¿Lo estaba oliendo?

Un poco más fuerte, articulé con la boca.

Henry miró hacia arriba, pero hizo lo que le pedí.

Levanté su placa y la metí en la parte trasera de los pantalones de Henry.

«Soy Nikki Swift, por cierto». Le lancé a Henry una mirada significativa y él la soltó. Emma Kate se tambaleó hacia atrás un par de pasos, ajustándose la chaqueta antes de ofrecerme su mano. «Oh. Un placer conocerte».

«Créeme. El placer es todo mío», dije.

A mi lado, Henry negó con la cabeza una vez. Teníamos lo que necesitábamos. Emma Kate podía ir a fantasear con Henry a otro lado.

«Por favor. No dejes que te retengamos. Estoy segura de que estás ocupada. Ya sabes, con el gran trabajo y todo eso».

«Sí. Tengo reuniones consecutivas». Se volvió hacia Henry, tal vez esperando que se impresionara y la abrazara de nuevo. «Fue realmente bueno verte, Henry. Deberíamos tomar un café pronto».

«Lo mismo digo», dijo, «un café suena genial».

Emma Kate se dio la vuelta lentamente para irse. La miré de espaldas mientras caminaba pavoneándose hacia el baño y la puerta se cerraba detrás de ella.

«Estamos dentro». Pasé el brazo por detrás de Henry y agarré la placa de Emma Kate.

«Vamos». Él me agarró la mano

Corrimos hasta el final del pasillo, pasando los baños, hasta que llegamos a la puerta que decía “Solo personal autorizado”. Presioné la credencial en el escáner y la puerta se abrió con un clic.

«No puedo creer que me hayas hecho hacer ese truco». Cerró la puerta detrás de él y se pasó una mano por el cabello.

«Oh, por favor, te encantó».

Me atrajo hacia él y mordisqueó detrás de mi oreja. «¿Escucho un dejo de celos en tu voz? Me gusta». Su tono era miel mezclado con una promesa de sexo más tarde.

«Ni de cerca». Me alisé el vestido y le fruncí el ceño.

Él era mío. No importaba lo que este pueblo pensara de mí o de Henry. Él era mío. Emma Kate y su elegante trabajo podían ir a freír plátanos. Dejé mi bolso en la mesa de acero atornillada al piso en el medio de la bóveda y saqué dos pares de guantes de látex.

«Por supuesto que trajiste guantes». Tomó un par de mí y se los puso.

«Una vieja costumbre. Aunque dudo que Bill, el de seguridad, sepa cómo limpiar una habitación en busca de huellas dactilares». Saqué las dos llaves de dentro de mi sujetador y le di una. «La llave tiene un dos. Supongo que ese es el número de la caja». Él asintió, mirándola. Cientos de cajas de bronce se alineaban en las paredes de la habitación. Su madre tenía la ranura número dos. Esta tenía que ser una caja familiar, una que los Cavalier habían comprado hace mucho tiempo.

«Solo hay una forma de averiguarlo». Puso la llave maestra en la cerradura. Hice lo mismo y giré el pestillo cuando asintió. La pequeña puerta se abrió. Di un paso atrás y le hice un gesto para que siguiera adelante y mirara. No tenía derecho, todo esto le pertenecía. Tomó la caja de metal, la colocó sobre la mesa y abrió la tapa. Frunciendo los labios, golpeó el mostrador con la palma de la mano.

«¿Qué hay en la caja?». Me quedé paralizada cuando la deslizó hacia mí. No, no esperaba un álbum de recortes con pruebas detalladas de cómo Jonathan había matado al padre de Henry. Pero esperaba algo, tal vez la pequeña estatua de bronce que el asesino había usado para abrirle la cabeza a James Cavalier. O algo que encerrara a ese pervertido durante mucho tiempo, por robarle a Henry, por robarle la vida a mi hermana y a mí.

En cambio, encontramos más dinero, joyas y tres sobres manila. «No tenemos tiempo para esto». Agarré mi bolso y vacié todo el contenido en él.

«El bolso enorme que combina con tu vestido, ¿eh?», preguntó Henry.

«También es útil si estás robando un banco». Le guiñé un ojo. «Devuélvela y salgamos de aquí».

Agarró la caja, la metió de nuevo en su ranura y sacó las llaves. «Mi corazón late fuerte en mi cabeza y no de una buena manera». Forzó una exhalación. «¿Cómo estás tan tranquila?».

«No lo sé». Le sonreí y tragué el nudo que tenía en la garganta. Si nos pillaban, su tío se enteraría de que sabíamos de él y Lisa perdería su única oportunidad de demostrar su inocencia. Teníamos todo que perder, pero decirle eso a Henry no ayudaría. «Vámonos».

Abrí la puerta de un empujón y miré por la rendija hacia un pasillo vacío. Si no tenía nada, al menos tenía esto: suerte. Salí y arrastré a Henry conmigo. Exhalé y me agarré del codo mientras corría por el pasillo.

«Más despacio. No tenemos nada que ocultar». Liberé mi brazo y entonces lo vi. Una pequeña cámara sobre la puerta de la bóveda. Demasiada suerte.

«Tienes razón». Ajustó el ritmo.

«Espera aquí». Con el corazón acelerado, me alejé de su lado y fui al baño.

Teníamos más posibilidades de salir de aquí sin fastidiar si Henry no sabía que había imágenes de nosotros entrando en la bóveda. Mierda. ¿Cómo me lo había perdido? Cerré la puerta detrás de mí y me apoyé en ella, jadeando en busca de aire.

El bombeo en mi pecho se sentía como cañones disparando, lleno de advertencia y pánico. En todas las veces que había hecho trabajos como este, nunca había tenido nada que perder. Nada de valor real, como la vida de Henry o la libertad de Lisa. Había estado sola durante tanto tiempo que había olvidado lo que era preocuparse por alguien más que yo. Exhalé, respiré profundamente y exhalé de nuevo. Repetí el ejercicio hasta que mis nervios se calmaron. Este no era el momento de perder la cabeza.

Presioné una palma fría y húmeda en mi frente. Tranquilízate. Mañana llamaría a Dom. Podríamos resolver esto. Este era un banco pequeño en un pueblo pequeño. Su seguridad no podía ser tan sofisticada. Era un plan totalmente a medias, pero tendría que funcionar. Por ahora, sacar a Henry de allí era mi única prioridad.

Después de limpiar mis huellas y el sudor de la placa de Emma Kate, la dejé cerca del bote de basura. Tan pronto como se diera cuenta de que había desaparecido, ese sería el primer lugar en el que buscaría. Ahora solo teníamos que deshacernos de la llave maestra. Le di una buena pasada y me encontré con Henry fuera de la puerta.

«Espera, ve a hablar otra vez con Bill».

Bill estaba de pie junto a la entrada, y nuestra única salida. Una gran sonrisa se extendió por su rostro cuando vio a Henry de nuevo. «Vi al Sr. Paredes irse hace un rato. Me preguntaba dónde te habías metido».

Dejé caer la llave en mi zapato y la coloqué en el borde de la alfombra cerca de la puerta. Cuando Bill se volvió hacia mí, puse mi mano temblorosa en la espalda de Henry y presioné mis pechos contra su costado. Bill, siendo el hombre decente que era, volvió su mirada hacia Henry.

«El baño de mujeres», dije.

«Nos vemos más tarde». Henry estrechó la mano de Bill.

«Asegúrate de mantener a este fuera de problemas», me dijo Bill.

«Haré lo mejor que pueda». Sonreí, mirando a Henry con alegría.

Algo brilló en sus ojos oscuros. ¿Estaba enojado conmigo? Tomó mi mano y salimos del edificio.

«Nunca volveremos a hacer eso». Su voz sonaba tensa.

Definitivamente estaba enojado conmigo.

Subimos a mi auto y me relajé contra el asiento del pasajero. Deseé poder decirle que nunca volveríamos a hacer eso. Pero la verdad era que lo haría mil veces más si eso significaba recuperar a mi familia. Dos calles más allá, giró a la derecha y frenó de golpe cuando llegamos al hotel. Prácticamente saltó del auto, como si no pudiera soportar estar cerca de mí. Lo seguí adentro y dejé mi bolso junto a la puerta mientras subía las escaleras. Si estaba enojado, tendría que superarlo.

Cerró la puerta de golpe detrás de nosotros y giró el pestillo. Me giré para mirarlo de frente. En dos zancadas, me alcanzó en el medio del vestíbulo, me agarró por la cintura y me hizo retroceder hacia el sofá de terciopelo, donde me sujetó con su cuerpo. Nunca lo había visto así, con el ceño fruncido, los ojos húmedos y las mejillas sonrojadas.

Esto no era ira. Lo había visto enojado antes. El día que convencí a su capataz para que me dejara entrar al sitio de construcción, eso había sido ira. Esto era algo más. Suspiré y tragué saliva. ¿Había algo en él que no me excitara? Examinó mi rostro mientras tocaba mis labios con sus dedos, instándolos a abrirse para él.

«Nikki... tú...». Cubrió mi boca con sus labios, su lengua decidida a saborearme por completo.

Le devolví el beso. El deseo se acumuló entre mis piernas cuando presionó su erección contra mí. Lo deseaba. Me estiré hacia atrás para abrir la cremallera, pero él me agarró las muñecas y me dio la vuelta.

«Déjame puesto», susurró en mi sien, mientras deslizaba su mano dentro de la parte superior de mi vestido, apretando y jalando con urgencia.

Me convertí en un charco de deseo a sus pies. Empujó mi cabello hacia un lado, besando mi mejilla y ese punto suave detrás de mi oreja. Su toque ardiente hizo que mi piel se calentara y hormigueara.

«Henry. Ahora».

Usando el respaldo del sofá como apoyo, me incliné hacia adelante. Me subió el vestido sobre el trasero y dejó que mis bragas cayeran al suelo. Un cálido resplandor me recorrió cuando sus manos me dejaron para agarrar un condón del bolsillo trasero de sus jeans. No había estado enojado conmigo. Había estado preocupado. La idea de que a este hombre le importara lo que me pasara me envió una oleada de calor. Henry me amaba tanto como yo lo amaba a él.

Su camiseta cayó al suelo junto a mí. Tenía muchas ganas de tocarlo, pero cuando lo intenté, sus manos volvieron a mí y me amasaron las caderas antes de penetrarme por detrás. Todo lo demás se desvaneció. Me rodeó con sus brazos y me penetró, golpeando mi punto G de frente, compensando el miedo que había sentido en el banco y borrando por un momento todo lo malo de nuestras vidas.

«Maldita sea, Nikki. Te sientes tan bien», susurró contra mi mejilla. Su corazón latía contra mi espalda. ¿O era mi propio latido?

Deslizó su mano hacia abajo, dibujando amplios círculos alrededor de mi entrada. Sus

hábilis dedos acariciaron la parte interior de mi muslo y debajo de mi ombligo. Con cada pasada, se acercaba a mi clitoris, el lugar donde más lo necesitaba. Bajó la cremallera de la parte superior de mi vestido, lo suficiente para liberar mis pechos sobre el encaje de mi sujetador. Amasó ambos montículos con urgencia. Pero no hizo nada para calmar la creciente necesidad entre mis piernas. Me agarré del respaldo del sofá y bajé la cabeza cuando su mano derecha se coló de nuevo más allá de la línea de mi braguita. Sus dedos separaron mis labios exteriores y luego se detuvo.

«Henry, térmalo». Me incliné sobre él.

Él ahuecó mi rostro y besó la comisura de mi boca. «Prométeme que nunca te pondrás en riesgo como lo hiciste hoy. Ni por mí. Ni por nadie».

«¿Qué?».

«Prométemelo». Su dedo índice golpeó suavemente mi capullo.

El dolor se intensificó, tan fuerte que quería gritar. Pero en lugar de eso, apreté mis piernas juntas. Él movió su brazo entre mis muslos y me hizo abrirme más.

«Prométemelo». Sus dientes rozaron mi hombro desnudo. La piel de gallina se estremeció por mi espalda con cada beso que me daba en el costado de la cara. «Dilo».

«Lo prometo. Necesito correrme», gemí.

«Sé que lo necesitas. Solo recuerda que lo prometiste». Me palmeó mientras calmaba mis pezones con su mano libre y bombeaba rápidamente dentro de mí, finalmente dándome lo que necesitaba.

Alcancé el clímax en un minuto. El orgasmo fue tan intenso como el deseo doloroso que me hizo sentir. Me sacudió hasta la médula y me dejó sin aliento, jadeando. Las palabras salieron a borbotones de mí. Dijera lo que dijera, Henry murmuraba que estaba de acuerdo, abrazándome fuerte mientras encontraba su propia liberación.

CAPÍTULO 18

Su próxima estafa

HENRY

Me tomó otro minuto recuperar el aliento mientras Nikki se aferraba al sofá con mi pene todavía dentro de ella. Jadeando, besé su hombro desnudo antes de retirarme e ir al baño del vestíbulo para tirar el condón y limpiarme. Cuando volví, se había bajado el vestido y se lo había subido, pero se quedó donde la había dejado.

Me acerqué por detrás y puse mis manos en sus caderas. Dios, se veía sexy con ese vestido. Se dio la vuelta y me dio una bofetada en la cara. ¿Qué carajo? No era la respuesta que esperaba, dado que solo unos minutos antes me había dicho que me amaba.

«¿Por qué fue eso?», me froté la mejilla.

«Eso fue un movimiento idiota. Literalmente». Sus mejillas se sonrojaron de un rojo brillante.

«Una promesa es una promesa». Alargué la mano para tomarla, pero ella la apartó. «Nikki, acabo de recuperarte. La idea de perderte de nuevo, me hace dejar de respirar».

«¿Entonces vas a manipularme con sexo?».

«No te hice hacer nada que no quisieras. Podrías haberme detenido en cualquier momento». Para demostrar mi punto, presioné mi palma debajo de su ombligo y la deslicé hacia abajo. Ella estaba tan mojada por mí. Acaricié su cuello. «Admítelo, eso fue lo mejor que has tenido».

Me dio uno de sus gemidos sexys, tan familiares ahora, tan íntimos. Cuando se recuperó, me miró a los ojos. «Todos los orgasmos del mundo no pueden hacerme olvidar por qué estoy aquí. No pararé hasta...».

«Lisa», reprimí una sonrisa.

«Me sé el nombre de mi propia hermana», me dio una palmada en la mano.

«Hiciste una pausa. Pensé...».

«Vete a la mierda». Me apartó de ella y subió las escaleras pisando fuerte.

Era tan malditamente terca. Me senté en el sofá, me recliné y cerré los ojos. Cuando se trataba de Nikki, no podía pensar con claridad. Quería que fuera feliz. Quería mantenerla a salvo, pero en lo que a Nikki se refería, no podía tener una cosa sin sacrificar la otra.

Miré mi reloj; eran las tres de la tarde. Lo suficientemente bien para mí. Me dirigí a la heladera detrás de la barra para tomar una cerveza. Después de un par de tragos largos, vi el bolso de Nikki junto a la puerta. Dejé la botella en el mostrador y fui a recoger la bolsa.

Cuando vacié todo el contenido en la mesa de café, el teléfono de Nikki saltó a la parte superior, seguido de las carpetas manila, fajos de dinero y las joyas de mamá. Tenía cerca de medio millón de dólares en efectivo. ¿Por qué guardaba esto en su caja de seguridad personal? Todo sobre las acciones de mamá parecía paradójico en el mejor de los casos. ¿Había matado a

papá? ¿Era por eso que Jonathan la tenía prisionera? ¿Pero por qué la había invitado a cenar como si fueran viejos amigos? ¿Era todo una artimaña para despistarme?

«¿Qué estás haciendo?», Nikki se adelantó, cerniéndose sobre nuestro botín. Ella estaba en pijama: unos shorts blancos ajustados y una camiseta sin mangas de esa tela tan fina.

«¿Ya no estás enojada conmigo?», pregunté.

Ella esquivó la mesa de café, apoyó los brazos en el respaldo del sofá y dejó que esas largas piernas suyas me montaran a horcajadas. Todavía no me había recuperado de nuestra última ronda, pero, de todos modos, mi pene ya estaba firme. Ella se frotó contra mí y caí hacia atrás, con el pecho palpitando.

«Puedes excitarme como quieras, Henry», sus palabras vibraron dentro de mis pantalones. «Pero eso no me impedirá hacer lo que sea necesario para ayudar a Lisa. Tienes que aceptarlo. Ahora, pórtate lindo y pídenos una pizza. Me muero de hambre». Se dejó caer a mi lado y agarró una carpeta manila de la mesa.

«Lo siento». Me desabroché los jeans.

«Está bien». Se encogió de hombros mientras sus ojos recorrían los papeles que colocó en su regazo.

«Tal vez más tarde puedas atarme y hacer lo que quieras conmigo. ¿Eso nos pondría a mano?». Un hombre podría soñar.

Ella miró mi pecho y luego bajó a mis abdominales. «Tal vez», sonrió.

Me ajusté los pantalones y caminé lentamente hacia la barra para buscar mi teléfono. Llamé a la pizzería de First Street e hice un pedido.

«¿Encontraste algo?», le ofrecí una cerveza.

«No», negó con la cabeza. «Aunque, aquí hay una póliza de seguro de ti con Tessa como beneficiaria».

«¿Y ahora qué?». Tomé la carpeta de sus manos. «¿Mi madre está tratando de matarme para conseguir aún más dinero? Esto es ridículo».

«No saques conclusiones precipitadas». Tomó otra carpeta. «Aquí hay otra póliza de seguro para ella, contigo como beneficiario. Mira todo esto. Esto es prácticamente todo lo que guardo en mi bolso de escape».

«¿Tienes un bolso de escape?».

«Soy una ladrona, Henry». Hizo una pausa para mirarme con sus ojos llenos de significado. «Hoy fue un buen ejemplo de cómo es un día normal para mí». Puso su mano sobre la mía. Tengo que estar preparada para lo que sea que venga. Y estoy cien por ciento segura de que eso es exactamente lo que Tessa ha estado haciendo todos estos años.

«Si es tan inocente, ¿por qué se fue del restaurante con Jonathan? El barman los vio». Quería creer que mamá era inocente. Dolía menos pensar que el hermano de mi padre era el culpable.

Nikki frunció el ceño, mirando la mesa de café como si las respuestas estuvieran escritas en ella. «Recuerdo este collar». Tomó un colgante de zafiro en una cadena de platino y lo dejó colgando de sus dedos. Lo giró varias veces, atrapando la luz con cada giro. «Tessa solía peinarme mientras yo jugaba con sus joyas», se rió, «incluso cuando se suponía que debía estar limpiando su habitación. A ella no le importaba».

Me tragué las lágrimas y bajé la mirada. Nikki creía en mamá. En su mente, no había duda de que mamá era otra de las víctimas de Jonathan. Yo también quería creer eso.

«A ver. Póntelo. Combina con tus ojos». Le quité el collar.

Sonriendo, se apartó de mí y se recogió el pelo. Agarré la cadena y le besé la nuca antes de que dejara que su pelo volviera a caer en su lugar.

«Es más ligero de lo que recuerdo», envolvió la piedra con los dedos.

«Tenías manos más pequeñas entonces».

«Es cierto». Me miró a los ojos.

Un fuerte golpe en la puerta la hizo estremecerse. Sus pupilas se agrandaron, sus ojos en alerta máxima. Sí, Nikki era una ladrona. Y yo ya no era un pobre trabajador de la construcción. ¿Eso cambiaría lo que sentía por mí? Me froté un lado de la cara. Era un idiota por siquiera pensar eso. «Relájate. Probablemente sea el chico de la pizza». Me levanté y miré a través de la cortina. «Son Dom y otras dos personas».

Dejó la carpeta sobre la mesa y se acercó a mí para mirar por la ventana.

«Mierda. Son Derek y Valentina. ¿Por qué están aquí?».

«¿Quiénes son?».

«Derek es el que me dio el dinero para comprar este lugar». Parecía agotada mientras su mirada se movía entre los papeles sobre la mesa y su ropa.

«La mitad», dije por costumbre.

«Cierto», me guiñó el ojo. «Espero que no estén aquí para recuperar su dinero». Se apresuró a volver a la mesa de café, metió todo en su bolso y se lo colgó del hombro. «Mantenlos ocupados. Necesito cambiarme».

«Espera. ¿Él es uno de tus objetivos?».

«Sí, pero ahora somos amigos».

Subió corriendo las escaleras, dando dos pasos a la vez. Me quedé allí mirando sus diminutos pantalones cortos y su trasero bien formado hasta que desapareció en su dormitorio. Genial. Ahora estábamos haciendo de anfitriones de un viejo objetivo. Me puse mi camiseta y abroché mis jeans antes de abrir la puerta.

«¿Están decentes? Les tomó bastante tiempo», dijo Dom. «¿Podemos entrar?».

«Seguro». Dejé que la puerta se abriera de par en par.

Derek y Valentina entraron en el vestíbulo del hotel. La mirada de Valentina se dirigió de la sala de estar ecléctica que Nikki había instalado en el medio del vestíbulo al bar en el extremo opuesto, y finalmente aterrizando en la gran escalera.

«Me encanta. Es tan lindo». Valentina le sonrió a Derek.

Se mantuvo erguida con grandes ojos marrones y cabello oscuro que caía en gruesos rizos por su espalda. Era hermosa y tenía una energía tranquila. Por la mirada en el rostro de Derek y el brazo posesivo que mantenía alrededor de su cintura, solo podía asumir que estaban juntos.

«Gracias», dije. «Tengo planes de renovarlo y, con suerte, abrirlo de nuevo».

«Estamos buscando inversionistas, si estás interesada». Nikki bajó las escaleras con otro de sus vestidos explosivos, esta vez en negro.

El collar de zafiros brillaba sobre la suave piel de su pecho. Ondas rubias caían en cascada sobre sus hombros mientras mantenía sus ardientes ojos azules fijos en mí, invitándome a seguirle el juego. Jesús, no otra estafa. Sacudí la cabeza una vez. De ninguna manera iba a dejar que Nikki le sacara más dinero a este idiota.

«Cariño». Besó la mejilla de Valentina, la de Derek y, finalmente, la de Dom.

Podría mirarla todo el día. Algo en este lado de Nikki me excitaba. También me asustaba muchísimo.

«¿A qué debemos el placer?», le preguntó a Dom.

Él se aclaró la garganta. «Tengo noticias. Vinieron porque Valentina quería verte».

«Primero las buenas noticias», Derek le sonrió a Valentina.

Valentina se mordió el labio, sin duda intimidada por el acto exagerado de Nikki. Nikki se

dio cuenta, leyendo a Valentina de la misma manera que yo. Este era un truco que ambos tuvimos que aprender cuando éramos niños, cuando nos dimos cuenta de que no podíamos confiar en nadie.

«¿Por qué no me acompañas a tomar algo? Dejaremos que los chicos se conozcan». Envolvió su brazo alrededor de la cintura de Valentina y la acompañó hasta la barra.

Valentina se sentó cerca de la ventana, mientras Nikki abría las cortinas para dejar que la luz del sol brillara. Tan pronto como fue detrás de la barra para servir las bebidas, me volví hacia Dom y Derek. «Tengo cerveza».

«Tomaré una», dijo Derek.

«Yo también», Dom asintió.

«Enseguida». Me uní a Nikki detrás de la barra. «¿De dónde salieron?», señalé los dos vasos con una C grabada en los globos.

«Estaban en la parte de atrás. También el vino, que es algo elegante». Me mostró la botella y luego tomó un sorbo de su vaso.

«No más estafas por hoy, Nikki». La agarré del brazo y le susurré al oído.

«Solo estoy siendo amable. Deberías intentarlo tú también». Señaló a Dom con la barbilla y presionó sus labios contra los míos antes de ir a unirse a Valentina.

«Vete a la mierda, Derek. Lo tengo todo bajo control», dijo Dom.

Obviamente, había entrado al final de la conversación. Fingí no haber escuchado nada y les entregué a cada uno una botella de cerveza.

«Salud». Levanté mi bebida y tomé un sorbo. «Dom, quería disculparme por la otra noche. Nos salvaste la vida y fui un idiota contigo. Ni siquiera te agradecí».

«No te preocupes por eso, hombre». Me dio una palmadita en el hombro. «Estaba feliz de ayudarlos».

«Gracias». Asentí una vez. «Te debo una. Llámame cuando quieras».

«Lo recordaré». Me señaló con el dedo índice. «Por cierto, este es Derek Cole».

«Encantado de conocerte», Derek me estrechó la mano.

«Henry Cavalier».

Derek parecía un tipo bastante agradable. Conocer a una de las víctimas de Nikki me resultó extraño. ¿Cómo Nikki lo había estafado con un cuarto de millón de dólares? Obviamente no tenía problemas para conseguir mujeres hermosas. ¿Cómo no lo había visto venir?

«¿Cavalier?». Las cejas de Derek se fruncieron por solo un segundo, lanzando una mirada de reojo hacia Nikki. «Ese Cavalier». Señaló el escudo de mi familia pegado justo sobre la entrada principal.

«Sí». ¿Cómo podía explicar que no era el próximo estafador de Nikki? No era un objetivo.

«Veo que ya no estás en problemas». Dom sonrió.

Me reí. «No conoces ni la mitad». Mi ritmo cardíaco no había vuelto a la normalidad desde el tiempo insoportable que pasamos en el banco y el sexo alucinante que tuvimos detrás del sofá.

«¿Encontraste a tu madre?», preguntó Dom.

«No. Todavía no». Exhalé antes de tomar un largo trago de cerveza.

«Si necesitas algo, házmelo saber. Estos días, Derek no tiene nada emocionante para mí».

«Así es como me gusta». Derek bebió de su cerveza mientras su mirada se centraba en Valentina.

«Bueno, si lo dices en serio, tengo un favor que pedirte», tragué saliva. Se reduciría a esto, tener que confiar en alguien que acababa de conocer. Pero ya no era un niño. Era hora de que me enfrentara a Jonathan.

«Oh, sí». Dom se frotó las manos. «¿Qué tienes?».

«Hace poco encontré el testamento de mi padre. ¿Conoces a alguien que pueda ayudar a impugnar un testamento falso?».

«Déjame adivinar», me miró a los ojos. «Haces un movimiento y tu tío te da otro golpe. Esta vez con un profesional».

Asentí. «Es una carta que aún no puedo jugar. No con mamá desaparecida y Lisa todavía en la cárcel».

«Pero no puedes dejar que el cabrón se quede con lo que es tuyo», Dom tenía un verdadero don para ver el panorama general. Sus ojos se endurecieron con determinación como si pudiera ver, jugada por jugada, lo que sucedería si demandaba a mi tío. «Si me confías esto, puedo echar un vistazo y pensar en un plan».

«Vives para esta mierda, ¿no?», Derek se rió entre dientes, sacudiendo la cabeza.

«Sabes que sí, hombre. No puedo alejarme de una buena pelea». Dom se encogió de hombros.

«Dame un segundo. Voy a buscar los papeles».

Mientras subía las escaleras, miré de reojo por encima del hombro hacia Nikki. Parecía absorta en su conversación con Valentina. Sabía que no debía creer en su actuación. Tarde o temprano, tendría que contarle sobre el testamento. Por ahora, quería disfrutar de este momento con ella, cuando sabía que me quería por lo que era, y no por el dinero de mi familia. Confiar en ella sería más fácil si no estuviera buscando su próxima estafa en cada maldito rincón.

CAPÍTULO 19

Confía en mí. Soy una ladrona

NIKKI

Valentina se sentó frente a mí, con sus grandes e inocentes ojos marrones, labios carnosos y mejillas sonrosadas. Bebió un sorbo de vino y bajó la mirada hacia sus manos. La hice sentir incómoda. Realmente no sabía lo hermosa que era, no entendía cómo o por qué Derek era masilla en sus manos.

«Escuché que te vas a casar. Felicidades», lo dije en su idioma.

Cuando éramos pequeñas, mamá y papá habían pensado que nos confundiría a Lisa y a mí si nos enseñaban dos idiomas al mismo tiempo. Habían elegido inglés en lugar de portugués. Su error había sido asumir que tendrían tiempo para enseñarnos un segundo idioma.

Como resultado, no conocía ni una palabra de portugués, pero cada vez que escuchaba a alguien hablarlo, el agujero en mi pecho se hacía más grande. Aprendí español de mi novio número dos en la universidad. Ese dulce hombre me pagó dos semestres completos antes de que tuviera que romper con él.

«Gracias». Valentina relajó sus hombros y me ofreció una sonrisa genuina. «No estaríamos aquí si no fuera por ti. Por eso quería verte. Te fuiste de Tucson tan de repente. Nunca pude agradecerte».

«No tienes por qué agradecerme». Le di una palmadita en la mano. «Para empezar, yo te metí en ese gran lío. Créeme, nunca quise hacerte daño. Solo necesitaba el dinero. Me alegro de que haya funcionado para ustedes dos».

A mi derecha, Henry subió corriendo las escaleras. Me senté sobre mis manos para no empezar a destrozarse cosas. ¿De qué pudiera confiar en Dom, pero no en mí?

«Sí, seguro que sí», Valentina miró por encima de su hombro y vio a Derek mirándola.

Sonriendo a su bebida, sacudió la cabeza un par de veces. Algo me decía que incluso si no los hubiera ayudado, estos dos habrían encontrado una manera de permanecer juntos.

«Él te ama. Míralo», me reí. «Apenas puede soportar estar tan lejos de ti. Vamos a unirnos a los chicos y acabar con su miseria», le guiñé un ojo.

«Está bien», ella soltó una risa que hizo que Derek se ajustara el cinturón.

Cuando Henry regresó, le dio a Dom una mirada significativa. Dom se encogió de hombros y se volvió hacia mí. «Tenemos que hablar».

«Por favor. Primero termina tu asunto con Henry. Pasó por un gran esfuerzo para encontrar el testamento de su padre». Le di una sonrisa a Henry. «Puedo esperar».

El rostro de Henry se puso en blanco mientras la vena de su sien latía contra su piel. Mordiéndose el labio inferior, sacó el sobre sucio de su bolsillo trasero. Había estado esperando que me contara lo que había encontrado en la habitación de Tessa. Obviamente, no creía que

pudiera confiar en una ladrona.

Anoche en la mansión, lo vi esconder algo cuando salió del túnel. Para despistarlo, corrí a la cama de su madre y, en cambio, logré distraernos a los dos. Tragué saliva, alejando la imagen de Henry entre mis piernas.

«Mamá escondió el original. El testamento que mi tío destruyó y reemplazó por uno anterior era falso», dijo cuando Dom le quitó el papel.

«Le echaré un vistazo y te lo haré saber», Dom me guiñó un ojo y metió los papeles en el bolsillo de su chaqueta.

«Entonces, ¿qué es eso que necesitas decirme?», le pregunté.

Derek se aclaró la garganta y le dio una palmadita en el brazo a Dom. «Te esperaremos en el auto. Fue bueno verte, Nikki». Me sonrió y tomó la mano de Valentina.

«Fue un placer conocerte. Valentina se despidió de Henry con la mano.

«¿Es tan malo?», pregunté cuando Derek cerró la puerta detrás de él. Dom hizo una mueca de dolor.

«Aplazaron la audiencia de libertad condicional de Lisa para hoy. Me enteré una hora antes de que comenzara, casi me la pierdo».

«¿Qué?». La habitación se tambaleó un poco. «¿Por qué?».

«No lo sé. Nos negaron la libertad condicional. Ella tendrá que pasar otros quince años encerrada». Frunció los labios.

Presioné una mano fría sobre mi frente, dejando que mis lágrimas cayeran por mis mejillas. Todo este tiempo había asumido que ella saldría. Probar su inocencia iba a ser la cereza del pastel. Se suponía que ella volvería a casa. Le fallé.

«Lo siento, Nikki. Podemos seguir intentándolo. ¿Pudiste encontrar algo que pueda ayudarla?», preguntó.

«Encontramos una nota que mamá dejó diciendo que sabía que Lisa era inocente. ¿Eso ayudaría?», Henry me rodeó con sus brazos.

Dom se frotó la mandíbula, sacudiendo la cabeza. «Si tu mamá sabe lo que pasó esa noche, su testimonio es lo único que puede ayudar a Lisa. Necesitamos encontrar a tu mamá».

«Esto no es justo. Ella no mató a nadie», tragué saliva. «¿Cómo pueden hacerle esto? ¿Puedo verla?».

Dom asintió. «Sí, llamaré y te enviaré un mensaje de texto. No ha terminado, Nikki. Seguiremos intentándolo, ¿de acuerdo?».

«De acuerdo». Presioné mi mejilla contra el pecho de Henry y dejé que su calor se filtrara por mi cuerpo.

«Estaré en contacto», Dom me apretó el brazo y se fue.

Me quedé de pie en medio del vestíbulo con Henry abrazándome fuerte. «Le fallé. Ella confió en mí con su libertad, y le fallé».

Mis palabras fueron amortiguadas por su camisa, ahora mojada con mis lágrimas. Toda la fuerza se agotó en mí. Ni siquiera podía reunir la energía para estar enojada, enojada con Tessa por no hacer más para salvar a mi hermana, enojada conmigo misma por dejar a Lisa cuando más me necesitaba, simplemente enojada.

«Esto aún no ha terminado. Lisa es inocente. Tiene que haber evidencia de ello en alguna parte». Henry me acompañó hasta el sofá.

Se tumbó en el sofá y me abrazó. «¿Puedes intentar comer?». Sacudí la cabeza y él me acarició el cabello. «Cierra los ojos, entonces».

Lo hice, pero no podía dormir. El día que mataron al padre de Henry se repetía en mi cabeza.

Henry y yo habíamos estado jugando en los túneles. Había un hombre, o la silueta de un hombre, al final del túnel. Se encorvó y entonces vi estrellas brillantes. Henry me presionó contra la pared. ¿Eso era real? ¿De verdad lo había visto?

«Jonathan mató a tu padre, ¿no?». Mi corazón se retorció en mi pecho.

«Creo que sí».

Acerqué las rodillas, mientras apoyaba la cabeza en el hueco de su cuello y hombro.

Su manzana de Adán se movió y sus músculos se tensaron. «También he considerado la posibilidad de que mamá matara a papá».

Su voz tembló. Había visto la duda en sus ojos antes, en la mansión y cuando hablamos con el barman. Pero esta era la primera vez que realmente decía esas palabras.

«No fue ella». Besé la barba incipiente a lo largo de su mandíbula.

«¿Cómo lo sabes?».

«Simplemente lo sé. Ella amaba tanto a tu papá. Podía verlo en sus ojos. Ella lo adoraba». Presioné mis labios contra su mejilla.

Inhaló y exhaló. «Duerme», susurró, plantando pequeños besos en el costado de mi cara. Me fundí con él y me relajé por completo mientras me quedaba dormida.

Estaba en el túnel. La cara de James yacía en el suelo con la boca abierta, los ojos vacíos y sangre por todas partes. Me estremecí y abrí los ojos de golpe. Estaba acostada en mi cama con una manta sobre mí y una almohada debajo de mi cabeza, pero no estaba Henry. Afuera, las farolas de Main Street brillaban detrás de las cortinas. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? Me incorporé.

«¿Cómo te sientes?», preguntó Henry desde el otro lado de la habitación, mirando la pared cubierta con las fotos de su padre.

Me metí una mano en el cabello. El comienzo de un dolor de cabeza me tocó un nervio detrás de los ojos. «Como si me hubiera atropellado un tren. ¿Qué hora es?».

«Medianoche». El colchón se hundió cuando se sentó a mi lado. «Estás empezando a recordar, ¿no? Estabas hablando en sueños».

Me encogí de hombros. «No lo sé, Henry. Últimamente, dondequiera que miremos, tu tío está allí. Tal vez solo quiero que sea culpable».

«No puede ser una coincidencia que ambos lo veamos en nuestros sueños».

«Ambos lo odiamos».

«Es cierto». Apoyó los brazos en los muslos y enterró la cabeza en las manos. «Ni siquiera sé por dónde empezar». Se volvió hacia mí. «Lamento no haberte contado lo del testamento».

Todo lo que teníamos era el uno al otro. ¿Por qué no podía confiar un poco más en mí? No estaba enojada con él por no haberme contado lo del testamento, aunque quería saber por qué lo había hecho. ¿Por qué se lo dijo a Dom primero? ¿De qué tenía miedo?

«¿Por qué no me lo dijiste?», pregunté.

«No lo sé. Parecías tan preocupada por el dinero. No quería que las cosas cambiaran entre nosotros». Acunó mi rostro.

Lo miré a los ojos. «¿Tienes miedo de pasar de novio a amante?».

Miró la pared detrás de mí por un segundo. «No».

«¿Quieres saber por qué estaba enojada contigo hoy?». Me alejé de él para poder pensar con claridad. Todavía podía sentir su cuerpo presionado contra mí y su pene dentro de mí. Era más fácil pensar cuando no estaba tan cerca. «Usaste el sexo para obtener algo de mí. Me hiciste aceptar algo que no quería. Me diste un poco de mi propia medicina, supongo». Algo burbujeó en mi pecho, llenando el vacío que mis padres y Lisa habían dejado atrás. «Nadie me ha hecho

eso nunca. Nadie me ha visto nunca por lo que soy, nadie me ha amado por lo que soy. Aunque quisiera, no hay forma de engañarte».

Respiró hondo y dejó caer la cabeza hacia atrás. Después de un largo rato, se inclinó sobre mí y me rodeó la cintura con los brazos.

«Te amo, Nikki. Pero si me rompes el corazón dos veces, sé que no sobreviviré. No esta vez».

«Nunca haría eso. Tienes que creerme. Confía en mí».

Me besó, un gesto lento y tierno que decía: confío en ti. Se apartó primero y me acarició la mejilla.

«Lo siento. Soy un idiota por pensar siquiera que podrías sentirte tentada a huir. Puedes quedarte con todo el dinero. Pero no me dejes otra vez».

«Henry, nunca te dejé». Le rodeé el cuello con los brazos y lo abracé fuerte.

Y entonces me golpeó como un balde de agua helada. La implicación de que Henry jugara esta última carta, la del testamento original, era inútil. Me tensé en sus brazos.

«¿Qué es?», preguntó.

«Tu tío contrató a alguien para que te diera una paliza cuando preguntaste por tu madre. ¿Qué crees que te va a hacer a ti o a tu madre cuando descubra que tienes el testamento original?».

Se pasó un dedo por la mandíbula. «He pensado en eso. Si algo le pasa a mamá, Lisa se quedará en la cárcel otros quince años por un asesinato que no cometió».

«No me importa tu estúpido dinero. Hasta donde sé, la fortuna de los Cavalier es la razón por la que todos estamos metidos en este lío. Lo único que me importa es mi familia. Las vidas de Lisa y tu madre están vinculadas, igual que las nuestras desde el principio». Tomé su mano. «Tenemos que encontrar a Tessa».

«Lo sé, pero ¿por dónde empezamos?».

Esta idea era una locura, pero era todo lo que teníamos. «Ayer, cuando robamos el banco...».

«Hay una frase que nunca pensé que te oiría decir». Henry se rió, sacudiendo la cabeza.

«Lo sé. Pero escucha, cuando salimos del banco ayer, vi una cámara de seguridad sobre la entrada de la bóveda».

«Joder, Nikki. ¿Por qué no me lo dijiste?». Una mancha roja apareció en su mejilla.

Lo señalé. «Por eso. Necesitaba que mantuvieras la calma para que pudiéramos salir de ahí».

«¿Cómo lo arreglamos?». Se frotó las arrugas de la frente. Robar no era lo suyo.

«No lo haremos. Pensé en llamar a Dom o hacer el hackeo yo misma, pero ahora estoy pensando que esta es nuestra próxima jugada. Si tu tío se entera de que cogimos lo que había en la caja de Tessa, podría venir por ella. Quiero decir, tú y yo pensamos que Tessa podría haber escondido pruebas allí. Tal vez tu tío también lo haga». Cambié mi cuerpo para sentarme a su lado. «Dejamos un largo rastro de pistas en el banco. Todo lo que tenemos que hacer es dejar una más y dejar que tu tío siga las migajas hasta nosotros.

«¿Estás usándote tú misma como cebo otra vez?», un ceño fruncido cubrió su frente.

«No». Tomé su rostro entre mis manos y sonreí. «Nos estoy usando a *ambos* como cebo».

«Aparte de ponerte en peligro otra vez, ¿qué lograremos con esto?».

No le agradó la idea, pero estaba escuchando. Eso era un progreso.

Revisé mi mente en busca de ideas, pero teníamos muy poco en qué basarnos.

«Vendrá aquí en busca de las cosas de Tessa. Podemos dejar que tome nuestro botín y luego seguirlo. Si está ayudando a tu madre...».

«¿Ves? Esta es la parte que no entiendo. Si mató a mi padre, ¿por qué está ayudando a

mamá?».

«No lo sé».

«¿Y si Jonathan no muerde el anzuelo? ¿Y si no viene aquí a buscar las cosas de mamá?».

Mi pulso se aceleró al darme cuenta de que este plan no tenía muchas posibilidades, pero no podía dejar que Henry perdiera la esperanza. «Oh, él vendrá por sus cosas. Confía en mí. Soy una ladrona».

CAPÍTULO 20

Llévala a París

HENRY

Me desperté con la larga pierna de Nikki envuelta alrededor de mis muslos, su cabeza apoyada en mi hombro y mi brazo metido en la curva de su cintura. Una sonrisa se dibujó en mis labios. Quería esa paz, esa felicidad. ¿Nikki tenía razón al pensar que la única manera de conseguir lo que queríamos era arriesgarlo todo, usarnos a nosotros mismos como cebo? Su idea era, en el mejor de los casos, una apuesta muy remota. Pero era todo lo que teníamos.

«Sigo despertándome, a la expectativa de que te has ido». Nikki se movió a mi lado.

«Te lo dije. No me voy a ir a ninguna parte». Apretándola fuertemente, besé la parte superior de su cabeza. Todavía no podía creer que después de todo este tiempo, finalmente estuviéramos juntos. Nikki era todo lo que había pensado que sería y más.

Ella frotó su cadera contra mí, su mejilla deslizándose sobre mi pecho. «Nunca voy a dejar de desearte».

«Yo tampoco». Hundí mi cabeza en la almohada y dejé que mi deseo por ella se abriera camino hasta los dedos de mis pies. Mi corazón latía con fuerza en mi garganta mientras ella ajustaba su peso para ponerse encima de mí. Sí. Yo también quería esto.

«¿Qué vamos a hacer hoy?», acaricié su pecho.

«¿No tienes que ir a trabajar?», ella presionó su boca contra mi estómago y continuó bajando hasta que encontró mi pene.

«Mmmm», mi respiración se entrecortó.

«Lo tomaré como un no», ella soltó una risa sexy.

Le aparté el pelo para ver su rostro. Al encontrarse con mi mirada, me dirigió una sonrisa, antes de presionar sus labios contra la punta de mi erección y dejar que se deslizara dentro de su boca lentamente.

«Cristo, te deseo». Me senté y la levanté para besarla.

«¿No te despedirán?», ella se sentó a horcajadas sobre mis piernas con una mirada inocente en su rostro.

«Estoy bien con eso», tomé un condón de la mesita de noche y me lo puse.

Su piel caliente se sentía tan bien contra la mía. Levanté su trasero y la coloqué justo encima de mi miembro. Ella sonrió mirando al techo y pude disfrutar de una vista espectacular de sus pechos y los hoyuelos entre los músculos alrededor de su estómago. Movié sus caderas lentamente contra las mías durante varios segundos antes de inclinarse hacia adelante para besarme la mejilla y el cuello.

Envolví mis brazos alrededor de su cintura, deseando que pudiéramos quedarnos así todo el día. Tal vez un día pronto, estar con Nikki me haría sentir que ella estaba aquí para quedarse. Tal

vez un día podríamos ser quienes queríamos ser. Ella apretó sus piernas justo cuando sus paredes calientes y sedosas se apretaron alrededor de mi erección, arrastrándome al borde de mi orgasmo.

«Henry».

«Estoy aquí». Tomé el control, manteniendo el ritmo que ella había marcado para nosotros.

El calor crecía entre nosotros cada vez que mis caderas se levantaban para encontrarse con las suyas. Ella respondía a mis embestidas una por una. Seguí así hasta que ambos llegamos al clímax. La presión en mi pecho se aflojó. Ninguna otra mujer sería buena para mí. Ningún otro lugar u otra vida. Quería esto con Nikki. Ella valía cada riesgo.

«Te amo», susurró en mis labios. Se tomó otro minuto para recuperar el aliento y luego saltó de la cama.

«Yo también. Pero no puedes hacer lo que quieras conmigo y largarte. ¿Adónde vas?».

«Tengo un pase para ver a Lisa. Me tengo que ir». Se paró en el medio de la habitación, gloriosamente desnuda.

«Déjame ir contigo. Le debo una disculpa a Lisa».

«Le encantaría verte. Nos vemos abajo en treinta minutos». Me sonrió.

«¿Esos treinta minutos son reales o una hora como antes?», pregunté, pero ella salió de la habitación sin responder.

Fui al baño y tiré el condón. Por Nikki, tenía estas cosas escondidas en todas partes: en el bolsillo trasero de mis jeans, en el auto, detrás de la barra e incluso en la ducha. Una hora después, me senté en la barra y la observé mientras bajaba las escaleras con unos vaqueros ajustados y una camiseta que hacía juego con el collar de zafiros que habíamos encontrado en la caja de seguridad de mamá. Se veía absolutamente deslumbrante.

«No tenemos tiempo para eso», se rió.

«¿Tiempo para qué?».

«Lo que sea que estés pensando». Pasó la mano por mis abdominales y me besó. «Tenemos que irnos. Y nos estás haciendo llegar tarde».

«¿Yo?».

«Sí, tú». Se subió al asiento del pasajero de su Tesla. «Tú conduces».

«Como quieras». Sacudí la cabeza, sonriendo.

SALÍ de la ciudad por Main Street y tomé la 303 hacia Goodyear. A esa hora del día, logré atravesar la ciudad a una velocidad decente. Llegamos a la prisión de mujeres en poco más de una hora. Cuando entré en el estacionamiento para visitantes, me volví para mirar a Nikki. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras observaba el edificio gris frente a nosotros. Era un lugar terrible para que una mujer inocente pasara cualquier cantidad de tiempo, y mucho más por quince años.

«Vamos a sacarla de aquí», le tomé la mano.

«Lo sé. Solo deseaba que hoy hubiera tenido mejores noticias para ella». Se desabrochó el cinturón de seguridad y salió del auto.

En la recepción, pasamos por el proceso de registro. A pedido de Nikki, Dom también me había incluido en la lista de visitantes. La sala repasó rápidamente las reglas de visita y luego nos pidió que esperáramos en el área designada.

«Esperaba que vinieras». Envolvió sus dedos alrededor de los míos mientras tomábamos asiento.

«Estoy aquí, Nikki. Para lo que necesites».

«Gracias». Se inclinó y me besó.

Casi inmediatamente, un oficial entró en la sala de espera y nos llamó por nuestros nombres. Ella se estremeció y se sentó antes de darse cuenta de que no había hecho nada malo.

«¿Los policías te ponen nerviosa?», bromeé.

«Cállate». Ella sonrió y se puso de pie para enfrentar al oficial.

No podía imaginar lo difícil que era esto para ella. Me enojaba verla así, lidiando con la culpa de no poder salvar a su hermana. Una culpa con la que estaba muy familiarizado. Tanto mamá como Lisa habían estado en prisión durante quince largos años. Teníamos que terminar con esto ahora.

Nikki se sentó frente al vidrio, frotándose la parte interior de la muñeca. Cuando Lisa salió, se me hundió el estómago. Esta mujer no podía ser la Lisa que recordaba. A los dieciocho años, Lisa se había hecho cargo de su hermana de diez años. No tenía más opción que crecer rápido. Pero esto..., esto era otra persona. Parecía mucho mayor y derrotada.

Lisa dudó un momento antes de tomar asiento. Su mirada pasó de Nikki a mí. Apuesto a que tenía un millón de preguntas en la cabeza. Como, por ejemplo, ¿qué demonios estaba haciendo Nikki con el tipo cuya familia la metió en la cárcel y arruinó la vida de ambos?

Nikki cogió el altavoz del teléfono y Lisa hizo lo mismo. Sus labios se movieron, pero no pude oír lo que estaba diciendo.

«Sí». Nikki me miró de reojo. «Es Henry».

Lisa habló de nuevo y Nikki se sonrojó. «Sí». Me ofreció el teléfono y lo cogí.

¿Qué se suponía que debía decirle a la mujer que había sido encarcelada por el asesinato de papá? Especialmente ahora que sabía que era inocente. Aunque no hubiéramos encontrado ninguna prueba de ello, para mí estaba claro que Lisa había estado en el lugar equivocado, en el momento equivocado. Era una víctima de todo esto, igual que el resto de nosotros.

«Lisa, lo siento mucho», susurré por el altavoz.

Ella negó con la cabeza, con una sonrisa triste en el rostro. «Vamos, Henry. Eras solo un niño. Al igual que Nikki, no había nada que pudieras haber hecho».

«Lo arreglaremos. Tenemos un plan».

Su labio tembló y volvió a negar con la cabeza. «¿La amas?».

«¿Qué?».

«A mi hermana. ¿Estás enamorado de ella?»., preguntó.

«Lisa. He estado enamorado de ella desde que estábamos en la escuela primaria». Miré por encima de mi hombro.

Nikki agachó la mirada y sonrió.

«Lo sé. Solo quería estar segura de que ese seguía siendo el caso. Esperaba que los dos encontraran el camino de regreso el uno al otro de alguna manera». Se puso una mano sobre el pecho, con lágrimas en los ojos. «Llévatela de este lugar, Henry. Llévala a París. Vete antes de que la pierdas de nuevo».

Detrás de mí, Nikki caminaba de un lado a otro de la pequeña habitación.

«No podemos dejarte aquí, ni a ti ni a mamá. Ambos nos escapamos una vez, y casi nos mata. Al menos por mi parte, puedo decirte que pasé los últimos diez años consumido por el arrepentimiento y la soledad, apenas respirando, apenas viviendo. No puedo pasar por eso otra vez».

Las lágrimas se derramaron por sus mejillas y se pasó la mano por la cara.

«Fui egoísta al arrastrar a Nikki a esto. No debería haberlo hecho. Se acabó, Henry. Estoy atrapada aquí».

«No, Lisa. No le haré eso a Nikki. No me iré. Mamá ya no está enferma. Vamos a encontrarla y conseguir que testifique por ti».

Respiró en el altavoz.

«Henry...».

«No hagas esto, Lisa. No la alejes. Mientras estés aquí, Nikki no encontrará la paz ni ningún tipo de felicidad. Ni conmigo ni con nadie. ¿Entiendes eso?».

Me miró a los ojos, tratando de entenderme. Relajé mi rostro. Lisa no necesitaba saber lo aterrorizado que estaba, lo mucho que dudaba de mis propias palabras. Nuestro plan era una faena a medias, y podría no funcionar, pero al menos tenía que dejarnos intentarlo. Estábamos dispuestos a intentarlo una y otra vez hasta que ella recibiera la justicia que merecía.

«Su felicidad y tu libertad valen el riesgo», dije.

Ella concedió con un gesto de la cabeza. «Prométeme que la cuidarás».

«Prometo que la protegeré con mi vida». Sonreí.

«Gracias», miró por encima del hombro. «Ese día, cuando encontré a tu padre, había manchas de sangre en el suelo, como si lo hubieran sacado a rastras del túnel bajo las escaleras. Le conté a mi abogado lo que había visto, pero dijo que no habían encontrado sangre tan lejos del cuerpo». Las palabras fluyeron de ella, como si hubiera repetido esta conversación muchas veces en su cabeza, probablemente sabiendo que nunca podría contársela a nadie, ni siquiera a Nikki. «Pensaron que estaba mintiendo».

«Te creo. Nikki y yo estábamos jugando en los túneles ese día. Creemos que vimos a Jonathan. También hay evidencia que muestra que movieron a papá después de la muerte». Por muy jodido que sonara todo, me sentí bien de poder finalmente hablar sobre lo que pasó. Cuando papá murió, de una manera u otra, todos fuimos enterrados junto con él. «Creemos que él mató a papá. ¿Por qué otra razón estaría en los túneles si no era para mover el cuerpo?».

«Pero salió del estudio cuando me encontré».

«Tal vez te escuchó venir y se escondió en el estudio. No lo sé, Lisa. Fue hace tanto tiempo. Realmente no confío en mi recuerdo de eso». Miré a Nikki, que se había acercado para pararse a mi lado y apoyar su mano en mi hombro.

«¿Qué pasa?», preguntó Lisa.

«Algo que recordé me llevó a un documento que había estado buscando, lo que creo que significa que mis recuerdos no están tan jodidos. Tenía que ser él. Mi tío mató a su propio hermano».

Lisa frunció los labios. «Ese hijo de puta. Él fue quien me delató, junto con su esposa, Francesca. Ella se portó horrible conmigo, gritándome, diciendo que me iba a pudrir en la cárcel por lo que hice. Y todo ese tiempo, su esposo fue el verdadero asesino». Se puso de pie, golpeando sus manos contra el vidrio. El guardia junto a la puerta se puso firme, deslizando su mano hacia su arma mientras mantenía su mirada en Lisa. «Lo siento», le dijo al guardia.

Él le dio un brusco asentimiento y relajó su postura. Quería matar a Jonathan. Quería ver su rostro sin vida esparcido en una docena de fotos, como las que Nikki tenía en su habitación. Quería ver su cuerpo cubierto de heridas sangrantes como las de su papá. No merecía tenerlo todo después de lo que hizo. ¿Cómo se había atrevido a quitarle el puesto de alcalde a su papá? ¿Pasear por la ciudad como si fuera suya, como si le importara su familia?

¿Y Francesca había estado de acuerdo, encubriendo su atroz crimen? Apuesto a que ella también lo sabía. ¿Por qué, si no, gastaría tanto tiempo y energía en hacer que todo el pueblo odiara a Lisa y a Nikki? Tenía que haberlo sabido. Si lo sabía, era tan culpable como él y también merecía pudrirse en la cárcel.

«Ahora entiendes por qué no podemos dejar esto? Por qué no podemos huir como lo hicimos antes». Me incliné hacia delante y toqué el cristal que nos dividía.

«Sí, ese hijo de puta tiene que pagar por lo que nos hizo a tu padre y a mí», dijo Lisa con los dientes apretados. Sostuvo la mirada de Nikki y todo el color desapareció de su rostro. «Déjame hablar con mi hermana».

«¿Qué pasa?», pregunté.

«Por favor. No tenemos mucho tiempo». Echó un vistazo al guardia. «Y Henry, ten cuidado. Alguien que puede matar de la forma en que Jonathan mató a tu padre y luego culpar a otra persona con tanta convicción no está bien. Tu tío es un sociópata. No se sabe qué hará si descubre que sabes esa verdad».

Asentí. Por supuesto que tenía razón. Incluso si solo conocía la mitad de la historia. No podía contarle sobre mamá. Saber que mamá sabía la verdad y no había dado un paso al frente mataría a Lisa. Tal vez Lisa no se había unido a mamá como Nikki, pero Lisa también amaba a mamá. En ese corto verano que pasaron en la Mansión Cavalier, tanto Lisa como Nikki habían encontrado un hogar con nosotros.

«Lo sé. Tendremos cuidado». Me puse de pie y Nikki ocupó mi lugar.

«¿Qué dijo?», preguntó Nikki.

«Que mejor no la caguemos». Me reí.

Nikki me miró con los ojos entrecerrados, sin creerse ni por un segundo el acto de indiferencia. Agarró el teléfono mientras Lisa hablaba. Me apoyé en la pared, sintiéndome unos kilos más ligero, y exhalé. Después de todo lo que pasó, Lisa no me odiaba ni me culpaba por nada. Estaba feliz de ver que Nikki y yo finalmente estábamos juntos.

Mi pecho se apretó. Ella había estado en ese lugar, sabiendo que era inocente, sabiendo que no había salida para ella. ¿Qué había hecho que Lisa, después de quince años de resignación, contactara a Nikki? ¿Qué le había devuelto la esperanza? ¿Había sido la audiencia de libertad condicional? ¿O algo completamente diferente?

CAPÍTULO 21

Nuestros recuerdos rotos

NIKKI

«¿Qué le dijiste?», le pregunté a Lisa.

Detrás de mí, Henry se apoyaba en la pared, esperando pacientemente. Ni siquiera podía imaginar la culpa que sentía al ver a Lisa en ese lugar. Quería abrazarlo, dejar que liberara todo lo que había reprimido en su interior durante años. Pero eso mataría a Lisa. Que viera lo afectados que estábamos por todo esto. No. Lo mejor que podía hacer era mantener la cabeza fría.

«Le pedí que te sacara de aquí». Levantó la mano cuando abrí la boca para protestar. «Pero él tiene razón. Todos debemos llegar hasta el final. ¿De verdad crees que Jonathan mató al padre de Henry?». Su labio tembló antes de que lo pusiera entre sus dientes. También estaba tratando de ocultar lo asustada que estaba. Asentí y ella continuó. «¿Sabes por qué te envié esa carta el mes pasado? Porque Jonathan vino a verme. Quería saber si sabía dónde guardaba Tessa sus joyas. Dijo que podría haber una manera de demostrar que no maté a James».

«¿Qué?».

«Le dije que no tenía ni idea», señaló el zafiro que descansaba sobre mi clavícula. «Reconozco ese collar. ¿Dónde lo encontraste?».

«En la caja de seguridad de Tessa», dije.

«Estaba mintiendo, ¿no?», ella sacudió la cabeza con disgusto. «¿Solo estaba tratando de poner sus manos en el dinero de Tessa... y en tu dinero? Me dijo que, si lo ayudaba, me vendería el hotel Cavalier. Dijo que estaba seguro de que encontrarías la prueba que necesitábamos en el túnel del hotel. El que solíamos usar para escondernos cuando éramos niñas, ¿recuerdas?».

Asentí. «Ese túnel ya no está allí».

«No le importamos una mierda. Solo quería más dinero. Soy tan idiota. Te metí en esto por nada», hundió la cara en sus manos.

Jonathan la había engañado, pero ¿por qué?

«No por nada, Lisa. Henry y yo tenemos un plan. Nada de esto es tu culpa, ¿de acuerdo? Prometí que te sacaría de aquí, y eso es exactamente lo que voy a hacer. ¿Confías en mí?».

«Confío en ti con mi vida». Ella puso su mano en el panel de vidrio. «Ten cuidado, Nikki. Si te interpones en su camino, Jonathan no lo pensará dos veces. Después de todo lo que ha hecho, quién sabe de qué más es capaz».

Tenía una clara idea. «Puedo cuidar de mí misma. Lo sabes». Le sonreí, esperando que fuera suficiente para tranquilizarla. Lisa no necesitaba saber que Jonathan ya había enviado a alguien para lastimar a Henry.

«Es hora», dijo el guardia.

Ella asintió y colgó el teléfono. Me quedé allí sentada mientras ella salía de la habitación, sin duda sintiéndome peor que antes de hablar con nosotros. Seguro que me sentía peor. Después de que la puerta se cerró, Henry puso su mano debajo de mi codo y me escoltó fuera de la prisión.

«¿Qué te dijo Lisa?», preguntó Henry cuando subimos al auto. «Por favor, no me mientas. Puedo manejarlo».

Basta de mentiras. Teníamos que permanecer juntos y ceñirnos a nuestro plan. «Resulta que Jonathan visitó a Lisa hace un mes y le dijo que había una manera de demostrar que era inocente».

Me lanzó una mirada con los ojos llenos de sorpresa antes de centrar su atención en la carretera y salir del estacionamiento. Cada día que pasaba, me dejaba entrar más y más. Mi corazón se derretía cada vez que me dejaba ver cómo se sentía.

«¿Qué?», sacudió la cabeza. «¿Por qué pidió doscientos cincuenta mil dólares?».

«No pensé en eso. Tiene el dinero de tu familia, así que ¿por qué necesitaría un cuarto de millón de dólares? Eso es poco para él», dije.

«¿Dijiste que fue a verla hace un mes, en junio?», miró su espejo retrovisor antes de cambiar de carril.

«Sí, fue entonces cuando recibí su carta pidiéndome que trajera el dinero y me hiciera cargo del hotel. Metí la pierna debajo de la rodilla y me moví debajo del cinturón de seguridad, de modo que mi cuerpo quedara de frente a él.

«Hijo de puta», Henry golpeó el volante con las palmas de las manos. «Jonathan sabe quién eres. No quería dinero. Te quería a ti».

«¿A mí? ¿Por qué a mí?».

«En el mejor de los casos, para distraerme. Llegué aquí a principios del verano. Debí saber que no estaba aquí solo por la renovación del centro. Sabía que había venido por él. Te trajo para confundirme, para mantenerme fuera del camino. No lo sé. Pero es demasiada coincidencia que poco después de que perdiera el hotel por mí, fuera a ver a Lisa». Se frotó la barba incipiente de la mandíbula. Un surco profundo apareció en su frente mientras agarraba el volante.

Me tragué el nudo en la garganta. Durante todo este tiempo Jonathan había sabido quién era yo, y yo no me había dado cuenta. ¿Cómo me lo había perdido?

«¿Cuál es el peor de los casos?», pregunté.

Henry miró los espejos de nuevo y tomó la rampa hacia la I-10. Dejó que el silencio se prolongara tanto tiempo que pensé que no me había oído. Me miró de soslayo con preocupación escrita en todo su rostro. «Te trajo de vuelta para atar todos los cabos sueltos. Tú y yo somos las únicas personas que sabíamos que él estuvo en los túneles ese día. Tal vez tenía miedo de que recordáramos algo. Nuestros recuerdos rotos pueden no ser suficientes para ponerlo en la cárcel, pero serán suficientes para poner a la ciudad en su contra. Somos una amenaza para él y para todo por lo que ha trabajado tan duro en los últimos quince años».

Todo lo que Jonathan hizo, incluso cuando James estaba vivo, fue para ganarse el respeto del pueblo. Apuesto a que casi le da un ataque al corazón cuando Henry regresó a Paradise Creek o cuando nos presentamos en su casa para la Gala de los Fundadores. Pero tuvo que seguirle el juego porque su esposa ya nos había invitado. Ella también lo había hecho de una manera muy pública, como si hubiera querido mostrarle al pueblo que era muy cercana a Henry. Más mentiras. Más pretensiones.

«Y ambos sabemos que eso sería como la muerte para él. Le importa mucho mantener las apariencias. ¿Por qué es eso?», pregunté.

«Siempre quiso ser como papá. Ser amado como él lo fue». Henry agarró el volante.

«De la misma manera que el pueblo te ama a ti. Realmente debe ponerlo nervioso ver cuán rápido la gente del pueblo te dio la bienvenida de regreso. También debe ponerlo nervioso pensar que podrías contarle a alguien lo que te hizo. ¿Qué pensaría la señora Blaine si descubriera que Jonathan y Francesca Cavalier son unos ladrones y asesinos comunes?».

«Creo que tienes razón».

Presioné mi palma sobre mi pecho.

«Hay una cosa más. Jonathan le preguntó a Lisa sobre las joyas de Tessa».

«¿Qué quería?». Su mirada se posó en el colgante en mi pecho.

«Quería saber si Lisa sabía dónde las guardaba Tessa. ¿Qué quiere con eso? Si no necesita dinero, ¿qué busca?».

«Solo hay una manera de averiguarlo». Tomó mi mano sobre la consola del auto mientras subía a la 101. «Tu plan es la única manera de sacarlo, de obligarlo a hacer un movimiento».

«¿Cómo vamos a hacer eso?». Envolví mis dedos fríos alrededor de su mano cálida.

«Lisa palideció cuando te vio. Reconoció el collar, ¿no? Igual que tú». Levantó una ceja.

«Tienes razón», asentí. «Todo lo que tenemos que hacer es dejar que me vea con él».

Rebuscó en su bolsillo trasero y sacó su teléfono. «Espero que tu juego de póquer haya mejorado desde la última vez que jugamos».

«¿A quién llamas?».

«A Russ. ¿Lo recuerdas?». Una sonrisa burlona se dibujó en sus labios.

«Claro. Buen tipo. Muy servicial». Le di un encogimiento de hombros.

Él negó con la cabeza, sonriendo. «Hola, Russ. Soy Henry. Llámame cuando recibas este mensaje. Solo me preguntaba si tienes lugar en tu mesa de póquer esta noche. Avísame».

Terminó la llamada.

«Y ahora esperamos», dije.

James Cavalier había sido un habitual del “Speakeasy Bar”, donde todos iban a probar suerte. Todos en la ciudad lo sabían. Al igual que Henry, había tenido un verdadero don para las cartas. Otra cosa que James tenía y Jonathan no. Más recuerdos vinieron a mi mente: Tessa y James riéndose en el pasillo porque Jonathan había apostado y perdido otra vez... y una vez más, había actuado como un mal perdedor. “Pobre tipo”, había dicho Tessa. “Nunca tiene suerte”.

¿Jonathan había estado tan celoso de su hermano que terminó matándolo? ¿Cuánta ira y odio necesitaba alguien para seguir golpeando a su hermano con una estatua de bronce después del primer golpe, después de que estaba claramente muerto? Según los archivos de Lisa, James había recibido seis golpes, uno en la cabeza y cinco en el pecho.

Henry me apretó la mano. «Recibí un mensaje de texto de Russ. Estamos dentro. Hay un juego esta noche en el “Speakeasy Bar” cerca del hotel».

Le ofrecí una débil sonrisa. No quería que Henry estuviera en la misma habitación que ese psicópata, pero tenía que hacerlo. Si Jonathan pensaba que teníamos lo que quería, si pensaba que estaba a punto de perder este juego del gato y el ratón, podría perder la calma y, con suerte, cometer un error.

Esa noche me vestí con cuidado. Me puse unas balletinas y un sencillo vestido negro con falda con vuelo y mucho espacio para ponerme una pistola eléctrica en el muslo derecho y un kit de emergencia en el otro. El conjunto monocromático hacía que el zafiro resaltara sobre mi piel. Froté la piedra entre mis dedos. Pronto obtendríamos las respuestas que estábamos buscando. Sin embargo, sería de gran ayuda si al menos supiéramos por qué las joyas de Tessa eran tan importantes para Jonathan. Giré el zafiro, lo apreté fuerte y un borde irregular me arañó la parte interior de la uña.

«Mierda». Me chupé el dedo, mirando con enojo la piedra en el espejo.

La forma estaba ligeramente desviada cuando rocé la faceta que me había cortado. La froté de nuevo entre mis dedos. Como si toda la piedra fueran dos centavos pegados, la parte superior se deslizó y algo cayó de ella. Cuando Henry me puso el collar por primera vez anoche, aunque el zafiro tenía la misma forma ovalada y el mismo tamaño, definitivamente se sintió más ligero. Por eso. Era una piedra falsa. El interior estaba hueco, un lugar perfecto para esconder algo pequeño.

Me senté en cuclillas y me incliné sobre el chip SD en la alfombra. Tessa debía haber hecho una réplica de su collar para poder esconder algo dentro. ¿Era este chip la razón por la que Henry y Tessa seguían vivos? Saqué la tarjeta de memoria y la metí en la ranura SD de mi portátil. Preparándome para lo peor, hice clic en el archivo y di un paso atrás.

Un golpe en la puerta me sobresaltó y me hizo cerrar la computadora de golpe. «Nikki. Tenemos que irnos».

«Sí, estaré allí enseguida. Solo tengo algunos problemas femeninos por aquí».

«Está bien. Dos minutos más», dijo Henry.

Me quedé mirando mi armario y la poca ropa que llevaba, haciendo todo lo posible por no echar fuera el almuerzo. No tenía tiempo para pensar en eso. Siguiendo mis instintos, me metí el chip en el sujetador, coloqué la piedra en su lugar y agarré la bolsa llena de dinero y joyas de Tessa. Apreté la oreja contra la puerta y esperé hasta que los pasos de Henry dejaron de resonar en la gran escalera para escabullirme de mi habitación y entrar en la suya.

Tenía que hacer lo correcto. Por Henry.

Henry no tenía la mente criminal necesaria para llevar esto hasta el final con su tío. Si había algo que pudiera hacer para protegerlo, al menos tenía que intentarlo. Revisé el correo que tenía en su tocador y encontré una carta de crédito preaprobada. Le di la vuelta y garabateé una nota en el reverso, la volví a meter en su sobre y escribí su nombre, esperando que reconociera mi letra. Me tragué el nudo que tenía en la garganta y metí el chip antes de volver a colocar el sobre en la cómoda. No tenía ninguna duda de que Jonathan actuaría en cuanto me viera con el collar de Tessa.

Una hora más tarde, con mi mano agarrando el codo de Henry con fuerza, entramos en el bar y nos dirigimos directamente a la trastienda, donde Russ nos había dicho que nos estaría esperando. La época de la Prohibición había sido muy importante para esta ciudad. El contrabando había sido la forma en que la ciudad había sobrevivido al cierre de las minas. La mayoría de los edificios más antiguos todavía tenían trastiendas secretas y túneles que conducían a Main Street. Russ nos recibió fuera de los baños.

«Vinieron», nos sonrió.

Henry le dio una palmadita en el hombro. «Gracias por hacernos lugar».

«No fue nada». Se encogió de hombros. «Siempre es divertido verte ganar el dinero de tu tío». Riéndose, nos hizo un gesto para que lo siguiéramos. Al final del pasillo, nos recibió una puerta de doble ancho de un frigorífico comercial. El termómetro indicaba que la temperatura en la habitación detrás de la puerta era de treinta y dos grados. Con una sonrisa torcida, Russ tiró de la palanca y la puerta se abrió con un chirrido, lenta y pesada.

Al otro lado, un pasillo oscuro con estanterías llenas de artículos de despensa conducía a otra habitación. Henry me tomó de la mano y me hizo pasar. En cuanto Russ cerró la puerta, se encendieron las luces, que brillaban sobre los suelos de madera de cerezo y las paredes revestidas de paneles de color rojo oscuro. La temperatura era de unos agradables 21°C.

Al doblar la esquina, Russ nos hizo pasar a una gran sala cubierta de paneles de madera, con

una mesa de póquer en el medio, sillas tapizadas de cuero color burdeos y una lámpara de araña brillante que proyectaba un resplandor sobre las cartas.

«Henry», dijo el señor Paredes. «Me alegro de que hayas podido venir». Se puso de pie y estrechó la mano de Henry.

A su lado, Jonathan estaba paralizado, con los ojos muy abiertos. No estaba mirando a Henry. Me estaba mirando a mí. No había tardado mucho. Había reconocido el collar.

Me encontré con su mirada. *Tu turno, idiota.*

Jonathan parpadeó rápidamente varias veces antes de ponerse de pie para darnos la bienvenida a la mesa. «Señorita Swift. Me alegro de volver a verla. Por favor». Me acercó una silla. «No estoy jugando, cariño. Solo estoy aquí como amuleto de buena suerte de Henry».

Russ se sentó y barajó rápidamente las cartas, al estilo de Las Vegas. Obviamente, había estado dirigiendo estos juegos durante mucho tiempo. Repartió las cartas y comenzó el segundo juego de la noche. Henry se tomó una fracción de segundo para mirar sus cartas antes de colocar su apuesta en el medio de la mesa. Su expresión era dura como una piedra. Jonathan tomó un largo trago de bourbon mientras su mirada se movía rápidamente de la pila de fichas frente a él a sus cartas.

«Maldita sea. Estoy fuera». El señor Paredes empujó sus cartas después de que Russ colocara el flop.

«Me la juego». Russ arrojó sus fichas.

Jonathan miró la mesa, más pálido que antes. ¿De qué tenía miedo? Sabía que mientras tuviera a Tessa, Henry no podría tocarlo y yo no podría usar lo que había visto en el chip SD. Hasta que Jonathan hiciera un movimiento, nuestras manos estaban atadas.

Era hora de forzarlo.

«Disculpen, caballeros». Me puse de pie e incliné la cabeza. «Tengo que usar el baño de niñas».

La cabeza de Jonathan se giró hacia mí. Le di una media sonrisa y salí de la habitación.

Busqué a tientas la tela de mi falda mullida hasta que encontré la bolsa atada a mi muslo. Si tuviera que adivinar, Jonathan ya tenía a alguien esperándome. Salí de la sala Speakeasy con mi mano firmemente sobre mi pistola paralizante. Mi plan era simple: darle una descarga eléctrica en la entrepierna hasta que me dijera dónde tenía retenida a Tessa.

En cuanto la puerta se cerró detrás de mí, sentí un escalofrío en la espalda al mismo tiempo que una aguja me atravesaba la piel del cuello. Me di vuelta y vi a Scott, el barman que Jonathan había enviado para lastimar a Henry.

«Hola, hermosa». Su aliento a cerveza rancia no había mejorado desde la última vez que Henry lo golpeó.

Mi corazón latía tan fuerte que no podía tragar. Agarré la parte delantera de su camisa para mantenerme despierta, para aferrarme a mi lucidez que se desvanecía. Entonces todo se volvió negro.

CAPÍTULO 22

La gran estafa

HENRY

La visión de Jonathan Cavalier me daba náuseas. No merecía estar allí, libre y respetado por todos en esta ciudad. Apreté los puños debajo de la mesa y me concentré en los otros jugadores. No podía saber cuánto quería hacerle daño.

El hecho de que no tuviera ni idea de lo que estábamos planeando nos daba una ventaja: era lo único que teníamos a nuestro favor. Porque la verdad era que estábamos volando a ciegas. No sabíamos por qué quería las joyas de mamá ni qué planeaba hacer con ellas.

Apreté los puños con más fuerza, luchando contra el impulso de dar vuelta la mesa y golpearle la cara. Tenía que mantener la calma. No podía matar a ese imbécil sin poner en peligro la vida de mamá. Sin mencionar que una muerte rápida sería hacerle un favor. No, necesitaba enfrentarse a la ciudad por lo que hizo. Necesitaba pudrirse en la cárcel. Lo miré con enojo, harto de este juego del gato y el ratón. Este era el modus operandi de Nikki, no el mío.

Haz tu maldito movimiento ya.

«Tu apuesta, Henry», dijo Russ.

Con un asentimiento, tiré mis fichas. No necesitaba mucha habilidad para leer a Jonathan. La forma en que se secaba las manos en los pantalones, parpadeaba rápido y bebía de su vaso como si fuera el último sorbo de bourbon del mundo, estaba cagado de miedo. Pero ¿de qué tenía miedo? ¿De perder dinero? Tenía mucho. ¿Y entonces qué? ¿De mí? ¿Sabía que, si no tenía a mamá, estaría en el suelo ahora mismo, asfixiándose lentamente bajo mi agarre?

¿O ya se había dado cuenta de que habíamos entrado en la caja de seguridad de mamá? Sin duda, el Sr. Paredes había mencionado habernos visto a Nikki y a mí en el banco ayer. Definitivamente había reaccionado al collar de Nikki cuando entramos. Estaba seguro de que agarró su teléfono cuando Russ sacó una silla para Nikki. Ella hizo un gran alboroto al respecto para asegurarse de que todos los ojos estuvieran puestos en ella y que él sintiera que era seguro enviar un mensaje. Si lo había hecho, ¿a quién había contactado? ¿Sería tan estúpido como para hacer su movimiento esta noche, ahora mismo, como había dicho Nikki? Dios, esperaba que así fuera. Todo nuestro plan dependía de ello.

El sudor perlaba la línea del cabello de Jonathan. Echó un vistazo a sus dos cartas y luego al river que estaba frente a nosotros en la mesa. Todo el tiempo estuvo atento a su teléfono.

Mis ojos iban de él a la puerta. Nikki estaba tardando demasiado. Habíamos acordado quedarnos juntos. Nuestro plan era dejar que Jonathan viera el collar y luego seguirlo. Ella me había asegurado de que él mismo iría al hotel a buscar las joyas o al menos iría a ver a mamá para decirle que había encontrado su bolso de escapada. Que Nikki se fuera sola no era parte del trato. ¿Por qué demonios había salido de la habitación?

Jonathan dio vuelta las fichas entre sus dedos, contó su pila y las movió de lugar: una de sus señales. Tenía cartas de mierda. Tomó otro sorbo y empezó a toser. Se puso de pie y yo también. Había recibido un mensaje. Estaba seguro de ello. Al diablo con el plan. Este juego había terminado. Pateé mi silla hacia atrás y salí de la habitación. Russ me llamó, pero no tenía tiempo para palabras amables y despedidas. Algo en la boca del estómago me decía que Nikki estaba en problemas. Su perfume flotaba en el pasillo del bar clandestino y en la sección pública del bar, pero no estaba allí. Revisé el baño de mujeres, pateando la puerta de cada cubículo mientras pasaba. Tragué saliva, observé la habitación y tomé nota de cada detalle. ¿Se la habían llevado? No había señales de lucha. Entré en el baño de hombres. Tampoco había nada allí. Nikki era inteligente. Si hubiera necesitado ayuda, habría dejado una pista, habría dejado caer un pendiente... cualquier cosa para advertirme de que nuestro plan había salido mal. Se me secó la boca al pensarlo. ¿Se había ido por su propia cuenta? Maldita sea. ¿Por qué se iría cuando sabía que no era seguro? ¿Cuando sabía que Jonathan podría intentar algo?

Regresé a la sala del bar clandestino. Nunca tendría otra oportunidad de estar en la misma habitación con Jonathan sin sus guardaespaldas. Con el corazón palpitando fuerte, abrí la puerta con el hombro, listo para darle una paliza si era necesario. Listo para obligarlo a decir la verdad por una vez. Pero él también se había ido.

«¿Dónde diablos está?». Me metí una mano en el pelo. Mi rostro ardía, luego todo se volvió borroso. Jonathan tenía a mamá y ahora a Nikki. «¿Tú organizaste esto?». Miré a Russ con enojo.

Russ se puso de pie. «Se fue justo después de ti. ¿No está contigo?». Extendió las manos, hablando suavemente como si estuviera hablando con un animal salvaje. «Henry, ¿estás bien?».

«¿Todo bien?», preguntó el Sr. Paredes, con los ojos muy abiertos. Nunca me había visto así.

No tenían idea de lo que estaba pasando. No tenía tiempo para nada de eso. «No, no estoy bien». Salí corriendo de la habitación.

Si me apresuraba, podría alcanzar a Jonathan y Nikki en el hotel. Con un poco de suerte, él la había llevado allí primero para recoger el bolso de mamá. Nikki tenía que estar allí porque de lo contrario, no tenía ningún otro lugar a donde ir, ni idea de por dónde empezar a buscar a la única familia que me quedaba.

Subí a mi camioneta y aceleré por Main Street, agradecido por la hora tardía y las calles vacías. Salté la acera, estacioné el auto junto a la entrada del hotel y entré. Alguien había entrado en nuestra casa, había dejado un desastre en el vestíbulo, como si hubiera estado buscando algo. Si Jonathan tenía a Nikki, sabría exactamente dónde estaban las cosas de mamá. ¿Había enviado a sus guardaespaldas? ¿O era otra cosa?

Subí corriendo las escaleras hacia la habitación de Nikki y se me cayó el estómago cuando abrí la puerta. Todas sus cosas habían desaparecido, su ropa, los cuadros de papá en la pared, los artículos de tocador del baño... ¿*Me había dejado*? No. Jonathan se la había llevado. La había obligado a hacer esto.

Me temblaban las manos. Un zumbido en la cabeza hizo que apretara la mandíbula. «Nikki. Por favor».

No podía pensar en lo que significaba todo esto. Dejé de pensar en eso y me concentré en buscar el bolso de mamá. La sensación de vacío en el pecho me dificultaba la respiración. Este era el mismo dolor que sentí el día que Nikki me dejó esperando junto al mezquite, cuando los hombres de Jonathan vinieron a decirme que la habían visto irse de la ciudad, cuando me di cuenta de que la había perdido para siempre.

Revisé la parte de atrás de su armario. Todo había desaparecido. Me froté un lado de la cara.

Nada de eso tenía sentido. Nikki no me haría esto. Me amaba. Caminé con dificultad hacia mi dormitorio. No me había vuelto a hacer esto.

En la cómoda, encontré un sobre con mi nombre escrito en mayúsculas. Con la letra de Nikki.

Por favor. No hagas esto, Nikki.

Aturdido, tomé el sobre, lo abrí y lo arrojé sobre la cama. Los minutos pasaban mientras miraba con enojo su nota, incapaz de concentrarme.

Henry:

Mi primer día de regreso en Paradise Creek, viste a través de mí. Sabías que era una ladrona y que había venido aquí a robar algo. Y tenías toda la razón. Tú eras el objetivo desde el principio. No te enojas, cariño. Nos lo pasamos de maravilla y te dejo algo para compensarte... la verdadera póliza de seguro de Tessa.

Tuya por siempre,

NS

Sus palabras me dejaron aturdido, frío y con un enorme agujero en el pecho. Me senté en el borde de la cama y apoyé los brazos en los muslos.

“Toma el dinero”, le susurré el día que la encontré saliendo de los túneles. “Nos vemos a las cinco bajo el mezquite”. Ella asintió y yo sonreí. “Te va a encantar París. Te lo prometo”.

Después de todo el horror de la muerte de papá, después de cinco años en Tucson en un internado, Nikki y yo finalmente encontramos una manera de volver a estar juntos. Besé el costado de su boca y su mejilla. Sus risas hicieron que mi pecho se hinchara de felicidad. Echó los brazos alrededor de mi cuello y presionó sus labios contra los míos, suaves y llenos.

“Vete”. La llevé hacia el final del túnel, donde la luz brillaba con fuerza. “Yo puedo encargarme de mi tío”.

Ese había sido nuestro primer beso. El beso que me persiguió durante diez años después de que ella me dejara. ¿A cuántas mujeres había besado después de eso, buscando esa misma emoción, esa misma conexión, la sensación de que estaba completo? No lo sabía. Todo lo que sabía era que nunca la encontré, que nunca la volví a sentir hasta que Nikki regresó a mi vida.

Aunque no lo había dicho ese día, la amaba. Sabía que había regresado a la mansión para robar, y no me importaba. En cambio, le pedí que se escapara conmigo a París. Pero la verdad era que solo regresó porque sabía que yo sería un blanco fácil. Y yo había sido lo suficientemente estúpido como para creerle. Todo era una maldita mentira.

Rompí su nota por la mitad, una y otra vez hasta que los pequeños pedazos cayeron a mis pies como nieve. Ella había jugado conmigo. Desde el principio, había estado detrás de mi dinero. Como un idiota, le creí. También creí en las buenas intenciones de Dom. ¿Cuánto tiempo había esperado para darle a Nikki el testamento original de papá? Ahora ella tenía las joyas de mamá y el testamento. ¿Cuánto pagaría Jonathan para tener en sus manos ese botín?

¿Por qué lo hiciste, Nikki? Te habría dado el mundo.

Mi mente corría, barajando todas las conversaciones que habíamos tenido desde que ella había regresado a Paradise Creek. Nikki se había enfadado conmigo ese primer día cuando supuestamente descubrió quién era yo. Dios sabía que yo también había estado furioso con ella. Pero después de que hablamos, nos dimos cuenta de que nos habían engañado. Jonathan no quería que estuviéramos juntos, pero ganamos.

Nos habíamos reencontrado y éramos felices, al menos yo era feliz. ¿Qué había cambiado para ella? ¿Todo había sido una farsa? ¿Solo para conseguir lo que quería? El ácido bombeaba por mis venas. Por supuesto que lo había sido. No había sido Jonathan quien nos separó ese día.

Nikki nunca apareció en nuestro lugar de encuentro. También mintió sobre eso. Su dolor, todo había sido una actuación. Ella supo exactamente quién era yo el día que regresó. Yo era el maldito objetivo, solo otro peón en su larga estafa. Un gruñido escapó de mis labios, dejando pequeños rasguños en el fondo de mi garganta. Me hundí en la silla del escritorio y grité su nombre hasta que no pude respirar. Ella me había traicionado. Después de todo lo que habíamos pasado, no le había importado nada de eso. Siempre había sido por el dinero para ella. Había estado tan obsesionada con eso desde que éramos niños. Me engañé a mí mismo pensando que había cambiado, pero la gente nunca cambia, y aquí estaba la prueba. Recogí el sobre de la cama. Los garabatos en él asfixiaban el oxígeno de mis pulmones.

Apuesto a que Lisa también era parte de eso. Cómo se debieron de reír de mí por creer su triste historia, por creer que Lisa era inocente. Lisa había sido condenada por asesinato por una buena razón. Ella había estado allí, por el amor de Dios. La vi cuando salimos de los túneles por la salida del jardín y volvimos por la cocina. Ella estaba allí, cubierta de la sangre de papá. Los forenses incluso habían confirmado que Lisa coincidía en altura, peso y fuerza con el asesino. Pero Nikki sabía muy bien cómo tergiversar los hechos y hacerme creer una historia diferente.

Un dolor de cabeza palpitante se extendió desde mis senos nasales hasta el lugar donde un surco profundo me abría la frente. Me froté los dedos contra él, arrugando el sobre en mi mano hasta que algo duro dentro de él me pinchó. Lo sacudí y cayó sobre la cama... un chip SD. Miré los trozos de papel en el suelo con su letra. Las lágrimas en mis ojos hicieron que las letras se volvieran borrosas.

Te dejo algo para compensarte... la verdadera póliza de seguros de Tessa.

¿Qué carajo era esto? Miré con enojo el chip entre mis dedos. ¿Otra mentira? ¿Otra estafa? Después de todo lo que había hecho, ¿realmente creía que podía compensarme? ¿Realmente creía que creería otra de sus mentiras?

Con manos temblorosas, caminé hacia el escritorio, saqué la silla y me senté. Introduje el chip en la ranura SD y toqué el panel táctil para abrir la única carpeta disponible. Luego hice clic en la grabación de voz.

“Por el amor de Dios, Jonathan, era tu hermano. ¿Qué clase de monstruo eres?”, tembló la voz de una mujer.

Deslicé el contador de video hacia atrás y lo reinicié. Era mamá. No había escuchado su voz en mucho tiempo, pero estaba seguro de que era ella. Me pellizqué el puente de la nariz por un momento y presioné *Play* nuevamente.

“Cometí un terrible error. Entré en pánico, pero nunca quise que nada de esto pasara. Te amo a ti y a James. Lo sabes. Siempre lo he hecho. Nunca haría nada para lastimarte”. Mi tío sollozó mientras otra mujer gimoteaba de fondo.

“¿Dónde está el cuerpo, Francesca?”, gritó mamá, y la esposa de Jonathan lloró más fuerte. Los pasos resonaron en el altavoz, mezclados con sonidos arrastrados que creaban estática. *“¿Dónde?”*.

“En los túneles”, dijo Francesca rápidamente. *“Tienes que ayudarnos. Todo esto fue un accidente. Lo prometo”*.

“Llévame con él”, dijo mamá, su voz carente de emoción. La respiración de mamá se entrecortó, se escucharon más sonidos de rasguños y luego la grabación terminó.

Me recosté en la silla, tapándome la boca. Mamá sabía que Lisa era inocente porque había estado allí. Y no solo no había movido un dedo para ayudarla, sino que ayudó al asesino de papá a incriminar a una niña inocente por el asesinato de su esposo.

CAPÍTULO 23

La póliza de seguro de Tessa

NIKKI

Gracias a Dios por los pequeños favores. Al menos Scott no me había arrojado en el maletero. El vehículo pasó por otro bache y me golpeé la cabeza contra la puerta otra vez; tenía las manos atadas a la espalda. Una brida que tenía en los tobillos se me clavó en la piel, marcando el lugar con un dolor sordo y crudo. Y todo lo que quería hacer era limpiarme el cuello donde me había lamido antes de desmayarme. En todo caso, solo para deshacerme del hedor a cerveza rancia que flotaba hacia mi cara.

Ahora íbamos rápido y los autos nos pasaban a velocidades aún mayores. Supongo que habíamos entrado en la autopista, aunque no tenía ni idea de cuál era ni en qué dirección íbamos. Abrí los ojos y todo mi cuerpo se puso rígido. Francesca estaba sentada en el asiento del conductor con Scott a su lado. Se estaba volviendo valiente y era ella quien venía por mí. ¿Había algo que Francesca no haría por su marido? ¿O por el estatus social que su marido le proporcionaba?

Me quedé muy quieta. Mientras pensaran que estaba inconsciente, no harían nada. Necesitaba tiempo para idear un plan. Tenía la esperanza de poder darle la vuelta a la situación con mi agresor en el bar, pero me tomó completamente por sorpresa. No esperaba que tuviera una jeringa para dejarme inconsciente. Joder, este tipo era espeluznante. Mis manos temblaban incontrolablemente. Hice una rápida evaluación de mi estado actual. Afortunadamente, parecía que todo lo que había tenido la oportunidad de hacer era babear por el costado de mi cuello. ¿Y ahora qué? Ni siquiera tenía mi teléfono. Scott debió haberse deshecho de él antes de que saliéramos del bar. Cerré los ojos y apreté la cabeza contra el rincón del asiento. A estas alturas, estaba segura de que Henry había encontrado la nota que le había dejado ¿Le había lastimado? ¿Sentía tanto dolor como yo cuando escribí la carta? No podía pensar en eso. Había sido lo correcto. Jonathan no tenía reparos en usarme en contra de Henry. Así que me le adelanté. Había terminado con Henry, afectándolo profundamente en el proceso para que Jonathan no tuviera influencia sobre él.

El auto pasó por otro bache. Había acertado al suponer que Jonathan vendría por mí en cuanto se diera cuenta de que tenía la póliza de seguro de Tessa. Ese pequeño chip era la prueba de todas las cosas desagradables que los tres le habían hecho a James. Una vez que Henry escuchara la grabación, sabría que Tessa también estaba involucrada, que todos estos años los había estado ayudando. Nunca entendería por qué lo había hecho, pero esperaba que Henry viera que Tessa no merecía su amor ni sus lágrimas, ni todos los años que había pasado extrañándola.

Henry finalmente era libre de ir tras el asesino de su padre. Quería que Henry pensara que lo había dejado para que no viniera por mí, para que usara este tiempo para llevar el chip a alguien

que pudiera ayudarnos a demostrar que Lisa era inocente y reclamar lo que era legítimamente suyo. Enterré la cara en mi hombro, frotándome las lágrimas de los ojos. ¿Alguna vez Henry creería que hice esto por él y por Lisa? Eso no importaba. Lo importante era que Lisa pronto sería libre y Henry recuperaría su hogar. Si no salía con vida de esta, sería mejor para él pensar que estaba en París o en algún otro lugar seguro. Me tragué las lágrimas, ignorando el enorme agujero en mi pecho. Dejarlo era lo correcto. Repetí eso una y otra vez en mi cabeza. Al principio se enojaría, pero luego seguiría adelante. Tal como lo había hecho la última vez. Un dolor sordo me quemó el vientre. Unos dedos cortos y regordetes se deslizaron por mi pierna. Apreté los labios y me obligué a permanecer quieta. Le había disparado una pistola eléctrica a ese tipo en la entrepierna la semana pasada. ¿Acaso eso no había sido una pista lo suficientemente clara de que no estaba interesada? En su lugar, dejé que Henry inundara mi mente por lo preocupado que había estado la noche en que pensé que sería una buena idea usarme como cebo. Reproduje ese momento en mi cabeza como si fuera una película: Scott siendo golpeado por Henry una y otra vez y empujado en el maletero de la camioneta de Dom.

«Dije que podrías tenerla después de que terminara con ella. No hagas eso frente a mí». La boca de Francesca se torció un poco en la esquina. Al menos estábamos de acuerdo en esta parte: este pervertido era repugnante. «Necesito que me traiga a Henry. Pero si viene y la encuentra en malas condiciones, se pondrá furioso. Créeme, será más fácil lidiar con un Henry preocupado que con un Henry furioso».

Scott dejó de tocar mi pierna para frotarse la mandíbula. «Puedo encargarme de un Henry furioso».

Sí, hizo un gran trabajo la última vez.

«Te estoy pagando mucho dinero por esto. Haremos las cosas a mi manera», dijo Francesca.

Scott resopló y dirigió su atención a la ventana, donde todo estaba completamente oscuro. ¿Dónde diablos estábamos? Habíamos estado conduciendo al menos veinte minutos, pero no tenía idea de cuánto tiempo habíamos estado en la carretera desde que Scott me secuestró en el bar. ¿Henry había llevado a cabo nuestro plan? ¿Había seguido a Jonathan hasta donde estaba escondiendo a Tessa?

«¿No debería estar despierta ya?», preguntó Scott.

«Lleva despierta un rato». Francesca dejó escapar un sonido agudo, como una risa, pero no lo era realmente. Detuvo el auto y se volvió hacia mí. «¿Qué hiciste con la caja de seguridad de Tessa? Emma Kate mencionó que estuviste en el banco ayer».

La perfecta Emma Kate. Apuesto a que fue corriendo a ver a Francesca en cuanto salimos del banco para ver si podía obligar a Henry a que la invitara a cenar o a tener alguna cita de mierda. Tal como lo había hecho Francesca cuando estábamos en la escuela. ¿Cuándo se daría cuenta Emma Kate? Henry no la quería. Me quería a mí. No le importaba quién o qué era yo.

«No sé de qué estás hablando», fruncí los labios y no hice ningún esfuerzo por moverme.

«No lo niegues. Tengo imágenes de ti y Henry entrando en la bóveda».

Cierto. Seguro que el Sr. Paredes y Emma Kate estaban más que dispuestos a hacerle un favor a nuestra loca “Señora Alcaldesa”.

«Ahora dime dónde está el contenido de la caja», dijo.

«No lo tengo conmigo». Le di un encogimiento de hombros.

«¿Se los diste a Lisa?», preguntó.

«¿Qué?».

«Hoy muy temprano, Scott te siguió a la prisión. Registró tu auto, el hotel».

«Ese es el problema con los *minions*. No son muy inteligentes». Me burlé.

Ella se estiró hacia atrás y agarró un mechón de mi cabello. «Ya terminé con los juegos estúpidos, y estoy cansada de aparentar ser la enfermera de Tessa. Esto termina esta noche. Gracias a ti, Tessa perdió su única póliza de seguro. Finalmente nos hemos librado de ella. Y ahora tendrá que hacer lo que le digamos».

Una mirada enloquecida en sus ojos debilitó mis rodillas. Francesca siempre había sido mala y una completa perra con Lisa y conmigo. La forma en que se enojaba con nosotras a veces nos hacía preguntarnos si estaba bien. Pero esto era un nuevo nivel de locura, y eso me asustaba muchísimo.

«Scott te va a cortar los tobillos. Si intentas algo, te llenará de drogas otra vez. ¿Entiendes?».

Asentí, mirándola con enojo.

Scott se inclinó hacia atrás e hizo un gesto de sacar su cuchillo. No le tenía miedo a un pequeño cuchillo, pero la mirada en sus ojos me decía que estaría más que feliz de usarlo en algo más que las ataduras. Tragué profundo. Una oleada de frío dejó mis dedos de los pies y las manos entumecidos. Por primera vez en mucho tiempo, no sabía cómo manejar la situación. Me quedé sin palabras ni sonrisas. Contuve la respiración mientras cortaba la atadura de cables, dejando que su mano se quedara en la parte superior de mis pies.

«Camina». Francesca abrió la puerta del auto.

No podía sentir mis piernas, pero de todos modos las puse en acción. Alejarme de Scott y su hedor era motivación suficiente para ponerme en movimiento, sin importar lo cansada que me sintiera o lo mucho que me doliera el cuerpo.

«¿A dónde me llevas?», pregunté. «Estás perdiendo el tiempo si crees que Henry vendrá a buscarme. Él cree que me fui de la ciudad».

Sus ojos se abrieron, como si estuviera considerando algo. Agitó la mano en señal de desdén y se rió entre dientes. «Y yo que pensaba que conocías a Henry. Él vendrá. Si no es por ti, entonces por su querida mamá. Camina». Me empujó para ponerme delante de ella. Hice lo que me pidió, aunque no podía ver nada frente a nosotros. La hierba seca crujía bajo mis zapatos, pero eso no fue suficiente para que me diera cuenta de dónde estábamos. El lugar estaba extrañamente silencioso, el aire quieto y caliente. Cruzamos la entrada a una línea de alcantarillado y reaccioné. Francesca me estaba llevando a una especie de escondite. Tal como había pensado, estaban planeando usar a Tessa y a mí para llegar a Henry, para que les entregara el chip. Tal vez el chip por sí solo no fuera suficiente prueba del crimen que habían cometido, pero entre la grabación y el testamento original de James, Henry tenía suficiente para crear dudas razonables para Lisa y reabrir una investigación con Jonathan como principal sospechoso, suficiente para demostrarle a este pueblo que Lisa era inocente.

«Así que esto es lo tuyo, ¿eh? Jonathan dice que saltes y tú saltas», dije. Detrás de mí, Scott se rió entre dientes, pero continué. «¿Ser la señora Cavalier, la primera dama de Paradise Creek, es tan importante para ti que estás dispuesta a acostarte con un asesino?».

Ahí estaba otra vez, esa espeluznante risa suya.

«Lo has entendido todo mal. Yo estoy a cargo aquí, no Jon».

Oh, mierda.

«Si fuera por Jon, todavía sería el jodido hermano pequeño de James. Por mi, ahora es el alcalde, respetado y amado por todos. Tal como siempre quiso». Levantó la barbilla. Menudo favor le había hecho a su marido.

«¿Tú mataste a James?», el expediente de Lisa decía que las heridas infligidas a James habían sido causadas por una mujer. Pero siempre pensé que eso era una tontería. Habría sido fácil para Jonathan no golpear a su hermano con toda su fuerza, limitar la fuerza que usó para

matarlo. Tragué saliva y se me hizo un nudo en el estómago. ¿Mi hermana asumió la culpa de un crimen horrible para que esta maldita socialité pudiera seguir disfrutando de una vida de lujo?

Apreté los puños detrás de la espalda, intentando soltarme de la atadura de cables, pero no sirvió de nada. Cuanto más tiraba, más se hundía en mí y me cortaba la piel, que ya la tenía en carne viva.

«Perra. James Cavalier siempre te trató como familia, te dio todo. ¿Y así es como le pagaste?». Usé mi cuerpo para empujarla. Quería hacerle daño, borrar esa sonrisa cómplice de su rostro. «Tú mataste a James», grité.

En la oscuridad, todo lo que podía ver era la apariencia de Francesca cubriéndose la boca. Me arrojé de nuevo hacia ella y ella se tambaleó hasta el suelo. Caí de rodillas mientras lágrimas de rabia corrían por mi rostro.

Se deslizó lejos de mí y acunó su rostro con su mano libre. «Yo no lo hice. Lo amaba. Lo amo. Cállala», gritó, llorando y pateando.

Un segundo después, sentí un pinchazo en el cuello y aliento a cerveza rancia en mi cara... hijo de puta. Todo se volvió negro otra vez.

HENRY ME HABÍA APRETADO contra la fría pared del túnel. Los ladrillos me rasparon la espalda y liberaron un olor mohoso que dejó un sabor a arcilla húmeda y hierba en el fondo de mi garganta. Mis ojos estaban al mismo nivel que los suyos, sus hombros eran unos centímetros más anchos que los míos. Teníamos diez años otra vez. Me aferré a él, mis brazos alrededor de su cuello. Cuando giré la cara hacia la izquierda, lo vi: un hombre encorvado en la oscuridad. Nos miró y el corazón me dio un vuelco.

Era Jonathan.

Nos vio. Luché por escapar, pero Henry me tapó la boca con la mano y me protegió con su cuerpo. Éramos niños. No teníamos idea de lo que acababa de pasar. Pero había algo en el aire, una carga eléctrica, una sensación que nos decía que estábamos en peligro. La puerta se abrió. Una luz cegadora me hizo apretar los ojos antes de que la puerta se cerrara con un ruido sordo. Me quedé congelada, con los labios de Henry en mi mejilla y el corazón latiendo con fuerza en mis oídos. No sabía qué hacer. No sabía por qué me sentía tan perdida y asustada.

“Corre”, susurró Henry, apretando fuerte mi mano.

Pero no podía moverme. No podía correr.

ME INCORPORÉ con un dolor de cabeza cegador y ardor en los ojos. ¿Qué diablos era eso? Al igual que Henry, ¿estaba empezando a recordar lo que había pasado o era solo otro sueño? No, no era un sueño. Ese día habíamos visto a su tío en los túneles. Había movido el cuerpo de James. Jonathan había enviado a Henry lejos porque sabía que un día recordaría lo que había visto. Francesca me había echado de la ciudad por la misma razón. Había hecho mi vida imposible aquí para que me fuera. Pensé en todas las fotos del archivo de Lisa, toda la sangre, el odio detrás del crimen. ¿Francesca había ayudado a su esposo a matar a su propio hermano? ¿Por qué haría eso? ¿Por qué lo odiaba tanto?

Me limpié la cara. El olor a humedad de mi sueño se aferraba a mi piel y a mi ropa. Con los

ojos tan abiertos como podían, traté de concentrarme en dónde estaba. El arrastrar de pies diminutos raspando el piso de cemento, la oscuridad y el olor hicieron que mis sentidos se aceleraran... Estaba en los túneles. Francesca había conducido en círculos por la autopista para confundirme, pero estaba segura de que estaba de vuelta en la Mansión Cavalier. Me levanté de un salto, temblando y jadeando por aire.

«Hipolita. Para. Relájate. Estás hiperventilando. Desafortunadamente, empeorará antes de mejorar. Los sedantes de Francesca tienen un efecto secundario desagradable».

Unas pequeñas manos acariciaron mi cabello, enviando una oleada de calma a través de mí. Oh, Dios mío. Tessa me había encontrado.

«Bebe esto. Es solo agua».

Agarré la botella de plástico que puso en mi mano y tomé un largo trago, dejando que el agua calmara el dolor en la parte posterior de mi garganta. Mis ojos se acostumbraron a la luz o a la falta de ella, y con lágrimas corriendo por mis mejillas, me giré para mirar a la madre de Henry.

«Realmente eres tú».

Ella asintió y me abrazó de la manera en que lo había hecho cuando Lisa y yo fuimos a trabajar a la Mansión Cavalier.

«Dulce niña. ¿Por qué volviste después de todos estos años? Deberías haberte mantenido alejada».

CAPÍTULO 24

Al igual que Lisa

HENRY

Una grabación de treinta segundos hizo que todo mi mundo se derrumbara. Una cosa era sospechar que mi tío había matado a papá, pero era una realidad completamente diferente tener finalmente una prueba, saber finalmente quién odiaba tanto a papá. Tragué saliva, sintiendo un sabor amargo en el fondo de mi garganta. Reproduje la grabación una y otra vez hasta que memoricé cada palabra y sonido.

Mamá sonaba tan enojada y sorprendida. *¿Qué diablos?* ¿Jonathan había matado a papá y mamá lo descubrió? ¿Cómo era posible? Mamá ya había estado enferma para entonces y rara vez salía de su habitación. ¿Cómo la había convencido Jonathan de que lo encubriera todos estos años y me entregara? Con el ceño fruncido miraba fijamente la computadora.

Levanté la silla del escritorio y la arrojé contra la ventana. El vidrio se quebró. Lo golpeé de nuevo y explotó, enviando fragmentos por todos lados. Caminé por la habitación mientras el vidrio crujía bajo mis zapatos. Esto era lo que me habían hecho. Jonathan y Francesca habían roto mi vida en pequeños pedazos. Quería matarlo, aplastarle la cabeza como le había hecho a papá.

El tablón de anuncios que Nikki tenía en su habitación me vino a la mente: tanta sangre, tanto odio. Y todo había venido de su hermano. Lo odiaba. Los odiaba. Apreté la mandíbula con tanta fuerza que un hueso dolorosamente se fracturó detrás de mi oreja.

Me metí el chip en el bolsillo trasero de mis jeans. Me temblaban las manos cuando salí de la habitación y bajé las escaleras. Este hotel se había convertido en un refugio para mí. La energía de Nikki, su olor, todavía persistían en el vestíbulo. Beber chocolate caliente en el sofá, la primera vez que tuvimos sexo en el bar y la vez que se quedó dormida en mis brazos después de enterarse de que Lisa no había obtenido la libertad condicional... todo eso había terminado. O más bien, todo eso nunca había terminado.

Fui a la barra, cogí una cerveza y me la bebí de un trago. La gasificación me quemó al bajar y agradecí la sensación. Tenía que dejar de pensar en ella. Se había ido. A ella no le importaba ni yo ni este hotel. Me dolía el pecho, cada respiración me afectaba, pero tenía que aprender a vivir sin ella. Tomé mis llaves del mostrador y caminé con dificultad hacia mi camioneta. Necesitaba una bebida más fuerte.

Salí de la ciudad hacia la 101 con las ventanas bajas. La lluvia caía sobre la puerta del auto, mojando el asiento junto con mi camisa y mi cara. Aceleré por la I-10 sin tener idea de adónde iba. Mi mente corría, inundada de mil pensamientos incoherentes. El principal era mamá. Tomé la siguiente salida, di un giro en U en el semáforo y retrocedí hasta el bar '*A Different Point of View*'. Necesitaba algo para adormecer el dolor. O tal vez solo necesitaba sentirme cerca de

mamá.

Cuando llegué a la entrada, el valet me dio un boleto y lo metí en mi bolsillo trasero, murmurando un gracias, ignorando las miradas que le dio a mi destartada camioneta. En el bar, pedí un whisky. El barman era el mismo que nos había ayudado a encontrar a Scott. Nunca le había preguntado a Dom qué había hecho con ese cabrón.

«¿Scott está por aquí esta noche?», le pregunté al barman, haciendo un gesto para que me trajera otra ronda. Si me reconoció, no lo demostró.

«Dejó de trabajar hace días». Me sirvió la bebida y rápidamente se dirigió al otro lado de la barra.

Supuse que cuando Dom dijo que se ocuparía de la basura, lo decía en serio. Nikki eligió bien a sus amigos. Sin duda Dom también estaba involucrado. Cerré los ojos y todo lo que pude ver fue a Nikki sosteniendo su mano, acompañándolo escaleras arriba. Dom besándola junto a la ventana. Bebí mi bebida de un trago y la arrojé sobre la barra.

«Vaya, hombre. Te ves horrible». Dom Moretti apoyó el brazo en la barra.

Tuve que reconocerlo; tenía un gran sentido del ritmo. Mis pies tocaron el suelo justo cuando agarré su cuello y le di un puñetazo en la cara. Cada latido de mi corazón resonaba en mis oídos, bombeando sangre caliente por mis venas. Después de los jadeos iniciales, la habitación quedó extrañamente silenciosa. El barman corrió al teléfono detrás de la barra y comenzó a marcar. Si estaba llamando a seguridad, no me importaba una mierda.

«¿Qué carajo?», Dom se apresuró a retroceder, frotándose la barbilla, con los ojos fijos en mí.

Cuando no se movió, apreté mis manos con más fuerza. Un dolor agudo se extendió por mis dedos. El dolor en carne viva en mis nudillos sangrantes fue una mejora en la ira que se retorció en mi estómago. Di un paso adelante y me abalancé sobre él con un gancho al hígado. Soltó un gruñido. Apretando los labios, me empujó y se mantuvo firme, con las manos extendidas frente a él, las palmas hacia mí.

«Defiéndete». Apreté los dientes.

«Con mucho gusto. Pero primero dime por qué carajo estamos peleando». El rojo subió a sus mejillas. Su pecho se expandió mientras se obligaba a respirar con regularidad.

«Dímelo tú». Le lancé otro puñetazo. Esta vez me rodeó el codo con el brazo y me golpeó. Yo contraataqué con un gancho de izquierda y luego otro y otro, dándolo todo. Quería que se sintiera como yo me había sentido cuando leí la nota de Nikki, cuando escuché la voz de mamá en la grabación. Quería que compensara todos los años que había pasado solo, todos los que tendría que pasar sin una familia.

Dos pares de manos me agarraron los brazos y me apartaron de él. Sus voces eran un revoltijo de sonidos sobre la sangre que tamborileaba en mis oídos. Parpadeé varias veces, forzando a que el aire entrara en mis pulmones doloridos. Mis pies chirriaron sobre el piso brillante mientras los guardias me sacaban del bar y me empujaban hacia un ascensor en lugar de llevarme a través del vestíbulo y de regreso al mostrador del valet. Me moví hacia atrás hasta que toqué el espejo que cubría la pared del ascensor. Dom estaba sentado en cuclillas, su rostro a centímetros del mío, sus ojos negros y amenazantes. «Hoy me sentía como si mereciera una paliza. La próxima vez que vengas por mí, te golpearé hasta tirarte al suelo. Bebe esto».

«¿Qué es?». Miré con enojo el vaso borroso que me puso en las manos.

«Solo bébelo». Se paró a mi lado.

Mi boca se torció cuando tomé un trago, pero dejé que el whisky eliminara la última adrenalina que luchaba en mi cuerpo. Dejamos de movernos. El cambio abrupto hizo que mi

estómago se revolviera. Tal vez era hora de dejar de beber whisky. Cuando las puertas se abrieron, Dom salió del ascensor, llamándome por encima del hombro. «Vamos».

Con la cantidad de alcohol que había bebido en tan poco tiempo, debería estar borracho, pero en lugar de eso me sentía con resaca, con un dolor de cabeza tremendo y la boca seca. Me levanté y seguí a Dom por un pasillo alfombrado. Al final del piso, tocó con su billetera la banda magnética de la cerradura de la puerta. Cuando la luz se puso verde, me hizo un gesto para que entrara y lo hice. Si Dom hubiera querido deshacerse de mí, habría hecho que los guardias de seguridad me arrojaran al maletero de su todoterreno. ¿Por qué en lugar de eso me había llevado a su gran suite?

«Hay agua en la mesa del comedor». Cerró la puerta detrás de él. «Ahora. ¿Te importaría decirme de qué diablos se trató todo eso?».

«Bonito lugar». Tomé una botella de agua y bebí hasta que se acabó. «¿Vives aquí?».

Me dio una media sonrisa. «Una ventaja del trabajo».

«Más dinero de Derek, estoy seguro. Dime. ¿Es esto lo que tú y Nikki hacen? ¿Vas por ahí buscando idiotas patéticos con la cabeza tan metida en el culo que no pueden distinguir a una mujer hermosa de una especialista en estafas?».

«Ay. Eso suena doloroso». Se rió. «Debería haber sabido que Nikki tenía algo que ver con esto. ¿Qué hizo ahora?».

Se frotó el costado donde lo había golpeado. Presioné mi dedo índice y pulgar contra mis párpados e hice una mueca. «No finjas, cabrón. Sabes exactamente lo que hicieron los dos. Estafarme con el testamento de mi padre y el poco dinero que tenía mi madre». Ese lento ardor en mi estómago había regresado. Sonaba como un completo idiota. ¿Cómo no me había dado cuenta?

Se burló. «Realmente pensaba que se había retirado. Tal vez pensó que aún no estaba lista. O tal vez tenía una muy buena razón para irse con el dinero de tu madre». Se acercó tranquilamente a la cabecera de la mesa donde tenía una computadora portátil y pilas de carpetas manila dispuestas. Rebuscó entre un par, cogió la que tenía la etiqueta Cavalier y me la deslizó por la mesa. «¿Es ese el testamento que robó Nikki?».

Tomé otra botella de agua y la bebí de un trago, mirando fijamente los papeles que tenía delante. «No se lo entregaste a ella».

Arqueó una ceja. «¿Qué diablos está pasando, amigo?».

«Me dejó». Me tragué el nudo que tenía en la garganta. La palabra patético no alcanzaba para describirme.

«¿Y automáticamente pensaste que se había ido con ese testamento?».

Asentí. «Dejó una nota. Se llevó algunas joyas y dinero de mamá. Supuse que también tenía esto».

Sus ojos se volvieron de un azul profundo y una media sonrisa se dibujó en sus labios. Después de la paliza que le había dado abajo, no estaba enojado. En cambio, estaba intrigado. ¿Estaba intentando ayudarme?

«Lamento haberte dado un puñetazo. Obviamente, no tuviste nada que ver con esto. Todo se me vino encima tan rápido que no he podido digerir nada». Me senté y dejé escapar un suspiro.

«Bueno, la buena noticia es que el testamento es válido. Si demandas a tu tío, debería ser una victoria fácil. La pregunta es, ¿estás listo para seguir adelante con esto? Por lo que yo entendí, si aprietas el gatillo, la hermana de Nikki será la que tenga que morder la bala, por así decirlo». Se sentó al final de la mesa.

Nada en él me decía que fuera un ladrón. Sí, había visto a Dom bailar en la zona gris con facilidad y poco respeto, pero no era un ladrón de poca monta. Incluso si Nikki no tenía

problemas en jugar conmigo, podía decir que no tenía nada que ver.

«Ya no estoy seguro de que ese sea el caso». Saqué el chip del bolsillo trasero de mis jeans, con la mano apretada alrededor de él. Necesitaba confiar en él. No todos eran como Jonathan. Dom era un amigo. «Hay una grabación que sugiere que mi tío estuvo involucrado en el asesinato de mi padre».

Sus dos cejas se alzaron mientras buscaba entre más carpetas hasta que encontró la que tenía a Lisa Morrow en la etiqueta. «Carajo, amigo. Eso es muy duro». Pasó las páginas y todas las fotos ensangrentadas. «Pero tenía una coartada. La criada juró que estaba en su estudio cuando ocurrió. También juró que vio a Lisa dándole un puñetazo en el pecho a la víctima...», murmuró mientras se pasaba el pulgar por la mandíbula. Me miró a los ojos, sus ojos moviéndose de mi mano a mi cara. «¿Así es?».

Asentí y se lo arrojé. Insertó el chip en la ranura SD de su computadora portátil y ocupó su silla. Mi estómago se revolvió, mientras las voces comenzaban a reproducirse en mi cabeza. Caminé con dificultad hacia la ventana, me apoyé en el marco y me concentré en el cielo oscuro y las luces de la ciudad debajo de nosotros.

«Henry, esto lo cambia todo. Necesitaremos un experto para confirmar que esta grabación no ha sido alterada. Pero estoy dispuesto a apostar que esto es suficiente para sacar a Lisa. Con esto y la confesión de tu madre, podemos encerrar a Jonathan por un largo tiempo».

Resoplé y me volví para mirarlo. «No cuentes con eso. ¿No la escuchaste en la grabación? Ella los ayudó ese día». Levanté la voz.

«No podemos afirmarlo. Escúchalo. Algo sucedió al final allí. ¿Una lucha tal vez?».

«Es solo estática». Sacudí la cabeza. «Tal vez tenía su teléfono en su bolso cuando grabó eso».

«¿Estás seguro?».

Mi pecho se encogió. Había estado tan enojado con Nikki por dejarme que inmediatamente transferí toda esa ira a mamá. Dom reprodujo la grabación de nuevo. Me senté en la silla junto a él y escuché. Esta vez lo hice de verdad. Se escuchó un movimiento de nuevo, como una billetera o algo suave rozando el micrófono del teléfono.

Al final, escuché un jadeo muy suave, un silbido. Sonaba como si hubiera habido una lucha. ¿Jonathan se dio cuenta de que mamá estaba grabando la conversación? Pero si lo hizo, ¿cómo había terminado en la caja de seguridad de mamá?

La comprensión me golpeó como un tren desbocado. Me levanté de un salto, con la boca abierta. Mierda. Mamá no tenía nada que ver con el asesinato de papá. Al igual que Lisa, mamá había estado en el lugar y el momento equivocado. Pensé en mamá y el día que la había visto en la Mansión Cavalier con Francesca aparentemente atendiéndola. Había estado en lo cierto sobre el miedo que vi en sus ojos.

Jonathan y Francesca la habían mantenido con vida gracias a la grabación que tenía. Se inventaron toda esa tontería de que mamá no quería verme porque sabían que yo me daría cuenta de que algo no iba bien. Sabían que intentaría llevármela, cosa que traté de hacer. Cerré los ojos con fuerza. Cuando los abrí, las paredes estaban cubiertas de manchas rojas. Apoyé los brazos sobre los muslos y escondí la cara entre las manos.

¿Por qué Nikki no le había vendido la grabación a Jonathan? Él habría dado la mitad de la fortuna de los Cavalier a cambio. ¿Lo había hecho para compensarme, como decía en su carta? No. Lo había hecho porque sabía que yo lo usaría para sacar a Lisa de la cárcel. Pero ¿y mamá? ¿Qué haría Jonathan si se enterara de que llevé el chip a la policía? No tendría ningún motivo para mantenerla con vida.

Esto estaba fuera del control de la policía. Tuvieron su oportunidad, pero la desaprovecharon cuando metieron a una niña inocente en prisión por un crimen que no había cometido, condenando a su madre a un destino similar y trastocando las vidas de dos niñas que no podían entender ni la mitad de lo que les estaba pasando.

Tenía que terminar esto con mi tío de una vez por todas. Había tardado mucho en llegar. Jonathan tenía que responder por sus crímenes.

CAPÍTULO 25

El asesino de su papá

NIKKI

Me lancé hacia el final del pasillo mientras el aire cálido y mohoso me rozaba la cara. Cuando llegué a la puerta, giré la manija y empujé mi cuerpo contra ella para abrirla. De la misma manera que hace unas semanas había hecho cuando Henry y yo estuvimos aquí. Pero la puerta no se movió. Le di una patada y salí corriendo en la dirección opuesta hacia la salida del jardín.

«Todas las puertas están cerradas», la voz de Tessa resonó contra las paredes, como un fantasma de mis sueños susurrando en mi oído.

Las imágenes de James en el expediente de Lisa vinieron a mi mente, la grabación, el intento de asesinato contra la vida de Henry cuando fuimos lo suficientemente estúpidos como para pensar que Tessa necesitaba nuestra ayuda y fuimos a buscarla. ¿Cómo podía hacerle esto a su propia familia? Caminé con dificultad hacia ella. Estaba de pie en medio del pasillo, sujetándose los codos, con la cabeza ladeada.

«¿Por qué enviaste lejos a Henry? ¿Tienes idea de lo solo que ha estado todos estos años?», le hice preguntas.

No me interesaban sus respuestas. Quería que supiera lo que le había hecho a su propio hijo. Necesitaba conocer el dolor que él había sentido todo este tiempo. En el mismo año, había perdido a su padre y a su madre.

«Yo no lo mandé lejos», su voz tembló. «Como sea, no al principio».

«Le quitaste todo a Henry. ¿Por qué?». Di un paso hacia ella.

«No». Sus manos eran formas oscuras secando las lágrimas de su mejilla que no podía ver. «No lo hice. Hice todo lo que pude para ayudarlo».

«Encontré la grabación que guardabas en tu caja de seguridad. Escuché todo. ¿Cómo pudiste? Les ayudaste a tenderle una trampa a mi hermana para que asumiera la culpa por lo que le hicieron a tu esposo».

«¿Entonces por eso estoy aquí? Francesca sabe que ya no tengo la grabación. Hipolita, no deberías estar aquí. Ahora la vida de Henry y la tuya están en peligro nuevamente. ¿No lo ves?». Caminé por el pasillo.

«¿Qué pasó, Tessa? ¿Por qué le diste la espalda a tu hijo y a Lisa?», le grité. El calor hacía que me ardieran las mejillas. «Tal vez no le debías nada a Lisa ni a mí, pero Henry es tu único hijo. ¡Lo abandonaste!».

«Cometí el error de creerles cuando dijeron que todo había sido un accidente. Todavía no había visto a James. No sabía de lo que era capaz Francesca en ese momento», sollozó, «solo hice la grabación porque estaba segura de que Francesca estaba poniendo algo en mi comida.

Estaba teniendo fallos de memoria, así que comencé a grabar fragmentos de conversaciones para reproducirlos más tarde, asegurarme de que no me estaba volviendo loca».

«Por eso te enfermaste». Un escalofrío se filtró por mi cuerpo, a pesar de que los túneles estaban húmedos y cálidos. «¿De verdad esperas que crea eso? ¿Que Francesca te drogó?», levanté la voz. No me importaba si nos escuchaban.

«Tienes que creermelo», Tessa se acercó a mí.

«Rompiste el corazón de Henry», apreté los dientes, «cada vez que lo alejas...».

Me agarró del brazo. «Por favor. Ese día no me sentía enferma y hacía un día hermoso. Pensé que un poco de sol me ayudaría a sentirme aún mejor, así que agarré mi bolsa de costura y, por primera vez en semanas, salí de mi habitación. Cuando bajé, Jonathan estaba cubierto de sangre. Yo... ya estaba grabando algunos pensamientos en mi teléfono. Cuando lo vi, dejé la grabadora encendida y arrojé el teléfono en la bolsa».

«¿Él mató a James?», la rodeé con el brazo. Era la madre de Henry. Si había una pequeña posibilidad de que fuera inocente en todo esto, quería creerlo. Por Henry.

«No», negó con la cabeza, «Francesca lo hizo. Le aplastó la cabeza. Lo mató al instante. Cuando los encontré, Jonathan estaba tratando de mover el cuerpo. Iban a enterrarlo en el jardín. Jonathan no tuvo más opción que decirme la verdad. James había decidido llevarnos a Europa por un largo tiempo. Pensó que viajar de nuevo me ayudaría a recuperarme. También pensó que era hora de que Jonathan y su esposa se mudaran y consiguieran una casa propia. Jonathan pasaba la mayor parte de su tiempo jugando y no haciendo mucho con su vida».

Me burlé. «Déjame adivinar. Cuando Francesca descubrió que su vaca lechera los estaba echando, se puso furiosa».

«Exactamente. No había planeado matarlo». Tessa se abrazó a sí misma. «Pero después de que lo hiciera, se les ocurrió un plan muy rápido. Sin embargo, me enteré años después».

«¿Qué te pasó?».

«Cuando le di la espalda a Francesca, me inyectó un sedante fuerte. El mismo que usaba conmigo una y otra vez, cada vez que intentaba escapar o si tenían visitas. Jonathan y Francesca querían más que solo el dinero. Querían tomar nuestro lugar en Paradise Creek. Necesitaban que me ganara la confianza de la ciudad. Hasta donde todos saben, estoy muy enferma y Francesca me ha estado cuidando».

Fue exactamente lo que Henry había sospechado. Jonathan siempre había envidiado a James. James había sido el que había seguido los pasos de su padre, el que había logrado duplicar su herencia en lugar de jugarla en inversiones turbias y en la mesa de póquer. Jonathan y Francesca habían mantenido con vida a Tessa porque necesitaban a alguien que los conectara con James y con esta ciudad.

«Por favor, debes saber que traté de ayudar a Lisa, pero cuando me recuperé, la policía ya la tenía bajo custodia. Las noticias ya mostraban todos los detalles horripilantes, y Lisa era la principal sospechosa. Para entonces, sabía exactamente con qué me estaba enfrentando. Tenía que actuar con inteligencia». Se miró las manos. «Por Henry. E incluso por ti. Escondí el testamento original de James y lo reemplacé por un duplicado. Ese es el que Jonathan encontró en la caja fuerte. Llamé al banco e hice que el Sr. Paredes viniera en persona a recoger mis joyas y el dinero de la escapada. Siempre había sido un amigo leal. Sabía que me ayudaría, pero también sabía que, si lo involucraba, Francesca de alguna manera se desharía de él. No quería que más personas sufrieran por esto. Así que simplemente le di una caja para que se la llevara. Me dejó una llave y se fue sin siquiera preguntar cuál era el contenido».

«¿Por qué Jonathan envió a alguien para lastimar a Henry?», pregunté.

«No. Él no haría eso».

«Bueno, alguien lo hizo, Tessa».

Ella negó con la cabeza. «La culpa lo había estado carcomiendo. Fue él quien me ayudó a escapar después de que Henry apareció en la mansión».

«Si lo hizo, ¿cómo es que sigues aquí?».

«No podía irme, sabiendo que tú y Henry estaban en peligro. Volví por la llave, pero ya no estaba».

«Yo la tomé», suspiré.

«La guardé allí, siempre lista en caso de que tuviera la oportunidad de escapar». Se frotó la sien. «Francesca y sus hombres me alcanzaron antes de que llegara a los jardines. Y ahora aquí estoy. De vuelta donde empecé».

«Francesca merece pudrirse en la cárcel por lo que le hizo a tu familia y a la mía», dije con los dientes apretados.

«No tienes idea de lo que es capaz. Incluso Jonathan le tiene miedo». Se acunó la mejilla.

Sí, había visto ese miedo en su rostro el día de la gala, pero no lo reconocí por lo que era. ¿Qué tenía ella sobre él? ¿Cómo había conseguido que hiciera todas las cosas terribles que le había hecho a Henry? No importaba que Jonathan no hubiera sido el que había atacado a su hermano. Había estado allí y no lo había detenido. Era tan culpable como Francesca.

«Bueno, no le tengo miedo. Vamos a salir de aquí, Tessa. Mereces volver a ver a tu hijo. Y sé que él se ha estado muriendo por recuperarte».

«¿Cómo está? ¿Cómo es?». Soltó una risa triste, sonándose la nariz.

«Bueno, sigue siendo Henry. Muy terco y...», maravillosamente sexy. «Y amable y generoso. Todo el dolor que ha sufrido no lo ha cambiado, como sea, no en lo que importa».

«Todavía te ama, ¿verdad?», me acarició el pelo. «Lamento que Jonathan lo haya enviado lejos, pero fue lo mejor. Era demasiado joven para ponerse en contra de Jonathan y Francesca. Le rogué a Jonathan que lo mantuviera a salvo. Al menos fue capaz de darme eso».

Me alejé de ella. Sabía que Henry y yo nunca podríamos tener una vida juntos... nunca sucedería. Por mucho que odiara a Jonathan por lo que nos hizo, sabía que Tessa había hecho lo correcto. Pero ¿había cometido un error al enviarlo lejos hoy?

«Henry ya no es ese niño, Tessa. Puede defenderse de estos buitres».

«Mi corazón saltó de mi pecho el día que lo vi en el jardín. Parecía todo un adulto y guapo, muy parecido a James. No me culpó por lo que pasó. Estaba preocupado. ¿Quién sabe qué habría hecho Francesca si hubiera intentado rescatarme?». Levantó una mano temblorosa para cubrirse la boca.

«Lo intentamos. Pero te habías ido. ¿Por qué les dijiste sobre Henry? ¿Tenías miedo de que lo atraparan?».

«Sí», ella asintió. «Debería haber sabido que Henry nunca se detendría. Ahora que estás aquí, vendrá a buscarlos».

«No sé nada de eso, Tessa», me froté el pecho para aliviar el dolor. «Lo lastimé para alejarlo. Después de escuchar la grabación, pensé que sería mejor que Jonathan no tuviera ninguna influencia sobre Henry. Quería que Henry se liberara de su tío para que pudiera salvar a Lisa y a sí mismo».

«Hipólita, eso no va a funcionar. Él te ama demasiado. Incluso cuando eran niños y pensabas que no lo merecías porque eras la asistente, como dijiste», me apretó la mano. «¿Recuerdas cuando llegaste aquí por primera vez? ¿Cuántas veces lo alejaste cuando intentó hacerse amigo tuyo? ¿Funcionó? ¿Pudiste disuadirlo de querer estar cerca de ti?».

No. No había funcionado. Me había conquistado con chocolate caliente y falsas aventuras clandestinas. Incluso entonces él sabía exactamente lo que necesitaba para superar mi dolor. Pero esto era diferente. Esta vez lo había lastimado profundamente, usando sus miedos en su contra. Todo lo que podía esperar era que hiciera lo correcto con Lisa.

«Ahora me llamo Nikki Swift». Respiré profundamente.

«No lo sabía», ella sonrió. «¿Cuándo sucedió eso?».

«Poco después de que me fui de aquí. Pero eso no importa. Lo que importa es que, al igual que Henry, ya no soy una niña y tengo ciertas habilidades que pueden ayudarnos a salir de aquí». Tomé el paquete de emergencia del cinturón que estaba envuelto firmemente alrededor de mi muslo. «Vamos. Nuestra mejor opción es usar la puerta que conduce a los jardines».

En la oscuridad del pasillo, no teníamos forma de saber qué hora era ni cuánto tiempo nos quedaba hasta que Francesca y sus matones regresaran con más sedantes o, peor aún, con un arma.

Cuando llegamos al final del túnel, me senté en cuclillas y me puse a trabajar en la cerradura. El cerrojo estaba en el interior, pero también había una cerradura en el pomo de la puerta en el exterior. ¿Cuántas veces había intentado escapar Tessa antes de que decidieran reforzar la seguridad?

Por suerte, no se habían molestado en cambiar las cerraduras desde la última vez que estuvimos aquí. Cerré los ojos y empujé los pasadores, escuchando cómo cada uno encajaba en su lugar con un clic silencioso. Después de que el último pasador se alineara perfectamente, giré el pomo de la puerta y eché el cerrojo. La pesada puerta se abrió con un chirrido y miré a través del pequeño hueco. El aroma del arbusto que había justo afuera entró flotando. La libertad estaba a solo quince metros de distancia.

«Parece tranquilo ahí fuera, pero tendremos que salir corriendo. ¿Estás preparada para hacerlo?», susurré tan bajo que no estaba segura de si Tessa me había oído hasta que asintió.

Pasamos a través del pequeño hueco, asegurándonos de no abrir demasiado la puerta. Cualquier movimiento podría llamar la atención de los guardias. Con el corazón acelerado, esperé hasta estar segura de que los guardias no nos habían oído.

«¿Lista?», articulé.

Cuando Tessa asintió, eché a correr hacia la alcantarilla del otro lado del jardín. El zumbido en mis oídos fue inmediato, pero me llevó unos segundos darme cuenta de lo que pasaba zumbando por mis oídos. Balas. Nos estaban disparando, mierda.

«Ya casi llegamos. Aún podemos lograrlo», miré de reojo a Tessa.

Excepto que no estaba detrás de mí. Estaba en el suelo, a unos pocos metros de la puerta. Otro disparo me hizo caer de rodillas. No podía irme sin Tessa. Tenía que asegurarme de que todavía estuviera viva. Me arrastré hasta ella, la cubrí con mi cuerpo y me quedé quieta. Me dolían los pulmones mientras contenía la respiración, esperando que los guardias vinieran por nosotros. Los disparos se detuvieron, pero nadie vino por nosotros. ¿Los guardias disparaban al azar a todo lo que se movía por aquí o tenían órdenes específicas de simplemente contenernos? Cuando todo se calmó, enganché mis manos debajo de las axilas de Tessa y la jalé hacia el túnel. Por costumbre o por miedo, giré el pestillo para cerrar la puerta.

«Te tengo». Dejé a Tessa sobre el piso de cemento y apliqué presión en su costado. «Quédate conmigo, por favor». Las lágrimas corrían por mis mejillas.

«Deberías haber seguido». Tessa hizo una mueca de dolor.

«Vamos a salir de aquí. Lo prometo».

CAPÍTULO 26

Por la madriguera del conejo

HENRY

«¿Qué vas a hacer?», preguntó Dom.

Mi mente corría a toda velocidad. Nikki había tirado por el inodoro nuestro único plan cuando decidió irse y dejarme colgado. Pero no podía pensar en ella ahora mismo. Tenía que concentrarme en ayudar a mamá y a Lisa.

«Apretar el gatillo. Lisa merece volver a casa». Me dirigí a la puerta.

El ardor lento en mi estómago no se había ido, ni siquiera después de la pelea con Dom. No tenía adónde ir y me había quedado sin pistas. Pero había un idiota abajo que al menos podía decirme dónde encontrar al hombre de Jonathan.

Dom se rió. «Esperaba que dijeras eso. Me ocuparé de eso a primera hora». Me siguió hasta la puerta. «No vas a ir a casa».

«No». Negué con la cabeza. «Oye, fui un idiota antes».

«Te lo dije. Me merecía una paliza esta noche». Se encogió de hombros. «Aunque ahora tengo ganas de golpear algo. Si vas a bajar a darle una paliza al barman hasta que te diga lo que sabe, iré contigo».

«No. Ya has hecho suficiente». Hice ademán de irme.

«No estaba preguntando. Es mejor que quedarme aquí, pensando en todas las cosas que no puedo tener».

«Me parece que ya tienes suficiente». Señalé con la barbilla la gran suite, con un comedor de tamaño completo, una sala de estar completa decorada en tonos azules claros y dorados con una chimenea.

«Eso es solo dinero». Hizo un gesto con la mano para restarle importancia y se dirigió al ascensor.

«¿Tu cliente VIP te está dando lata?», dejé que la puerta se cerrara detrás de mí.

«Algo así». Presionó el botón de llamada.

«¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?». Las puertas del ascensor se abrieron y entré.

«¿Tienes una máquina del tiempo?», su mandíbula se tensó.

«Lo siento. No».

Negué con la cabeza una vez. «Entonces, no. No hay nada que puedas hacer».

Presionó el botón del vestíbulo y dio un paso atrás.

«Espero que este idiota tenga algo que podamos usar». Solté un suspiro.

Todavía había muchas cosas que no cuadraban para mí. La última vez que Dom y yo estuvimos aquí preguntando por mamá, el barman había sido demasiado servicial, como si nos hubiera estado esperando. Tenía respuestas listas para nosotros. En ese momento, no le di mucha

importancia porque estaba desesperado por tener noticias de mamá. Eso no había cambiado mucho, pero esta vez, sabía en qué me estaba metiendo. Esta vez no estaba aquí pidiendo sobras a ciegas. Sabía exactamente qué preguntas hacer.

Cuando llegamos al vestíbulo, salí del ascensor y me dirigí directamente al bar. Mi mirada se centró en el barman tan pronto como entré al bar, con Dom cerca de mí. El chico miró por encima del hombro hacia el almacén detrás de él y luego al área del patio al aire libre con vista a la ciudad.

En la habitación con poca luz, nadie se dio cuenta de lo que estaba sucediendo excepto nosotros tres. Dom dio grandes zancadas hacia la trastienda y yo lo rodeé en el otro extremo. Lo teníamos bloqueado. La mirada salvaje en sus ojos me decía que estábamos tras algo. La energía me invadió en ráfagas mientras esperaba que hiciera un movimiento.

Eché a correr de golpe y se dirigió directamente al patio exterior. Fui tras él, ignorando los jadeos y las caras atónitas de la gente que nos rodeaba. Esquivando una mesa que había derribado, salté el muro bajo y lo seguí por el costado del acantilado. Pequeños arbustos secos me pinchaban las piernas y el polvo me irritaba la parte posterior de la garganta mientras corría para alcanzarlo.

Varios metros más abajo, saltó a un camino de piedra y bajó por una serie de escalones de hormigón que conducían al estacionamiento debajo de nosotros. Mis pies tocaron el asfalto y en tres zancadas le gané terreno. Lo embestí con mi cuerpo y lo derribé con un ruido sordo.

«¿Dónde diablos está Scott? ¿Trabaja aquí? ¿O eso te lo inventaste antes?». Lo hice rodar sobre su espalda y lo agarré por el cuello.

«No. Él no trabaja aquí. Es un amigo. Hace trabajos para mí». Levantó las manos.

«¿Dónde está?». Presioné mis nudillos contra su manzana de Adán.

«Te lo diré». Agarró mi brazo, haciendo una mueca de dolor. «Está con esa señora. Francesca es su nombre. Ahora trabaja para ella».

«¿Qué?», lo miré con enojo.

«Ay, hombre, ¿ya está cantando?», Dom se acercó por detrás de mí. «Esta noche apesta».

«Háblame de Francesca. Apreté los dientes.

«Esa noche. Ella estaba con ellos. La mujer de la foto y otro tipo. Cuando se fueron, ella vino a mí y me pidió que le avisara si alguien venía a preguntar por ellos».

«¿Preguntó o pagó?», preguntó Dom.

«Ella... ella me pagó».

Un sudor frío corrió por mi espalda mientras la imagen completa detrás de la grabación encajaba. Francesca gimoteando en el fondo. Ese nunca había sido su estilo. ¿Todo había sido una actuación? ¿Francesca había estado allí cuando Jonathan mató a mi padre? ¿O había sido ella quien le dio el golpe mortal?

Mamá había estado tan asustada el día que la vi en el jardín. Había tenido miedo de Francesca. La subestimé. Supuse que todo lo que le importaba a Francesca era jugar a ser la socialité.

«¿Te pagó para venir tras de mí?».

«Sí», asintió. «Antes de que tú y él vinieran a buscar a Scott, ella apareció en el bar. Quería saber si alguien había venido a buscar a una mujer. Le dije que no había visto a nadie y le di el número de Scott. Estaba enojada cuando se fue. Más tarde, Scott envió un mensaje de texto, y ya sabes el resto. Se suponía que debíamos llevarte a algún lugar lejos de aquí y asegurarnos de que no hicieras más preguntas».

«¿Scott está con ella ahora? ¿Dónde?», pregunté.

«No estoy seguro. Pero la última vez que lo vi, dijo que tenía un concierto en algún lugar del norte. Algo así como paraíso. Eh».

«Paradise Creek», solté.

«Sí. Eso es». Se puso de pie de un salto, sus ojos se dirigían de mí a Dom y de nuevo a mí. «Juro que eso es todo lo que sé. ¿Puedo irme?».

«Lo vigilaré», Dom me miró a los ojos.

Cuando me giré para mirar al barman, ya estaba corriendo de vuelta al restaurante. Dom frunció el ceño mientras veía al cobarde subir los escalones del acantilado.

«¿Crees que tu madre está de vuelta en Paradise Creek?», preguntó.

«Creo que sí».

Francesca envió a Scott tras de mí. Pensé en ese imbécil y sus manos por todo Nikki. Debería haberlo machacado cuando tuve la oportunidad. Debería haber sabido que volvería corriendo con Jonathan y Francesca. Los delincuentes como él siempre necesitaban a alguien con cerebro para mover los hilos.

El tablero de Nikki sobre el asesinato apareció en mi mente, la sangre, el cuerpo de papá. Caminé de un lado a otro por el estacionamiento. Mamá no estaba del lado de Jonathan. Estaba seguro de eso. Y si todavía la estaba reteniendo, tenía todo lo que necesitaba para salirse con la suya otra vez. Yo era el último cabo suelto. Pero no iba a quedarme ahí esperando a que enviara a alguien para acabar conmigo.

Si regresaban a Paradise Creek, solo había un lugar donde podían esconderse. Nunca se arriesgarían a que alguien del pueblo los viera hacer algo ilegal, como retener a una mujer contra su voluntad. Estaban de vuelta en la Mansión Cavalier. Estaba seguro de eso.

Me enfrenté a Dom. Ya había ido más allá de lo que se le exige a un abogado o a un amigo. «Necesito un favor más».

«Dispara». Apoyó las manos en las caderas.

«¿Puedes asegurarte de que mi tío me devuelva cada centavo que me robó? Todos en Paradise Creek necesitan saber quién es. Si no se pudre en la cárcel, no quiero que tenga la oportunidad de volver a casa».

«Hecho».

«Si no lo logro esta noche, asegúrate de que Nikki y Lisa obtengan todo».

«Déjame ir contigo». Dio un paso hacia mí.

«No. Necesito saber que alguien les hará justicia».

Asintió una vez. «Lo tienes. Pero pensé que Nikki te había dejado. ¿Eso significa que confías en ella después de todo?».

Lo que Nikki había hecho me dolió profundamente y me afectaba muchísimo. Pero lo que ella y yo teníamos era independiente de esto. «Nikki y Lisa perdieron todo por culpa de mi familia. Merecen recuperar sus vidas, su hogar».

«Lo tienes». Me dio una palmadita en el brazo.

Regresé al mostrador del valet al otro lado del estacionamiento y le entregué mi boleto. Me miró de arriba abajo mientras tomaba el papel.

«Las cosas se pusieron difíciles en el bar», le dije.

Me dio una sonrisa nerviosa antes de ir a buscar mi camioneta. No tenía idea de lo que me esperaba en Paradise Creek, pero ya no tenía que correr más. Papá sería vengado esta noche y yo finalmente me liberaría del pasado.

Subí a mi camioneta y me dirigí a la autopista. Entre la falta de tráfico, debido a la hora avanzada, y mi pie pegado al acelerador, regresé a Paradise Creek en menos de una hora.

Se me hizo un nudo en el estómago en el momento en que crucé el umbral del hotel. Los recuerdos de Nikki volvieron de golpe, como una patada en el estómago. Respiré profundamente y subí corriendo las escaleras hacia mi habitación. Todo estaba exactamente como lo había dejado esa noche. Miré con enojo los pedazos de la carta de Nikki y los vidrios rotos esparcidos por el piso.

Caminé con dificultad hasta el armario y saqué mi pistola. Primero revisé el cañón vacío y luego solté el cartucho para asegurarme de que tenía munición. Después de reemplazar el cargador, metí el arma en la parte trasera de mis jeans y me puse la camiseta encima.

Tal vez Nikki había tenido razón al huir de todo esto otra vez. Esto con Jonathan y Francesca no era su pelea. Nikki había regresado para limpiar el nombre de su hermana, y había hecho exactamente eso. En unos días, Lisa estaría fuera de la cárcel. Nikki no tenía ninguna razón para quedarse y arriesgar su vida. Ciertamente no por mí. La opresión en mi pecho se alivió un poco y tomé una bocanada de aire. Por primera vez desde que leí su carta, me alegré de que se hubiera ido, de que estuviera a salvo y lejos de esta versión jodida de la vida que deberíamos haber tenido.

Bajé las escaleras. Mi corazón latía tan fuerte que tuve que tragar saliva varias veces para no echar fuera mi almuerzo. No era el momento de perder la cabeza. Salí del hotel sin mirar dos veces y bajé por la alcantarilla en medio de Main Street. En el momento en que mis pies tocaron el cemento al pie de las escaleras, salí corriendo hacia la Mansión Cavalier.

CAPÍTULO 27

Una ladrona como yo

NIKKI

Tal vez enviar a Henry lejos no había sido una de mis mejores ideas. Pero, ¿cómo se suponía que iba a saber que estaríamos tratando con hombres armados? Aunque, en retrospectiva, debería haberlo sabido. Jonathan y Francesca habían estado ocultando un pequeño secreto desagradable durante más de una década. Decir que se habían vuelto paranoicos sería un eufemismo importante. Odiaba las armas... y odiaba la sangre.

Miré a Tessa. La parte delantera de su camisa estaba empapada y pegajosa. Había estado desmayada durante Dios sabe cuánto tiempo. En este punto, no tenía idea de si estaba cansada por la pérdida de sangre, noqueada por el dolor o algo peor. Gimió y se agitó en su sueño. Inhalé y la acerqué más a mí. Ella tenía que superarlo... por Henry.

«Tessa, ¿sabes dónde estás?».

«Mmm», asintió.

«Te dispararon. No puedo ver de dónde viene la sangre. ¿Qué te duele?».

«Es mi hombro... siento como si me hubieran atravesado con un hierro ardiente». Se aclaró la garganta.

Hice una mueca. No tenía idea de cómo se sentía, pero sonaba doloroso. En todas mis aventuras con los llamados estafadores, nunca había tenido que lidiar con criminales reales. Todos mis objetivos eran hombres ricos malcriados que estaban más que dispuestos a pagar para que una chica bonita les sonriera. Este era un juego completamente nuevo para mí. Agarré la tela de mi vestido, sintiendo el paquete de emergencia atado a mi pierna izquierda. La pequeña pistola que guardaba dentro me rozó la palma. Un escalofrío me recorrió la columna, como si alguien hubiera dejado caer un balde de agua helada sobre mi cabeza. En todos estos años, nunca había tenido que usarla. La pistola paralizante probablemente la usaba todas las semanas, pero ¿un arma, algo que pudiera matar? Eso era diferente, incluso para una ladrona como yo. Había pasado incontables horas entrenando en el campo de tiro, siempre esperando que nunca llegara a esto.

Tercera regla del estafador: estar siempre malditamente preparado.

«Nos acercamos mucho a la alcantarilla», forcé una risa. «Casi salíamos».

«No debiste regresar a buscarme. Henry nunca me perdonará si te pasa algo». Respiró con dificultad. Un silbido resonaba en su pecho cada vez. Cuando respiraba le resultaba doloroso.

«Tessa, ahorra fuerzas. ¿Crees que podrás volver a ponerte de pie?».

«Creo que esta puerta no es la salida», intentó sonreír.

«Sí, ya lo entendí». Suspiré. «El otro extremo nos llevaría de vuelta a la casa».

«El acceso de los sirvientes», susurró.

Me había olvidado de eso. El estudio estaba a unos metros del vestíbulo. Podíamos usar el acceso de los sirvientes oculto detrás del carrito del bar. Conducía a la cocina, pero ¿y luego qué? Todavía teníamos que lidiar con los matones que nos esperaban en el jardín. ¿Sabían lo de la alcantarilla? Este lugar era como una fortaleza. No había salida excepto la puerta principal, atravesando a Francesca y a Scott.

«¿Confías en mí?», pregunté.

«Sí, Nikki».

El hecho de que usara mi nuevo nombre hizo que mi corazón se derritiera. Esta era la misma Tessa que conocí hace tantos años, siempre dispuesta a hacer cualquier cosa para hacerme sentir mejor, siempre ahí para ofrecer una palabra amable. Dejarla aquí no era una opción. Metí la mano bajo mi falda y tiré de la solapa del paquete de emergencia. Apreté mis dedos alrededor de la automática veintidós y apunté a la nada en la oscuridad. La única salida era a través de ellos.

«Volveremos al frente del túnel y te sacaremos, pero, Tessa, tendrás que esconderte arriba y esperar a que yo traiga ayuda. No puedo llevarte, y no creo que puedas llegar lejos, no después de toda la sangre que has perdido».

«No te preocupes por mí. Estaré bien». Se sentó y se apoyó en la pared.

«No digas eso. Regresaré por ti. Lo juro».

Antes de perder el valor, me puse de pie y enganché mi brazo alrededor del codo de Tessa para ayudarla a levantarse. Sus piernas temblaron cuando dio el primer paso, pero su agarre en mi mano era fuerte y firme.

«Nunca has sido muy inteligente». La voz de Francesca resonó en la oscuridad, su alta figura bloqueaba la única salida al vestíbulo.

El olor a humedad era más fuerte aquí. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que desaparecieran los rastros de sangre, antes de que el olor realmente se fuera? Algo como una barra fría raspó mi columna desde la base de mi cráneo hasta la parte baja de mi espalda, triturando cada vértebra y enviando una descarga de miedo a cada fibra de mi cuerpo. ¿Cómo se vería este lugar bajo la luz? Tal vez era bueno que no pudiéramos ver mucho.

«Incluso cuando eras niña, no podías seguir instrucciones simples», Francesca se burló.

«Entonces sabes quién soy», dije.

«Lo descubrí el día que tú y Henry estaban almorzando. Solo había visto esa expresión en su rostro una vez antes», se burló. «Sí. Fue el día que lo enviamos lejos, justo antes de que se diera cuenta de que su pequeña doncella se había ido».

«¿Qué te importa si a Henry le gusto o no?». Tenía que seguir hablando, distraerla hasta que encontrara una manera de sacarnos de aquí.

Santa mierda. De esta, tendría que abrirme paso a tiros. Y ahora era el momento, antes de que Scott regresara y fueran dos contra uno.

«Nunca me importó realmente lo que hicieran ustedes dos. Aunque ahora que Henry ha vuelto, es como tener a James conmigo de nuevo».

Tessa me agarró el brazo aún más fuerte. Perra loca era un gran eufemismo. Empujé a Tessa hacia un lado. Con un poco de suerte, podría ser capaz de escabullirse de Francesca.

«Entonces, pensaste que si él te conocía mejor esta vez, Henry podría... ¿qué? ¿Quererte?», hice una mueca de disgusto.

«¿Por qué no? Sé que James tenía sentimientos por mí. ¿Por qué no Henry?».

Ella estaba realmente delirando.

Jesucristo. A mi derecha, Tessa desapareció. No podía decir si había llegado a la puerta o había regresado. De cualquier manera, estaba sola, parada en la oscuridad con una psicópata, con

un agarre mortal en mi arma, deseando haber traído un arma más grande.

«Podría quedarme aquí y explicarte todas las diferentes razones por las que no lo haría. Pero en este punto, no me importa. Todo lo que quiero es verte caer muerta».

Apunté a la sombra frente a mí.

Quería una muerte lenta y dolorosa para ella. Mi dedo temblaba sobre el gatillo. El tiempo era algo complicado, especialmente cuando una vida estaba en juego. ¿Estuve frente a Francesca con una pistola apuntándole a la cabeza durante una hora o solo unos minutos? Sinceramente, no lo sabía. Lo que sí sabía era que cuando el panel secreto se abrió para dejar entrar la luz, mi corazón dio un vuelco.

«Nikki». Henry levantó las manos. «Ella no vale la pena».

CAPÍTULO 28

Adentro del túnel

HENRY

Levanté los brazos por encima de la cabeza y empujé la tapa de la alcantarilla. La lluvia no había parado desde que salí del hotel. Un cielo nocturno nublado hacía que todo pareciera del mismo tono de gris pálido. A mi derecha, la Mansión Cavalier se alzaba sobre el jardín de mi madre. Cerca del muro, los guardias hacían sus rondas como de costumbre. Nada parecía fuera de lo normal.

Esperé hasta que llegaron al final del jardín y volvieron a su puesto cerca de la puerta principal. No podía cometer más errores. Si dos hombres estaban de guardia solo en el jardín, tenía que asumir que Jonathan tenía más hombres vigilando el resto de la propiedad. Debería haber llamado a la policía. Bajé la tapa y enganché un brazo en el primer peldaño para estabilizarme mientras sacaba el teléfono del bolsillo trasero. La pistola fría metida dentro de mis pantalones se clavó en mi espalda baja, un recordatorio de lo que me esperaba dentro de la casa de mi infancia.

Tomé mi teléfono y me desplacé por los nombres, hice clic en el nombre de Russ y escribí rápidamente un mensaje de texto. Llamar directamente a la policía estaba fuera de cuestión. ¿Qué probabilidades había de que fueran leales a Jonathan? Yo diría que altas. Si les llegara a informar de algo, lo enterrarían en papeleo. Lo que necesitaba era encontrar un puñado de policías a los que les importara más la ciudad que estar en buena posición con el alcalde. Confiaba en Russ. Tenía que hacerlo. Porque si no venía y traía refuerzos, dudaba de que saliera con vida de este lugar, no con la cantidad de guardias de seguridad que patrullaban los terrenos.

Volví a levantar la tapa y observé mi entorno. El familiar olor a tierra mojada y rosas llenaba el aire y me infundía una confianza que no había sentido hasta ahora. Esta vez no iba a huir. Salí a rastras de la alcantarilla, manteniendo el pecho cerca del suelo.

El barro se me apretaba entre los dedos mientras me arrastraba hacia la puerta oculta detrás de los arbustos, donde las ramas secas me arañaban el costado y los brazos. La pequeña puerta del túnel estaba cerrada, igual que antes. Excepto que esta vez, no tenía a Nikki ni las herramientas para intentar aprovecharlo. Mi única opción era arriesgarme y abrirme paso por la cocina. Miré por encima de los arbustos hacia el otro extremo del jardín y más allá de la zona de estar habitual de mamá. Medio ocultos por las sombras, los guardias caminaban a lo largo del extremo sur del muro de piedra.

Cuando estuvieron fuera de la vista, me limpié las manos en mis pantalones y caminé a lo largo del muro hacia el otro lado de la casa, hacia la cocina. Con el corazón latiendo en mi garganta, di pasos silenciosos por el pasillo de servicio que conducía a la biblioteca. ¿Dónde diablos estaba todo el mundo? ¿Cometí un error al suponer que Jonathan estaría aquí? Abrí con

el hombro la puerta oculta y me apreté por el hueco para asegurarme de que el carrito del bar del otro lado no se volcara.

El olor a libros, cuero viejo y whisky me dio la bienvenida a casa. Me había visto obligada a escabullirme en mi propia casa. Como en las pesadillas que había tenido desde que tenía once años, me quedé en medio del vestíbulo, donde la oscuridad tocaba cada rincón. Los susurros se filtraban desde detrás de la pared revestida de paneles. Todo mi cuerpo se tensó. Esto no era un sueño. Di grandes zancadas hasta el espacio entre la biblioteca y la gran escalera y encendí el interruptor de la luz. Había terminado de escabullirme.

La lámpara de araña brillaba en lo alto. Exhalé y miré con enojo la puerta secreta que guardaba el horror de hace quince años. Enganché mis dedos en el panel e hice una mueca cuando las viejas bisagras chirriaron en protesta tan pronto como la puerta se abrió. El viejo y mohoso olor invadió mi rostro en el momento en que entré en el túnel. Esta vez, estaba en el extremo opuesto, mirando hacia el pasillo oscuro. El techo bajo lo hacía parecer más un ataúd, uno largo e interminable.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la luz, se me cayó el estómago. Nikki estaba allí, en medio de una especie de enfrentamiento con Francesca. Ella no me había dejado. ¿O Francesca la había alcanzado antes de que me abandonara de nuevo? No importaba de ninguna manera. La sensación de vacío en mi pecho se evaporó al verla. Tenía ese tipo de poder sobre mí, el poder de mejorar la situación más horrible. Incluso mientras estaba allí, con las mejillas cubiertas de hollín, el pelo enmarañado... y una pistola apuntándome.

Por muy mal que pareciera, podía oírla susurrarme al oído que todavía teníamos una oportunidad de arreglar las cosas. El miedo en sus ojos hizo que mi estómago se revolviera de odio por Francesca y Jonathan, por todos los años que nos habían robado solo para poder tener la vida que querían, una que nunca les perteneció.

«Nikki», levanté las manos. «Ella no vale la pena».

La mirada de Nikki pasó de mí a la esquina a mi izquierda y luego de nuevo a Francesca. El rostro de Francesca no mostraba sorpresa. De hecho, parecía contenta de verme. Ella separó ligeramente los labios y apoyó las manos en su pecho, como si pensara que estaba allí para salvarla.

Francesca me sonrió radiante, agarrando una jeringa en su mano. El gesto hizo que se me erizara el vello de la nuca. ¿Con qué había estado lidiando Nikki desde que salió del bar? Puse mis manos en mis caderas, luchando contra el impulso de sacar mi arma y dispararle a Francesca, para borrar esa sonrisa amorosa de su rostro.

«Henry, sabía que vendrías». Francesca se acercó a mí. «Todavía podemos hacer que esto funcione». Su tono había cambiado.

Miré a Nikki mientras ampliaba su postura y apuntaba su arma a Francesca con mano firme. Por supuesto, ella sabía cómo manejar un arma, y por la mirada en sus ojos, estaba más que lista para apretar el gatillo. Asentí una vez hacia ella, y ella dejó escapar un suspiro de alivio. La comprensión estaba escrita en todo su rostro; la única manera de salir de este lío era trabajar juntos.

Volviendo mi atención a Francesca, me acerqué a ella, con las palmas hacia arriba. «Sí. Todavía podemos hacer las cosas bien». Le sonreí y la bilis se me subió a la garganta.

«Hola, preciosa». La voz de Scott retumbó al final del pasillo mientras rodeaba la cintura de Nikki con la mano. «No la toques». Corrí al lado de Nikki, pero Francesca me lo impidió.

«Hola, cabrón», dijo Nikki a unos pasos de mí.

Le dio un pisotón al pie mientras se daba la vuelta y le disparaba con la pistola eléctrica. Un

zumbido eléctrico seguido de un gruñido y un fuerte golpe resonó contra el techo bajo y las paredes. Cuando me dispuse a ir hacia ella, un pinchazo en el hombro me hizo girar para encarar a Francesca. La empujé antes de que pudiera apretar el émbolo, luego me quité la jeringa de encima y la arrojé lejos.

Estábamos más adentro del túnel, donde la luz de la lámpara no llegaba. No podía ver nada, pero Nikki parecía tener una idea bastante buena de qué era qué. Sus manos jugaron con su falda antes de arrojarme las ataduras de cables al pecho.

«Tienes diez segundos antes de que pueda moverse de nuevo. Átalo», ordenó.

Me apresuré a llegar al bulto oscuro en el suelo, tanteando mi camino alrededor de Scott para encontrar sus manos. Lo giré boca abajo y junté sus muñecas y le até las manos detrás de la espalda. Se sacudió y convulsionó mientras su cuerpo se recuperaba del impacto. Excrementos y otros restos crujientes se pegaron a mis palmas mientras frotaba el suelo con mis manos. Encontré una segunda atadura de cables y la usé para asegurar sus tobillos. Se arqueó de nuevo y jalé el plástico para que se hundiera en sus jeans y, con suerte, le cortara la piel.

Me puse de pie y encontré a Nikki de pie junto a mí, con su pistola apuntando a Francesca. Ahora que mis ojos se habían adaptado a la oscuridad, podía ver las manos temblorosas de Nikki. Ella no quería disparar, lo que dejaba a Francesca con dos opciones: poner en evidencia a Nikki o irse para salvar su propio pellejo.

Pero el odio de Francesca hacia mi familia era más profundo que la autopreservación. Podría haber corrido, pero en lugar de eso, se lanzó contra Nikki. En el mismo instante, Nikki apretó el gatillo. Los gritos ensordecedores de Francesca llenaron la habitación un segundo antes de que cayera al suelo.

«No podría matarla. Sería demasiado fácil para ella. Quiero que se pudra en la cárcel». Nikki bajó su arma lentamente.

«Tienes que irte antes de que Jonathan regrese». Busqué su arma.

Como si lo hubiera convocado, Jonathan corrió por la puerta y aterrizó al lado de Francesca.

«¿Estás herida? Lo siento mucho. Lamento no haber llegado antes». Envolvió a Francesca con sus brazos. «¿Alguna vez me perdonarás? Nunca quise traicionarte».

El calor invadió mi cuerpo como un incendio forestal. Este idiota había hecho de mi vida un infierno, ¿y lo único que podía hacer era disculparse con su monstruosa esposa por haberla abandonado? Los últimos momentos de mi padre pasaron por mi mente. Pero ya no eran las fotos del archivo de Lisa. Eran recuerdos. Recuerdos de lo que Francesca le había hecho a mi padre y lo que Jonathan había hecho para encubrirlo.

«Henry». «La mano de Nikki rozó mi codo.

Caminé con paso firme hacia Jonathan, lo agarré por el cuello y lo arrastré hasta el vestíbulo. Quería ver sus ojos cuando diera su último suspiro. Quería quitarle todo, como él nos había hecho a nosotros. Lo estrellé contra la pared y le di el primer puñetazo. Se encogió, levantando las manos para protegerse la cara. Mi golpe atravesó el espacio entre sus brazos e hizo que su cabeza rebotara con fuerza contra el ladrillo.

«Henry. No maté a tu padre. Lo juro». Gruñó cuando mi gancho de derecha impactó en su costado y luego cayó en un patético montón a mis pies. Lo levanté y lo aplasté contra la pared. «Tal vez no murió por tu culpa, pero tú trajiste a esta serpiente a nuestra familia, la protegiste y enviaste a una niña inocente a la cárcel para salvar a este monstruo. ¿Por qué?».

«Porque ella me lo pidió. La amo. Haría cualquier cosa por ella», se quejó, con lágrimas corriendo por sus mejillas.

«No. Lo hiciste porque no tienes carácter». El sudor frío me corrió por la espalda.

Me lancé de nuevo contra él y lo único que pudo hacer fue gemir mientras enredaba sus brazos y manos alrededor de su cabeza. Ni siquiera pudo darme la satisfacción de una pelea real. Cayó al suelo y di un paso atrás. Jonathan yacía exactamente en el lugar donde papá había muerto sin sentido por la confianza equivocada que había depositado en su inútil hermano y cuñada.

En algún lugar por encima de los latidos de mi corazón, la voz apagada de Nikki se filtró, pidiéndome que lo dejara ir, que no valía la pena. Ella estaba equivocada. Cada parte de eso valía la pena. Incluso el dolor punzante sobre mis nudillos en carne viva valía la pena solo por verlo así. Por ver el miedo en sus ojos cuando se dio cuenta de dónde estaba, de que iba a morir donde murió papá.

Su rostro se había convertido en una pulpa blanda, y aún así mi maldita ira no había disminuido. Caí de rodillas junto a él en el suelo. La sangre se me subió a la cabeza, haciéndome ver manchas. Me senté a horcajadas sobre él y le rodeé el cuello con las manos, como siempre había querido hacerlo. Presioné mis pulgares contra su manzana de Adán y esperé hasta que se le puso rojo el cuello y la cara.

«Los vi a ambos ese día. Justo ahí. Los dejé ir», balbuceó. «Si le hubiera dicho que estaban aquí, los habría matado a ambos. Les salvé la vida. Moví el cuerpo para que ella no volviera aquí.

«*El cuerpo* era de tu hermano, hijo de puta», grité. Mi aliento caliente le sopló en la cara y en las manos. «Arruinaste todas nuestras vidas por ella. Y ella ni siquiera te ama».

Su cuello se tensó bajo mi agarre. El corte en su pómulo supuraba más rápido cuanto más presionaba. Su voz se convirtió en un susurro, uno tranquilo, pero siguió rogando, como el imbécil sin carácter que era.

«Por favor, Henry. Hice lo que pude. Eso tiene que contar para algo... por un poco de misericordia». Tragó saliva y su manzana de Adán se balanceó sobre mis pulgares. «Me aseguré de que Tessa fuera feliz aquí. Hice todo lo que pude. La ayudé a escapar, pero no se fue de la ciudad. No hasta que tú te fuiste con ella». Tosió y aflojé mi agarre, confundido por sus palabras.

¿De verdad había estado ayudando a mamá? Eso era una mierda. Ambos sabían dónde encontrarme.

«¿Por qué no viniste a mí?», pregunté.

Parpadeó rápido y su mirada se volvió hacia Francesca, que ahora estaba medio aturdida. Toda su atención estaba en su pierna sangrante. No podía importarle menos si su marido estaba recibiendo una paliza. Francesca solo se preocupaba por ella misma, por lo que quería para sí misma. Lo utilizó.

«No quería que me odiara por ayudarte».

«Ustedes dos se merecen el uno al otro». Lo miré con enojo. Las viles confesiones de Jonathan me enfermaban. «¿Por qué lo mató?».

«Nos cortó el paso...».

No pude oír nada más. La verdad era tan horrible como lo que nos habían hecho a todos. Jadeó cuando mis dedos se apretaron alrededor de su cuello.

«Henry. Si lo matas, ganarán. Irás a la cárcel. Por favor. Tessa te necesita». Nikki puso su mano sobre mi hombro.

«No merece vivir». Parpadeé varias veces para enfocarme, pero las lágrimas me dificultaban ver.

«Se merece algo mucho peor que la muerte. Henry... déjalo ir. Tessa te necesita. Por favor». Jaló mi brazo.

Ante sus palabras, la adrenalina desapareció de mí, dejando un sudor frío en su lugar y la comprensión de que este odio ya me había consumido durante demasiado tiempo. La venganza no traería de vuelta a papá, ni el tiempo que Nikki y yo perdimos. Solté un suspiro y empujé su pecho para levantarme.

«¿Dónde diablos está mamá?». Saqué mi arma y apunté a su cabeza. Se acurrucó bajo el cañón de la pistola y señaló con un dedo tembloroso hacia su derecha. Me di la vuelta y por primera vez la vi, un bulto en el rincón oscuro. Durante un largo momento, consideré apretar el gatillo. Pero las palabras de Nikki me detuvieron; Jonathan merecía algo peor que la muerte. Metí el arma en la parte trasera de mis jeans y fui hacia mamá. La levanté con cuidado. Su blusa, cálida y húmeda por la sangre, se pegó a mi camiseta.

«¿Qué le pasó?», me volví hacia Nikki.

«Estábamos tratando de escapar y le dispararon. El lugar está lleno de guardias». Las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Con una opresión en el pecho, llevé a mamá al sofá que había sido medio empujado lejos de la pared y la coloqué en él.

«Mamá».

Sus ojos se abrieron de golpe.

«Henry. Nos encontraste». Hizo una mueca.

«Sí. No te muevas. Te sacaré de aquí. ¿De acuerdo?».

Ella asintió y volví pisando fuerte al túnel. Nikki seguía apuntando a Jonathan y Francesca con su arma. El vestido que había llevado la noche anterior estaba cubierto de polvo y Dios sabía qué más. Se veía tan hermosa como siempre. Pero no podía pensar en eso. Primero tenía que sacarnos de aquí.

Me elevé sobre Jonathan, mirándolo fijamente. «Dile a tus hombres que nos dejen salir. Ahora». Apreté los dientes, con mi arma directamente en su cara.

«Solo la escuchan a ella». Todo su cuerpo se sacudió incontrolablemente.

En lo más profundo de mi ser sentí pena por él. Volví mi atención hacia Francesca. «Diles que se vayan».

«Bien. Pero me voy con ellos. No intentes detenerme. Tienen órdenes de dispararte en cuanto te vean». Francesca acunó su pierna herida.

Nikki se apartó bruscamente de la pared. «Escucha, zorra loca. Entiendo que estés completamente loca, pero también debes ser más que estúpida para pensar que te vamos a dejar salir de aquí. O nos dejas ir o te dispararé de nuevo. Estoy muy cansada. Y, honestamente, no me importa qué camino elijas».

«Lo que ella dijo». Me senté en cuclillas junto a Francesca.

Un destello de miedo asomó a sus ojos. Incluso en su estado delirante, tenía que ver que había perdido.

«Entonces dispárame», levantó la barbilla. «Prefiero verte ir a la cárcel a que te quedes con ella».

«¿Qué?». La miré con los ojos entrecerrados y luego me volví para mirar a Jonathan. Él miró hacia otro lado, sin hacer ningún esfuerzo por levantarse.

En ese momento, la policía irrumpió en el vestíbulo con sus armas en la mano. Llegaron tarde, pero al menos llegaron a tiempo para evitar que le disparara a Francesca. «Quizás la próxima vez», le dije a Francesca.

Salí del túnel con dificultad mientras dos policías con trajes pesados corrían hacia Francesca y Jonathan. Me hice a un lado, miré hacia las luces brillantes que había en el cielo y las lágrimas

me nublaron la vista.

«Perdón por haber tardado tanto», dijo Russ.

«Llegaste justo a tiempo».

Lo abracé. «Gracias por venir por nosotros».

«Solo hago mi trabajo, jefe». Me ofreció un breve asentimiento.

«¿Puedes llevarnos? Mamá necesita ayuda». Me acerqué al sofá y le di un codazo antes de susurrar, «mamá». Me mataba verla así después de todo lo que había pasado. «Mamá», dije con más urgencia cuando no se movió.

¿Era algo más que una herida en el hombro? Su blusa estaba empapada, pero nada más. Por lo que sabía, también le habían disparado en el estómago.

«Hay una ambulancia en camino. Pensé que podrías... ya sabes». Russ se me acercó por detrás, con la mirada fija en mamá. «Pero no sé cuándo llegarán. Puedo comprobarlo».

«Gracias», asentí. Me volví hacia mamá y sostuve su mano en la mía. «Mamá, quédate conmigo».

Abrió los ojos de golpe. «No fue un sueño. De verdad estás aquí». Agarró su brazo izquierdo y se lamió los labios. «Me siento muy cansada, Henry».

«Has perdido mucha sangre, pero nos están ayudando. Vamos».

«Puedo caminar. No te molestes», me dio un pequeño empujón.

Si pudiera verse a sí misma, entendería por qué se sentía tan agotada. Coloqué mis brazos debajo de sus piernas y hombros para levantarla. Una pequeña mueca de dolor se escapó de sus labios cuando apoyó la cabeza en mi pecho y se relajó en mis brazos.

«Vas a estar bien». La llevé hasta la puerta, donde un par de paramédicos corrieron a nuestro lado. Aturdido, observé cómo me la quitaban, la colocaban en una camilla y la llevaban rápidamente a la parte trasera de la ambulancia.

CAPÍTULO 29

Si te tuviera

NIKKI

Me quedé de pie en la parte trasera del túnel, donde no llegaba la luz, mientras Henry salía por la puerta principal con Tessa en brazos. Un dolor agudo me golpeó de lleno en el pecho. ¿Por qué sentía como si me estuviera abandonando, dejándome de nuevo?

Apoyé las manos en las rodillas y vomité, saboreando el almizcle en el aire en el fondo de mi garganta. El sabor hizo que los músculos de mi estómago se contrajeran aún más. Nunca había sentido este tipo de pánico, el tipo que me hacía querer saltar fuera de mi propia piel. Había tenido miedo por mí y por Tessa. Pero, sobre todo, había tenido miedo de Henry.

Durante un minuto muy largo, pensé que iba a matar a su tío. Sí, había estado preparado para hacer lo mismo cuando Tessa y yo estábamos atrapadas en el túnel y Francesca era lo único que se interponía entre nosotras y la libertad. Pero Henry tenía tanta rabia en su interior. Me asustó muchísimo.

«Por favor, ayuda a mi esposa. Está herida», le dijo Jonathan a uno de los policías.

Cada vez que ese imbécil hablaba, la urgencia de apuñalar algo inundaba mi mente. En el vestíbulo, los policías seguían trayendo a los guardias de seguridad para interrogarlos. La sala llena me hacía dar vueltas la cabeza y no podía concentrarme en nadie ni en nada. ¿Por qué no sacaban a los verdaderos criminales de aquí? ¿Porque eran Cavalier?

«No», levanté la voz y salí a la luz, lo que hizo que el policía se detuviera en seco. «Ninguno de ustedes se irá de este lugar hasta que explique a todos por qué Tessa y yo fuimos secuestradas».

Francesca resopló. «¿De qué estás hablando? Entraron en nuestra casa y nos atacaron. Oficial, arréstela», me señaló con el dedo.

Debería haber sabido que intentaría algo así. Caminé pisando fuerte hacia Jonathan. Su cara era una pulpa ensangrentada mientras estaba sentado contra la pared junto a su esposa. Se estremeció, cubriéndose la cabeza con los brazos.

«Teléfono». Moví mis dedos frente a su cara.

Su mirada se dirigió a Francesca, pero luego cedió y sacó su dispositivo del bolsillo de su pantalón de vestir y lo desbloqueó para mí. Marqué el número de Dom y esperé.

«Aquí Dom», respondió.

De fondo podía escuchar papeles moviéndose. Miré la pantalla y miré la hora. Eran las cuatro de la mañana. ¿Dom dormía alguna vez?

«Hola, cariño. ¿Te hablo en un mal momento?». Miré al policía que estaba de pie junto a Francesca.

«Hola, muñeca. Para nada. ¿Qué necesitas?», preguntó.

«Bueno. Tengo a algunas personas realmente malas aquí tratando de salirse con la suya con un asesinato. ¿Alguna idea?».

«No lo dejaste después de todo. ¿O sí?». Se rió.

«No». Me mordí el labio inferior. «¿Hablaste con Henry?».

«Puedes decir eso, sí. Me trajo una grabación muy interesante».

Presioné una mano en mi frente. La falta de sueño y la amenaza de muerte de Francesca que había estado sobre mi cabeza toda la noche se habían combinado para provocar una migraña terrible. Pero no me importaba. La pesadilla finalmente había terminado. Henry había hecho lo correcto. Se había comunicado con Dom y le había dado la grabación. Lisa regresaría a casa.

«¿Cuándo saldrá Lisa?», pregunté.

«Una cosa a la vez, muñeca». Dom dejó escapar un suspiro. «¿Dónde están esos tipos malos por los que me llamaste?».

«Estoy en la Mansión Cavalier. La policía está aquí, pero no tienen prisa por poner al alcalde en la cárcel». Miré a Jonathan con enojo.

«Ponme en altavoz».

«Por supuesto». Toqué la pantalla y sostuve el teléfono frente a mí.

«¿Puedo hablar con el oficial a cargo, por favor?». La voz profunda de Dom hizo que todos miraran en mi dirección.

«Ese soy yo». El policía que portaba completo todo el equipo SWAT dio un paso adelante, el mismo que hacía un minuto estaba dispuesto a creer la mentira loca de Francesca sobre que Henry y yo habíamos irrumpido en su casa.

«Soy Dom Moretti, el abogado de Henry Cavalier. Tengo una grabación original que pertenece a Tessa Cavalier. Me gustaría reproducirla para usted».

«Es una mentira», Francesca se incorporó y se sentó más alta contra la pared. Su pierna ya no era un problema. «Han manipulado la grabación».

«Señora. Todavía no ha reproducido nada. ¿Cómo sabe que la grabación es una mentira?», preguntó el oficial a cargo.

La estática rasposa llegó alto y claro a través del altavoz del teléfono antes de que Tessa hablara. Una docena de policías se acercaron cuando Jonathan habló. Él nunca dijo que había matado a su hermano, pero había suficiente información para asumir que era culpable de una manera u otra. Todos los ojos estaban puestos en ellos dos cuando el gemido de Francesca resonó en el túnel. Por las miradas en las caras de todos, esta grabación era suficiente para crearle una duda razonable a la situación de Lisa. Pero necesitábamos una confesión. Lisa necesitaba una confesión.

Me giré para mirar a Jonathan. «Es hora de que digas la verdad».

«No digas ni una palabra», dijo Francesca, con la mandíbula apretada. «Nuestro amor es fuerte. Superaremos esto. Te lo prometo».

«¿En serio?». Me acerqué más a ella. «Porque hace unos minutos, estabas lista para huir con Henry. ¿Así es como te sentías también con su padre? ¿De dónde sacaste esa idea delirante de que él podría desearte? Qué asco». La idea me hizo querer vomitar.

«Jon», fue todo lo que ella dijo.

Me senté sobre mis talones, tragando saliva con fuerza para encontrar la fuerza para hablarle dulcemente a este idiota. «Cariño, es hora de hacer lo correcto. ¿No crees?». Me subió el vómito por la garganta, pero seguí presionando mi mano sobre la suya. «Cuéntame qué pasó ese día. ¿Cómo murió James Cavalier?».

Jonathan cerró su único ojo bueno. Las lágrimas rodaron por su mejilla hinchada y enrojecida

antes de que finalmente dijera la verdad. «Francesca lo golpeó en la cabeza».

Envidiaba a Henry. Había podido golpear a este idiota sin carácter. «¿Por qué moviste el cuerpo? Y no me vengas con esa mierda de que lo hiciste para salvarnos a Henry y a mí. Lo hiciste para darle una coartada, ¿no? Y luego volviste y cerraste la entrada del túnel en el hotel. Y todos los demás que conducían a la mansión». Mi voz tranquilizadora se convirtió en una exigente.

«Te amo, Jonathan. No hagas esto», susurró Francesca junto a él. Su rostro finalmente mostró una pizca de miedo. Había hecho los cálculos y sabía que había perdido esta guerra.

Perdía contra las chicas Morrow.

Jonathan asintió. «Después de que sedáramos a Tessa, Francesca se fue por los túneles y se encontró con la señora Blaine para tomar el té. No fue difícil confundirla y hacer que le dijera a la policía que había estado con Francesca durante horas y no solo unos minutos».

«Por eso moviste el cuerpo. Si la policía no sabía sobre los túneles, no tendrían motivos para cuestionar su coartada». Todo tenía sentido ahora.

Francesca gruñó, golpeando su cuerpo contra la pared. «Eres una excusa patética de marido. Después de todo lo que he hecho por ti. Diles la verdad. Diles cómo lo hice por ti. Te sentiste aliviado de ver a tu hermano desaparecido. Cuéntaselos», gritó, «estabas cansado de vivir a la sombra del perfecto James Cavalier... Lo hice todo por ti».

Jonathan bajó la cabeza. Las lágrimas le goteaban sobre la camisa y casi sentí pena por él. Levantó la cabeza para mirar a Francesca. «Lo mataste porque no te quería. Porque nos echó de su casa».

Sin duda, durante años se dijo a sí mismo una verdad diferente para justificar lo que le hicieron a la familia de James y a la mía. Pero la verdad era mucho más simple: codicia. Ella lo había hecho por dinero y por la idea loca de que alguien como el padre de Henry pudiera amar a alguien como Francesca.

«Ustedes dos me dan asco». Asentí con la cabeza al oficial antes de ponerme de pie. Se puso en acción de golpe y le leyó a Jonathan sus derechos mientras lo esposaba. Toqué el teléfono y lo puse contra mi oreja. «Dime que van a estar en la cárcel durante cien años».

«He contado al menos cinco cargos criminales, así que estoy seguro de que puedo acercarme bastante a esa cantidad», dijo Dom. «¿Cómo estás, muñeca?».

«Estoy cansada. ¿Cuánto tiempo falta antes de que Lisa salga?».

«Unos días. Te avisaré cuando todo termine. Ahora ve a descansar un poco. Suenas peor que como Henry se veía cuando lo vi hoy temprano, ¿o fue anoche?».

«Gracias», sonreí.

«Ni lo menciones. Y buen trabajo consiguiendo una confesión de Jonathan». Colgó.

Aturdida, salí del túnel. Todo había terminado. Di un par de pasos, caí en un montón al final de la gran escalera y apoyé la cabeza en la barandilla. Mis piernas y brazos cayeron a un lado como si pesaran una tonelada.

Un par de botas aparecieron en mi campo de visión junto a mis zapatos. Frotándome la sien, miré hacia arriba y me encontré con la mirada de Russ y su sonrisa ansiosa. Parpadeé para aliviar el escozor en mis ojos y descubrí que no podía abrirlos de nuevo.

«Necesitas descansar. Vamos a llevarte arriba. Estoy seguro de que a Henry no le importará si te quedas en su antigua habitación esta noche». Enganchó su brazo bajo mi codo y me levantó. Dejé que me acompañara escaleras arriba, por el pasillo y hacia uno de los dormitorios. «Está bien. Creo que es este. Solo he estado aquí una vez». Hizo un sonido como una risita. «Pero esto se ve bien. Entra».

El dormitorio de Henry era exactamente como lo recordaba. Una gran cama con dosel con intrincados tallados de madera en el cabecero era el punto focal principal de la habitación. Una sala de estar frente a las ventanas del piso al techo que daban al jardín de Tessa completaba la habitación del siglo XVIII.

El papel tapiz verde pálido había visto días mejores, y también la alfombra. La mayor parte del daño se había hecho cuando Henry vivía aquí, cuando pasábamos horas en el jardín y luego dejábamos huellas de barro por todo su dormitorio. Francesca me hacía limpiarlo cada vez. Pero no me había importado porque eso significaba pasar más tiempo con Henry.

«Abrí la ducha para ti», dijo Russ. «No sé dónde está todo, pero estoy seguro de que habrá algo de jabón en alguna parte», señaló mi cara.

Si mi cara se veía tan asquerosa como se sentía, definitivamente necesitaba una ducha. «Gracias, Russ».

«Si necesitas algo, solo llama. Puedo estar aquí en diez minutos». Me hizo una pequeña reverencia antes de cerrar la puerta detrás de él.

Sintiéndome entumecida, caminé con dificultad hacia el baño enorme que era más grande que la habitación del hotel en la que había estado viviendo durante el último mes. Mis pies descalzos golpearon el frío piso de mármol mientras me dirigía a la ducha humeante. Me quité el vestido y dejé que todo lo demás cayera encima: el teléfono de Jonathan, mi paquete de emergencia, la pistola paralizante y mis calzoncillos.

Me metí bajo el agua, apoyé mis manos en el azulejo y lloré. El agua sucia corrió por mis piernas y cayó al desagüe. Había una pastilla de jabón elegante en el estante empotrado. La desenvolví y la usé para lavarme el cabello y el cuerpo. El agua caliente y el olor a lavanda calmaron mis músculos tensos. Mi alma maltratada necesitaría algo más que aceite perfumado para sanar. El vacío que sentía era demasiado.

El nombre de Lisa había sido limpiado. Mañana me aseguraría de que todos en la ciudad supieran lo que realmente sucedió. Pero ¿qué haría después de eso? No podía quedarme en Paradise Creek, no cuando Henry todavía estaba aquí, probablemente odiándome por dejarlo de nuevo. Debería irme esta noche, pero ¿adónde iría? No tenía un plan. Parpadeé, mis párpados se sentían pesados por el sueño. Mañana. Resolvería las cosas mañana. Había estado despierta toda la noche y no podía pensar más.

Cerré el agua, tomé una toalla del gabinete del baño y me sequé. El armario de Henry estaba casi vacío excepto por algunas camisetas de su internado en Tucson. Cogí una, me la puse y luego pasé los dedos por mi cabello para peinarlo. ¿Había dejado esto aquí el día que lo enviaron a Canadá?

Aturdida, me deslicé bajo las sábanas. Su olor ya no estaba en su ropa ni en su cama, pero tenía los recuerdos de nosotros en esta habitación para hacerme compañía. Buenos recuerdos.

ME DESPERTÉ CON la lluvia cayendo a cántaros sobre la ventana. Algo en eso me reconfortaba. Me sentí como en casa. Me incorporé y al otro lado de la habitación miré el impresionante sofá italiano tallado en dorado del siglo XVIII. Correcto. Estaba en la habitación de Henry. Parpadeé un par de veces. ¿Cuánto tiempo había estado durmiendo? Pasé las piernas por el borde de la cama y agradecí la sensación fresca del mármol cuando mis pies descalzos tocaron el suelo.

No recordaba que este lugar fuera tan frío o vacío. Fui al baño para recoger mi paquete de emergencia y el teléfono de Jonathan. Se descargó mientras dormía. Regresé a la cama y puse el

paquete y el teléfono sobre la mesa de noche. No podía volver a dormirme. En cambio, me senté en el sofá cerca de la ventana y contemplé el cielo nublado y sombrío más allá del jardín. No tenía idea de qué hora era, si había dormido solo unas horas o días.

El tiempo no importaba. Ahora estaba despierta y tenía que salir de allí. Pero primero, lo primero. Necesitaba llamar a Russ para que pudiera traerme algo de ropa. No me importaba salir solo con una camiseta, pero no llevar ropa interior era demasiado.

Corrí hacia la puerta y giré el pomo, pero estaba cerrada. ¿Cuánto tiempo después de que el padre de Henry muriera, Francesca puso un cerrojo exterior en la puerta de Henry? Pero lo más importante, ¿por qué diablos me había encerrado Russ? Lo intenté de nuevo. ¿Qué diablos, Russ?

Volví corriendo a la cama, agarré mi paquete de emergencia y rebusqué en él. Pero luego recordé que la noche anterior dejé mi kit de cerraduras en los túneles. Caminé por la habitación con un remolino de ideas nadando en mi cabeza. ¿Y ahora qué?

Un clic en la puerta me hizo saltar y me giré para enfrentarla, preparándome para lo que fuera que se me avecinaba. La policía se había llevado a Scott y dijeron que la mayoría de los guardias de seguridad de Francesca habían huido cuando el equipo SWAT los atacó. Se suponía que debía estar sola en la casa.

Miré mis piernas. Estaba desnuda de cintura para abajo. El dobladillo de la camiseta de Henry apenas rozaba el espacio entre mi trasero y mi muslo. La puerta se abrió y la cabeza de Henry asomó. Mi corazón dio un vuelco cuando vi su hermoso rostro, la misma sacudida que sentí en el túnel cuando apunté con el arma a Francesca y él estaba de pie en el umbral luciendo como el héroe de alguna película del oeste, con jeans sucios y un ceño fruncido sexy.

Como antes, quería correr hacia él, enterrar mi cara en el recodo de su cuello y decirle que nunca lo había dejado. Que todo lo que hacía era porque tenía miedo por él, porque quería protegerlo.

«¿Es seguro?», abrió la puerta de golpe.

«¿Por qué no entras y lo averiguas?». Ensanché mi postura.

«Esperaba que estuvieras dormida. Pero puedo explicarlo». Se aclaró la garganta y cerró la puerta detrás de él antes de girar el pestillo interior.

«¿Qué?». Crucé los brazos sobre mi pecho y mi blusa se subió un par de centímetros.

La boca de Henry se abrió con una expresión en su rostro que ahora reconocí bien. Jalé el dobladillo para cubrirme.

«¿Qué vas a explicar? ¿Que enviaste a Russ para engañarme para que viniera aquí para poder encerrarme? ¿Por qué?».

Caminó hacia mí, usando un par de jeans limpios y una camiseta, el cabello mojado. Olía a lavanda y a loción para después de afeitarse. Mierda. Nuevamente jalé el dobladillo mientras su mirada oscura bajaba a mi mano, como si pudiera ver a través de la tela.

«Ni siquiera pienses en eso. ¿Crees que estoy interesada en besuquearnos después del pequeño truco que hiciste anoche? Me encerraron como si fuera una niña mal portada». Ni siquiera sabía por qué estaba enojada con él.

«Fue esta mañana», me dedicó una sonrisa que me hizo bajar las bragas. «Le pedí a Russ que se asegurara de que no salieras de casa hasta que yo volviera. Puede que haya mencionado que mi habitación tenía una cerradura exterior». Dio otro paso hacia mí. «Detenme, si quieres. Dime que no quieres esto. Pero ahora tienes que decírmelo a la cara».

Me tambaleé hacia atrás. En dos zancadas, me alcanzó, me rodeó la cintura con los brazos y presionó sus labios contra los míos. Su beso era hambriento y exigente mientras deslizaba sus

manos por debajo de mi camiseta y subía por mis caderas hasta la parte baja de mi espalda. Sus dedos se sentían calientes contra mi piel. De repente, el suelo frío ya no me molestaba. Respondí de la única manera que podía. Lo dejé entrar.

Mi lengua se deslizó por su labio inferior, mientras me sujetaba fuerte contra su pecho. Besando mi mejilla, me acompañó hasta que mi trasero tocó la cama.

«¿Podrías confiar alguna vez en una ladrona?». La pregunta había estado rondando mi mente desde la noche anterior, cuando pensé que irme sería lo correcto.

«No». Sacudió la cabeza una vez, acunando mi cuello. «Pero confío en ti. Con todo mi corazón. Me gustaría oírte decirlo».

Lo miré. «Nunca te dejé».

«Lo sé». Sus labios rozaron mi sien.

«No más estafas. Si me quieres en tu vida, estoy aquí. Soy tuya». Pasé mis dedos por su cabello.

«¿Por qué parece que ha pasado una eternidad desde la última vez que te probé?»: Su mirada ardiente me puso la piel de gallina.

Suspirando, me dejé caer sobre el colchón. Ni siquiera podía recordar por qué había estado tan enojada. Todo en lo que podía concentrarme ahora era en su boca sobre mi piel.

«Oh, Dios mío, Henry».

«Estoy aquí, cariño». Deslizó sus dedos dentro de mí.

Su pulgar dibujó círculos en mi montículo, mientras su boca continuaba la gloriosa tortura en mi cuerpo. Una ola tras otra, mi deseo aumentó y se expandió desde mi ombligo hasta los dedos de mis pies.

«Dímelo otra vez. Dime que te quedarás». Exhaló.

Sus dedos se hundieron más profundamente justo cuando un orgasmo largo e intenso me atravesó. Levanté mis caderas y me froté contra su mano hasta que se agotó toda sensación.

«Me quedaré». El calor todavía latía a través de mí. «Quítate la ropa».

Necesitaba verlo. Me senté y dejé que mis piernas cayeran al costado de la cama. Con una sonrisa que decía que haría cualquier cosa por mí, se estiró hacia atrás y se sacó la camiseta por la cabeza. Se quitó los zapatos y se desabrochó el cinturón.

Pasé una mano por las crestas de sus abdominales y caminé en un círculo completo a su alrededor, dejando que mis dedos inspeccionaran cada centímetro de su piel. Quería saber con certeza que no estaba herido y que realmente estaba aquí. Mi Henry. Cuando se giró para mirarme, le rodeé el cuello con los brazos y lo besé. Gimió y enterró las manos en mi pelo.

«Dios mío, Nikki». Su pulgar se deslizó por mi mejilla. «Fui un idiota por escaparme la primera vez. Nunca te dejaré ir. Te amo. Siempre te he amado».

Sus palabras me llenaron de una especie de satisfacción que no había sentido desde el día en que me pidió que me escapara a París con él.

«Yo también te amo. Siempre has sido tú, Henry». Alcané el dobladillo de mi camisón improvisado y me lo saqué por la cabeza.

Henry capturó uno de mis pezones en su boca mientras amasaba mi otro pecho. «Quiero tanto estar dentro de ti que duele». Agarró mi cintura y me empujó hacia la cama.

«Lo sé. Yo también». Jadeé. Jesús, el hombre tenía una manera de llevarme a este estado rápidamente, de hacerme sentir este deseo intenso que solo había sentido en sus brazos.

«Condón». Señalé mi paquete de emergencia en la mesilla de noche.

«Gracias a Dios». Cerró los ojos y presionó su frente contra la mía.

Nunca lo había visto moverse tan rápido, rasgando el envoltorio con los dientes y alisando el

condón sobre su pene.

«Ahora. Henry».

Apoyó una rodilla en el borde del colchón, colocó mis manos sobre mi cabeza y entró en mí. El terror de la noche anterior, todos los malos recuerdos se desvanecieron. Quería una vida con este hombre, haciendo esto, amándolo, juntos. Siempre.

Desde el primer día, Henry vio a través de mí, supo quién y qué era yo y me amó de todos modos. Incluso cuando éramos niños, no le había llevado mucho tiempo entender lo que necesitaba de él: un amigo, un compañero en locas escapadas a través de los túneles. El tiempo no lo había cambiado a él ni a sus sentimientos por mí. Todavía me conocía mejor de lo que yo me conocía a mí misma. Todavía me amaba.

Balanceó sus caderas lenta y deliberadamente, provocando mi punto sensible, enviando una corriente eléctrica a mi centro, una y otra vez, hasta que me convertí en un charco de deseo debajo de él. Me quedé allí, atrapada en su ritmo, asimilando todo lo que tenía para darme: la succión, sus dedos frotándose y la increíble precisión de su miembro golpeándose de lleno.

«Henry». Archeé la espalda. Él calmó mis caderas y bombeó con fuerza, permaneciendo conmigo hasta que volví a correrme.

«Lo sé». Cubrió mi boca con la suya y me abrazó fuerte mientras cabalgaba su orgasmo hasta el final.

Dios, el hombre era hermoso. Pasé un dedo por su mandíbula y luego hacia arriba, pasando por la barba incipiente de sus mejillas, antes de pasar mi mano por su suave cabello.

«Bueno, esto es algo que nunca habíamos hecho antes en esta habitación».

Se rió, apoyándose en sus brazos. «No puedo decir que nunca pensé en eso. Después de que nos besamos en el túnel, pasé un día entero aquí sin pensar en nada más, imaginando cómo sería mi vida si te tuviera».

Sus palabras me provocaron un escalofrío en el estómago. Estaba tan enamorada de él. Y él estaba enamorado de mí.

«Ahora me tienes».

CAPÍTULO 30

No se disculpe conmigo

HENRY

Nikki se acurrucó a mi lado en la cama, con su pierna larga sobre la mía y su cabeza descansando sobre mi hombro. Los rayos del sol de la tarde brillaban a través de la ventana y tocaban el borde de la cama. Habíamos estado así durante horas. Cada vez que se movía, se aferraba más fuerte a mí. La pesadilla había terminado de verdad.

Nunca pensé que volvería a esta habitación. La última vez que estuve aquí, pasé días encerrado. En ese momento, no me importaba. No después de que Nikki me dejara. No después de que creyera que la había perdido. Jonathan y Francesca ganaron hace diez años porque Nikki y yo no nos defendimos. Había sentido mucho dolor en ese momento. No tenía idea de lo que realmente estaba en juego o por qué Jonathan me necesitaba lejos de este lugar.

Después de la noche anterior, finalmente entendí por qué no quería que huyéramos juntos. Sabía que finalmente descubriríamos lo que les había hecho a mamá y a papá. Y todo por una mujer que solo se preocupaba por ella misma, por lo que quería y por lo que papá no podía darle. ¿Cómo podía Jonathan pasar su vida con alguien que estaba enamorado de su hermano? ¿Se odiaba tanto a sí mismo?

Nikki se movió en su sueño y acomodó su cuerpo, presionando sus pechos contra mi costado. No había otro lugar en el que preferiría estar que aquí. Besé su frente y su suave cabello mientras mis dedos amasaban su cadera.

«Lamento haberte alejado, Henry». Su voz ronca rompió el silencio. Sus labios en mi pecho hicieron que mi pene reaccionara. «He estado sola por tanto tiempo...».

«Ya pasó». Ahora que la tenía aquí, cualquier dolor que sentí antes cuando había pensado que nuevamente se había ido, había desaparecido, como si nunca hubiera existido. «Lamento haberte asustado anoche».

Hizo una mueca. «Por un momento, pensé que lo ibas a matar».

«Por un momento, yo también lo pensé. Viví con esa parte de mí por tanto tiempo. Me cegó a todo lo demás. Te prometo que todo eso se ha ido».

«Lo sé». Ella presionó sus labios contra los míos.

Cambié mi peso para mirarla. Suspiró y empujó mi hombro.

«Por mucho que me gustaría quedarme en la cama todo el día, me gustaría ver a Tessa. ¿Cómo está?».

Me dejé caer sobre la almohada, exhalando mientras me estiraba hacia el borde de la cama para recoger mi vieja camiseta de la escuela secundaria. La que llevaba cuando entré antes. Dios, verla me había dejado paralizado. Tenía tantas cosas que decirle, pero en el segundo en que levantó los brazos y me mostró su hermoso coño, me olvidé de todo lo demás. Le planté un beso

húmedo en un pezón y luego en el otro antes de devolverle su blusa.

«Toma. Si quieres tener una conversación conmigo, tienes que cubrirlas».

Dejó escapar un suspiro sexy y se deslizó la camiseta por la cabeza y el pecho.

«Entonces, ¿cómo está tu mamá?».

«La bala la atravesó de lleno y no dañó los nervios. Así que estará bien, aunque el médico estaba preocupado por...». Respiré profundamente y esperé hasta que el ardor en mi estómago se calmara. También necesitaba soltar esa ira. Jonathan y Francesca pasarían el resto de sus vidas en la cárcel. Habían recibido lo que se merecían. Teníamos que seguir adelante y vivir nuestras vidas. «Parece que mamá es adicta a los analgésicos que Francesca estaba usando para sedarla. Pero mamá está dispuesta a hacer todo lo posible para dejar el hábito».

«Lo haré», Nikki puso su mano sobre mi pecho, mostrándome su sonrisa característica, la que me hacía sentir que todo era posible. «Ella sobrevivió a Francesca. Sobrevivirá a esto también».

«Por ahora, necesita descansar. Pero podemos verla mañana». Apreté su mano.

«¿Qué pasa?», preguntó.

«También hablé con Dom. Puedo ocupar la mansión de inmediato. El resto tomará unos días más».

Sonriendo, se sentó sobre sus talones a mi lado. «Así que, ¿eres un Cavalier de verdad otra vez?». Sus ojos azules examinaron mi rostro mientras sus dedos delineaban el borde de mi mandíbula. «El Príncipe del Paraíso ha vuelto».

«No me llames así», gruñí.

«Está bien», levantó la mano. «A partir de ahora, serás el ardiente trabajador de la construcción que conocí el primer día que regresé, terco...».

«Arquitecto», me reí.

«Lo que sea». Me dio un encogimiento de hombros y se sentó a horcajadas sobre mí, dejando caer su trasero desnudo sobre mi estómago.

Ahuequé su rostro y capturé su boca. Mi pulso se aceleró cuando su lengua se deslizó entre mis dientes.

«Múdate conmigo», susurré.

«¿Qué? ¿Aquí?».

«A menos que quieras que vivamos en el hotel. Aunque este lugar es mucho más agradable. Lisa también puede quedarse aquí. Puede tener su propia ala de la casa». Besé su cuello.

«Lisa». Me empujó los hombros de nuevo. «Necesito llamar a Dom. Dijo...».

«Relájate». La rodeé con mis brazos para mantenerla en su lugar. «Ya me encargué de eso».

«¿Qué significa eso?».

«Es una sorpresa. Todo lo que puedo decir por ahora es que Lisa volverá a casa».

«¿En serio?». Se rió con un sonido despreocupado y cariñoso que me hizo sentir de tres metros de altura. Finalmente podía darle todo lo que quería. Me tomó la cara con las manos. «¿Y podemos vivir las dos aquí contigo?».

«Me niego a pasar más tiempo lejos de ti».

«Gracias», dijo en mis labios.

«Si realmente quieres agradecerme...», deslicé mis manos debajo de su blusa. Su piel suave me hizo querer olvidarme del mundo.

Se rió de nuevo, quitándose la camiseta en dos pestaños. Tan pronto como lo hizo, tuve mi boca sobre sus pezones endurecidos.

«Eres tan hermosa».

«¿Cuánto tiempo tenemos?», preguntó entre respiraciones irregulares mientras alcanzaba su paquete de emergencia en la mesilla de noche, donde guardaba condones, entre otras cosas. Sin duda, justo al lado de su pistola y bridas.

«Tenemos que estar en el hotel en dos horas».

«Entonces apúrate y haz que me corra». Desenrolló un condón sobre mi erección y me guió dentro de ella.

«Dios, Nikki». Me senté y la besé.

Desde el día que la conocí hace tantos años, me enamoré del espíritu libre de Nikki y de la forma en que veía el mundo a través de lentes color de rosa, a pesar de todo lo malo en su vida. A lo largo de los años, sin importar cuánto me esforcé por odiarla, mi amor por ella nunca vaciló.

«Yo tampoco quiero pasar más tiempo lejos de ti. Quiero vivir aquí contigo». Ella movió sus caderas.

Un lento zumbido me invadió mientras me empujaba más cerca del borde.

«Henry». Sus uñas se clavaron en mi hombro.

Mi nombre en sus labios fue mi perdición. Lo anhelaba. Vivía por ello. Y allí estaba otra vez, el orgasmo que lo consumía todo y que nos enviaba a un lugar donde solo existíamos Nikki y yo. Su respiración, los latidos de su corazón eran las únicas cosas que tamborileaban en mi piel, los únicos sonidos que podía escuchar.

«Oh, Dios mío, Henry». Se aferró a mí, aguantando las últimas oleadas de sensación.

«Lo sé», susurré. Nos sentamos en el medio de la cama, enredados en los brazos del otro. No quería moverme y romper la conexión entre nosotros. Había estado tan cerca de perderla. Pasaría mucho tiempo antes de que la sensación de que estábamos viviendo tiempo prestado desapareciera. Me levanté de la cama con sus piernas envueltas alrededor de mí.

«¿A dónde vamos?».

«A la ducha». Mis pies golpearon contra el piso frío mientras la llevaba a la tina con patas de garra. «Siempre me he preguntado cómo te verías mojada».

«Henry». Soltó una risa sexy y dejó caer su cabeza en el hueco de mi hombro.

DOS HORAS DESPUÉS, estacioné mi camioneta afuera del hotel Cavalier. Nikki llevaba mi camiseta y un par de pantalones deportivos que encontramos en mi armario. No importaba lo que usara. Todavía se veía muy sexy.

«¿Qué pasó con toda tu ropa?», pregunté.

«La empaqué y la dejé en tu habitación, debajo de la cama. Me imaginé que ese sería el último lugar al que buscarías».

Sacudí la cabeza y salí del auto. «Ve y vístete. Parece que la sorpresa está casi lista». Me quedé de pie en medio del vestíbulo y observé a Nikki subir corriendo las escaleras.

Por mucho que la Sra. Blaine odiara tener que hacer tanto trabajo para Lisa, no podía decirme que no, especialmente después de que Russ se asegurara de que todos en Paradise Creek supieran que yo estaba de regreso en la mansión, era un Cavalier de verdad, como Nikki había dicho. Tenía dinero de nuevo, y para la Sra. Blaine eso era todo lo que importaba. Por eso aceptó organizar la fiesta de bienvenida de Lisa. Quería que todos en el pueblo supieran que Lisa era inocente.

«¿Qué piensas? ¿Es esto lo que tenías en mente?». La Sra. Blaine colocó un portavelas para velas de té en una de las mesas redondas. Justo como mamá solía hacerlo cuando organizaba sus

fiestas en el hotel. La banda ya se había instalado en lo alto de la gran escalera y estaban afinando sus instrumentos.

«Se ve genial. Gracias», asentí.

«La comida irá aquí, frente a la barra. Como no me diste un menú, solo traje algunos de mis platos más populares y...». Hizo una doble mirada, con la boca ligeramente abierta.

Me di la vuelta, sabiendo muy bien a quién estaba mirando. Podría pasar el resto de mi vida parado aquí, mirando a Nikki bajar las escaleras con el vestido explosivo que eligiera para el día. Para esta noche, había elegido un vestido azul rey. Uno de los collares de diamantes de mamá completaba su atuendo.

«Siempre fue muy bonita», dijo la Sra. Blaine.

Nikki era increíblemente hermosa y la Sra. Blaine lo sabía. Respiré profundamente y lo dejé pasar. Pasaría un tiempo antes de que la influencia de Francesca en esta ciudad desapareciera por completo. Por ahora, este era un muy buen comienzo.

«El salón se ve hermoso», dijo Nikki cuando se unió a nosotros. Sus ojos brillaron bajo las luces centelleantes del portavelas. «Tal como lo recordaba. Incluso reemplazaste el espejo». Señaló la pared detrás de la barra.

«Hipolita». La Sra. Blaine se aclaró la garganta. «Quería disculparme por la forma en que te traté cuando... ya sabes. Fue injusto».

La cara de Nikki se puso pálida. Me apreté el hombro para apoyarme mientras le sonreía a Lisa. «No se disculpe conmigo. Discúlpese con ella».

La Sra. Blaine abrió la boca para responder, pero Nikki ya se había ido.

CAPÍTULO 31

Pero los tontos vivían más felices

NIKKI

Nunca pensé que podría volver a abrazar a mi hermana. Pero ahí estaba. Finalmente estaba en casa. Mi corazón dio un vuelco al verla mientras las lágrimas corrían por mis mejillas.

«Bienvenida a casa». Me encontré con Lisa en la acera y la rodeé con mis brazos. «Lo lograste».

«Gracias a ti. Es todo por ti. Te debo la vida», dijo con voz ronca, alejándose para mirarme.

Hice lo mismo, fijándome en todos sus detalles. La última vez que la abracé, era mucho más alta que yo. Ahora era un par de centímetros más baja, tenía el pelo cortado a la altura de la rodilla, la cara alargada y las mejillas hundidas. Sus ojos oscuros hablaban de las muchas cosas que había visto durante el tiempo que pasó en prisión. Me tragué las lágrimas. Era hora de dejarlo ir y ser feliz, ser una familia.

«Tuve ayuda. Entra. No querrás perderte tu fiesta».

«No. Estoy bien aquí afuera». Ella se apartó el pelo de la cara con dedos temblorosos.

Agarré sus manos frías y las apreté entre las mías. «No tienes nada que temer. Este es tu momento. Todos aquí ya conocen la verdad. Saben que solo fuiste una víctima, que Francesca y Jonathan te hicieron esto».

No lo sabía exactamente. Pero si Henry había traído a todas estas personas aquí, era para asegurarse de que cada uno de ellos se disculpara con Lisa. Para asegurarse de que todos le mostraran la amabilidad que se merecía y la recibieran en casa. Tal como ella quería.

«No necesito que se disculpen», se miró las manos.

«Créeme, lo necesitas. Es lo mínimo que pueden hacer por ti. No puedes dejarlos ir tan fácilmente». La rodeé con mi brazo y me reí. «Henry hizo que la señora Blaine se encargara del catering de la fiesta. Sé que habías fantaseado con esto durante años. Estás aquí. Acéptalo».

«Está bien», ella asintió. «Pero no te vayas de mi lado».

«Nunca».

Entramos por la puerta principal. Me encontré con la mirada de Henry al otro lado del salón, y eso lo impulsó a caminar hacia nosotras.

«No estaba segura de qué ponerme. Dejé que tu amigo abogado me convenciera de usar este vestido. Se siente extraño estar en falda otra vez», dijo Lisa.

Jaló los gruesos tirantes.

No era el vestido lo que la molestaba. Eran todas las caras en el lugar mirándola, las mismas caras que la señalaron con el dedo hace quince años y la llamaron asesina. Apenas era una adulta, y la dejaron ir a la cárcel sin pensarlo dos veces.

«Te ves genial».

Apreté sus hombros.

Las lágrimas brotaron de mis ojos. Qué difícil debe haber sido la vida para ella. Mi corazón se encogió, peroforcé una sonrisa. No necesitaba mis lágrimas en este momento. Necesitaba ver que todo iba a estar bien. Que la pesadilla había terminado.

«Lisa».

Henry la abrazó y le besó la mejilla.

Bienvenida a casa. Él miró hacia la ventana y hacia la calle. «¿Dónde está Dom?».

«Oh. Tenía que irse. Dijo que los llamaría más tarde». Lisa se sonrojó y sonrió al suelo. «Todavía no puedo superar lo...».

«¿Lo atractivo que se puso?».

Envolví mi brazo alrededor de la cintura de Henry. «Lo sé».

«Creció. Ella se rió. Pequeñas arrugas cubrieron sus ojos mientras tomaba nuestras manos. «Gracias por creer en mí».

«Lamento que me haya llevado tanto tiempo sacar la cabeza de mi trasero». Henry la abrazó de nuevo.

«Nada de esto fue tu culpa. No lo olvides». Lisa se secó los ojos y se giró para mirar la mesa del buffet. «La comida huele increíble. ¿De verdad le pediste a la Sra. Blaine que hiciera todo esto?».

«Estaba feliz de hacerlo». Él le guiñó el ojo.

«Déjame prepararte un plato», interrumpió la Sra. Blaine. «Quiero decir, ¿tienes hambre?». Sus ojos se movieron rápidamente entre Lisa y Henry. Ella haría cualquier cosa para complacer al nuevo dueño de la Mansión Cavalier y a esta ciudad.

«Sí. Gracias», Lisa me miró a los ojos, con una pequeña sonrisa en el costado de su boca.

«Y también...», la Sra. Blaine me lanzó una mirada nerviosa, «quería disculparme por mi comportamiento. Antes, yo... quiero decir que... todos estábamos sufriendo y no lo sabíamos».

«Gracias», Lisa asintió y le dio una palmadita en el brazo. «Tengo hambre. Tomaré ese plato».

«Bien. Solo toma asiento y te lo traeré». La Sra. Blaine se apresuró al bufé.

«Eso fue amable de su parte», Henry se rió entre dientes.

«¿Le pediste que dijera eso?», preguntó Lisa.

«No, no lo hicimos», dije. «Se siente terrible. Pasó mucho tiempo fraternizando con un asesino. Tiene mucho sobre qué reconciliarse».

«Sí. Russ me dice que mucha gente se pregunta si ella tuvo algo que ver con el asesinato. Después de todo, Francesca se salió con la suya durante tanto tiempo solo gracias al testimonio de la señora Blaine. Le dio a Francesca la coartada que necesitaba». Henry se puso las manos en las caderas. «Te prometo que no te causará ningún problema. Si lo hace, ven a hablar conmigo».

«Gracias», Lisa negó con la cabeza una vez. «Parece que no puedo dejar de decir esa palabra. Todo es exactamente como lo había imaginado».

«No hay necesidad de agradecernos. Ahora ve a comer y disfruta de tu fiesta». La empujé hacia la mesa más cercana. Se sentó y la señora Blaine puso rápidamente un plato de comida frente a ella. Tomó la silla junto a Lisa y sirvió champán en dos copas.

Russ se sentó al otro lado de Lisa y le ofreció la mano. Lisa se la estrechó, con las mejillas rojas mientras bebía de su copa. Había pasado la mitad de su vida en prisión por un crimen que no cometió. ¿Cuánto tiempo le tomaría a ella realmente sentir que había vuelto a casa, que había dejado atrás el pasado y ahora vivía en el momento?

«Esto ni siquiera comienza a compensar todos los años que perdió». Henry adivinó mis pensamientos.

Le rodeé el cuello con los brazos y presioné mi boca contra la suya. «Gracias. Esta fue la mejor sorpresa. Lisa se ve tan feliz. Aturdida. Pero feliz».

«Nada menos que esto podría haberme sacado de la cama hoy». Acarició el punto sensible detrás de mi oreja. «Baila conmigo».

Henry me llevó al área cerca de las escaleras, donde otras personas se balanceaban al ritmo de una melodía de jazz, y me giró un par de veces antes de acercarme a él. Todo era como lo recordaba. El brillante portavelas, las risas, el baile y el beber champán. Tal como había sido antes de que nuestras vidas fueran desarraigadas. Antes de que todos nos convirtiéramos en prisioneros de un maníaco engañado.

«Ojalá Tessa estuviera aquí».

«Ella estará con nosotros lo suficientemente pronto. No te preocupes. Somos una familia. Nadie puede quitarnos eso». Pasó su pulgar por mi mejilla mientras sus muslos me guiaban para dar una vuelta por la pista de baile.

«No sabía que supieras bailar», le sonreí.

«Nos saltamos un poco todo ese asunto de la primera cita, ¿no?», besó mi mano.

«Un poco lo hicimos», me reí.

«¿Te gustaría salir conmigo alguna vez?», me miró a los ojos.

«Me encantaría», le sonreí.

«¿Este viernes?».

«Puedo hacer que el viernes funcione. Ahora estoy jubilada, así que tengo mucho tiempo libre».

«No más estafas, ¿eh?», se rió.

«Levanté la mano, haciendo mi mejor saludo de Girl Scout. «No más estafas».

Sí, el amor era para los tontos. Pero los tontos vivían más felices.

Epilogo

NIKKI

«Vamos. Llegaremos tarde a nuestra primera cita». Henry me besó la parte baja de mi espalda. Sus labios se demoraron en la curva de mi columna vertebral, y me puso la piel de gallina en las piernas.

Dios, amaba París.

«Pensé que el viaje era la cita». Me estiré en la cama tamaño King y giré la cabeza hacia un lado para poder ver por la ventana, donde la Torre Eiffel se asomaba sobre los edificios.

La habitación del hotel era hermosa, decorada en varios tonos de crema y gris topo. Mesillas de noche con espejos coronaban la gran cama. En la sala de estar, lujosos sofás beige estaban dispuestos para mirar la increíble vista. Incluso los ramos de flores completamente blancos en jarrones dorados combinaban con la decoración.

«No. La cena es la cita. Vamos». Me dio una palmada en el trasero.

Me levanté de la cama y caminé hacia la ducha. El chorro cálido se sentía bien en mi piel después del largo vuelo hasta aquí. Cuando Henry me invitó a cenar, pensé que me llevaría a algún lugar agradable en Phoenix. En lugar de eso, hizo que la agencia de viajes local nos reservara un viaje a París. Me habían hecho esa oferta muchas veces antes, pero nunca pude decir que sí. Me dolía demasiado pensar en lo que podría haber sido. París era el lugar al que Henry y yo habíamos planeado escaparnos y vivir felices para siempre. Aunque no había sucedido para nosotros cuando teníamos quince años, venir aquí sin él se sentía mal.

Hace meses, cuando Lisa me pidió que fuera a verla, había planeado mudarme aquí, a un pequeño apartamento de paso que me dio Derek por recuperar su compañía. Nunca en un millón de años hubiera imaginado que terminaría aquí con Henry. Después de todo este tiempo, finalmente estábamos en París.

«El auto llegará en treinta minutos». Henry golpeó la puerta del baño dos veces.

«Está bien», dije. «Estaré lista en una hora».

Él gimió.

Me reí. «Dios, eres mandón cuando sales de Estados Unidos. ¿Hay algo más que deba saber sobre ti?».

¿Qué le pasaba? No era como si no hubiéramos comido juntos antes. Cerré el agua y me envolví en una toalla blanca y esponjosa. Henry se había mostrado firme cuando le dije que podíamos quedarnos en el apartamento de Derek. No solo había dicho que no nos quedaríamos allí, sino que también me hizo prometer que le devolvería todo el botín de mi última estafa: el apartamento y el dinero. Si no hubiera estado en medio de un orgasmo que me cambió la vida, nunca habría aceptado. Abrí la puerta para dejar salir el vapor y me apliqué el maquillaje lo más

rápido que pude antes de secarme el pelo con secador. Una energía nerviosa burbujeaba en mi estómago mientras me vestía. Henry y yo no éramos del tipo de personas que salían juntos. Ya me había mudado a la Mansión Cavalier. Estábamos prácticamente casados. Entonces, ¿por qué estaba nervioso? Sentada en la cama, planté ambos pies sobre la alfombra gris topo antes de subirme la cremallera de mis tacones altos. Fuera del dormitorio, Henry caminaba de un lado a otro por la sala de estar con la chaqueta desabotonada y las dos manos metidas en los bolsillos de sus pantalones de vestir. Incluso después de todos los años que había pasado sin el dinero de su familia, todavía tenía ese aspecto refinado. Era algo con lo que había nacido, no algo que el dinero le comprara, al igual que su naturaleza amable y su gran corazón. Dio otra vuelta por la habitación y se detuvo para mirarme. Vivía para esos momentos en los que me miraba como si fuera la mujer más hermosa del mundo.

«Te ves increíble». Caminó hacia mí con paso tranquilo.

«Vámonos. No queremos llegar tarde, ¿verdad?». Tragué saliva. Si seguía mirándome así, íbamos a perder nuestra primera cita.

«Pueden esperar». Me besó el cuello.

«Me sacaste de la cama. Ahora nos vamos». Lo empujé.

«Bien. El auto está esperando». Me ofreció su brazo y lo tomé. Afuera del hotel Shangri-La, un sedán negro nos esperaba. Me subí al asiento trasero sonriendo. ¿Cómo pude convencer a este hombre de que me merecía todo esto? Este final de cuento de hadas.

El auto se movió unos pocos metros antes de detenerse nuevamente en la glorieta. El tráfico demencial nos hacía ir a dieciséis kilómetros por hora. Henry se movió en su asiento nuevamente. Extendí la mano y cubrí su mano con la mía.

«¿Estás nervioso?», pregunté.

«¿Yo? No. ¿Por qué?».

«No dejas de mirar tu reloj».

«Simplemente no quiero llegar tarde». Se encogió de hombros. «No es fácil conseguir reservaciones».

Con un fuerte ruido metálico, una grúa enorme se detuvo unos autos frente a nosotros. Apreté mis labios y bajé la ventanilla. Una suave brisa me rozó la mejilla y el cabello, y me recliné, radiante.

«¿Qué pasa?», Henry me apretó la mano con más fuerza.

«Parece que la calle está en obras».

Volvió a gruñir y le dijo algo al conductor en francés antes de volverse hacia mí. «Qué pesadilla. Vamos a llegar tarde».

«Si quieres, puedo salir del auto y ver si nos dejan pasar».

«Esta noche no». Una sonrisa se dibujó en sus labios.

Se dirigió al conductor de nuevo. El hombre asintió en respuesta y tocó la bocina. Cuando los vehículos no se movieron, giró el volante y saltó la acera para tomar una pequeña calle lateral. Los métodos de Henry estaban mejorando.

En la tercera curva, el conductor se detuvo frente a los jardines de Trocadero.

«Esto tendrá que bastar», dijo Henry antes de darle más instrucciones al conductor.

«Estás aquí conmigo. Es todo lo que necesito», salí del coche.

«¿Quieres beber algo?», Henry me alcanzó.

En cuanto preguntó, el conductor se apresuró a ponerse delante de nosotros con dos botellas pequeñas de champán y las colocó en una de las mesas del parque.

«Por favor. Ya te tomaste la molestia», dije.

«*Merci bien*», le dijo Henry al conductor, que se fue con un rápido asentimiento.

«Hablas francés». Tomé la botella pequeña de sus manos.

Por supuesto que lo hablaba. Había pasado casi diez años en Canadá. Por eso estábamos aquí, en realidad. Había tantas cosas que no sabíamos el uno del otro.

«Era obligatorio. Lo odiaba». Tomó mi mano entre las suyas y me acompañó por el sendero del jardín, más allá de los árboles donde se alzaba la Torre Eiffel a lo lejos.

«¿Lo odiabas porque te recordaba a la chica que te rompió el corazón?», pregunté.

Sacudió la cabeza. Mi corazón se encogió un poco cuando metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta. ¿Cómo no me había dado cuenta?

«No». Me miró a los ojos. «Me recordaba a la chica que me robó el corazón. Al estar sin ti todos esos años, apenas vivía. Te llevaste todo cuando te fuiste. Odié haber estado tan cerca de ser increíblemente feliz contigo».

«¿Te robé el corazón?», sonreí.

«Es por eso que nadie más lo hará». Abrió la caja de terciopelo negro en su mano y me ofreció el hermoso anillo de diamantes, una esmeralda tallada con pequeños diamantes alrededor de la banda. «¿Te casarías conmigo?».

«¿Qué?», le rodeé el cuello con los brazos, derramando champán sobre los dos.

«¿Eso es un sí?», me miró a los ojos.

«Sí. Por supuesto que me casaré contigo». Presioné mis labios contra los suyos.

Henry era parte de un cuento de hadas que nunca pensé que podría ser mío. Pero al final, a pesar de todo lo malo, de todos los años que pasé sola, vagando de una estafa a otra, encontré el camino de regreso a él. Henry era mi gran amor. Después de todo este tiempo, él me pertenecía.

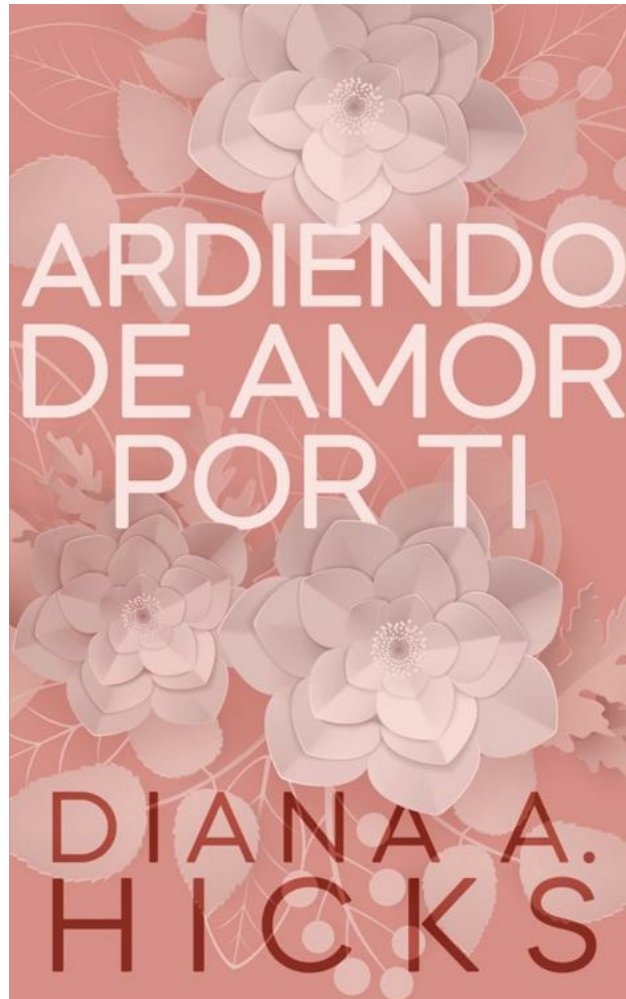
Cuarta regla de la estafa: nunca enamorarse del objetivo.

Era bueno que ahora estuviera jubilada.

Gracias por leer la historia de amor de Nikki y Henry.

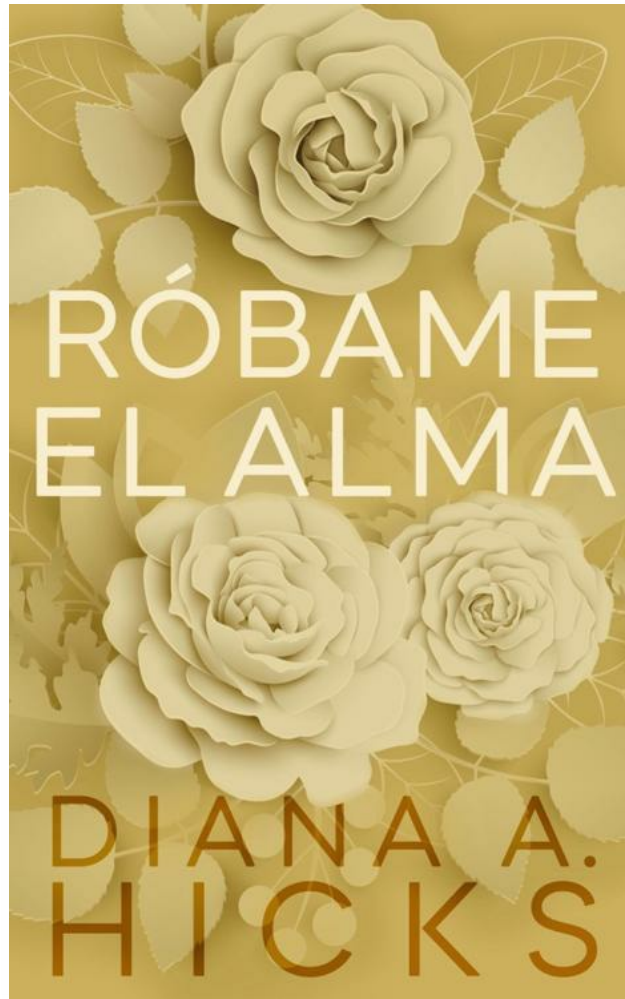
¿Puedes considerar dejar un comentario? Significaría mucho para mí y ayudaría a otros lectores a encontrar mis libros.

¿Deseas leer más historias apasionantes? Echa un vistazo a “ARDIENDO DE AMOR POR TI”, la peligrosa historia de amor de Dom y Emilia.



Descubre qué sucede cuando un exsicario de la mafia y su némesis de la universidad unen fuerzas para atrapar al asesino que la persigue.

¿Ya conociste a Derek Cole?



Derek es el amigo multimillonario de Dom que está a punto de casarse. Si no has leído la historia de amor de Derek y Valentina, puedes conseguirla aquí:

[Róbame el Alma](#)

Descubre qué sucede cuando una graduada universitaria conoce a un multimillonario sexy en esta historia de amor inspirada en La Cenicienta.